Éléonore Devillepoix

La ciudad sin viento

La hija del bosque

Rocaeditorial

La hija del bosque

LA CIUDAD SIN VIENTO 2

Éléonore Devillepoix

Traducción de Jorge Rizzo

Rocaeditorial

LA HIJA DEL BOSQUE (LA CIUDAD SIN VIENTO 2)

Éléonore Devillepoix

ENTRA EN EL UNIVERSO DE LA CIUDAD SIN VIENTO.

SEGUNDO VOLUMEN DE LA BILOGÍA FANTASY LA CIUDAD SIN VIENTO.

UNA NOVELA QUE ATRAPARÁ A AQUELLOS LECTORES DE

SAMANTHA SHANNON Y HOLLY BLACK.

Mientras el frío cae sobre Hiperbórea, Lastyanax y Arka se separan. El joven mago ha dejado atrás a familiares y amigos para intentar encontrar a su discípula, que ha ido a la búsqueda de sus raíces lejos del norte.

Mientras tanto, la conquista de la ciudad parece inevitable. ¿Quién se quedará con la ciudad sin viento?

ACERCA DE LA AUTORA

Éléonore Devillepoix nació en 1991 y pasó su infancia en el campo de Normandía, pescando ranas y devorando historias. Estas lecturas le abrieron el gusto por los libros de aventuras y la convicción de que una buena novela juvenil debe ser capaz de atraer también a los adultos. La construcción de *La ciudad sin viento* se completó cuando dejó la universidad, y gracias a los dos títulos de esta serie —el primero, publicado en Roca Editorial en 2022— ha quedado finalista tanto del Prix Littéraire de l'Imaginaire BooktubersApp 2021 como del Prix de Bouquineurs en Seine del mismo año. En la actualidad, vive tres vidas paralelas: como agregada parlamentaria europea en Bruselas durante la semana, jugadora de *quidditch* los fines de semana y como escritora por la noche.

ACERCA DE LA OBRA

«Nos encontramos atrapados desde la primera página en el corazón de Hiperbórea, una ciudad regida por las clases sociales. Nos apasiona la investigación llevada a cabo por Lastyanax y Arka. Una novela brillante y llena de inventiva.»
Le Journal du Geek

Índice

Portadilla

Acerca de la obra

Epígrafe

Personajes

Personajes del Libro I

Los lugares

Glosario

El Magisterium

Prólogo: El episodio del río

1. La eclosión
2. El legado del lémur
3. Hiperbórea nos lo agradecerá
4. La habitación tapiada
5. La Napoca Chica
6. La venganza del buscador de azur
7. El Barranco de las Aprendices Perdidas
8. Despedidas y reencuentros
9. El sabotaje
10. Las caras bajo el hielo
11. El regreso de Tapón
12. El recuerdo olvidado
13. Azul escarlata
14. La entrega de la toga

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

¿Tu hermana tiene derecho a una cita y tu querida madre,
que te ha criado y se ha leído todas las versiones de tu libro, no?

PATRICIA DEVILLEPOIX, 2020Personajes

Estáis de vuelta en *La ciudad sin viento*. En caso de que el libro 1 sea un recuerdo muy lejano, encontraréis a continuación un recordatorio de los protagonistas. Después os esperan una recapitulación del resto de los personajes y un glosario.

Arka
Aprendiza de amazona, convertida en discípula a su llegada a Hiperbórea, fue condenada a muerte por el asesinato del Basileus, el soberano de la ciudad. Después de escapar por los pelos a la ejecución de su sentencia, huyó de la ciudad para volver a Arcadia con su gente.

Lastyanax
Mentor de Arka y antiguo ministro de Nivelación, el joven mago salió de la ciudad tras la pista de su discípula.

Pétrocle
El mejor amigo de Lastyanax es uno de los magos que un grupo de amazonas desconocidas retuvo como rehenes en la prisión de Hiperbórea.

Pirra
La joven maga se quedó en Hiperbórea para liberar a Pétrocle y a los demás rehenes.

Alcandre
El enigmático amo de los lémures está detrás del asesinato de Basileus y del secuestro de los magos.

Los personajes que aparecen en el libro 1:

Antíope: reina de las amazonas y madre de Pentesilea.
Ari, Axi y Alci: tres hermanos maleantes de limitada inteligencia, miembros del clan del Loto Azul.
Aspasia: hermana menor de Pirra.
Azno: padre de Lastyanax, entrena caballos de carreras en el primer nivel de Hiperbórea.
(El) Basileus: soberano de Hiperbórea de excepcional longevidad, echó una maldición a las amazonas fundadoras obligándolas a morir a manos de su propia descendencia. Al hacerlo, se infligió a sí mismo idéntico tormento: la maldición-espejo. Su nieta, Arka, lo mató involuntariamente durante los hechos descritos en el libro 1.
Cacique: discípulo de primer año y amigo de Arka.
Cariclo: madre de Lastyanax.
Chirone: tutora de Arka, fue asesinada durante el incendio que destruyó en parte el bosque de las amazonas y provocó la partida de Arka hacia el norte.
Ctesibio: mecamante de fama legendaria, inventor de la pulsera de alas de Arka.
Embron y Tétos: dos policías partidarios de las armaduras muy engrasadas.
Fretón: discípulo de primer año e hijo de Mézence.
Géorgon: profesor de mecamancia, fue asesinado durante el secuestro de los magos.
Licurgo: Polemarca de Temiscira, célebre por haber conquistado Napoca.
Mélanippè: amazona y madre de Arka.
Métanire: cocinera ruidosa de Lastyanax.
Mézence: Eparca de Hiperbórea y mentor de Pirra, fue asesinado durante los acontecimientos del libro 1.
Palatès: ministro de Nivelación y mentor de Lastyanax, fue asesinado durante los acontecimientos del libro 1.
Pentesilea: princesa amazona, vivió con Arka en Napoca antes de que la hirieran de muerte allí.
Philippidès: mozo de cuadra.

Pitón: serpiente de hielo capaz de ver el pasado, el presente y predecir el futuro de las personas que se cruzan en su camino.
Ponèria: discípula de primer año.
Rhodope: compañero de promoción de Lastyanax.
Sileno: profesor de mistografía, Alcandre lo transformó en lémur.
Stérix: discípulo de primer año y amigo de Arka.
Syrame: hijo del Basileus y padre de Arka, Alcandre lo transformó en lémur.
(El) Tapón: caballo de Arka. Nada afable.
Triérios: ministro para las Colonias y mentor de Pétrocle, fue asesinado durante los acontecimientos del libro 1.
Zénodote: bibliotecario de Hiperbórea.

Los lugares

Las ciudades y las provincias

Arcadia: provincia del sur donde se halla el bosque de las amazonas.

Barriada: barrio pobre de Napoca.

Hiperbórea: ciudad-Estado del norte, protegida del frío por una inmensa cúpula de adamante y dividida en siete niveles.

Khembala: ciudad de invernada de los caravaneros ripeos.

Montes Ripeos: cadena montañosa situada al sur de Hiperbórea.

Napoca: ciudad-Estado controlada por los temisciros.

(La) Napoca Chica: barrio del segundo nivel de Hiperbórea, que alberga a los emigrados napocianos.

Temiscira: antigua base militar de Napoca.

Las torres

Banco Internivel: entidad bancaria de Hiperbórea.

Caravasar: edificio que acoge a los caravaneros y sus mercancías.

(El) Castillo de Agua: apelativo que recibe el palacio del Basileus.

Columbarium: necrópolis de Hiperbórea.

(La) Extractora: apelativo que recibe la prisión de Hiperbórea.

Magisterium: edificio que alberga a las autoridades políticas de la ciudad.

Torre de la Justicia: tribunal de justicia de Hiperbórea. En lo alto de la torre se encuentra el anfiteatro en el que tiene lugar la Asignación de discípulos.

Torre de los Inventos: torre hiperbórea donde se almacenan los inventos de los discípulos.

(El) torreón: apelativo que recibe la villa de Lastyanax, heredado de su mentor.

Glosario

Adamante: material transparente muy resistente con el que está construida la cúpula de Hiperbórea.
Aepyornis: ave terrestre gigante arcadia.
Ánima: fluido intangible e invisible que alimenta un cuerpo con energía mágica.
Árbol cabaña: vivienda arborícola de las amazonas.
Azur vivo: metal azul que repele la magia.
Brazalete: pieza de armadura mágica que cubre el brazo y puede lanzar dardos.
Chitón: túnica de lino.
Cota: coraza de piel recubierta de escamas metálicas.
Élafo: cérvido arcadio.
Elafora: planta arcadia cuya raíz es comestible.
Goma de loto azul: droga analgésica elaborada a partir de una planta acuática (el loto azul).
Gorytos: estuche para el arco, que se lleva en la cintura.
Grafomancio: invento que permite comunicarse entre dos teclados cilíndricos.
Guanteletes: guantes rígidos utilizados a modo de esposas para impedir que los magos dibujen sellos.
Hidrotelégrafo: sistema de comunicación hidráulica típico de Hiperbórea.
Hiper, plectro, chalque: moneda hiperbórea.
Histamidas: plantas arcadias urticantes.
Horologium: invento que permite dar la hora.
Invento: objeto mágico inventado por cada discípulo al final de su formación.
Jubileo: día del aniversario del Basileus, en el que Hiperbórea celebra un gran carnaval.
Lanza-relámpago: arma reglamentaria para que los agentes de policía hiperbóreos paralicen a sus adversarios mediante descargas eléctricas. Las lanzas-relámpago se pueden plegar en una porra

telescópica.

Levitador: artefacto que permite desplazarse verticalmente dentro de una torre.

Ninox: ave nocturna arcadia.

Órgano hidráulico: instrumento musical hiperbóreo.

Oricalco: metal anaranjado muy sensible a la magia y que posee su propia reserva de ánima. El oricalco clásico se diferencia del oricalco macizo en que este último es mucho más potente que el primero.

Pájaro rocho: rapaz gigante temiscira.

Polvo de efedra: droga estimulante elaborada a partir de una planta, la efedra.

Pulsera de alas: pulsera mecamántica que puede transformarse en un par de alas.

Sello: mando compuesto de ***glifos*** y ***cercos*** que puede escribirse o grabarse en un objeto para dotarlo de una propiedad mágica.

Semáforo: aparato que sirve para transmitir información a larga distancia por señales visuales.

Silfión: hierba aromática.

Tanque mancimniótico: tanque utilizado por los magos-curanderos para regenerar los tejidos orgánicos dañados.

Zona azul: zona en la que la magia no funciona.

El Magisterium

El Basileus: monarca de Hiperbórea.

Los magos: dignatarios hiperbóreos con un conocimiento profundo de la magia. La mayoría ocupan cargos institucionales: el Arquitecto Jefe, el Sumo Bibliotecario, el conde de las Aguas, el Ingeniero de Cúpula, el administrador de la Torre de los Inventos, los archiveros, los curanderos, etcétera.

Los discípulos: aprendices de mago, que resultaban seleccionados al final de un torneo denominado la ***Asignación***.

Los profesores: magos encargados de la formación de discípulos. Los discípulos de primero tienen dos profesores: un profesor de mistografía (o escritura mágica) y un profesor de mecamancia (o mecánica mágica).

Los mentores: magos a quienes se les ha asignado un discípulo. Juntos, forman el Colegio de Mentores. Este Colegio designa a cada nuevo ministro del Consejo por mayoría de votos.

Los funcionarios: personal encargado de aplicar las decisiones del Consejo. Los funcionarios de más alto rango son magos.

Los ministros: magos encargados de asesorar al Basileus en sus decisiones políticas. Juntos forman el Consejo de Ministros, comúnmente llamado el ***Consejo***, que se reúne cada década (cada diez días). El Consejo está compuesto por seis ministros:

–El Eparca: título otorgado al jefe de los ministros, responsable de la administración general de la ciudad;

–El Estratega: ministro de la Guerra;

–El Gran Tesorero: ministro de Economía;

–El ministro de Nivelación: responsable de la igualdad entre niveles;

–El ministro de Comercio;

–El ministro para las Colonias.

El Escribano: persona encargada de transcribir los debates del Consejo.

El bosque de las amazonas

Éfora: inquisidora amazona.
(Las) Fundadoras: primeras amazonas instaladas en Arcadia y originarias de Hiperbórea.
Ilota: pueblo indígena de Arcadia.
Termodonte: río que atraviesa el bosque de las amazonas.

Temiscira

Agogé: educación militar temiscira.
Pajarero: jinete de pájaro rocho. Los pajareros tienen distintos grados: soldados-pajareros, tenientes-pajareros, etcétera.
Oligarca: general temisciro.
Polemarca: soberano de Temiscira.

PRÓLOGO

El episodio del río

Candrie acababa de cumplir siete años cuando empezó el día que iba a cambiar su vida.

Esa mañana se despertó más pronto que de costumbre. El alba del bosque susurraba, cantaba y gritaba a través de las paredes de adobe de su habitación: un cuarto minúsculo de un paso por dos, lo justo para dar cabida a una hamaca. Reiterados chasquidos dominaban el alboroto cotidiano. Todavía sumida en el sueño, necesitó varios segundos para comprender que la yegua de su madre daba grandes coces impacientes contra las barreras del cercado, al pie del árbol cabaña. Candrie había olvidado darle de comer la víspera.

Se espabiló del todo ante la amenaza del guantazo que se llevaría si su madre se enteraba de esta falta, bajó rodando de su hamaca y apartó la tela que separaba su habitación de la sala principal. El día aguardaba pacientemente en esta estancia estrecha e irregular, encajada entre las ramas principales del árbol sobre el que estaba construida la cabaña. Por fortuna, sus pies conocían la tarima mejor que sus ojos. Ningún listón rechinó a su paso cuando cruzó furtivamente el espacio atestado de pertrechos de guerra de su madre, con una oreja tendida hacia la habitación de esta. Un dúo de leves ronquidos salía del otro lado de la tela colgada: ni su madre ni Temis se habían despertado aún. La suerte le sonreía.

El espacio principal daba paso a la terraza, con gruesos leños a modo de banquetas, sobre los que Temis y su madre fumaban en pipa durante las horas muertas del día. La plataforma lindaba con el dosel arbóreo, bajo el follaje escasamente frondoso de los inmensos eucaliptos de troncos claros que poblaban el bosque de las amazonas. Cuando alguna vez se despertaba temprano, a Candrie le gustaba subir a lo alto de la cabaña para presenciar la eclosión de la aurora sobre el mar encrespado de hojas verdes que ondulaba al viento y parecía perderse en el infinito. Ese día, sin embargo, debía apresurarse para

subsanar el olvido de la víspera.

Se coló por el agujero de acceso a la escalera de mano. Unas estacas de hierro, plantadas a intervalos regulares en la madera, se enrollaban como una hélice alrededor del tronco. La menor torpeza prometía una caída vertiginosa de cincuenta pasos. Candrie efectuó el descenso con toda la inconsciente celeridad de sus siete años.

Cuando estuvo a unos pasos del suelo, desenganchó la bolsa que colgaba de uno de los barrotes y arrojó puñados de grano al comedero de la yegua, que, más abajo, resoplaba en señal de reproche. El último puñado se esparció sobre las negras crines del animal, ya inclinado sobre su ración.

Candrie observó con anhelo su lomo leonado, dividido por una raya de mula. Su madre aún no le permitía montarla, alegando que un caballo de guerra era demasiado peligroso para una jinete de su edad. Candrie llamó bajito a la yegua, pero esta no se inmutó y siguió masticando el grano y espantando de cuando en cuando con la cola la nube de moscas matinales que habían venido a picarle el vientre.

Decepcionada, Candrie subió la escalera con parsimonia. El aire húmedo y tupido del bosque le llenaba las fosas nasales. Las cacatúas agitaban las ramas de un eucalipto vecino para que las bayas se soltaran y cayeran al suelo. El árbol cabaña se encontraba a la altura de una pequeña pendiente, a unos palmos de un río tan negro que los árboles caídos en su lecho parecían cortados por el filo de la corriente. Por encima de la onda perfectamente lisa espumaba una bruma vaporosa, destinada a desaparecer con el primer rayo del sol. En las orillas del río, los helechos y los musgos de un verde esmeralda ocupaban el espacio cedido por los troncos gigantescos.

Candrie había subido dos tercios de la escalera cuando oyó unos crujidos encima de su cabeza. En la terraza, unos pasos obstruían los intersticios luminosos de la tarima. Un instante después, el roce áspero de los leños contra los tablones indicó que Temis y su madre se habían instalado en su rincón favorito.

Ellas también estaban despiertas.

A Candrie se le hizo un nudo en el estómago. Era más que consciente de la delicada situación en la que se había metido. Si subía, su madre le preguntaría con certeza qué había ido a hacer, pero, si se quedaba abajo, acabarían por intranquilizarse al ver que no se levantaba. Era imperativo que volviera a su habitación pasando desapercibida.

Escaló unos barrotes más para alcanzar la altura de una rama estrecha que se alargaba hasta la ventana de su habitación. Una adulta no habría podido aventurarse a semejante acrobacia, pero Candrie era ligera como un mono y casi igual deágil, de modo que avanzó por la rama. El aroma penetrantede las hierbas de fumar con que Temis y su

madre llenaban sus pipas le llegó a la nariz.

Mientras progresaba a cuatro patas sobre la superficie lisa y redonda de la rama, que se combaba peligrosamente bajo su peso, la voz de Temis se oyó con claridad:

—Tiene siete años ahora. Sabes que esto no puede seguir así mucho más tiempo.

Candrie se detuvo para escuchar, desconcertada. Era la primera vez que oía hablar de ella en un tono tan serio. De costumbre, los adultos evocaban su caso con indiferencia o hartazgo, antes de cambiar rápidamente de tema; no dejaba mucha huella en los demás.

Su madre guardó silencio, como hacía cuando Candrie le preguntaba por enésima vez si podía montar su yegua. La voz de Temis era insistente:

—Cada día que pasa, te arriesgas un poco más a que te denuncien. Haber podido guardar el secreto hasta hoy ya es un milagro. Si una éfora se entera de lo que es, moriréis las dos.

Candrie no entendía de qué hablaban. ¿De qué secreto hablaba Temis? ¿Qué era una «éfora»? Permaneció inmóvil, a medio camino sobre su rama, los miembros doloridos por el esfuerzo que le suponía mantener el equilibrio, esperando la respuesta de su madre. Al cabo de un buen rato, esta habló finalmente:

—Sé que tienes razón, pero no consigo decidirme. Hemos aguantado hasta ahora, podemos continuar unos meses más, unos años incluso. Déjame disfrutar de mi hija un poco más.

Resonó un chisporroteo, seguido del «puf» característico de una calada de pipa liberada en el aire.

—Cometes un error.

La voz de Temis sonó como un hachazo. Candrie concluyó su recorrido por la rama hasta la ventana de su habitación sin preocuparse siquiera del precipicio, absorta como estaba por la conversación que acababa de escuchar a hurtadillas.

Salvo cuando insistía en montar la yegua, Candrie nunca permanecía mucho tiempo bloqueada con una idea: siempre sucedían mil cosas más interesantes que la distraían. Como prueba de que se trataba de un día excepcional, seguía pensando en la conversación entre su madre y Temis cuando llegó al entrenamiento de las aprendices una hora más tarde.

El sendero que iba de su árbol cabaña al claro donde entrenaban orillaba el río, un afluente del Termodonte. Con el ceño fruncido, Candrie trotaba sobre la hojarasca aplastada por sus numerosas idas y venidas, bajando de vez en cuando la cabeza para sortear los tallos de las plantas crasas que crecían al borde del camino. Su equipo de

aprendiza —un arco corto, un gorytos lleno de flechas y una lanza pequeña— se bamboleaba al ritmo de su carrera. El golpeteo de sus armas y su distracción impidieron que un golpeteo de cascos llegara a sus oídos. En el último instante oyó que un caballo la alcanzaba por detrás al galope.

Candrie salió del sendero de un salto para sortear la cabalgadura, sus pies quedaron atrapados en una cepa y cayó de cuerpo entero encima de una mata de histamidas. Se incorporó aullando mientras su reserva de flechas se desperdigaba en medio de las hierbas urticantes.

—¡Llegas tarde, Candrie!

Candrie levantó la cabeza, justo a tiempo de ver la grupa de un poni y una larga trenza negra que desaparecía tras el tronco de un eucalipto. Antíope no perdía ocasión de ridiculizarla, pero, por lo general, las hostilidades no empezaban hasta la hora del entrenamiento, cuando las otras aprendices podían apreciar sus sarcasmos. Candrie detestaba tanto más a la princesa cuanto que se sentía obligada a reconocer sus talentos marciales y ecuestres.

—Yo también sería una jinete de miedo si tuviera mi propio poni —farfulló mientras intentaba recuperar sus flechas sin tocar las histamidas.

Reanudó su camino rascándose los muslos, en los que ya se hinchaban unas ampollas rojizas. La comezón no hizo sino empeorar durante el entrenamiento, hasta el extremo de que le costó concentrarse durante la sesión de tiro al arco. Barcida, su única amiga entre las aprendices, no estaba presente: se había roto la muñeca durante un ejercicio de lucha. Sin su compañía, a Candrie se le hizo más penoso el entrenamiento. Perdió tres flechas en los arbustos y recibió las amonestaciones de la maestra de armas, que la envió a seguir el resto de la clase desde el borde del claro. Sentada sobre una cepa, con la barbilla hundida entre las manos, Candrie observaba de mal humor a sus camaradas encadenar un ejercicio tras otro. Como de costumbre, Antíope entrenaba con Mélanippè, la única aprendiz capaz de rivalizar con ella en las disciplinas amazónicas. Las dos chicas se entendían como dos cachorros y atraían las miradas de admiración de sus compañeras.

Mélanippè, cuya madre provenía de un pueblo ilota vecino al bosque, parecía una arcadia típica, con los pómulos prominentes, la piel mate, las finas trenzas negras, la robusta silueta y los párpados ligeramente rasgados, bajo los cuales brillaba una luz maliciosa. Más esbelta, Antíope tenía unos ojos almendrados que se redondeaban en torno al iris color avellana, lo que daba a su rostro un aire más felino. A veces Candrie pedía ayuda a su madre para copiar los elaborados peinados de la princesa.

Cuando el entrenamiento tocó a su fin, Candrie tenía los muslos

ensangrentados de tanto rascarse y soñaba con hundir las piernas en el agua fresca para calmar las comezones. Por eso miró con más envidia que de costumbre a las aprendices cuando recogieron sus cosas y se fueron correteando al río para jugar en el agua.

Su madre le tenía estrictamente prohibido nadar con sus camaradas.

Por lo general, cuando las aprendices se iban al agua, Candrie se quedaba rezagada con Barcida, pero su amiga estaba en casa con la muñeca rota.

Si Candrie no hubiera olvidado dar de comer a la yegua la víspera, si no hubiera escuchado a hurtadillas las palabras de Temis, si no hubiera oído al poni en el último momento, si no se hubiera caído sobre las histamidas, si su piel no se hubiera irritado tanto, si Barcida hubiera estado con ella para hacerle compañía, quizá no se hubiera saltado la prohibición de ir al río con las aprendices. Pero todos estos acontecimientos se encadenaron, y fue a la orilla junto con sus camaradas.

Un enorme eucalipto que había caído atravesando el curso del agua unos meses antes hacía las veces de trampolín para el grupo de chicas. Sus ramas aún verdes habían quedado atrapadas en las de los árboles de la orilla opuesta, de manera queel gigante de madera yacía medio encorvado sobre las aguas del río. Las aprendices más temerarias trepaban hasta la mitad del tronco, a una altura de seis o siete pasos, y saltaban a pies juntillas en el agua del color de la obsidiana. Hasta ahora, ninguna se había atrevido a llegar tan lejos como Mélanippè y Antíope, que se desafiaban en cada sesión.

Mientras sus camaradas se desembarazaban felizmente de sus cosas en la orilla para escalar el tronco, desnudas como las habían traído al mundo, Candrie se arremangó la túnica sobre las piernas para meterse en el agua. Al menos respetaba la consigna, puesto que no nadaba. La frescura del agua apaciguó enseguida sus comezones. Una vez sumergida hasta medio muslo, se detuvo para ver a las chicas intensificar los espectaculares chapuzones. Los dedos de sus pies revolvían febrilmente el cieno. Tenía unas ganas locas de participar en los juegos de las aprendices, pero en el fondo no se atrevía a desobedecer las órdenes de su madre. Se limitó a observarlas, imaginando hasta qué altura habría trepado ella sobre el tronco, el chapuzón extraordinario que habría conseguido, los rostros de admiración de sus camaradas, si solo le hubieran permitido participar, si solo…

Estaba en este punto de ensoñación cuando alguien la empujó brutalmente por la espalda. Candrie terminó con la nariz en el agua. Batió los brazos unos instantes y recuperó la posición vertical mientras escupía agua, la cara chorreando y la ropa empapada, delante de una

Mélanippè que soltó una carcajada al verla calada hasta los huesos.

—¡Candrie no sabe nadar! —rugió mientras le enviaba grandes salpicaduras.

—¡Eso no es verdad! ¡Sí que sé! —se defendió esta, levantando los brazos para protegerse.

—¿Y entonces por qué nunca te tiras al agua con nosotras? —preguntó Mélanippè con una mirada maliciosa.

Mélanippè se puso a dibujar surcos amenazantes en la superficie delante de su camarada, que no las tenía todas consigo. A su alrededor, el río había enmudecido. Una treintena de aprendices seguía la conversación con el interés de una jauría dispuesta a participar en el escarnio.

—Porque mi madre no me deja —balbució Candrie.

Enseguida comprendió que no era la respuesta más acertada para una pandilla de chicas feroces que aprovechaba la primera ocasión para cebarse un poco más con ella.

—Pero me voy a tirar de todos modos —añadió.

Escupió en el agua con aire desafiante. Sorprendida, Mélanippè se apartó para dejarla pasar. Candrie avanzó chapoteando hasta las raíces del árbol y se incorporó para salir del agua. La ropa se le pegaba a la piel y goteaba sobre el tronco dejando manchas oscuras. Dio un paso, resbaló sobre la corteza mojada y estuvo en un tris de caerse hacia atrás, pero recuperó el equilibrio haciendo aparatosos molinetes con los brazos. En el agua, las aprendices se partían de risa. Candrie hizo caso omiso y se puso a cuatro patas para iniciar el ascenso del tronco. Sus manos y sus pies buscaban ávidamente la menor aspereza a la que agarrarse. Lentamente, con los ojos puestos en la corteza, avanzó por el tronco, decidida a trepar más alto de lo que Mélanippè y Antíope habían osado jamás. Pasó por encima de las huellas húmedas que las dos aprendices habían dejado en su paso anterior y continuó subiendo, concentrada en la corteza, olvidando todo lo que la rodeaba.

Cuando por fin levantó la cabeza, el vértigo se apoderó de ella. Había llegado casi al nivel de la copa del árbol. A esta altura, el río se asemejaba a una gran lengua negra, sembrada dereflejos de nubes, que se extendía hasta desaparecer detrásde una franja de árboles. Por debajo de Candrie, las aprendices parecían minúsculas. Veía sus brazos claros agitarse en el agua negruzca mientras gritaban:

—¡Baja, Candrie, es peligroso!

—¡Mi madre dice que la superficie puede ser tan dura como la piedra si saltas desde muy alto!

Candrie notó que los latidos de su corazón se aceleraban. Tenía los nudillos blancos. Ya no podía dar media vuelta. Por encima de la pulsación que resonaba en sus oídos, oyó la voz perentoria de Antíope

que clamaba:

—Nunca se atreverá.

Entonces saltó.

Le dio tiempo a contar varios segundos antes de que sus pies perforaran violentamente la superficie. Sus fosas nasales se llenaron de agua. La negrura de las profundidades pareció abatirse sobre ella a medida que su cuerpo se hundía en el río.

Durante varios instantes, observó el rosario de burbujas que salía de su boca y corría hacia la superficie. Luego, sus brazos y sus piernas recordaron las brazadas que habían aprendido y Candrie ascendió lentamente hacia la luz. Atravesó la superficie, aspiró una gran bocanada de aire y miró sorprendida en derredor, pestañeando para expulsar el agua de sus ojos. Una ronda de caras la rodeaba. Las bocas profirieron gritos de júbilo y silbidos. Las aprendices, que habían nadado hasta su punto de inmersión, aclamaban su proeza.

Una sonrisa beatífica se dibujó en el rostro de Candrie. Nunca se había sentido tan orgullosa de sí misma, ni tan fuerte. Volvió a la orilla y salió del agua mientras sus camaradas le daban palmaditas en el hombro con exclamaciones de asombro. La admiración se leía en sus rostros.

Excepto en uno.

Antíope no parecía muy contenta de que le robaran protagonismo. Sentada en el tronco, jugaba con su larga trenza morena, que parecía la cola de un gato airado, dispuesto a soltar un arañazo.

—¿Por qué te has dejado la ropa puesta en vez de hacer como nosotras, Candrie?

Candrie sintió que le caía un peso en el estómago. Apretó las rodillas y se volvió hacia las demás. Con estas dos palabras, «como nosotras», Antíope acababa de restablecer su posición de paria ante sus compañeras. Su chapuzón espectacular había desaparecido por arte de magia de la mente de las chicas: las aprendices miraban sus prendas empapadas intercambiando comentarios burlones, como si, de pronto, el hecho de ir vestida fuera un criterio suficiente para excluirla de la comunidad.

—Eso es verdad, ¿por qué nunca te quedas desnuda del todo, Candrie? —inquirió Mélanippè, de pie en la orilla.

Ella tampoco parecía haber apreciado su proeza. Candrie la observó acercarse a ella y cogerle la túnica por abajo. Una gruesa bola de inquietud se atoró en su garganta cuando Mélanippè se puso a corear:

—El culo al aire, el culo al aire, el culo al aire…

—Es que mi madre no quiere que me quite la ropa —se justificó Candrie pobremente.

—El culo al aire, el culo al aire… —siguió ladrando Mélanippè

mientras daba vueltas a su alrededor.

El dobladillo de la túnica resbalaba entre sus dedos. La canción conquistó a las otras aprendices, que a su vez salieron del agua para rodearla. Antíope no se había movido del tronco y observaba el espectáculo con aire de minino satisfecho. La cantinela de las chicas sobreexcitadas prosiguió.

—¡El culo al aire! ¡El culo al aire!

De repente, Candrie notó que una de las chicas le cogía la túnica y se la pasaba por los hombros. Cegada por la tela empapada que se le pegaba a la cara, intentó zafarse con furia, pero pronto percibió que un extraño silencio la rodeaba. Sus atormentadoras se habían callado.

Le soltaron los brazos. Se bajó la túnica hasta las piernas con gesto precipitado. Cuando levantó la cabeza, vio la de Antíope, perpleja e iracunda. La princesa había saltado del tronco al agua y miraba fijamente su entrepierna entrecerrando sus ojos avellanados.

—No eres como nosotras —sentenció.

A unos pasos de ellas, Mélanippè meneó la cabeza con seriedad.

—Mi tutora es una éfora. Voy a decírselo.

Cuando Candrie volvió a su casa una hora más tarde seguía teniendo la ropa húmeda. Su madre estaba ocupada reparando una polea en la mesa de la terraza y dejó el gesto suspendido en el aire cuando la vio asomar por el agujero de la escalera, el semblante contrito y los cabellos mojados. Dejó sus herramientas sobre la mesa.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he caído al agua —mintió Candrie mirando de soslayo para evitar los ojos escrutadores de su madre.

Aun así, la madre percibió que Candrie estaba pálida como la cera.

—¿Te has caído al agua vestida?

Candrie había decidido no contarle a su madre el episodio del río, pero esta pregunta le hizo revivir el rechazo brutal que acababa de padecer. Unos lagrimones calientes empezaron a correrle por las mejillas. En su intento por contenerlos, se le torció el rostro, un temblor agitó su barbilla y, de golpe, las palabras salieron a borbotones de su boca al ritmo entrecortado de sus sollozos.

—Yo no quería ir al río, pero como estaba llena de picaduras de histaminas he ido porque tú me has dicho que el agua las curaba. Me quedé vestida, pero Mélanippè y Antíope querían que me desvistiera y luego han dicho que yo no era como todo el mundo. Mélanippè ha dicho que se lo diría a su madre, que era una e… e… éfora…

Cuando esta última palabra salió de la boca de Candrie, las pupilas de Chirone se volvieron tan minúsculas como puntas de flecha que se hubieran clavado en el centro del blanco de sus ojos. Entre dos hipos, Candrie pensó que finalmente tendría derecho a la bofetada magistral que temía desde que se había despertado esa mañana.

Pero su madre se limitó a sentarse lentamente encima de un leño. Sus ojos miraban fijamente el vacío. Siguió un prolongado silencio, entrecortado por los resoplidos de Candrie, que se sentía más aliviada después de haberse desahogado.Finalmente, su madre apretó la mandíbula. Sus nudillos emblanquecieron.

—Prepara tus cosas, gorrión. Mañana salimos de viaje.

Al día siguiente, sentada a horcajadas detrás de su madre, Candrie contemplaba los árboles desfilar al ritmo del pasitrote rápido de la yegua. Notaba la tensión de ella cada vez que el casco con penacho de una amazona asomaba a lo lejos. Algo le preocupaba, pero no se atrevía a preguntarle qué era.

Se habían marchado aquella mañana, muy temprano, antes de que los pájaros entonaran sus trinos. Con un nudo en el estómago, Candrie había despreciado las gachas que le había hecho su madre, quien, por lo demás, tampoco parecía muy hambrienta. Unos círculos rojos se cernían sobre sus pómulos. Antes de su partida, Temis había estrechado brevemente a Candrie entre sus brazos. A la chiquilla le había sorprendido este gesto, puesto que la amazona odiaba las demostraciones de afecto. No había duda de que era una mañana muy rara.

El sol estaba en su cénit cuando su madre condujo la montura al sotobosque.

—¿Por qué salimos del camino, mamá? —preguntó Candrie, bamboleando por el paso desarticulado de la yegua en la espesura.

—Porque la linde del bosque está a media legua de aquí y tenemos que evitar a los centinelas que la vigilan. Y, ahora, chitón.

Candrie sintió que la emoción la invadía mientras daban un gran rodeo para sortear a los vigilantes. No había salido del bosque en toda su vida: solo las amazonas equipadas con cinturones tenían autorización para hacerlo. En su mente, la linde del bosque era una frontera mágica a la vez que aterradora, un corte limpio entre el mundo reconfortante de las amazonas y el caos que reinaba fuera. No dejaba de mirar por encima del hombro de su madre para atisbar aquel famoso límite. En derredor, los eucaliptos se espaciaban, dejando que grandes chorros de luz se filtraran hasta el suelo.

—Dime, mamá, ¿por qué las aprendices no tienen permitido salir del bosque? —susurró Candrie al oído de su madre.

—Porque no tenéis cinturones con azur vivo para protegeros.

—¿Protegernos de qué, mamá? ¿De los soldados temisciros?

—No solo de ellos.

Candrie percibió duda en la voz de su madre, que tiró de las riendas. La yegua aminoró el paso y se detuvo. Sin el ruido de sus

cascos, el bosque se volvió silencioso otra vez. Su madre se deslizó hasta el suelo y sujetó la rodilla de Candrie. Alzó hacia su hija sus ojos azules, de pronto inmensos y brillantes.

—Eres muy joven para entenderlo, pero no tengo elección. Es muy importante que me prometas algo, gorrión.

Candrie contuvo el aliento.

—No debes tener hijos. Jamás. Prométeme que no tendrás.

Candrie tuvo ganas de reírse, pues le parecía una promesa muy fácil de cumplir. Tenía siete años y, por lo que había visto, las niñas eran aprendices perversas o bebés tiránicos. No pensaba tener hijos, jamás.

—Te lo prometo, mami.

Reanudaron el camino. Siempre al acecho de la linde, Candrie se retorcía sobre la grupa de la yegua, bamboleándose hacia un lado y al otro para escrutar los alrededores. Su agitación terminó cuando los eucaliptos desaparecieron súbitamente para ceder paso a una vasta pradera cuyas verdes ondulaciones se perdían en el horizonte.

Candrie abrió los ojos como platos. Su mirada nunca había llegado tan lejos. Un viento del norte soplaba en su rostro y hacía susurrar las ramas a sus espaldas. Siguiendo las órdenes de su madre, la yegua penetró un vallejo poco profundo que las protegía de las miradas de los centinelas. Algunos árboles proporcionaban sombra a los ungulados salvajes que pastaban aquí y allá. Dejaron atrás una manada de enormes aves terrestres entretenidas en picotear las altas hierbas fibrosas del prado. Candrie mantuvo la cabeza vuelta para observarlas el mayor tiempo posible.

—¿Son aepronis, mamá?

—Sí. Aepyornis, no aepronis.

—¿Te acuerdas de la tortilla que hicimos, mamá? ¿Con aquel huevo gordo de aepyornis?

—Sí, gorrión.

Encantada por el descubrimiento, Candrie se puso a parlotear, comentando todas las cosas nuevas que veía. Después de la manada de aepyornis, vieron un pueblo ilota, un pequeño cúmulo de construcciones de paja asentadas en el repliegue de una colina. Candrie destacó con orgullo la superioridad de los árboles cabaña de las amazonas, que se le antojaban mucho más cómodos y prácticos que estas casuchas enterradas en el suelo. Su madre respondía raramente a sus comentarios entusiastas. Vieron a lo lejos a algunas ilotas que iban a trabajar sus campos o a cuidar el ganado. Muchas guerreras eran originarias de los pueblos: hijas de campesinos pobres, las habían relegado al bosque desde su más tierna infancia para convertirlas en pupilas y luego aprendices, como Mélanippè. A cambio de la protección de las amazonas, las ilotas les suministraban

alimentos y forraje. Al final del último invierno —cuando solo tenía seis años—, Candrie oyó hablar de un «levantamiento» en las aldeas. No sabía lo que los aldeanos levantaban, pero debían de estar muy ocupados por ese misterioso ejercicio, porque los carros de grano y de forraje ya no llegaban al bosque. Por fortuna, las logistas enviaron un contingente de amazonas para poner término al «levantamiento». Regresaron con los carros y todo volvió a la normalidad.

Candrie estaba extenuada cuando su madre detuvo por fin la montura. Se encontraban junto a un pequeño refugio encalado, plantado entre dos campos de avena. Candrie entró en el edificio y se llevó una decepción al no encontrar más que un montón de leña podrida y herramientas agrícolas rotas, tiradas sobre el suelo de arcilla. Se volvió hacia su madre, que desenvolvía su petate para sacar un pan de avena, una estera y una colcha fina.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Candrie.

—Vamos a pasar aquí la noche —respondió su madre sentándose en la estera. Mira, coge un pan y ven aquí.

La atrajo hacia sí y se puso a trenzarle el cabello. Mientras se comía el pan de avena, Candrie notaba los dedos ásperos de su madre pasar por detrás de sus orejas para juntar los mechones.

—¿Adónde vamos mañana, mamá? —preguntó levantando los ojos hacia su madre, de la que solo vio la barbilla.

—Ya lo verás, gorrión.

Una vez que le hubo trenzado el cabello, la madre atrajo a Candrie hacia su pecho y la acunó murmurando una cancioncilla. De vez en cuando le besaba las sienes, la mejilla, la frente. Sus besos estaban mojados. Agotada de cabalgar todo el día, Candrie se durmió arropada en el calor de sus brazos.

Cuando se despertó al día siguiente, le costó un rato comprender dónde estaba. Los contornos polvorientos del refugio se ajustaron. Su madre la había acostado debajo de la colcha, sobre la estera. Un paquetito, colocado junto a su cabeza, contenía el desayuno. Y, delante de ella, apoyada contra la pared de adobe del refugio, una persona la observaba silenciosamente en la penumbra. Candrie soltó un grito de estupor. Apartó a toda prisa la colcha mientras la persona se le acercaba. La luz que se filtraba por las fisuras de la puerta reveló su rostro.

Candrie no había visto un hombre en su vida, pero comprendió al instante que se trataba de uno. Un vello recio le salía de la barbilla, como a las amazonas más viejas, pero mucho más tupido. Tenía los brazos gruesos como jóvenes troncos de eucalipto. Candrie sintió que el miedo se apoderaba de su garganta. Las explicaciones de los adultos sobre el mundo exterior nunca le habían interesado mucho, pero había retenido la idea general: los hombres eran enemigos de las amazonas.

—¿Quién ez uzted? —lloriqueó—. ¿Dónde eztá mi mamá?

—Se fue en mitad de la noche —respondió el hombre—. Te ha dejado conmigo.

Impresionada por su voz grave, Candrie tardó varios segundos en asimilar la seriedad de sus palabras. Luego la verdad empezó a horadar lentamente su camino en su cabeza. Recordó la actitud poco habitual de su madre la víspera. La tristeza que había leído en sus ojos. Los besos mojados con que le había cubierto el rostro.

Su madre se había ido. La había abandonado.

Candrie sintió que se le hinchaba una bola en el pecho, un saco de pena demasiado grande como para que su cuerpo pudiera absorberlo. Un instante después, el saco explotó y su rostro pareció sucumbir a los embates de la desesperación.

—Ven aquí —dijo el hombre atrapándola por una de las trenzas con gesto brutal.

Candrie forcejeó y gritó. En la habitación, las herramientas agrícolas rotas temblaron. A través de sus lágrimas, vio que el hombre tenía una daga en la mano. Iba a degollarla como a un cerdo.

Sin embargo, en vez de pasarle la hoja por el cuello, se limitó a cortarle una de las trenzas, que cayó al suelo con un ruido seco. Perpleja, Candrie dejó de forcejear.

—Créeme, era mejor que no te quedaras con ella —dijo el hombre mientras una segunda trenza castaña se deshilachaba sobre el suelo de arcilla—. Las salvajes de sus camaradas la matarán en cuanto se enteren de lo que ha hecho. Nunca debió quedarse contigo.

—¿Por qué? —preguntó Candrie.

El hombre le dio la vuelta y acercó la hoja a la altura de sus ojos. En el hierro de la daga, Candrie vio el reflejo de sus ojos azules enrojecidos por las lágrimas, su cara cuadrada que nunca le había gustado mucho y sus rizos ahora cortos acaracolados encima de las orejas.

—Porque eres un chico.

Luego se enderezó y enfundó la daga.

—Mi hijo. Y a partir de ahora te llamarás Alcandre.

1

La eclosión

PITÓN

Veintiocho años más tarde

Aparte de algunos mazacotes de nieve caídos de las palmeras muertas, ningún movimiento había alterado el patio del palacio real desde hacía semanas. El frío parecía haber congelado el paso del tiempo y le daba al edificio un aire de escenario vacío. Y, como cualquier escenario vacío, se diría que esperaba un espectáculo.

Sobre el pedestal nevado, la serpiente Pitón incubaba sus huevos. Una fisura se dibujó sobre la superficie lisa de un cascarón. El acontecimiento hizo un ruido similar al crujido que produce una pisada sobre un lago helado: nítido e inquietante. Siguió otro crujido. La serpiente movió sus pupilas sin párpados. Sus anillos se desplegaron con un chirrido, escamas contra escamas, desembarazándose de la nieve que las cubría. En el centro, las fisuras de los dos cascarones se agrandaron, revelando unas membranas blancas, agitadas por la presión de los cuerpecitos flexibles en busca de aire y de luz. El resto de la nidada permaneció inmóvil: los otros huevos no habían sobrevivido a la estasis que el Basileus les había impuesto.

Una nariz triangular perforó una de las dos membranas, revelando una versión reducida del enorme reptil que vigilaba la eclosión.

—*Para ti es el futuro* —anunció este último.

La otra membrana se rasgó a su vez, revelando otra serpiente.

—*Para ti es el pasado* —añadió Pitón.

Las crías de serpiente, translúcidas como el cristal y largas como hombres, se estiraron fuera de sus cascarones. Sus bocas se abrieron para bostezar, en un ángulo solo posible para las mandíbulas

reptilianas. Sus blancos colmillos relucieron a la luz que se derramaba sobre el patio cristalizado del palacio real. La primera cría se deslizó por los anillos de Pitón.

—*Licurgo se acerca*.

La segunda silbó de ira.

—*Nos robó hace veinte años para servir de ofrenda al Basileus* —respondió—. *Fuimos un regalo diplomático*.

—*Vuestros hermanos y hermanas no vivirán jamás por su culpa* —dijo Pitón.

La primera cría se volvió hacia su hermana.

—*Si te quedas, podremos vengarnos*.

—*Entonces nos vengaremos* —respondió la segunda cría.

Esta última permaneció enroscada en medio de los huevos que no habían eclosionado, mientras que su hermana se alejó hacia la salida.

Pitón se deslizó por el suelo nevado y reptó por las huellas dejadas por su primera cría, que ya desaparecía detrás de las galerías del patio. Como había hecho tiempo antes, reptó por las murallas del palacio real y salió a los canales del séptimo nivel, azotados por el viento.

Llegó al peaje más cercano. En una garita situada a la altura de la escalera de hielo, unos maleantes dormitaban sentados. Uno se despertó al paso de Pitón. Vio la enorme serpiente, murmuró: «Ayer me pasé con el aguamiel», y volvió a dormirse.

Pitón continuó su descenso. Pasó por otros dos peajes sin despertar a los guardias soñolientos. En cuanto a los tres restantes, solo tuvo que silbar en dirección de los maleantes para disuadirlos de moverse un ápice. Sabía que no tardarían en dar la alarma, pero para cuando los humanos la localizaran y le dieran alcance, ya estaría lejos.

Prosiguió su camino y llegó a la pradera rizada por los ventisqueros blancos que separaba las torres de las murallas. A lo lejos asomaba la brecha de la cúpula, tapada hasta media altura por un mortero basto. Pitón disparó su lengua en dirección al inmenso andamio. Ya no podía salir por ese lado. Zigzagueó a través de la pradera, dibujando en la nieve extraños rastros sinuosos que dejarían perplejos a los fisgones al día siguiente y cruzó las puertas de la ciudad. Luego atravesó la inmensa llanura donde se ovillaba Hiperbórea antes de llegar a las primeras ondulaciones del paisaje que anunciaban las montañas. El crepúsculo despuntó mientras zigzagueaba por los huecos de los valles ripeos vestidos de blanco. Un sol invernal lechoso se levantó en el cielo cuando llegó al lago helado, al pie del glaciar. Sus escamas rayaron la superficie bajo la cual se adivinaban las aguas negras y profundas. Se detuvo en el centro del lago, se enroscó sobre sí misma, con la cabeza apoyada sobre sus anillos, y esperó. Le quedaba una partida que jugar con el destino

antes de volver a la soledad de las montañas, donde solo el paso de los caravaneros marcaba el del tiempo.

Alcandre

En la cima de la Extractora, la resonancia reiterada de un par de botas sobre el suelo de mosaico marcaba el tempo de las borrascas que golpeaban las baldosas. Alcandre se paseaba arriba y abajo en los aposentos del alcaide, que residía en una celda de las plantas inferiores de la prisión. La conversación para la que se estaba preparando tendría serias implicaciones para su futuro. Se detuvo un instante para mirar el paisaje por la ventana —torres cubiertas de escarcha, iluminadas por el sol vespertino— y reanudó su marcha. Se sentiría más confiado si no hubiera cometido tantos errores.

El primero de sus errores era haber provocado el incendio causante del deterioro de la cúpula. La temperatura era demasiado baja como para permitir que los obreros siguieran tapando la brecha: la helada les impedía seguir tabicando. Después de una década de perseverancia, terminaron por tirar la toalla y abandonar la construcción. La obra inacabada se extendía por el adamante con una enorme grieta oscura suturada de andamios. Quedaba la mitad de la brecha por tapar, que dejaba un largo triángulo abierto por donde se precipitaban las corrientes de aire. Los clanes habían aprovechado el caos reinante para tomar los puestos de aduanas. Controlaban las entradas y salidas y el abastecimiento de la ciudad. Los productos de primera necesidad se vendían a precios desorbitantes. La sombra de la hambruna planeaba sobre Hiperbórea.

Su segundo error había sido dejar que Arka se escapara. No sospechó que tomaría la decisión de marcharse de Hiperbórea después del hundimiento de la torre. Le costó varios días darse cuenta de su partida. La distancia entre Arka y Alcandre cada vez era mayor y se tornaba inquietante. Había desechado la idea de lanzar a Sileno en su persecución, puesto que el lémur nunca había ido a los montes Ripeos y su convalecencia se prolongaba. Para acelerar su recuperación, Alcandre lo metió en un tanque mancimniótico, instalado en los aposentos que ocupaba. Inmóvil, con el rostro que emergía del agua viscosa, su criatura lo seguía con la mirada. Sus órganos vitales necesitaban aún varios días para recuperarse. Alcandre no tenía elección: debía enviar a otra persona en busca de Arka.

De su tercer error terminaba de enterarse.

—¿Cuántos meses? —preguntó sin dejar de caminar.

Desde un recoveco oscuro de la habitación, una voz cavernosa y metálica llegó hasta él:

—Dos.

—Eso me da tiempo para encontrar una solución. Necesito a Barcida.

—Su ayuda será insignificante frente al riesgo que supondría el nacimiento de ese niño, amo.

Alcandre miró de reojo el rincón de donde provenía la voz. Una forma humanoide con las extremidades metálicas salió de la penumbra. Llevaba un brazo desmontado que sostenía con el otro y lucía una máscara de hierro de rasgos anodinos. Las oscuras ranuras de los ojos lo miraban enigmáticamente. Desde que le había dado la máscara, Pentesilea no se separaba nunca de ella. El inconveniente era que Alcandre no podía ver sus expresiones. Más allá del problema real que suponía el embarazo de Barcida, se preguntó si no se sentía amenazada por el niño que iba a nacer.

—Voy a meditarlo —se limitó a responder—. Ya está suficientemente oscuro, vamos.

Pentesilea se encajó el brazo mecamántico en el hombro, movió los dedos articulados y a continuación subió por la escalera que llevaba al tejado. Nada más atravesar la trampilla de la terraza, sintieron el frío de la noche que caía. Alcandre se subió la capucha y fue hasta el centro de la techumbre, acondicionada como un jardín suspendido. En las fuentes, los chorros de agua helados habían adoptado extrañas formas bulbosas. Las plantas se asemejaban a delicadas esculturas de hielo. Alcandre se detuvo en el centro de un gran rosetón de mosaico y levantó la mirada. La cúpula enmarcaba su cabeza, una barrera apenas visible entre el azul oscuro de la bóveda celeste y él. Se metió tres dedos en la boca y silbó una larga llamada.

Unos minutos más tarde, una sombra veló el pálido destello de las primeras estrellas. Un instante después, una enorme ave rapaz se posó ante él. Los gélidos torbellinos levantados por sus alas negras de azabache se llevaron su capucha. Alcandre se acercó al pájaro rocho y le acarició el pico con la punta de la manopla.

—Siento dejarte fuera de la ciudad, eres demasiado visible en pleno día, Mélanéphèle —dijo.

El animal se frotó afectuosamente contra su cabeza y luego se agachó para permitir que Pentesilea montara en su lomo, donde había una doble silla de montar. Cuando Alcandre se hubo instalado a su vez, la joven dio una orden breve y la rapaz despegó.

Alcandre se dejó transportar por su vuelo a través de Hiperbórea. El viento soplaba en la ciudad. Prefería verla de noche, cuando los estragos causados por sus errores eran menos visibles. Los colores de la ciudad —el verde de las plantas trepadoras, el azul del agua, las pinturas de los muros— se habían ido como una arena de colores arrastrada por el viento. Ya solo quedaba un decorado de estalactitas y

de canales helados recubiertos por una nieve grisácea que se diluía en fango cuando los hiperbóreos la pisaban en las calles del primer nivel. Por más que Alcandre se dijera a sí mismo que esta situación solo era pasajera, no podía desterrar su sentido de culpa cuando veía el estado de la ciudad cuya conquista había estado a punto de culminar.

La tez de su rostro ardía bajo los embates del viento y sus pies se balanceaban en el vacío al ritmo de los poderosos aleteos. Estaba acostumbrado a estas sensaciones: las conocía desde que su padre le había enseñado a volar, hacía veintiocho años; su padre, a quien volvería a ver esa misma noche, después de haber pasado seis meses en Hiperbórea.

El rocho llegó al nivel de la brecha de la cúpula y sobrevoló con un sedoso aleteo los andamios abandonados por los albañiles. Aunque se hubieran quedado, no habrían percibido la sombra fugaz que dibujaba el vuelo del ave.

En el exterior de la cúpula la temperatura era más baja. Alcandre se arrimó a Pentesilea para protegerse del temible mordisco del viento. Mientras ella ponía rumbo a los montes Ripeos, él pensó en la reunión que le esperaba. Después de seis meses de distanciamiento, la idea de presentarle a su padre los resultados de su empresa le producía un fuerte temor. Su plan, que el padre había juzgado a menudo irrealizable, entraba por fin en su última fase. Iba a tomar Hiperbórea sin asedio y sin presentar batalla. Un logro frente al cual la conquista de Napoca pasaría por una masacre inútil y desordenada.

El rocho alcanzó las primeras estribaciones de los montes Ripeos, cuyo friso aureolaba el rojo resplandor de la tarde. Pentesilea lo guio hacia el triángulo claro que recortaba una meseta nevada sobre la ladera de una cima rocosa. Mientras emprendían el descenso, Alcandre discernió en la penumbra las formas oblongas de casi trescientos pájaros rochos acostados en la nieve polvo y de cinco grandes refugios de hielo dispuestos en quincunce. El tamaño del destacamento le perturbó. En sus cartas, le había aconsejado a su padre que llevara tropas mucho más modestas. No entraba en sus costumbres pasarse de precavido.

Mélanéphèle aterrizó en el refugio central, y Alcandre saltó de la silla, hundiéndose hasta la cintura en la blanda nieve que cubría la meseta. Sus ojos irritados por la cabalgada aérea se nublaron de lágrimas ardientes. Se pasó la mano por la cara para enjugarlas y de paso se deshizo de los picos de hielo que se habían formado en su barba durante el vuelo. Ante él se precisaron los contornos del refugio, medio sepultado por los montículos de nieve. Con un gesto, holló un camino en la nieve polvo hasta la entrada del refugio.

La puerta consistía en un simple trozo de hielo grabado con un sello de apertura que Alcandre activó. El hielo se fundió para

permitirle acceder a la cámara del refugio y se cerró al instante detrás de él. Una temperatura mucho más agradable le esperaba en la antecámara, donde los edecanes habían guardado las sillas de los rochos encima de lonas engrasadas. Alcandre levantó la cortina de pieles colgada delante de la entrada y entró en la estancia principal del refugio.

Las paredes de hielo, lisas y brillantes, reflejaban la luz emitida por una esfera que iluminaba a media docena de hombres reunidos alrededor de un samovar. Ninguno se levantó al verlo llegar, pero Alcandre percibió que se enderezaban en un esfuerzo vano de no parecer demasiado viejos y encorvados ante él. La mayoría de los oligarcas presentes en la reunión eran antiguos generales de contingentes mercenarios que Napoca había contratado para proteger su frontera de las amazonas… hasta que decidieron conquistar la ciudad, quince años atrás, por iniciativa de un jefe de guerra llamado Licurgo.

Licurgo, el padre de Alcandre, cuya ausencia enseguida despertó la inquietud del hijo.

—Alcandre, bienvenido —anunció una voz grave y timbrada—. Ven a sentarte con nosotros.

La acogida, calurosa, vino de parte de un hombre que la edad no había conseguido engordar ni escuchimizar. Bajo sus negras y pobladas cejas, que contrastaban con el gris metálico de sus cabellos, el general Filón observó al recién llegado con sus ojos orlados de ojeras, como si esta reunión fuera la última tarea de una jornada agotadora, que solventaría, no obstante, con rigor. Alcandre sabía que su interlocutor apreciaba los aires ponderados y trabajadores para fortalecer su reputación de buen gestor.

Filón era el brazo derecho insustituible de su padre, el artífice de la conquista de Napoca, el hombre de paja que había permitido que Temiscira afianzara su poderío después de los primeros sucesos militares. Observándolo, Alcandre comprendió que su interlocutor esperaba su hora de gloria desde hacía tiempo, y que esta hora había llegado por fin.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó sin responder a la invitación.

Los oligarcas se revolvieron incómodos en sus banquetas de hielo cubiertas de pieles. Solo Filón permaneció impasible. Levantó una ceja cenicienta, se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas ampliamente separadas para anunciar con la voz cargada de conmiseración:

—Hace un mes, Licurgo sufrió un problema de salud del que prefirió no informarte por temor a que interceptaran el mensaje. Decidió reposar y delegar en nosotros los asuntos corrientes a la espera de mejorarse.

Alcandre domeñó cada músculo de su rostro para enmascarar el efecto que esta noticia acababa de provocarle. Conocía demasiado bien las tendencias despóticas de su padre como para imaginar por un solo segundo que consintiera en traspasar las riendas del poder a un tercero a causa de un problema pasajero. Filón minimizaba los problemas de salud de Licurgo. Alcandre habría deseado pedir más detalles, pero sabía que sus preguntas inquietas lo expondrían al desprecio de los oligarcas, que guardaban de él la imagen del retoño de amazona traído por Licurgo. Era exactamente lo que Filón esperaba.

—¿Está diciendo que la toma de Hiperbórea es un asunto corriente?

La máscara de empatía se borró del rostro de Filón. Se enderezó, dejó su cuenco de té sobre el samovar y juntó las manos para frotárselas concienzudamente. El vello negro asomaba por las mangas de sus pieles y reptaba por sus falanges.

—Es un asunto urgente. Sería una lástima echar a perder tu buen hacer, Alcandre. Te felicitamos por tu perseverancia. Gracias a ti, dentro de cuatro días las puertas de Hiperbórea se abrirán, un logro que parecía fuera de nuestro alcance hace tan solo unos meses.

Alcandre esperó la continuación. Filón no se prodigaba en elogios: aplicaba sus felicitaciones como una pomada costosa en previsión del dolor que vendría después.

—Sin embargo…, estimamos que no eres apto para gestionar la continuación de las operaciones.

Alcandre había temido que quisieran recuperar el control, pero supuso que la iniciativa vendría de su padre y no de un secuaz con ansias de reconocimiento como Filón.

—¿Y de dónde sale esta opinión? —preguntó todavía de pie.

Frente a la actitud de Alcandre, Filón abandonó su expresión diplomática.

—Nos habías prometido que nos entregarías Hiperbórea intacta. Hemos invertido mucho en este proyecto. El incendio del bosque nos costó casi todas nuestras reservas de oricalco macizo. ¿Y cuál ha sido el resultado? Una ciudad medio derrumbada, una economía de capa caída y unos habitantes que se esconden como ratas en…

—Esta situación es temporal —zanjó Alcandre—. Hiperbórea se levantará en cuanto se repare la cúpula. Y no recuerdo que buscarais «gestionar la continuación de las operaciones» después de que mi padre conquistara Napoca… Y eso que el asedio fue una auténtica carnicería.

Su observación provocó algunos ceños fruncidos entre los oligarcas. Ninguno había osado jamás criticar la conquista napociana. Se volvieron hacia Filón, esperando una respuesta. Un rictus

condescendiente estiró los labios de este último.

—Tú no eres tu padre, Alcandre. Sin duda eres hábil para maniobrar entre bambalinas y fraguar maquinaciones, pero el ejercicio del poder, el verdadero poder, te es desconocido.Hiperbórea necesita un hombre fuerte al mando.

—¿Un hombre que logró conquistar una ciudad inexpugnable con cincuenta guerreras? ¿Que conoce la sociedad hiperbórea mejor que cualquiera en esta sala?

—Sé razonable, Alcandre. Tus guerreras lograron retener como rehenes a los magos porque aprovecharon el efecto sorpresa sobre un puñado de civiles —declaró Filón—. No aguantarían ni medio día frente a una cohorte temiscira, ni siquiera con el azur vivo.

Se enderezó y captó las miradas de los oligarcas, como para demostrar que sus afirmaciones eran fruto de una reflexión colectiva, incluso si estos últimos no habían intervenido.

—De hecho, vamos a demostrarlo —prosiguió—. En tus últimas misivas hemos visto que preveías una salida favorable para tus guerreras… Esta parte de tu plan será desestimada. Algunas ejecuciones ejemplares permitirán dar mayor credibilidad a nuestro rescate. Una cincuentena de pérdidas por la conquista de Hiperbórea es un precio muy modesto que pagar, ¿no crees?

Lívido, Alcandre pensó en la lealtad indefectible de Barcida y el bulto que había sentido bajo sus dedos. Tenía ganas de levantarse contra Filón, pero un horrible pensamiento se insinuaba ya en su cabeza: este cambio de estrategia le convenía. Los soldados-pajareros solventarían el problema que crecía en el vientre de Barcida sin que él tuviera que afrontar la culpabilidad de tener que encargarse personalmente de ello.

De pronto se fundió un trozo de hielo de la pared de enfrente, revelando a un edecán que parecía muy avergonzado por interrumpir la reunión. Sostenía el codo de un viejo que temblaba y cuyos gruesos pies envueltos tropezaban con las asperezas del suelo. Alcandre tardó varios segundos en reconocer a su padre.

La mitad de su rostro se había borrado. Sus cabellos se habían vuelto blancos, ralos y apagados. Restos de comida ensuciaban su barba gris. Apretaba un pañuelo con una mano temblorosa y buscaba a Filón con la mirada. Un hedor a excrementos se desprendía de sus pieles y flotaba hasta las fosas nasales de Alcandre.

—General Filón —dijo precipitadamente el edecán—, discúlpeme, el Polemarca Licurgo ha querido…

—Está bien, está bien, soldado. Parece que tiene ganas de unirse a nosotros, deje que se acerque —respondió Filón en tono bondadoso mientras daba unas palmaditas en el asiento que quedaba libre a su lado.

Con horror, Alcandre vio a su padre, Licurgo, el señor de la guerra al que había temido y admirado durante toda su vida, avanzar a pasitos indecisos hacia el banco de hielo. Filón se levantó y lo sostuvo del otro codo para ayudarlo a sentarse.

—Mira, Licurgo, tu hijo está aquí —susurró como una madre que alienta a su hijo.

Licurgo volvió la cabeza y su ojo derecho se iluminó al reconocer a Alcandre. La angustia se apoderó de este último. Su padre jamás le había sonreído con tanto candor. ¿Había llegado a ver siquiera esta expresión en su rostro? Sin embargo, la sonrisa estaba ahí, torcida por la hemiplejía, amarilla y desdentada, una sonrisa de viejo senil, radiante por la dicha de ver a su hijo.

—Al… can… dre —dijo Licurgo con voz trémula—.Estás… aquí.

—¡Te ha reconocido! —exclamó Filón dándole palmaditas a Licurgo en el brazo—. A veces le cuesta recordar el nombre de las personas que lleva tiempo sin ver.

—¿Por qué lo ha traído con usted? —fue todo lo que alcanzó a decir Alcandre.

—Licurgo es un símbolo —respondió Filón—. Pienso que su presencia nos ayudará a conseguir la transición políticaen Hiperbórea. Y, además, él está contento de acompañarnos en esta nueva conquista.

Alcandre no podía sino imaginar hasta qué punto su interlocutor se deleitaba con el estado de debilidad de Licurgo; él, que tanto había sufrido su tiranía.

—Seamos claros, Alcandre —añadió Filón—. Para evitar que se produzca un cambio de régimen definitivo —dijo apretando afectuosamente el hombro de Licurgo—, esperamos una cooperación total de tu parte.

Al sentir la presión en su hombro, Licurgo levantó sus ojos marrones hacia él y le sonrió. Filón le devolvió un guiño juguetón. Alcandre no podía soportar la escena ni un segundo más. Se golpeó el pecho para despedirse de los oligarcas y salió del refugio de hielo.

¿Podía seguir llamando «padre» a esa cosa temblorosa? La decrepitud fulgurante de Licurgo le producía un horror visceral. Habría preferido saberlo muerto. Sin embargo, para su gran desesperación, se sentía incapaz de intentar nada que pudiera ponerlo en peligro.

Alcandre estaba tan acostumbrado a manipular las debilidades ajenas para servir a sus propios fines que jamás habría imaginado que alguien pudiera hacerle doblar el espinazo con el mismo ardid. Ahí donde su apego a Barcida había fracasado, triunfaba el influjo del amor paterno. Cuando fue al encuentro de Pentesilea, que lo aguardaba en la noche polar de la meseta, los montes Ripeos se le antojaron aún más inmensos. O quizá era él quien había

empequeñecido.

Miró a Pentesilea, que, encaramada en el lomo del pájaro rocho, lo observaba en silencio. Barcida estaba condenada, pero aún podía salvar a una de sus guerreras.

—Me quedo aquí —anunció—. Tú te quedas con Mélanéphèle.

—¿Qué quiere que haga, amo?

—Quiero que vayas a buscar a Arka.

2

El legado del lémur

Arka

Cada mañana al despertar, acurrucada contra el costado caliente de Tapón en el refugio de hielo que había erigido, Arka no dejaba de asombrarse. Después de los meses transcurridos en Hiperbórea, no conseguía acostumbrarse de nuevo a la vida nómada de los montes Ripeos. Con la mirada perdida en la reluciente blancura de las paredes, rememoraba el encadenamiento de los acontecimientos que la habían privado de la cama confortable de su pequeña habitación en el torreón.

Había llegado a la ciudad-Estado en la estación anterior, huyendo de las revueltas de Napoca y de su pasado de aprendiz de amazona, con un proyecto somero por todo equipaje: encontrar al padre hiperbóreo que nunca había conocido. Por una serie de circunstancias, se había hecho discípula de Lastyanax o, dicho de otro modo, secuaz de un político temperamental adepto al papeleo.

Contra todo pronóstico (y gracias al excepcional espíritu diplomático del que había hecho gala), habían terminado por entenderse, hasta el punto de que Lastyanax la había reclutado para sus pesquisas sobre la muerte de su propio maestro, el ministro Palatès. De esta suerte, la vida de Arka en el séptimo nivel se había visto marcada por sus investigaciones y sus obligaciones de lacaya para con su mentor. Mientras que otros asesinatos venían a golpear el Magisterium, ella había descubierto la existencia de una antigua maldición que el soberano de Hiperbórea había infligido a las amazonas responsables del asesinato de sus hijos. Este maleficio condenaba a las víctimas a matar a sus progenitores y a morir a manos de su descendencia. Para poder lanzar su venganza contra las amazonas, el Basileus había tenido que sufrir el mismo tormento: la

maldición del espejo.

Tras haber perdido a sus hijos y la posibilidad de tener más, se creía inmortal. Sin embargo, un hombre había logrado resucitar a su hijo mayor, convirtiéndolo en una marioneta sin alma al servicio de su amo. El hombre había dado la orden a su lémur de concebir un niño con una amazona: ese niño era ella.

Al ir a Hiperbórea, Arka se había expuesto a la maldición del espejo, que la había empujado a asesinar al Basileus para salvar la propia vida. A continuación, el amo de los lémures se las había arreglado para que la condenaran a la pena capital y había conseguido, de paso, hacer rehenes a los magos hiperbóreos en la prisión de la ciudad, haciéndoles creer que sus captoras eran amazonas. Arka había conseguido escapar a costa de un combate que provocó el desmoronamientode una torre sobre la cúpula protectora de Hiperbórea. Hija de amazona, regicida, portadora de una maldición, destructora de ciudades: todo ello constituía una carga excesiva que soportar cuando ni siquiera había cumplido catorce años. Decidió huir para volver a Arcadia, al bosque de las amazonas, de donde era originaria.

En su fuga, dejó atrás a su mentor, Lastyanax. Se sentía culpable por haberse ido de la ciudad sin despedirse, máxime cuando él había arriesgado la vida para sacarla de la trampa judicial que el amo de los lémures le había tendido. Sin embargo, como este último iba tras su pista, habría sido peligroso para Lastyanax reunirse con ella; el amo de los lémures ya había demostrado que estaba dispuesto a acabar con quienquiera que se interpusiera entre Arka y él.

Arka había concluido amargamente, a partir de estos sinsabores, que no podía seguir viviendo en una zona donde se ejercía la magia. Su inmortalidad no había hecho otra cosa que provocar catástrofes mortales a su alrededor, como si los acontecimientos, obligados por la maldición a salvarla a ella, se vengaran cebándose con su entorno. Su tutora, Chirone, perdió la vida el mismo día en que Arka entró en una zona mágica por primera vez en su existencia. Su camarada y compañera de infortunios, la princesa Pentesilea, había sido asesinada por culpa de Arka en las revueltas de Napoca. Lastyanax había estado a punto de morir varias veces durante los meses que convivieron juntos. El combate de Arka contra el amo de los lémures había supuesto la desaparición de miles de hiperbóreos en la torre. Había llegado la hora de poner fin a la hecatombe y volver al bosque de las amazonas, donde la maldición quedaría sin efecto. Esta convicción culminaba en cada ocasión el recorrido matinal de sus pensamientos y le infundía valor para levantarse y reanudar el camino.

Se despegó del costado de Tapón, dio una palmadita en la grupa del caballo y ajustó las raquetas alrededor de sus botas forradas de

borrego. Cinco días de marcha la separaban aún de Khembala, la ciudad de invernada de los ripeos. La claridad se filtraba a través del hielo del refugio: había amanecido. Era hora de ponerse en camino. Cogió su bastón para cavar un acceso en la nieve que se había acumulado en el agujero de la salida durante la noche. Tapón resopló ruidosamente por el hocico para instarla a darse deprisa.

—Tranquilo, vas a salir enseguida, espera cinco minutos—resolló Arka continuando su trabajo.

Cuando el último mazacote de nieve polvo se desplomó, un haz de luz se derramó sobre el refugio. Arka se deslizó por el pasillo hacia la salida y apareció en el exterior.

Una blancura cegadora inundaba las laderas del valle donde había establecido el campamento. La nieve había alisado los relieves del terreno. Era tan uniforme y espesa que unas finas grietas se dibujaban en algunos puntos de la superficie. Solo algunas nubes vaporosas, encaramadas en los picos más altos, resistían al cielo azul. Sobre las crestas circundantes, el viento levantaba filamentos de nieve polvo centelleante que parecían arrastrarse por el manto de nieve. Bajo el sol, caían gotas de los pinos diseminados por el valle.

Arka despejó los montículos de nieve que cubrían el refugio para permitir que Tapón saliera. El caballo resopló y trotó en la nieve, y después se revolcó en ella con relinchos de felicidad. Luego se abalanzó sobre la ración de avena que Arka había sacado del petate. Mientras el caballo masticaba su almuerzo, ella decidió encender fuego para prepararse el suyo.

Fue hasta la arboleda más cercana, pisando la nieve intacta, ya apelmazada por el calor. Un silencio perfecto reinaba en el valle. Cuando llegó al sotobosque de pinos, recogió la leña que la última nevada no había tenido tiempo de enterrar. Luego se incorporó, con el haz de leña en la mano y la sensación, a la vez inquietante y embriagadora, de estar sola en el mundo.

Salvo que no lo estaba.

Un pájaro rocho acababa de aparecer en el horizonte.

Estupefacta, Arka soltó el haz y retrocedió para esconderse debajo de las ramas bajas de un pino. Hacía dos años que no veía volar un rocho. Parecía venir del norte, es decir, de Hiperbórea, lo cual era absurdo, porque no había escuadrillas en la ciudad. Por lo que ella sabía, solo Temiscira poseía rochos todavía, lo que únicamente podía significar una cosa: Licurgo se había aliado con el amo de los lémures, como había anticipado Lastyanax.

Arka entornó los párpados para atisbar al jinete del ave rapaz. A esa distancia, solo vio los reflejos metálicos de su casco de vuelo. No llevaba la capa negra típica de los soldados-pajareros temisciros. Con un poco de suerte, solo se trataba de un simple mensajero.

La rapaz de alas negras planeó a baja altura hacia el refugio, como para inspeccionarlo. Con el hocico hundido en su ración de comida, Tapón no había reparado en ella. Arka miró a su compañero con un nudo en el estómago; ya había oído decir que los rochos podían llevarse los caballos. Pero la rapaz se limitó a sobrevolarlo.

Arka suspiró, pero pronto comprobó que el rocho trazaba un semicírculo para volver al campamento. Tapón, que se había acabado la avena, reparó finalmente en la rapaz. Se escabulló corriendo en la nieve con los ojos desorbitados, presa del pánico.

Una vez sobre el refugio, el pajarero se inclinó por encima del ala de su montura para escudriñar el suelo. Arka se tensó y retrocedió un paso detrás de las ramas. No era un mensajero: andaba tras su pista. No tardaría mucho en descubrir sus huellas, bien visibles en la nieve fresca. Giró la pulsera de alas alrededor de su muñeca. Suponiendo que el mecanismo se activara a pesar del hielo, no veía la manera de alejarse volando sin ser vista…

El pajarero había dado con ella. Las ranuras oculares de su casco se concentraron de súbito en la arboleda de pinos. Un instante después, su montura descendió a ras de suelo hacia ella. Arka vio como desenganchaba una esfera reluciente de su cintura: una esfera de somnolencia.

Arka se tiró a un lado en el momento en que el pajarero lanzó el globo contra ella. La esfera se rompió contra las ramas de un pino y dejó escapar un vapor violeta. Arka cerró la boca, se tapó la nariz y salió corriendo de la arboleda. El gas soporífero había tenido tiempo de descargar sus efectos sobre ella: sus piernas de pronto acorchadas luchaban por levantar las raquetas. Siguió su carrera, trastabillando en la nieve, sabedora de que el pajarero estaba dando media vuelta detrás de ella para volver a la carga. Con que lograra alcanzar su arco de caza, que yacía delante del refugio…

Una segunda esfera de somnolencia explotó en la nieve a sus pies con un ruido ahogado. Todavía conteniendo la respiración, Arka siguió su carrera, con las piernas torpes por la falta de oxígeno. Le quedaban una decena de pasos por recorrer para llegar al refugio. Medio adormilada, vio que el rocho ejecutaba una caída en picado sobre la ladera opuesta del valle para acometer un tercer ataque. Las iridiscencias de sus alas negras y los reflejos del casco del jinete proyectaban destellos de luz. Arka se atrevió a inspirar al llegar al refugio, se abalanzó sobre sus cosas para coger una flecha y el arco, y lo tensó rodando sobre su espalda.

El pajarero, que se disponía a lanzar una tercera esfera, detuvo el gesto y tiró de las riendas para que su montura fuera más despacio. La rapaz se balanceó hacia atrás y planeó sobre el campamento. Sin aliento, Arka mantuvo la cuerda tensada, el ojo alineado con la punta

de la flecha y la cabeza del jinete.

—¡Si lanzas la esfera, disparo a tu pájaro!

Durante unos segundos, el pajarero la miró en silencio. Arka constató entonces lo pequeño que era. Supuso que su atacante no sería mayor que ella cuando una voz cavernosa, de acentos metálicos, resonó en el valle.

—¿No me reconoces, Arka?

Esta nunca había oído una voz igual y, sin embargo, algo en su tonalidad, así como en la actitud de su adversario, le resultó terriblemente familiar. Se acordó de la amazona enmascarada que le había disparado antes de marcharse de Hiperbórea. Se trataba de la misma persona, habría puesto la mano en el fuego. Una mujer probablemente muy joven, excelente arquera y que conocía su nombre…

Tardó varios segundos hasta que se atrevió a pronunciar el nombre que le atormentaba el espíritu…

—¿Pente?

—Sí.

Fue como si le cayera una losa encima. Sus últimos recuerdos de Pentesilea aparecieron en cascada: volvía a ver a la princesa, postrada en Napoca, la cara desfigurada… No podía haber sobrevivido, era imposible.

—¡Moriste en Napoca!

—No. Tú me dejaste morir. Le debo la vida a mi amo.

Esta frase avivó los monstruosos temores que Arka alimentaba en un rincón de su cabeza desde hacía tres décadas. Miró la máscara enigmática de su adversaria, que seguía sujetando la esfera de somnolencia con una mano perfectamente estable a pesar de las sacudidas del vuelo.

—Tú… ¿tú también eres un lémur?

El tiempo pareció detenerse un instante. El pesado aleteo de la rapaz, que le enviaba bofetadas de aire frío, fue la única respuesta.

De pronto, con un gesto rápido, Pentesilea lanzó la esfera de somnolencia. Arka disparó de inmediato contra el globo, que reventó en el aire. Una lluvia de cristales rotos cayó sobre ella mientras el vapor violeta ascendía hacia el rocho, que seguía en vuelo cernido. La rapaz sacudió la cabeza. Sus aleteos perdieron fuerza rápidamente y empezó a descender. Pentesilea tiró de las riendas silbando una orden. La rapaz extendió blandamente las alas y planeó en dirección a la montaña, sin dejar de cabecear.

Arka se enderezó y vio que la rapaz se alejaba hacia una cresta. Le pareció que el vuelo del ave era cada vez más inestable, como si tuviera que luchar contra vientos adversos. Pentesilea chasqueaba las riendas en su cuello para mantenerlo despierto. Batalla perdida. De

pronto, el enorme rapaz cayó en picado y se estrelló contra la ladera de la montaña, a unos pasos de la cresta, desapareciendo a medias bajo el manto de nieve. Pentesilea salió proyectada a un lado y rodó unos pasos antes de que un peñasco frenara su curso.

Arka tuvo tiempo de verla levantarse antes de oír un extraño sonido, una especie de «uuuuf», que parecía salir de la montaña misma.

Largas grietas se dibujaron en la nieve alrededor del rocho. Unas placas blancas se desprendieron de la montaña, arrastrando en su deslizamiento a la rapaz inanimada. Un instante después, el manto de nieve se transformó en una inmensa avalancha que rodó por la pendiente a toda velocidad.

Arka observó, petrificada, la ola de nieve descender en su dirección, devorando los pinos a su paso como si fueran briznas de paja. Ella estaba en medio de su trayectoria. Buscó a Tapón con la mirada, pero el caballo había desaparecido. Asió febrilmente su muñeca y apretó con todas sus fuerzas el sello de su pulsera de alas, que no se activó.

Levantó la cabeza. La avalancha invadía ahora todo su campo de visión. La montaña rugía como un monstruo dispuesto a engullirla. Arka corrió en sentido contrario, huyendo igual que había huido de las heridas mortales de Pentesilea en Napoca y de las de Chirone en el bosque de las amazonas.

Pensaba en su tutora cuando la avalancha arrambló con ella.

LASTYANAX

Desde hacía dos días, aves de presa cruzaban el cielo atormentado de las montañas como finas anclas en un mar de nubes. Las rapaces volaban tan alto que era difícil evaluar su envergadura: podría haberse tratado tanto de águilas de las nieves como de aves mucho más gruesas. Pájaros de mal agüero, decía Sopot, el guía de Lastyanax. Pero el caravanero veía malos augurios por todas partes: en la forma de los nubarrones que se encallaban en las cimas, en las grietas de la nieve, en los excrementos de sus bueyes almizcleros. Lastyanax tenía que reconocer, no obstante, que, para sobrevivir a las tormentas, los aludes, las grietas, los sabañones y los mil y un peligros de los montes Ripeos, era mejor tener la suerte de tu lado.

Cada día que pasaba se arrepentía más de haberse marchado de Hiperbórea. Desde hacía casi tres décadas, pisaba la nieve del macizo montañoso, extenuado por un ejercicio al que su cuerpo no estaba hecho. El tiempo relativamente clemente se había torcido al empezar el auténtico ascenso. Desde ese momento, el caravanero y él capeaban

un temporal tras otro. Lastyanax tenía la impresión de pasar la mayor parte de su tiempo atrincherado con Sopot y sus animales en el refugio de hielo que su guía erigía cada vez que se levantaba ventisca. Estaba harto de las pequeñas manías del montañés, de su suciedad, del olor rancio de sus animales y del sudor de las pieles que lo cubrían. Pero lo que más le frustraba era el sentimiento de que todos sus esfuerzos eran vanos. Ninguna pista había venido a sostener su determinación de encontrar a Arka. Los montes Ripeos no dejaban de crecer en derredor mientras él se sumía en sus hostiles repliegues. Cada día traía un nuevo cantizal que descender, un nuevo repecho que subir, un nuevo desfiladero que franquear. Y, en este paisaje de aplastante frialdad, ni una sola aldea, ni un aprisco…, ni rastro de Arka.

Lastyanax avanzaba a ciegas, dependiente de Sopot, que caminaba diez pasos por delante de él y tiraba cada dos por tres de la cuerda que los unía para recordarle su lentitud. El caravanero se complacía también malévolamente en olvidarse del hiperbóreo cuando le convenía. En cuanto Lastyanax se arriesgaba a pedirle indicaciones sobre el trayecto, Sopot eructaba una verborrea ripea para hacerle entender con grandes aspavientos que un urbanita como él era absolutamente incapaz de entender la montaña.

Lastyanax no acertaba a valorar en qué medida las decisiones del guía se debían a elecciones estratégicas o a meras supersticiones. Sopot se había negado a llevarlo por el glaciar («¡Mucho peligro! ¡Mucho peligro!», se había limitado a explicar agitando su bastón con grandilocuencia), lo que, sin embargo, le habría ahorrado tiempo. Para Lastyanax, este largo desvío menguaba las posibilidades de dar alcance a Arka. A cada minuto que pasaba, su deseo de dar media vuelta chocaba con la esperanza de descubrir a su discípula en el recodo de la siguiente roca picuda. El temor a volver con las manos vacías a Hiperbórea después de haber dejado sola a Pirra para embarcarse en la búsqueda de su discípula le quitaba el sueño. Tenía así la impresión de comportarse como el apostador de su padre, siempre dispuesto a ganar un hiper en otra carrera más, la última, cuya victoria justificaría por fin todo el oro despilfarrado en las anteriores.

La víspera habían perdido un buey almizclado cuando atravesaban una cresta difícil. La pista se había hundido bajo sus pezuñas, arrastrando al animal y las mercancías que transportaba a un barranco profundo. Esta pérdida no había mejorado el humor de Sopot, que increpó a Lastyanax, acusándolo de no haber sujetado debidamente las riendas del animal, y después a su perro, porque, según él, había puesto nerviosa a la montaña al ladrarle a una lechuza. Lastyanax se solidarizó con el mastín; Sopot los trataba con la misma consideración,

después de todo.

Además del buey almizclado, este accidente les había costado medio día de marcha. El caravanero se había empecinado en recuperar una parte de las mercancías encalladas en la escarpadura encordándose con Lastyanax. Esta peligrosa operación había puesto a prueba la paciencia de este último. A continuación, fue menester repartir el cargamento entre los animales restantes, que ya se derrumbaban bajo el peso de las mercancías. Después se les echó la noche encima, obligándolos a plantar un campamento a toda prisa en una hondonada no lejos del desprendimiento. Ni siquiera habían podido prender un fuego y se habían acostado en el frío húmedo del refugio de hielo, con galletas duras como piedras por única cena.

A la mañana siguiente, Lastyanax madrugó mucho después de haber pasado una mala noche rumiando su situación, la de Hiperbórea y la de Arka. Sopot seguía durmiendo, cosa rara; por lo común, el caravanero era el primero en levantarse y no perdía ocasión de señalarle que era un remolón. Impaciente por escapar un momento de su desagradable presencia, Lastyanax salió del refugio sin hacer ruido para aliviarse e ir a buscar leña. El perro lo siguió.

Era un perro pastor grande, de pelaje espeso y rasgos lobunos, que respondía al nombre de Khatam. Había perdido una oreja y trozos de piel defendiendo a su amo de unos osos cavernarios. Esa misma mañana, él también parecía contento de alejarse un rato de Sopot.

Fueron juntos hasta un pequeño desfiladero detrás del cual Lastyanax esperaba encontrar una ladera protegida y algunos pinos. Khatam, ligero sobre sus largas patas, apenas dejaba rastro sobre el manto de nieve. Llegó al desfiladero antes que Lastyanax y se detuvo en seco. Con su única oreja erguida y la cola en punta, miraba a lo lejos. Se puso a ladrar.

—¡Chitón, Khatam!

Más les valía no poner nerviosa a la montaña, ni a Sopot si estaba despierto. Khatam gimió y pisoteó la nieve bajo las almohadillas de sus patas como incitando a su compañero a acercarse a él cuanto antes. Lastyanax avanzó sobre sus raquetas y finalmente pudo ver lo que había más allá del desfiladero.

En una meseta con forma de triángulo, varios centenares de pájaros gigantes yacían en la nieve polvo. Lastyanax se tumbó en el suelo de inmediato y obligó a Khatam a hacer lo mismo. El perro gruñó sordamente mientras observaban a unas siluetas uniformadas ir y venir entre cinco enormes barracones de hielo y las rapaces.

Lastyanax comprendió que lo que veían sus ojos eran pájaros rochos, una especie que, sin embargo, se creía prácticamente extinguida tras la guerra de las cuatro ciudades, dos siglos atrás. Como otros ministros, se mesó los cabellos cuando el Basileus concedió la

península de Ogigia a Licurgo a cambio de un espécimen muy viejo destinado a adornar su zoológico. Lastyanax recordó lo que Arka le había dicho cuando lo vieron en el palacio real: «Licurgo tiene muchos más, y en mejor forma que este». Estaba en lo cierto.

El soberano de Temiscira había armado un ejército de soldados-pajareros. Y, con toda probabilidad, este ejército se disponía a caer sobre Hiperbórea. Este descubrimiento lo agobió a la vez que le procuró un extraño alivio: por fin estaba en condiciones de tomar una decisión. Ya no podía permitirse perseguir una quimera.

—Volvemos a Hiperbórea —anunció al perro, que seguía embelesado con las rapaces.

Retrocedió arrastrándose por la nieve para que los centinelas no pudieran atisbarlo. Una vez fuera de su campo de visión, se levantó y volvió presuroso a la hondonada. Khatam brincaba a su alrededor dando ladridos.

En el campamento, Sopot terminaba de colocar las albardas en el lomo de los bueyes almizclados. En la zona escarbada por los rumiantes, había encendido un fuego sirviéndose de las bostas secas como combustible. Un té humeaba encima.

—Siempre mismo hombre que hace esfuerzos —masculló el caravanero en cuanto los oídos de Lastyanax estuvieron al alcance de su voz.

Lastyanax ignoró la indirecta y anunció:

—Damos media vuelta. Volvemos a Hiperbórea.

Sopot hizo como si no lo hubiera oído y siguió cargando los bueyes almizclados mientras farfullaba en dialecto ripeo comentarios que Lastyanax sospechaba harto descorteses.

—Damos media vuelta. Volvemos a Hiperbórea —repitió impostando la voz—. Si no un hombre no tener segunda mitad de su paga —añadió, imitando el hiperbóreo que chapurreaba el caravanero.

La sordera intermitente de Sopot se curó al instante. Con semblante furioso, señaló con un gesto amplio los paquetes que se disponía a cargar sobre el lomo de los animales.

—¡No, media vuelta no, mercancías! —exclamó con su acento ripeo gutural—. Vender en Khembala, luego volver a Hiperbórea.

Lastyanax comprendió lo que quería hacer: marchar durante quince días más hasta Khembala, el valle resguardado en el corazón de las montañas donde hibernaba su pueblo, y vender allí su reserva de mercancías. Hacía cierto tiempo que sospechaba que Sopot alargaba adrede el trayecto para llegar allí antes de dar alcance a Arka. La reacción del caravanero confirmaba sus sospechas. Tuvo la súbita impresión de haber aspirado un saco de pimienta a pleno pulmón. A su alrededor, la nieve empezó a fundirse. Sopot clavó una mirada inquieta en sus botas, que se hundían en un charco.

—¡Le he pagado para que me guíe en las montañas, no para acompañarlo a Khembala! —gruñó Lastyanax—. Le daré la otra mitad de lo debido únicamente si me lleva a Hiperbórea ahora.

Arka

Una aguda migraña atarazaba las sienes de Arka. El dolor era tan intenso que no se atrevía a abrir los ojos. Sus párpados formaban una barrera roja y luminosa frente al sol ardiente. Un zumbido continuo le trepanaba el cráneo. Dentro de las pieles, su cuerpo se le antojaba tan pesado que se acomodaba sin la menor dificultad a las asperezas del suelo sobre el que estaba tumbada. Un olor a humus y a cenizas fraguó un camino entre todas estas sensaciones hasta sus fosas nasales.

Arka no acertaba a acordarse de lo que había hecho tan solo unos instantes antes: todo era confuso. Descolocada, decidió levantarse manteniendo los párpados cerrados. Al moverse, tuvo la impresión de que su cuerpo se había desintegrado en miles de partículas antes de recuperar su forma inicial. Abrió los ojos finalmente.

Una mancha escarlata se extendía sobre sus pieles. Con dificultad, Arka se quitó una de las manoplas, se llevó la mano a la nariz y comprendió que una espesa costra de sangre seca le cubría la parte inferior del rostro.

Sus piernas descansaban sobre un suelo tapizado de helechos y silfios. Entre estas plantas de sotobosque crecían arbustos. Arka siguió los tallos con la mirada. A su alrededor se elevaban los restos calcinados de árboles gigantescos, negras escarificaciones sobre el verdor circundante. La migraña empezó a disiparse finalmente, y los recuerdos afluyeron. Hiperbórea. Los montes Ripeos. Pentesilea. La avalancha.

¿Qué hacía en este lugar, cuando tendría que estar enterrada bajo tres pies de nieve? ¿Dónde se hallaba? ¿La avalancha había sido fruto de su imaginación? ¿Dónde estaba soñando?

Los árboles quemados parecían errar como espectros entre la baja vegetación. La mirada de Arka se detuvo en un tronco calcinado más grande que los otros, testigo silencioso de un incendio cuyo recuerdo la naturaleza intentaba borrar. A la altura de las raíces, los helechos sepultaban gruesos maderos ennegrecidos por el fuego. Era la primera vez en su vida que estaba desorientada.

Se encontraba en el bosque de las amazonas, justo al lado de los vestigios de su árbol cabaña.

Arka se apretó las sienes. No podía encontrarse en el bosque de las amazonas, a miles de leguas de los montes Ripeos. ¿Y si seguía debajo de la avalancha, delirando?

Sin embargo, todas las sensaciones le parecían muy reales, desde los insectos que corrían sobre su piel hasta el sol que calentaba su cuero cabelludo. Y, además, estaban esos síntomas… Desmayo, dolor de cabeza, hemorragia en la nariz. Los efectos secundarios de un acto mágico de rara intensidad. Como si, en el momento en el que la avalancha iba a tragársela, hubiese logrado teletransportarse de los montes Ripeos al bosque de las amazonas, lo cual era humanamente imposible.

Entonces Arka cayó en la cuenta de que su padre lémur le había legado ciertos poderes.

Pétrocle

A medida que su encierro se prolongaba, Pétrocle se volvía cada vez más pesimista sobre sus posibilidades de salir vivo de la Extractora algún día. Desde la toma de rehenes el mes anterior, la prisión no dejaba de proporcionarle pretextos para morir.

Después de raptarlos en el anfiteatro, las amazonas los habían hacinado por lotes de treinta en las celdas colectivas de la prisión, sustituyendo a los presos comunes. Las condiciones de vida en la prisión eran espantosas. Aparte de la falta de espacio, que los obligaba a tumbarse en el suelo pies contra cabeza para poder dormir, pronto se hizo evidente que las amazonas no tenían intención de darles de comer. Como no podían abastecer la prisión, asediada por los policías hiperbóreos, las guerreras habían decidido guardar los víveres esenciales para ellas. Distribuían una porción de pan rancio a cada rehén cada tres días, y eso era todo. En los primeros tiempos de su arresto, Pétrocle pasó tanta hambre que creyó enloquecer. Al cabo de una década, los retortijones en el estómago se habían atenuado. En la actualidad, vivía en un vértigo semipermanente, con las piernas temblorosas y continuos mareos. Sin embargo, jamás habría imaginado que podía sobrevivir tanto tiempo sin una tostada con paté.

La ventaja de este ayuno era que ciertas necesidades se tornaban superfluas: ninguno de sus compañeros de celda se había agachado en el rincón de la celda desde hacía una década. Era todo un alivio, puesto que las amazonas los obligaban a limpiar los excrementos con la mano.

Por otro lado, como los magos tenían al menos derecho a agua estancada, beber y evacuar líquidos era un problema logístico al que se enfrentaba personalmente. Debido a su joven edad y a sus actitudes indolentes, las amazonas habían estimado que presentaba todas las cualidades requeridas para ser el mozo del agua de la cárcel del cuarto nivel.

Cada día tenía que romper el hielo del canal que alimentaba la cárcel del séptimo nivel y llenar de agua cubos de madera que bajaba a continuación de dos en dos hasta su planta. Luego transportaba los recipientes en un viejo carro renqueante hasta las distintas celdas del cuarto nivel. A cada parada recuperaba los cubos llenos de orina que vaciaba al final de su recorrido en la fosa séptica de la prisión.

Solo había dos cubos en cada celda de forma permanente: uno para beber y otro para orinar. Las amazonas solían insistirle para que intercambiara los recipientes; nunca escatimaban esfuerzos para humillar a los magos.

Así es como Pétrocle pasaba varias horas al día, empujando el carrito, donde los líquidos se agitaban felizmente. Cada adoquín irregular provocaba un traqueteo, cada traqueteo producía un desbordamiento, cada desbordamiento empapaba un poco más su toga de orina. Pétrocle tenía la impresión de haberse convertido en un vagabundo del primer nivel. Cuando volvía a su celda, incluso sus correligionarios, que sin embargo no se habían lavado desde la toma de rehenes, lo encontraban apestoso.

Con el transcurso de los días, sus fuerzas menguaron; la ingrata tarea le resultaba cada vez más difícil de ejecutar. A pesar de todo, Pétrocle se sorprendía de encontrarle ciertas ventajas a lo que, sin duda alguna, era la tarea más penosa que había tenido que soportar en su vida.

Para empezar, sus responsabilidades de escanciador carcelario le permitían escapar de la celda superpoblada durante dos horas al día. A continuación, tenía el privilegio de beber agua que no estaba mezclada con orina. A fuerza de recurrir a su mordaz ironía, incluso había logrado ablandar a la amazona que lo vigilaba; un día, la amazona le había dado discretamente guantes para calentar sus dedos cubiertos de llagas de tanto picar el hielo. Cuando llevaba los cubos y empujaba el carro, no pasaba frío.

Lo peor de su encierro era, en efecto, la atmósfera refrigerada de la celda. Como buen hiperbóreo que era, Pétrocle no había pasado frío en su vida, y por eso le había sorprendido descubrir hasta qué punto esta sensación podía ser dolorosa. Por más que anudara los faldones de su toga para no dejar ningún trozo de piel al descubierto, el frío le calaba hasta los huesos. Los escalofríos que recorrían constantemente su cuerpo le impedían dormir y agotaban sus reservas de energía. Incluso cuando hubiera podido usar su magia porque las guardianas se alejaban lo suficiente, se sentía demasiado agotado como para realizar el menor acto. Pétrocle no necesitaba mirarse los brazos descarnados para saber que, poco a poco, se estaba convirtiendo en un esqueleto ambulante.

De hecho, no era el único. Los veintinueve magos encerrados con

él en la celda presentaban un aspecto enfermizo. Y, así y todo, tenían suerte: ninguno había perecido. Cuando distribuía el agua, Pétrocle había visto en varias ocasiones a las amazonas sacar cuerpos inertes de las celdas vecinas; el último había sido el ministro de Comercio.

A las privaciones se sumaba la incertidumbre permanente sobre el destino que les reservaban las amazonas. Nadie conocía sus objetivos y los raros magos que se habían arriesgado a hacerles la pregunta habían recibido golpes de lanza. Parecía que estaban esperando un acontecimiento, pero ¿cuál? No se filtraba ninguna información del exterior de la Extractora. Los prisioneros solo podían hacer deducciones y elucubraciones. Pétrocle tenía la sensación de que la inquietud de las amazonas se acrecentaba, como si el acontecimiento que esperaban se estuviera haciendo de rogar. Su sadismo triunfal de los primeros meses había mutado a una nerviosa impaciencia.

—¿Se ha dado cuenta? Ellas están adelgazando también —le susurró uno de sus compañeros reclusos un día en que se deprimía en la celda.

El recluso señaló con la cabeza a la guardiana de la celda, una joven de pelo corto que, efectivamente, parecía flotar en su armadura. Era la amazona que le había dado los guantes a Pétrocle. Los reclusos la apreciaban en general, porque los golpeaba raras veces y no los torturaba solo por matar el tiempo. Pétrocle se preguntaba a veces si no estaría sufriendo también la situación como ellos.

—Si se ven obligadas a racionarse es porque la alacena ha empezado a vaciarse… —prosiguió el mago.

La amazona se volvió bruscamente.

—¡A callar! —gritó golpeando los barrotes con la lanza.

Las vibraciones del metal resonaron en la celda de pronto silenciosa. Un anciano mago postrado en un rincón masculló algo entre dientes. Reclinado en la pared, Pétrocle volvió la cabeza hacia el cuadrado de cielo pálido medio oculto por una de las cúpulas del Magisterium. ¿Qué harían las amazonas si se quedaban sin víveres? Eran tan bárbaras que las creía capaces de entregarse al canibalismo. Al fin y al cabo, tenían fama de considerar a los hombres como animales…

Sus ojos, perdidos en la pequeña porción de mundo exterior visible a través de la aspillera, captaron un detalle intrigante. Una enorme ave rapaz volaba hacia la Extractora. A medida que el pájaro se acercaba, Pétrocle comprendió que se trataba de un animal mucho más imponente de lo que parecía a primera vista. No tuvo tiempo de acercarse a la aspillera: el pájaro ya había desaparecido de su campo de visión.

—¿Sigues esperando que tu Lasty venga a salvarte? Si sigue vivo, probablemente a estas alturas esté con las amazonas, con su cría

guerrera.

Aún perturbado por el tamaño de la rapaz, Pétrocle fijó sus ojos sobre Rhodope, sentado en el suelo a unos pasos de él. Se preguntó por qué, entre todos sus camaradas de promoción, había terminado encerrado en la celda del que más lo sacaba de quicio.

—Vete a molestar a alguien que no sepa que tu bilis proviene de una frustración tristemente gestionada desde que Pirra te dio puerta —masculló a modo de respuesta.

—Me he preguntado varias veces cómo pudo salir con alguien como él —continuó Rhodope—. Aburrido. Cabeza cuadrada. Siempre con la nariz metida en los informes. Nariz ganchuda, dicho sea de paso.

—La nariz de Lastyanax tiene más personalidad de la que tú tendrás jamás —repuso Pétrocle en tono irritado.

Rhodope soltó una risotada burlona.

—Cuando tu Last venga a liberarnos, recuérdame que le diga que tiene más posibilidades contigo que con Pirra.

Pétrocle no respondió nada y se alejó hacia los barrotes para zanjar la discusión. El enorme atrio de la prisión, atravesado por pasarelas que enlazaban los pasillos entre ellas, apareció ante él. Apoyó la frente en el frío metal de la reja para mirar a sus compañeros de infortunio en las celdas vecinas. A pocos pasos, la carcelera lo miró con suspicacia y luego perdió el interés en él. A pesar de su altura, Pétrocle nunca había impresionado mucho. En la prisión, este defecto se había convertido en una auténtica cualidad.

No sabía qué había sido de Lastyanax desde que le había parecido verlo sobre la cúpula del Magisterium, después de la toma de rehenes. No había forma de saber si su amigo había sobrevivido. Desde hacía un mes no dejaba de preguntarse por las razones que habían empujado a Lastyanax a entregarse para encontrar a su discípula en la arena. Para un observador externo, estaba claro que Arka había asesinado a los ministros y preparado la invasión de las amazonas. Pero, para Pétrocle, el proceso había sido muy rápido y, sobre todo, en ningún momento se había mencionado la pista del lémur.

Maldecía a Lastyanax y su hermetismo cuando el tañido estridente de una campana de alarma resonó en el atrio. Las amazonas abandonaron su puesto en los pasillos y se precipitaron hacia la torre de vigilancia. Perplejo, Pétrocle vio que la carcelera salía corriendo. En las celdas, los magos se aglomeraron contra los barrotes.

—Una fuga —dijo Rhodope alzando la voz por encima de los tañidos.

—O una invasión —rectificó un mago señalando la entrada de la cárcel en el séptimo nivel.

En efecto, un alboroto parecía agitar el lugar que un entramado de

pasarelas hurtaba a los ojos de Pétrocle. Lanzas en mano, las guerreras empezaron a subir las escaleras de los pasillos de cuatro en cuatro mientras daban órdenes a gritos. Pétrocle supuso que, si hubieran podido utilizar los levitadores, habrían sido más rápidas, pero el azur vivo los inutilizaba.

Transcurrieron largos minutos durante los cuales los magos, apelotonados contra las rejas, solo oían gritos y chasquidos metálicos. Mientras se intercambiaban «¿Qué está pasando?» y «¿Veis algo?» de una celda a otra, el cuerpo de una amazona cruzó el atrio y se estampó en el fondo de la cárcel. Otras dos la siguieron. Unos instantes después, algunas guerreras ensangrentadas bajaron en tropel las escaleras. Su aparente desbandada arrancó exclamaciones de alegría entre los magos presos, que fueron rápidamente sofocadas cuando las amazonas se dispersaron hacia las celdas.

Pétrocle vio acercarse a su carcelera con Barcida, la jefade las amazonas, que le había obligado a arrojar a su profesor de mecamancia por el parapeto. Con un mismo movimiento, sus compañeros presos y él retrocedieron. Las dos mujeres corrieron hasta la puerta de la celda, la descerrajaron y volvieron a cerrarla detrás de ellas.

—¡Al primero que dé un paso lo ensarto! —bramó Barcida apuntándoles con su lanza.

Pétrocle se pegó a la pared, consciente de que Barcida no dudaría en cumplir sus amenazas. Su cerebro iba a mil por hora. Ignoraba lo que sucedía, pero era evidente que las amazonas estaban en serios apuros. Habían decidido replegarse en el interior de las celdas para estar lo más cerca posible de sus rehenes, lo que significaba que no les quedaba ninguna posibilidad de huir. Tragó saliva e intentó pasar desapercibido. La liberación nunca había estado tan cerca, y el riesgo de una matanza nunca había sido tan alto.

Un taconeo sordo se apoderó del atrio, como si centenares de botas martillearan las escaleras. Un instante después, Pétrocle oyó golpes, gritos, estertores y otros ruidos repulsivos en las plantas superiores. Cerca de los barrotes, las dos amazonas seguían, lívidas, el espectáculo.

—¡Han cambiado de plan! —resopló la carcelera de pelo corto—. ¡Han decidido deshacerse de nosotras!

—No creí que se atreviera —dijo Barcida—. Su propio hijo…

No concluyó la frase y pivotó bruscamente sobre sus talones. Barrió a los atemorizados magos con su negra mirada, donde hervía una violencia sin freno. Pétrocle comprendió que se disponía a utilizarlos de escudos humanos. Detrás de ella, aparecieron en las escaleras varias cuadrillas de soldados vestidos con capas negras temisciras.

—Es inútil, Barcida, los matarán para alcanzarnos —dijo la otra amazona.

Como para confirmar sus sospechas, los soldados corrieron en grupos de diez a las celdas más cercanas y empezaron a forzar las cerraduras a mazazos. Pétrocle los vio entrar en las celdas y destripar sin miramientos a los magos detrás de los cuales se habían refugiado las amazonas. Un olor a tripas se extendió por el atrio. Algunos reclusos gemían y se deshacían en lágrimas. Él mismo habría vomitado si su estómago no hubiera estado tan vacío.

Una tropa de soldados se acercó a la celda, la última de la planta. Barcida volvió a mirar a los rehenes como si siguiera indecisa. Pétrocle nunca había sentido su corazón chocar tan fuerte contra sus costillas. Entre cada latido transcurrió una eternidad. Dio un respingo cuando la amazona tiró su lanza al suelo.

—Os harán creer que son vuestros salvadores, pero son ellos los que lo han amañado todo desde el principio —dijo.

Se desabrochó el casco, lo cogió por la pluma blanca y lo dejó en el suelo al lado de la lanza. Su compañera hizo lo mismo y descerrajó la puerta de la celda.

—Nos rendimos —gritó Barcida a los soldados temisciros que llegaban corriendo.

Esta rendición inesperada pareció desconcertarlos. Tras un instante de duda, entraron en la celda apuntando con las lanzas. Cuatro de ellos arrojaron al suelo a las amazonas mientras los otros hacían retroceder a los magos.

Un hombre de unos sesenta años y cejas cenicientas, vestido con una cota más sofisticada que sus secuaces, entró en la celda, el puño en alto. Ajustado en su antebrazo, un brazalete de oricalco, armado de dardos, apuntaba a las guerreras. Su mirada pasó de las amazonas postradas bajo las rodillas de los soldados a los magos que seguían alineados contra el muro del fondo.

—¡Qué agradable encuentro, Filón! —exclamó Barcida con ironía, la mejilla aplastada contra el suelo.

Su sarcasmo no pareció agradar mucho al recién llegado.

—Encerradla en una celda individual —ordenó secamente a sus soldados.

Luego hizo un gesto con la cabeza hacia la amazona del pelo corto.

—A esta matadla.

—¡No! —gritó Barcida.

Su compañera, atrapada bajo las rodillas de los soldados-pajareros, se puso a dar coces con sus últimas energías. Pero los dos temisciros la sofocaban bajo su peso. Uno desenfundó una daga mientras que el otro la agarraba del pelo para echarle la cabeza hacia atrás. Perplejo, Pétrocle vio que los ojos de la amazonase salían de sus órbitas. Un

instante después, el soldado-pajarero le rajó la garganta de oreja a oreja. Un reguero de sangre corrió hasta los pies de los magos mientras la amazona se convulsionaba. Pétrocle jamás habría imaginado que la muerte podría tardar tanto en llegar.

El temisciro de las cejas cenicientas se volvió hacia los conmocionados magos.

—Os quedaréis aquí un poco más. Por vuestra seguridad.

Luego salió de la celda sin más explicaciones. Detrás de él, los soldados se llevaron a Barcida sujetándola por la nuca, sacaron a la amazona degollada de la celda y cerraron el cerrojo de la puerta con el manojo de llaves que recuperaron del cadáver. Los magos permanecieron en la celda, con los pies encharcados en sangre, preguntándose si acababan de liberarlos de las amazonas o si un invasor aún más temible había ocupado su lugar.

3

Hiperbórea nos lo agradecerá

Arka

Arka necesitó cierto tiempo para acostumbrarse a las consecuencias de su inesperada teletransportación a Arcadia. Primero le costó ponerse de pie. Las agujetas paralizaban cada uno de sus músculos. La menor aspereza del suelo planteaba un desafío a sus tambaleantes piernas. A duras penas, consiguió fraguarse un camino entre los vestigios de su árbol cabaña, una maraña de ánforas rotas, vigas ennegrecidas y plantas trepadoras, pero luego tropezó con un pequeño montículo tapizado de flores y terminó en el suelo con la nariz hundida en las hojas tiernas de las elaforas. A escasos centímetros de su rostro, vio un sable oxidado clavado en el suelo. Las amazonas no abandonaban las armas sin motivo: en realidad se trataba de un túmulo funerario. La tumba de Chirone.

Arka no sabía quién había enterrado a su tutora. Siempre había creído que no había quedado nada de su cuerpo tras el incendio. Esta visión la perturbó intensamente. Se puso de pie y se alejó tan rápido como pudo de la tumba y de las ruinas de su antigua casa.

Como ya habían hecho más de dos años antes, sus pies la llevaron instintivamente a la vera del Termodonte. Al menos el río no había cambiado. Seguía corriendo. En la orilla de enfrente se extendía la parte intacta del bosque donde las amazonas se habían refugiado durante el incendio. Las ramas de los eucaliptos se extendían más allá del río como si intentaran tocar los restos quemados de sus congéneres desaparecidos. El agua había servido de muralla contra el fuego. Al herir al pirómano responsable de la catástrofe, Arka había impedido que cruzara el Termodonte y arrasara el resto del bosque. No conseguía hacerse a la idea de que ese hombre, el asesino de Chirone, era el creador de su padre, el lémur. La idea de que tenía un vínculo

tan profundo con él le repugnaba.

Pasó un día y una noche en la ribera. A pesar de la presencia reconfortante del curso del agua, Arka se sentía como una planta a la que hubieran trasplantado con demasiadas prisas. En el teletransporte de los montes Ripeos, había dejado tras de sí una sólida raíz: Tapón. Aunque su caballo hacía gala de un ingenio sorprendente, su suerte la inquietaba tanto que quiso volver a las montañas en cuanto se sintió con fuerzas. Sin embargo, por más que se concentrara en el punto de destino y se contrajera toda entera, sus intentos de teletransportación no dieron ningún fruto aparte de un ligero estreñimiento. Solo le quedaba esperar que Tapón encontrara el medio de salir vivo de los montes Ripeos.

¿Y qué había sido de Pentesilea? No dejaba de darle vueltas a esta pregunta. Su antigua compañera de clase había mencionado a un «amo». ¿Había sido lemurizada ella también? Eso explicaría su reaparición después de las heridas mortales sufridas en Napoca. Arka no podía imaginar que se hubiera reunido por voluntad propia con el amo de los lémures, el enemigo de las amazonas. Al menos estaba más cerca que nunca de encontrar a estas últimas. Solo un río la separaba de las guerreras.

Sin embargo, el río era demasiado profundo como para cruzarlo a pie y ella no sabía nadar. Una posibilidad era helar la superficie, pero la zona azul empezaba en medio del Termodonte, bajo las ramas de los eucaliptos. De todos modos, ahora que estaba de vuelta en Arcadia, era peligroso hacer uso de la magia. Pero le picaban las ganas de encender un fuego con un chasquido de dedos. Tuvo que hacer de tripas corazón para tragarse crudos los moluscos de agua dulce que recogió en la orilla; un truco de supervivencia que le había enseñado Chirone. La textura pegajosa de los caracoles pequeños y de los bivalvos le producía arcadas.

Algunas excursiones a lo largo del Termodonte le permitieron constatar que los grandes troncos de eucaliptos que antaño sirvieron de puentes habían desaparecido. Supusoque las amazonas los habrían quitado para utilizar el río como muralla natural. La única manera de cruzarlo era a través de un vado a unas ocho leguas río abajo. Un buen corcel amazónico podía cubrir esta distancia en pocas horas. Un bípedo de trece años necesitaba media jornada.

Al día siguiente de su teletransportación, se puso en marcha con las botas y la camiseta interior puestas y el abrigo de pieles en el brazo. A medida que el río se alargaba y se rizaba sobre las rocas a ras del agua, Arka se ponía cada vez más nerviosa ante la perspectiva de reincorporarse a la sociedad de las amazonas. Ocupada en huir del amo de los lémures, no había anticipado este aspecto de su regreso; huelga decir que habría necesitado unos meses en todo este periplo

para reflexionar sobre la cuestión.

Por eso, cuando finalmente llegó ante los empedrados sumergidos que permitían acceder a la orilla oeste, tuvo la sensación de que su estómago se había transformado en un manojo de nervios. Custodiaban el vado una pequeña tropa de amazonas montadas sobre caballos ligeros. Llevaban cuernos de alerta en los cinturones engarzados con azur vivo y sus cascos cónicos relucían al sol. Cerca del agua, una campesina ilota, sentada al frente de una carreta para el grano, aguardaba la autorización para ir a entregar su carga; ningún hombre tenía permiso para entrar en el bosque.

Las amazonas se apartaron para dejar paso a la carreta, que cruzó el río con sus bueyes. Mientras las bestias de carga desaparecían con paso pesado detrás de los eucaliptos de la otra orilla, Arka se desembarazó de sus botas y sus pieles en la maleza, escondió la pulsera de alas en un bolsillo y avanzó hacia las guerreras, descalza.

A pesar de los años transcurridos y de todas las cosasque había vivido desde su partida, se sintió más intimidada que nunca en presencia de sus mayores. Aunque toparse con guerreras conocidas hubiera sido una auténtica mala suerte, pues las combatientes se contaban a miles en su pueblo, sintió alivio cuando se encontró frente a desconocidas. Las amazonas la observaron acercarse, suspicaces. Arka deseó que confundieran su camiseta interior con una túnica arcadia.

—Di —le lanzó la guerrera de más edad—, ¿qué quieres?

—Cruzar el vado para volver a mi árbol cabaña —respondió Arka con una voz demasiado aguda.

—¿Eres aprendiz? ¿Qué haces fuera del bosque?

—Sí —respondió Arka—. Del ciclo de los trece años. Me he caído al agua río arriba y la corriente me ha arrastrado a la orilla norte —se inventó.

—¿Quién es tu madre?

—Soy la pupila de Temis.

La mentira le salió de la boca con toda naturalidad. Temis era una vieja amiga de Chirone y la única amazona susceptible de preocuparse de su suerte. Arka nunca la había apreciado mucho, pero sabía que podía contar con su discreción. Cruzó los dedos en la espalda, deseando que las guerreras se tragaran su excusa.

—¿Alguna conoce a la tal Temis? —preguntó la amazona mayor volviéndose hacia sus compañeras.

—Creo que es una anciana de la tercera división —respondió una guerrera—. Nunca he oído decir que tuviera una pupila, pero tampoco he oído que no la tuviera.

—Puedo llevaros hasta ella si queréis —dijo enseguida Arka.

—No, está bien. Venga, pasa, e intenta no caerte al río en el futuro.

Arka rodeó presurosa sus monturas para no darles tiempo a cambiar de opinión. El agua del Termodonte, que bajaba de las montañas orillando la ladera sur del bosque, estaba helada. Se estremeció cuando le cubrió los muslos. Sus pies desnudos resbalaron sobre los guijarros desiguales y viscosos que tapizaban el fondo del río. Pasó a la sombra de los árboles y levantó los ojos hacia el follaje. Los eucaliptos arcadios tenían la particularidad de difundir los efectos del azur vivo. Con una decena de pepitas colocadas en el seno de algunos viejos árboles cabaña, era posible extender una zona azul sobre varios centenares de hectáreas. La red de raíces y ramas funcionaba como un inmenso repelente de magia. Arka tocó la superficie con la punta de los dedos e intentó helar discretamente una pequeña parte. No pasó nada. Había vuelto a casa de verdad, al bosque de las amazonas.

Emergió en la otra orilla. En la prolongación del vado, tres largos caminos de tierra se internaban bajo los árboles. Arka echó una ojeada atrás y vio que las centinelas la observaban con desconfianza. Había que elegir el camino rápidamente. Pero ¿adónde podía ir? Su tutora estaba muerta; su árbol cabaña, destruido; y ella no sabía siquiera dónde entrenaba su antiguo grupo de aprendices, ahora que un campo de troncos calcinados había reemplazado la orilla norte. El nombre de Temis le volvió de nuevo a la cabeza. La conocía y tenía un vago recuerdo del lugar donde habitaba: era mejor que nada.

Avanzó por el camino de la izquierda, haciendo una mueca cada vez que una espina le pinchaba la planta de los pies. Después de vivir en Napoca y luego en Hiperbórea, había perdido la capa córnea que antaño le permitía correr sin dolor por los pedregales de los senderos amazónicos. Por lo demás, le sorprendía constatar hasta qué punto todo lo que percibía le resultaba familiar. Los troncos parecidos a las torres hiperbóreas. Los árboles cabaña encaramados en las copas de los eucaliptos como lobanillos sobre los robles napocianos. Los cercados de postes lisos para los caballos que se frotaban contra ellos. Los talleres de hierro forjado y de curtiduría asentados cerca de los arroyos. Las propias amazonas.

Cada vez que se cruzaba con una, Arka sentía cierto orgullo por su contraste con las mujeres napocianas o hiperbóreas. Caminaban a grandes zancadas, gritaban instrucciones de un árbol a otro, recorrían el bosque a rienda suelta, cazaban el león de las montañas y la cabra salvaje, se tatuaban los brazos con pinturas marciales y eructaban cuando les venía en gana. Al verlas, Arka se acordó al instante de por qué siempre había soñado con ser amazona.

En un claro, vio a algunas entrenándose en maniobras ecuestres. Arka las observó repetir sus ejercicios mientras se imaginaba que participaba en estos entrenamientos con Tapón. Y en eso recordó que

miles de leguas la separaban de su caballo. Siguió su camino, con el corazón en un puño y procurando concentrarse en su ruta para no pensar demasiado en su compañero. El camino revivía en su memoria a medida que avanzaba: «Es este pasaje pedregoso… Y después, sí, el sendero a la derecha que baja hacia el barranco… Hay que girar en el eucalipto carbonizado por el rayo… y seguir el río…». El día tocaba a su fin cuando llegó a la linde de un vasto claro de pastoreo, que unas leñadoras agrandaban abatiendo los árboles limítrofes. Yeguas de cría, de flancos rubios y crines negras, pasaban en compañía de sus potros. Arka cruzó el pasto con cuidado de no entrometerse entre las yeguas de guerra y su progenitura. Finalmente, llegó al pie de un gran eucalipto en cuya copa una desvencijada cabaña quedaba suspendida.

En vez de los picos rudimentarios que normalmente hacían las veces de escalera, habían clavado tablas irregulares: era la señal de que una vieja amazona residía allí. Arka subió los peldaños rozando la corteza clara con la mano, un gesto familiar que se alegraba de recuperar, como un amigo que se ha perdido de vista.

A medio recorrido, sus dedos tropezaron con un bulto con forma de cruz. Tenía una pepita de azur vivo hundida en lo hondo. Con el paso de los años, la madera había recubierto la inclusión, dejando una cicatriz. El eucalipto de Temis formaba parte de las decenas de árboles repetidores que propagaban la zona azul por todo el bosque, como había sido el caso del árbol cabaña de Chirone, destruido por el incendio. Arka siguió subiendo y llegó finalmente a la entrada del piso carcomido de la terraza. Pasó por el agujero de acceso sin intentar anunciar su llegada: el crujido de los maderos había alertado a la ocupante de la cabaña. Unos segundos más tarde, Temis salió de su choza.

Si Arka hubiese tenido que emplear un término para describirla, habría sido «achaparrada». La amiga de Chirone tenía la silueta fornida de las ilotas, el cabello corto y cano, una naricilla respingona, unos ojos rasgados penetrantes y unas pronunciadas arrugas que surcaban su tez mate. Le faltaba la mitad de la oreja derecha, que había perdido en la guerra. Toda la dureza de su persona se esfumó durante un breve instante al reconocer a Arka. Esta última cayó entonces en la cuenta de que no se había parado a pensar en cómo sería su reencuentro.

—Hola —fue todo lo que acertó a decir.

—Ya hace dos años que no te veo —dijo Temis con su voz ronca de fumadora de pipa.

En un segundo, había recuperado el semblante hosco que Arka conocía.

—Podrías haber venido a verme —prosiguió la vieja amazona—. Creí que habías muerto en el incendio junto a Chirone.

—Está claro que no fue así —repuso Arka a la defensiva.

Temis frunció el ceño y se mesó los grises cabellos.

—Es verdad que nunca encontré tus huesos —reconoció—. Enterré los restos de Chirone al pie de vuestro árbol cabaña, con el sable que me regaló. Me acerco a veces, cuando me da por ahí —precisó secamente.

Miró a Arka de arriba abajo y añadió:

—Has crecido. Pero no te has puesto muy musculosa que digamos. Siempre igual de paliducha.

Arka recordó por qué nunca le había caído bien. La vieja amazona se le acercó y examinó su camiseta interior ripea. Arka constató que un principio de cataratas nublaba los iris marrones de la vieja amazona.

—¿Qué has hecho en estos dos años? No estabas en el bosque, ¿eh?

—He vivido en una aldea ilota, al este —inventó Arka encogiéndose de hombros.

Temis entornó los ojos.

—Mientes. Nunca has sido buena mentirosa.

—No es verdad, sé mentir muy bien —dijo Arka indignada.

Se dio cuenta de su estupidez y añadió deprisa:

—De todas maneras, no sirve de nada contarte la verdad, porque no me creerás nunca.

Temis soltó un «bah» y dio media vuelta para volver a su choza.

—Nunca has hecho lo que tenías ganas de hacer. Siéntate, voy a traer el té.

Sorprendida por la invitación, Arka permaneció de pie mientras oía a la amazona revolver detrás de las tablas desiguales de la cabaña. Al final se sentó en uno de los viejos leños de la terraza. Se levantó al poco rato, cuando Temis apartó la tela de la entrada, con una tetera y dos cuencos desportillados en la mano.

—Mira qué educada te has vuelto —se mofó la amazona—. Toma, coge tu cuenco de té. Lo he hecho hace un rato, supongo que seguirá estando potable.

Arka volvió a sentarse y mojó los labios en el brebaje amargo, tan tibio como la acogida de su anfitriona. La decocción, a base de flores de eucalipto secas, le irritó la garganta. Constató con inquietud que, a su pesar, había adoptado ciertos buenos modales: por ejemplo, tenía ganas de conversar para llenar el silencio. Se contuvo para no empeorar las cosas.

La falta de interés que la amazona manifestaba hacia ella le sorprendía: se preguntó si la anciana no estaría un poco senil. O, quizá, la soledad la había vuelto más taciturna que antes, sencillamente. Arka la observó mientras rellenaba su pipa y la encendía con un yesquero. Sus gestos eran seguros y precisos. Temis

cerró la tabaquera y se dejó caer contra el tabique de la cabaña aspirando una larga calada. Las hierbas chisporrotearon en la cazoleta de la pipa.

—¿Estabas con Chirone?

Temis no necesitaba decir nada más: Arka sabía de qué quería hablar.

—Sí —respondió—. La vi morir.

Dio un largo sorbo al té esperando que Temis no dijera nada más.

—Dime cómo murió.

Arka bajó la mirada hacia las hojas aromáticas empapadas que tapizaban el fondo de su cuenco. Se preguntó si contar el asesinato de su tutora era tan difícil para ella como para Temis escucharlo.

—La mató el temisciro que incendió el bosque. Había venido a buscar la pepita de azur vivo que teníamos en el árbol cabaña. Chirone intentó protegerla, pero él lanzó una explosión mágica. Se quemó y salió proyectada por los aires.

Temis negó con la cabeza y dio otra calada.

—Y tú, ¿por qué sobreviviste?

La pregunta sonaba como una acusación. Arka dobló las piernas y las apretó contra su pecho. ¿Cuántas veces se había preguntado lo mismo? Durante mucho tiempo había atribuido su supervivencia a una cuestión de suerte, pero a estas alturas sabía que la suerte no tenía nada que ver.

—A causa de la maldición —respondió.

—¿Quién te ha hablado de la maldición?

—Chirone —mintió—. Un poco antes de morir.

La amazona masculló algo que se evaporó en pequeñas volutas de humo.

—No tendría que haberte dicho nada, eras muy joven.Sobre todo porque no estás maldita. Tu madre era hija de un ilota, no descendiente de una fundadora.

Arka escuchó estas palabras con gran asombro. Chirone nunca le había dicho que su madre provenía del pueblo local y ella misma no había contemplado esta posibilidad. Al fin y al cabo, con el cabello rubio y los ojos claros, no se parecía mucho a una ilota, aunque la forma de sus pómulos era típicamente arcadia. Todas las amazonas tenían sangre ilota, bien porque sus ancestros se habían mezclado con los autóctonos, bien porque procedían de aldeas lindantes con el bosque, como Temis. A veces algunas guerreras salían con rasgos hiperbóreos; las descendientes de las fundadoras. Hasta entonces, Arka creía formar parte de estas y por eso pensaba que estaba maldita tanto por parte paterna como materna. Pero, al parecer, solo le afectaba la maldición de su padre: la maldición del espejo. Prefería no saber qué ocurriría si una amazona supiera que bastaba con deshacerse de ella

para poner fin a esta amenaza permanente.

—¿Si la maldición no existiera viviríamos de otra manera? —preguntó con un hilo de voz.

Temis soltó una bocanada de humo.

—No. Para empezar, la mayoría de nosotras no desciende de las fundadoras. Y, además, ya hace demasiado tiempo que vivimos con el azur vivo. Forma parte de nosotras.

Arka no se esperaba esta respuesta. Esto ponía en duda su convicción de que el amo de los lémures había querido retenerla en Hiperbórea para mantener la maldición y obligar a las amazonas a seguir viviendo bajo su yugo. Si las guerreras se sentían satisfechas conviviendo con el azur vivo, ¿por qué había intentado retenerla allí?

—Bueno, a ver, ¿qué has venido a hacer? —cortó Temis dejando la pipa encima de un leño con un gesto brusco.

Arka se sobresaltó, sumida como estaba en sus pensamientos.

—No tengo adónde ir —respondió.

—¿Las ilotas ya no quieren saber nada de ti? —ironizó la amazona.

Como Arka se limitaba a fulminarla con la mirada, chasqueó la lengua a modo de desaprobación.

—No hago obras de caridad —dijo con una mueca— y menos aún con una cría que no ha venido a verme ni una sola vez en dos años y que miente como una bellaca.

Arka no había confiado en que Temis se prestara a ofrecerle gran ayuda, pero sí que aceptase alojarla unos días al menos. Se estaba haciendo a la idea de pasar la noche al pie de un árbol cuando Temis añadió:

—Pues vas a tener que trabajar para ganarte el techo y la comida.

Arka se enderezó preguntándose con desconfianza qué trato iba a proponerle. La vieja amazona se levantó para sacar una linterna de luciérnagas metida dentro de un cubo cerrado. Agitó el objeto con un golpe seco y los insectos presos en el cristal empezaron a brillar, dando un aire inquietante al rostro arrugado de la guerrera. Temis enfocó con la linterna la terraza carcomida, las paredes desiguales y el techo agujereado.

—Hay mucho trabajo que hacer aquí y yo soy demasiado vieja para encargarme de eso. Mañana iré a ver a la carpintera para negociar la compra de unas tablas. Vas a repararme todo esto. Más te vale hacer un buen trabajo, porque, si no, tendrás que buscarte otro sitio donde dormir. ¿Estamos?

—Sí —respondió Arka después de reflexionar un segundo.

—Muy bien, pues voy a preparar algo de comer.

Con estas abruptas palabras, se levantó y desapareció detrás de la tela. Arka soltó un suspiro de alivio. Apoyó el mentón sobre sus rodillas y respiró el olor embriagador que se escapaba de la pipa aún

encendida. Fumar en la terraza también era el pasatiempo preferido de Chirone. Las dos mujeres debían de haber pasado así muchas tardes, sentadas en los leños, viendo cómo caía la noche en el bosque. Recordó su relación mientras movía los dedos de los pies polvorientos. Las parejas de amazonas tenían fama de ser duraderas. Sin embargo, Temis y Chirone se habían separado antes de que Arka se convirtieraen la pupila de esta última. Siempre había pensado que Temis no la quería por esta razón, aunque jamás se lo hubieran confirmado. Eran muchas las cuestiones que la muerte de su tutora había dejado sin respuesta.

La amazona volvió con dos cuencos de caldo frío. Le dio uno a Arka y volvió a sentarse en el leño. Arka miró el brebaje: peladuras de tubérculos flotando en un agua grasienta, tan apetecibles como trozos de uñas. Pero no había comido nada aparte de los moluscos crudos desde hacía dos días y su estómago se quejaba de hambre. Se bebió la sopa en pocos tragos.

—¿Por qué os separasteis Chirone y tú? —preguntó de golpe y porrazo, enjugándose la boca con la palma de la mano—. ¿Fue porque Chirone me acogió?

Temis, que aspiraba ruidosamente el caldo, escupió una risita burlona.

—Siempre has sido una cría agotadora, pero te habría soportado. No, no tuvo nada que ver contigo.

Arka se sintió más liviana de repente.

—¿Ya no os queríais?

—Nunca dejamos de querernos —repuso Temis.

Dejó el cuenco vacío con un gesto brusco para indicar que no se extendería sobre el asunto.

—¿Ya has terminado? —preguntó mientras cogía la linterna de luciérnagas—. Dame tu cuenco. Voy a buscarte una cosa.

Arka hizo como le mandaban y miró con curiosidad su silueta encorvada llevarse los platos dentro de la cabaña. Cada fisura del adobe brilló en la noche mientras el rumor de Temis revolviendo se escapaba de la choza. La vieja amazona apareció con una hamaca doblada bajo el brazo y la linterna en una mano. En la otra llevaba una pepita azul.

—La encontré a una decena de metros de los restos de Chirone —se limitó a decir—. Seguramente salió despedida cuando el incendio voló por los aires vuestra cabaña. Imagino que es lo único que el incendio no destruyó. Toma.

Le tendió el trocito de metal. Arka la cogió y la hizo rodar entre los dedos. Desprendía un fulgor difuso. Era el fragmento de azur vivo que siempre había visto en el cinturón de Chirone. Le sorprendía que Temis lo hubiera conservado y le conmovía recibirlo. Las amazonas no

poseían nada propio y la noción de herencia les era desconocida. Cuando morían, todos sus efectos personales pasaban a la comunidad, empezando por las pepitas de azur vivo. Arka levantó los ojos hacia la vieja amazona.

—Gracias —susurró.

Temis farfulló una respuesta inaudible. Recuperó la pipa, fumó durante un rato y luego se fue a dormir. Arka instaló la hamaca en la terraza y dio vueltas en la tela rasposa sin conseguir conciliar el sueño. Hizo rodar la pepita de azur vivo entre el pulgar y el índice. Oyó el grito de los ninox mezclarse con el tañido de los sapos. A pesar de la frialdad de Temis, la incomodidad de la hamaca y la dureza de la vida arcadia, se sentía feliz. Era la hija del bosque, ligada visceralmente a esta matriz de raíces y de follaje que la había nutrido y criado. Había tenido que volver para tomar plena consciencia de ello. Apretó el puño con la pepita de azur vivo, cerró los ojos y se durmió.

Embron y Tétos

Una muchedumbre compacta se dirigía hacia las murallas del barrio norte, no muy lejos de la torre derruida. Desde hacía unas horas, los heraldos circulaban en los primeros niveles para anunciar con gran pompa la ceremonia de bienvenida de Licurgo. Embron y Tétos se abrían paso a codazos, curiosos por ver a ese a quien los hiperbóreos consideraban de ahora en adelante el libertador de la ciudad.

El último mes transcurrido había sido duro para todo el mundo. Primero, el frío se había cobrado numerosas víctimas entre la población más frágil: los niños de corta edad, los viejos y los pobres diablos del primer nivel que no tenían cuatro paredes entre las que refugiarse. Luego, la hambruna había venido para quedarse, porque las caravanas dejaron de llegar. Los clanes aprovecharon para hacerse con los víveres guardados en los almacenes del caravasar y venderlos a precios desorbitantes. Por último, la incertidumbre sobre el futuro de la ciudad terminó de socavar la moral de los hiperbóreos.

Así las cosas, cuando un centenar de rochos llegaron unos días antes arrojando sacos de víveres sobre la ciudad hambrienta, los habitantes gritaron: «¡Milagro!». El alborozo continuó cuando la cohorte temiscira logró recuperar el control de laExtractora, asesinando y apresando a las amazonas. Ahorala ciudad entera estaba dispuesta a aclamar a sus salvadores.

Embron y Tétos lograron acercarse a las murallas. Una auténtica marea humana ocupaba la nevada pradera que los separaba de las primeras torres. Detrás de las almenas, una guardia de honor

compuesta alternativamente de policías hiperbóreos y de soldados-pajareros temisciros esperaba la llegada de Licurgo. En el extremo de esta doble fila había un mago dotado con una enorme barriga.

—¿Quién es ese? —preguntó Tétos.

—Sileno, el juez supremo —respondió Embron en un tono docto (acababa de oír a dos chiquillas intercambiarse esta información)—. Es él el nuevo Eparca.

—¿Y dónde están los otros magos?

Sobre las murallas, solo algunas togas púrpuras se mezclaban con las numerosas capas negras de los soldados-pajareros. Los uniformes se levantaban a capricho de las ráfagas de viento que procedían de la brecha de la cúpula.

—A muchos los asesinaron en la Extractora. Un centenar, según mis fuentes —respondió Embron.

Los movimientos de la muchedumbre habían traído a una hermosa joven morena de ojos verdes a su lado, y procuraba impresionarla pareciendo bien informado. Se cuidó de precisar que su fuente era la conversación entre las dos chiquillas que había oído poco antes.

—Sí, pero ¿dónde están los que no murieron?

—Pues habrán vuelto al séptimo nivel, como antes —escurrió el bulto Embron de mal humor—. Mira, parece que el Basileus de los temisciros está llegando.

—¿Licurgo, el Polemarca?

—Sí, sí, el mismo.

—No parece muy en forma. Nuestro Basileus, eso sí que era otra cosa.

—Pero se lo cargó una chiquilla.

—Una chiquilla amazona, que no es lo mismo.

—¿Qué ha sido de ella?

—La ejecutaron, ¿no?

Los dos policías se callaron. Sileno había llegado a la altura de las murallas con Licurgo a su lado, que, en efecto, no parecía muy en forma. El Polemarca, envarado en sus pieles como un recién nacido en sus pañales, se apoyaba en el brazo de un edecán. Sileno le apretó el hombro con gesto fraternal y luego empuñó un megáfono mágico para dirigirse a la muchedumbre.

—¡Hiperbóreos, hiperbóreas! Los últimos tiempos han sido los más extenuantes de nuestra vida. Jamás la valentía y la resiliencia de nuestro pueblo conocieron semejante prueba. Lloremos a nuestros muertos, víctimas del frío y de la barbarie de las furias crueles que invadieron nuestra ciudad. Celebremos la valentía de los soldados temisciros y de su Polemarca. Eran nuestros amigos. Cuando respondieron a nuestra llamada de angustia, se convirtieron en nuestros hermanos. ¡Hoy, gracias a ellos, tengo el gusto de anunciaros

que nuestra ciudad se ha deshecho del yugo amazónico!

Los vítores brotaron de las bocas y reverberaron sobre las murallas y la cúpula. Embron y Tétos se unieron al clamor general vociferando: «¡Viva Licurgo! ¡Viva Temiscira!». Luciendo una calurosa sonrisa, Sileno aguardó unos instantes a que las aclamaciones se calmaran y luego retomó la palabra:

—La muerte de nuestro bienamado Basileus y la de los miembros del Consejo me dejan la ingente tarea de reconstruir la ciudad. Pero ¿qué es una ciudad? Una ciudad no son unas torres, unas murallas, una cúpula, no. Una ciudad es mucho más que eso, una ciudad es una comunidad de seres unidos por el mismo deseo de prosperidad, de…

El discurso continuó. Los dos policías tenían dificultades para seguir el hilo; por otra parte, el contenido les interesaba poco. Embron intentó captar el interés de la joven morena haciéndole guiños intencionados, pero ella escuchaba las palabras del nuevo Eparca con tanta concentración que no se fijó en Embron. Decepcionado, inició una de sus conversaciones preferidas con Tétos: la minuciosa comparación de la respectiva calidad de sus armaduras. Tras un debate feroz, terminaron por acordar el hecho de que la dieta forzada de los meses anteriores había tenido un efecto muy positivo sobre el ajuste de su peto. Embron se disponía a volverse hacia la joven para comprobar si admiraba su recién estrenada esbeltez cuando sus oídos captaron fragmentos preocupantes del discurso.

—Reconstruiremos nuestra cúpula. Todos juntos. Es una parte de nuestro destino hiperbóreo. Me comprometo a ello: a partir de mañana mismo, se recaudará un impuesto para devolverle a nuestra ciudad su esplendor cristalino.

—¿Qué es esa historia de impuestos? No irán a gravarnos el sueldo, ¿no? Bastante tenemos con que no nos hayan pagado este mes… Lo que nos faltaba.

Sileno pareció percibir los gruñidos tacaños que inflaban a la muchedumbre, porque enseguida añadió en tono jovial:

—Tranquilizaos, no vamos a sacaros un plectro del bolsillo para la reconstrucción de la cúpula. —«¡Aaaah!», suspiró Tétos—. No, no, lo único que necesitamos es una contribución… de ánima. Empezaremos a recaudar este impuesto voluntario sobre vuestra energía en los próximos días. Para ello, solo tendréis que presentaros en la entrada de la Extractora, donde os someterán a una pequeña operación mágica rápida, indolora y sin efectos secundarios; a lo sumo un cansancio pasajero. A cambio de esta extracción, se distribuirá comida gratuita a todos aquellos que aporten su contribución.

A la mención de la comida, Embron y Tétos se intercambiaron miradas contentas.

—Suena bien —dijo Embron.

—Pero ¿la policía también está incluida? —se interrogó Tétos.

—Pues claro que la policía también está incluida. Han dicho «a todos aquellos que aporten su contribución», idiota.

—¡Ah, sí! Tienes razón. ¿Cuándo vamos?

—Les desaconsejo que vayan.

Embron y Tétos se volvieron, sorprendidos, hacia la joven morena que acababa de inmiscuirse en la conversación. En una milésima de segundo, ocultaron el contenido de la frase y la expresión cerrada de la joven y se convencieron de que su intervención impertinente era una forma rebuscada de llamar su atención. Embron sintió un gran calor de repente: no podía desaprovechar la ocasión de seducirla.

—¿Vuelve usted a casa? Podemos acompañarla, si lo desea.

La joven los miró con cara de pocos amigos.

—No, no es necesario, gracias —respondió mientras se alejaba.

Embron y Tétos intentaron venderle las virtudes de su compañía haciéndole algunos comentarios floridos, pero ella siguió su camino y desapareció entre la multitud.

—Menudo genio se gastan las chicas de ahora —comentó Embron.

—Debe de ser por culpa del frío —abundó Tétos—. Hace falta reparar la cúpula de una vez por todas.

Pirra

Pirra apartó de su mente las alusiones indecorosas que acababa de escuchar y se dirigió hacia el ascensor más cercano. Sus botas chapoteaban en el barro medio helado del primer nivel. El fondo de la ciudad, que siempre la había repugnado, se había vuelto más feo aún desde la destrucción parcial de la cúpula. Las calles bullían de gente. Circulaban efluvios rancios, que eran una mezcla de orina, sudor y humo. Algunos chavalines asaban ratas encima de los montones de desechos mientras que sus mayores miraban pasar el tiempo masticando la goma de loto que les quedaba; el efecto inhibidor del apetito de esta droga les hacía olvidar que tenían el estómago vacío.

Pirra llegó al canal helado, produjo dos cuchillas de hielo debajo de sus botas y se puso a patinar. Mientras se deslizaba por la vía acuática, el discurso de Sileno daba vueltas en su cabeza. Era la primera vez que veía al lémur desde su enfrentamiento, mucho tiempo antes. Al igual que Lastyanax, había esperado que el incendio de la torre se llevara por delante a la criatura. La idea de que un títere sin alma utilizara el cuerpo de su antiguo profesor para servir a Temiscira le revolvía el estómago. Y esa historia de contribución de ánima…

Aquí y allá, enormes caparazones vacíos recubiertos de hielo la obligaban a bordear el canal helado. Algunos mendigos habían elegido

su domicilio en algunos de ellos y obstruían los agujeros de la cabeza y de la cola con paños para protegerse del frío. En el plazo de un mes, el estofado de tortuga se había convertido en el plato nacional. Ningún reptil había sobrevivido al frío polar que reinaba en la ciudad.

Pirra dio unas zancadas más con sus patines y llegó al ascensor del barrio sur. El artefacto había quedado inutilizable. Sus cuerdas, tiesas debido a la escarcha, pendían en el vacío, al lado de la enorme cascada helada que caía del canal del segundo nivel. Habían tallado peldaños en el hielo para permitir que la gente pasara de un nivel al otro. La mafia se había hecho con el control de los peajes y reclamaba seis borios a cada persona que utilizaba la escalera. Pero los maleantes estaban nerviosos: era habitual verlos lanzar miradas inquietas al cielo, como marmotas en alerta. Los temisciros habían desmantelado los clanes que controlaban el caravasar, y solo era cuestión de tiempo que expulsaran a los que habían tomado posesión de los peajes.Nadie podía medirse con sus pájaros rochos.

Pirra abonó su pasaje al matón enclenque que vigilaba las idas y venidas y transformó sus patines en tacos para no derrapar. Subió los peldaños y llegó resollando al segundo nivel.Repitió la operación con el tercero y el cuarto, con el pensamiento puesto en la Extractora y sus ocupantes.

Desde la llegada de los soldados-pajareros, solo algunos magos estaban autorizados a salir. «Medida de seguridad temporal», habían pretendido los temisciros en respuesta a las interrogaciones de las familias preocupadas por los suyos. Pirra sospechaba que solo liberaban a los magos favorables al nuevo poder instaurado, como el Estratega. Le hubiera gustado comentarlo con Lastyanax, pero no había vuelto de su búsqueda absurda en los montes Ripeos. Pirra intentaba no pensar en él, porque cada vez que lo hacía le invadía una sensación de inquietud e ira a partes iguales.

A pesar de todo, lamentaba no tener a alguien con quien pensar la manera de sacar a setecientos magos de la prisión. Por más vueltas que le daba, no lograba esbozar ningún plan. Cuanta más información recababa, más insoluble se le antojaba el problema.

La Extractora no había abandonado sus pensamientos cuando llegó a la escalinata de su abuela. Empujó la puerta y entró en la sala de estar. Sentadas junto a una sartén improvisada, dos de sus hermanas se peleaban por una polaina de piel. Entretanto, recostada sobre una elegante banqueta que habían recuperado de su villa del séptimo nivel, su madre se quejaba de la situación. Como siempre, monopolizaba la atención de la tía abuela, que empezaba a andar escasa de consideración.

—Mi pobre marido sigue encerrado en esa cárcel… Mi casa saqueada en este mismo momento por esos brutos de los temisciros…

Mis hijas perdiendo su buena educaciónde tanto frecuentar plebeyos sin fortuna… —lloraba la madre dándose golpecitos en los párpados con un pañuelo de seda—. ¡Pirra! —exclamó al ver a su hija.

De pronto recuperó toda la potencia de sus pulmones.

—¿Dónde te habías metido otra vez?

—Hola, madre, hola, tía abuela, a mí ni caso, solo estoy de paso —dijo Pirra rápidamente mientras cruzaba la sala de estar.

Se fue directa al balcón del piso evitando cuidadosamente el contacto visual y cerró la puerta tras ella con un suspiro. El hacinamiento no le sentaba bien a su familia; era difícil contentarse con un piso de tres habitaciones en el cuarto nivel cuando estabas acostumbrado a un casoplón en el séptimo.

Pirra sacó un catalejo del bolsillo interior de su abrigo y se acercó a la barandilla. La silueta austera de la Extractora seerigía ante ella, a unos cincuenta pasos de la torre dondese encontraba. Pegó el ojo al ocular del instrumento y enfocó la cima de la torre. Las rapaces gigantes de los temisciros, encaramadas en lo alto, escrutaban a la población como halcones dispuestos a abatirse sobre sus presas. Pirra bajó el catalejo hacia las troneras situadas en el cuarto nivel. Le costó un rato encontrar la ventana que buscaba.

Gracias a un golpe de suerte extraordinario, había descubierto que su tía abuela vivía justo enfrente de la celda de Pétrocle. Desde la partida de Lastyanax, era la única buena noticia que aportaba un rayo de luz a su rutina diaria. No solo Pétrocle seguía con vida, sino que además había conseguido establecer un canal de comunicación con él.

Pirra utilizaba un viejo anuncio pintado en la pared exterior del piso para hacer sus preguntas gracias a un sello que reorganizaba las letras de la publicidad. Luego esperaba la respuesta de Pétrocle. Un trozo de su toga colocado a la derecha de la ventana significaba «sí»; si estaba a la izquierda la respuesta era «no»; y si estaba en medio significaba «no sé».

Como era natural, las preguntas cerradas volvían largo y fastidioso el intercambio de información, máxime cuando la aspillera de la celda estaba demasiado alta como para permitir que Pétrocle mirara constantemente por la ventana. Tenía que ponerse de puntillas, arriesgándose cada vez a llamar la atención de sus guardias. Era una suerte que fuera tan alto; otros detenidos habrían tenido que subirse al alféizar.

Gracias a este sistema, Pirra había logrado enterarse demuchas cosas. Su padre y todos sus antiguos camaradasde promoción seguían vivos. No torturaban a los reclusos, pero les extraían ánima cada cierto tiempo, lo que venía a ser lo mismo. Pétrocle no sabía por qué los temisciros los retenían, ni si tenían intención de soltarlos un día. Sin embargo, parecía conocer bastante bien la organización de la

prisión. Las últimas preguntas de Pirra también tenían que ver con el número de patrullas y su frecuencia. Había escrito en la pared: «¿Torrede guardia noche 30 min?». Pétrocle le había respondido colocando el trozo de toga a la izquierda de la ventana.

Contrariada, Pirra volvió a plegar el catalejo y trepó a la cornisa que le permitía acceder a la publicidad. Había dibujado un sello de calor en este estrecho soporte para no resbalar sobre la piedra cubierta de hielo. El menor paso en falso podía suponer una caída vertiginosa. Por suerte, no tenía vértigo…

Modificó el anuncio, escribiendo esta vez: «¿Torre de guardia 20 min?».

De vuelta en el balcón, sacó por segunda vez el catalejo con la esperanza de ver a Pétrocle en la ventana, pero no estaba. Decepcionada, volvió al piso, esquivó las preguntas de su madre, que no entendía por qué salía tanto a tomar el aire, saludó a su tía abuela y salió de la vivienda.

Una hora más tarde, llegó a la cima de la ciudad, donde los estragos eran más visibles. Las puertas de las villas, destrozadas por los saqueadores, estaban abiertas de par en par. Las plantas exóticas de los jardines suspendidos habían sucumbido al frío. La helada había reventado la piedra de los acueductos y solo había dejado en algunos sitios puentes de hielo rematados con estalactitas.

Equipada con sus patines, pasó por un puente de hielo y llegó a la entrada de la biblioteca central, cuya cúpula azul y dorada parecía repintada de blanco. En el interior, la temperatura era más clemente: las ventanas acristaladas cortaban el viento. Numerosos saqueadores habían visitado el edificio para recuperar el combustible: estantes enteros de manuscritos habían desaparecido, sustituidos por algunas hojas dispersas. Pirra fundió las cuchillas de sus patines y atravesó los pasillos procurando no pensar en la cantidad de saberes que habían quedado reducidos a cenizas. Subió a un levitador y se dejó transportar hasta el fondo del atrio, la mirada perdida en la ola de elipses del astrolabio gigante que ocupaba el centro del edificio.

La planta más baja de la biblioteca se situaba a la altura del cuarto nivel y albergaba archivos antiguos, algunos de los cuales databan de la fundación de Hiperbórea. Algunos rollos de pergamino viejos, protegidos por sellos de conservación, estaban expuestos en los pupitres. El resto se apilaba en altas estanterías sumidas en la penumbra; la planta era ciega y solo recibía la luz del atrio y de algunas esferas de exigua luminosidad.

Pirra recorrió el dédalo de pasillos y finalmente llegó a su destino: una puerta mecamántica redonda detrás de la cual se conservaban las

colecciones más preciadas y secretas de la biblioteca, entre ellas, los planos de la Extractora. Había sido necesario mucho tiempo para conseguir desencriptar y reconfigurar el sello de apertura. Posó su mano sobre los engranajes de la puerta y la activó. La batiente se replegó ante ella.

Pirra no tuvo tiempo de ver el contenido de la cámara acorazada: una silueta carnosa de cabellos castaños y coqueto maquillaje invadió su campo de visión.

—¡Aah, dichosos los ojos! —exclamó Aspasia—. Hace horas que te espero para decirte algo. No sabes lo a-bu-rri-do que es quedarse aquí dando vueltas en círculo todo el día cuando sales de expedición. Y decir que vine contigo a este agujero de ratas porque me convenciste de que nos divertiríamos de lo lindo con toda esa historia de la liberación de los magos…

—Nunca te he dicho que fuéramos a divertirnos y, de hecho, nunca he intentado convencerte. Eres tú quien insistió en venir —cortó Pirra, disgustada—. Si te aburres, no tienes más que volver al cuarto nivel con mamá y las hermanas, yo no te obligo a estar aquí.

—¡Uy, no! Eso es más peñazo todavía.

Pirra soltó un suspiro de agobio y rodeó a la benjamina para acercarse a la cámara acorazada. Nichos de madera llenos de rollos de pergamino cubrían las paredes rectangulares. En el centro, una mesa grande permitía consultar los documentos. Y, de pie, delante del mapa extendido sobre la mesa, se hallaba…

Lastyanax. Pirra se paralizó, incapaz de proferir la menor palabra o hacer el menor movimiento. Su antiguo camarada parecía tan petrificado como ella. En su rostro surcado por el cansancio solo sus ojos se movían, yendo de Pirra al mapa, de Pirra a sus pies, de Pirra a los estantes, como si todos los elementos de la sala fueran más agradables a la vista que ella.

La voz lastimera de Aspasia se elevó por detrás:

—Ya ves, te había dicho que tenía algo que decirte, pero como de costumbre nunca prestas atención a lo que te cuento.

—Acabo de volver —logró decir finalmente Lastyanax señalándose las pieles mugrientas tras un mes de viaje.

Tenía la piel enrojecida por la reverberación del sol sobre la nieve, el pelo demasiado largo y una barba rala que le sombreaba el mentón. Pirra nunca lo había visto tan desgreñado. Estos detalles acudían a su mente a la vez que multitud de pensamientos contradictorios. Tenía ganas de irse; de estrecharlo entre sus brazos; de colmarlo de reproches; de contarle las mil cosas que habían ocurrido desde su partida; de ignorarlo; de preguntarle qué había pasado en los montes Ripeos. Si hubiera podido, lo habría hecho todo a la vez. Se limitó a preguntar con una voz fría y clara, que camuflaba a la perfección el

tumulto en su cabeza:

—¿Dónde está tu discípula?

Lastyanax bajó la cabeza.

—No lo sé. No he conseguido encontrarla. Creo que lo habría logrado si hubiéramos atravesado el glaciar, pero el guía no…

—Entonces ¿te has olvidado de mí durante un mes para nada? —cortó Pirra.

Sus pensamientos se ordenaban. De trasfondo, un alivio inmenso de verlo volver con vida tras su expedición irracional en los montes Ripeos. En la superficie, una necesidad de hacerle pagar el desasosiego en el que la había sumido su partida, después del secuestro de los magos y el derrumbamiento de la torre. Lastyanax murmuró:

—Fue un error. Lo siento. Tendría que haberte escuchado.

Como Pirra le infligía un silencio glacial, continuó:

—He intentado bajar lo más rápido posible cuando he visto las escuadrillas de rochos dirigirse hacia Hiperbórea. Hemos estado a punto de perder los dos bueyes almizclados por culpa de eso…

—Me alegra saber que te preocupaba el destino de dos reses —ironizó Pirra.

Lastyanax no respondió. Parecía extenuado de cansancio. Pirra hervía de indignación; le habría gustado que estuviera en mejor forma para poder atormentarlo más, pero él parecía dispuesto a sufrir cada uno de sus reproches sin rechistar.

—Puede que por fin consigamos ayudar a escapar a todo el mundo ahora que Lasty ha vuelto —intervino Aspasia mirándose las uñas.

Pirra la fulminó con la mirada. Lastyanax se aferró enseguida a la distracción que su hermana acababa de ofrecerle, como un náufrago a un trozo de madera.

—Aspasia me ha dicho que buscabas la forma de entrar en la Extractora para liberar a los magos…

—Sí, y mira tú por dónde, es un proyecto difícil para una sola persona —repuso Pirra en tono agrio.

—¿Y yo qué soy? ¿Un florero? —se ofuscó Aspasia.

Ninguno de los dos le prestaron atención. Lastyanax miró a Pirra y vaciló sobre sus pies, con un semblante tremendamente incómodo.

—Me alegra que estés bien —dijo por fin.

—No es gracias a ti.

—Tenía ganas de dar media vuelta todos los días —prosiguió Lastyanax—. No te imaginas hasta qué punto ha sido una decisión difícil, en cada instante, seguir caminando sin saber qué sucedía en Hiperbórea, si corrías peligro, si…

—¡Pues entonces no tenías más que volver!

La exclamación había brotado de la boca de Pirra. Ella hubiera preferido conservar la calma, pero no podía contener su ira por más

tiempo, de pronto desbordante. En derredor, las hojas volaron, los manuscritos se abrieron, los muebles temblaron.

—Que me dejaras tirada para ir en busca de tu discípula cuando todo se iba a pique, tira que te va. Pero, Pétrocle, ¿acaso pensaste en Pétrocle? ¡Lleva más de un mes encerrado en la Extractora! ¡Lo mismo que el resto de los magos! ¡Nos has abandonado a todos, Last!

A cada una de sus frases, Lastyanax doblaba un poco más el espinazo, como si las palabras de Pirra lo hirieran físicamente. Esta última cerró los ojos e intentó dominar el monstruoso rencor que había acumulado tras una cuarentena de días de incertidumbre e impotencia. Era inútil seguir cebándose con él. Lo miró una última vez con desprecio y luego se dejó caer en una butaca suspirando.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó.

Un alivio manifiesto se dibujó en el rostro de Lastyanax. Recogió las hojas dispersas por la sala, las reunió en un montoncito y se sentó también en una butaca, apretando las rodillas. Sus gestos eran extremadamente cautos, como queriendo evitar a toda costa que la frágil tregua que Pirra venía de concederle se rompiera.

—Antes de mi partida, me hablaste de buscar los planos de la Extractora en la biblioteca. Me dije que tenía posibilidades de encontrarte aquí. Si no, habría terminado por encontrar la dirección de tu tía abuela.

—Si buscas un lugar donde dormir, ella también te acogerá con gusto —trinó Aspasia.

—Puede ir a casa de sus padres —repuso Pirra, irritada.

Era consciente de que su hermana veía el regreso de Lastyanax como una excelente ocasión de añadir el romance con un criminal en fuga a la lista de sus proezas amorosas. Él no se daba cuenta de nada, por supuesto.

—Así que Sileno ha vuelto con los temisciros —concluyó Lastyanax.

—¡Qué sentido de la observación! —ironizó Pirra.

—Pero los magos no han sido liberados a pesar de todo—continuó Lastyanax.

Pirra negó con la cabeza. Con un gesto mecánico, se recogió el cabello y se hizo un moño.

—Sacaron a algunos. Al Estratega y a otros tiburones de su calaña. Los que han jurado lealtad al nuevo poder establecido —resumió—. Los demás siguen encerrados.

—Aspasia me ha dicho que fuiste a escuchar el discurso de Sileno —añadió Lastyanax—. ¿Cómo fue?

—Sileno apareció al lado de Licurgo y pronunció un gran discurso sobre la amistad hiperbóreo-temiscira —respondió Pirra con hastío—. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, me costaría creer que es

un lémur.

—Su amo se ha salido con la suya —comentó Lastyanax con aire sombrío—. Con él como nuevo Eparca, Hiperbórea está convirtiéndose en un protectorado de Temiscira…

—Y eso no es todo —añadió Pirra.

Le habló de la contribución de ánima evocada por Sileno. A Lastyanax también le pareció preocupante esta información. Como intercambiaban miradas lúgubres, Aspasia fue a sentarse en la butaca más próxima al joven hombre.

—¿Por qué te inquieta tanto esta historia de la contribución de ánima, Last? —preguntó pestañeando en dirección al interesado.

—Con el azur vivo que han recuperado de los cinturones de las amazonas, los temisciros podrán aumentar la potencia de la máquina extractora… —empezó a explicar.

—Y producir enormes cantidades de oricalco gracias a las contribuciones de ánima de los hiperbóreos —completó Pirra en un tono seco para indicarle a su hermana que se dejara de pamplinas—. La reparación de la cúpula solo es un pretexto—declaró—. Con ese oricalco, los temisciros duplicarán la fuerza de su ejército. Serán invencibles. Hiperbórea no volverá a recuperar su independencia.

—Eres de lo más deprimente, hermanita —bostezó Aspasia—. ¿Y qué vamos a hacer ahora? ¿Seguir leyendo planos que no nos llevan a ninguna parte? Porque tu historia de liberar a los magos, eso…

Su comentario produjo un silencio incómodo. Pirra se miró fijamente las manos para que no vieran la duda que se leíaen sus ojos. Pensó en su padre, Pétrocle, en los otros magos y en la propia Hiperbórea, que aguardaba su salvación. Se negaba a reconocerlo en voz alta, pero sí, su proyecto parecía condenado al fracaso. Se sentía a la vez culpable por no haber hecho nada todavía e impotente ante la tarea insuperable que se había asignado.

De pronto, una idea germinó en su cabeza. El anuncio de Sileno acababa de darle un objetivo ambicioso, pero posiblede alcanzar, que podría marcar una verdadera diferencia para sus conciudadanos y los magos encerrados en prisión.

—Tengo un nuevo plan.

Alcandre

Alcandre escudriñó una última vez a los rochos que planeaban sobre la cúpula. Ningún rapaz negro aparecía en el azul del cielo matinal atravesado por las irisaciones del adamante. Se alejó de la barandilla y recorrió la explanada aérea que se extendía a las puertas del Magisterium. Pentesilea y Mélanéphèle no habían vuelto todavía. Esta

ausencia prolongada empezaba a intranquilizarlo. Confiaba plenamente en su aprendiza y la sabía tan poderosa como para medirse con Arka, pero esta había desplegado recursos insospechados en más de una ocasión. Después de todo, él tampoco había logrado retenerla. ¿Por qué iba a partir del principio de que Pentesilea lo conseguiría?

Subió los peldaños del Magisterium rumiando este pensamiento. Las puertas monumentales se habían quedado abiertas desde la toma de rehenes. Una capa de escarcha, perforada de huellas de botas, recubría el suelo de mosaico cerca de la entrada. Su capa de lana negra rozó el enlosado mientras avanzaba por una de las galerías conectadas con el atrio. La prenda pesaba como un yugo sobre sus hombros. Alcandre despreciaba todo lo que simbolizaba: el espíritu militar, el conformismo, la sumisión apegada a la jerarquía. Un edecán se la había traído la víspera; para Filón era una forma de recordarle que le debía obediencia.

Al menos el uniforme lo protegía de las corrientes de aire que atravesaban los arcos del Magisterium. Los soldados-pajareros con los que se cruzó en el camino lo miraron con una desconfianza teñida de desprecio. Las plumas rojizas que cubrían los hombros de su capa indicaban su pertenencia al cuerpodiplomático, una unidad de funciones opacas cuya reputación de servir de cobijo al «hijo de» ya era un hecho.

Alcandre se preguntó cuánto tiempo seguiría beneficiándose de este estatus. Su padre había salido del discurso de Sileno más tembloroso que antes. Filón había requisado una villa para alojarlo. Alcandre pasó a verlo: Licurgo parecía tan bien tratado como era posible. Nadie podría reprocharle a Filón haber acelerado el declive de ese a quien estaba llamado a sustituir. Parecía que la devoción hacia su superior era incluso mayor. Alcandre sabía a qué venían tantas consideraciones: Filón buscaba afianzar su legitimidad demostrándole al mundo que era el auténtico hijo espiritual de Licurgo.

Sin embargo, no tenía garantizada esta legitimidad entre los hiperbóreos. Por orden de Filón, los temisciros habían ocupado el Magisterium y recorrían sus galerías como si fueran suyas. Alcandre notaba que la crispación se instalaba entre los magos liberados de la Extractora, a quienes habían prometido, no obstante, altos cargos en el nuevo régimen político.

Al llegar a la antecámara contigua al gabinete del Eparca, se encontró con el más frustrado de los magos. El Estratega expresaba con gran acompañamiento de superlativos su indignación porque Sileno no lo había recibido todavía.

—¡Soy el único ministro que queda en el Consejo! ¡He sobrevivido a la toma de rehenes! —bramaba, mientras su fino bigote se levantaba

al son de sus exclamaciones—. ¡Me niego a que un simple profesor, que nunca ha hecho otra cosa que dar clases a adolescentes granujientos, me deje en la puerta!

Su paso por la Extractora lo había adelgazado tanto que Alcandre podía ver cada músculo de su cuello tensarse como una cuerda mientras le insistía a un edecán para obtener una audiencia. Este último no estaba nada convencido: Sileno, que había salido demasiado pronto de su tanque mancimniótico a petición de los oligarcas, había concluido su discurso con un desplazamiento de órganos. Alcandre lo había devuelto al tanque para que terminara su regeneración.

Alarmado por el Estratega que gritaba como un descosido, Filón salió del gabinete y saludó a este último con deferencia. Alcandre observó que le doraba la píldora con un interés de experto: «Lamento enterarme de que mi edecán se ha creído con autoridad para negarle el acceso a mi gabinete… Qué desprecio… Pero Sileno no está aquí, se siente indispuesto desde su discurso en las murallas… Me ha confiado la tarea de organizar la reinserción de los magos y la colecta de las contribuciones de ánima… No le escondo que todavía no ha conseguido superar su papel de comunicador… En mi opinión, usted es el verdadero artífice de la reconstrucción de esta hermosa ciudad… De hecho, ¿qué le parece esta propuesta…?».

Unas cuantas frases artificiosas después, el Estratega salió de la antecámara con una sonrisa en los labios. Ni siquiera había puesto un pie en el gabinete.

—A los otros magos no será tan fácil manipularlos —le advirtió Alcandre.

—Por eso permanecerán un tiempo más en la Extractora— respondió Filón—. Entonces veremos quiénes son manejables y a qué precio.

—¿Y los que no se dejen comprar?

—Se enfrentarán a desafortunadas complicaciones. Entra, te esperábamos.

Abrió la puerta del gabinete y Alcandre lo siguió dentro. El despacho del Eparca estaba dispuesto en el centro de una pequeña cúpula cuya punta remataba un óculo. Los edecanes habían insertado cristales de adamante en las ventanas trapezoidales para conservar el calor. Sobre las paredes circulares, estantes de madera preciosa exponían tratados de política, separados por alcobas en las que los bustos de mármol de Mézence, el antiguo inquilino del lugar, adoptaban poses altaneras.

Habían acercado a los libros el escritorio de dimensiones imperiales. En su lugar había una máquina compuesta por una mesa en cuyo borde se veía un casco rematado con tuberías. Los conductos se unían en un gran alambique de cobre cuyo serpentín acababa en

una varilla de metal, conectada a un bloque de latón. Por encima del bloque, una hoja de color azul brillante, recubierta de unas franjas finas de oricalco, parecía lista para cortar la varilla. Cuatro oligarcas conversaban alrededor de este dispositivo. Filón se frotó las velludas manos con gesto reservado y se aclaró la garganta.

—Como estamos todos presentes, propongo que pasemos a la demostración —declaró.

Hizo señas a un joven paje con la cara manchada de acné que aguardaba a un lado.

—Fretón, ve a decirles a los soldados que traigan las cobayas.

El muchacho se golpeó el pecho con una reverencia. Cuando se enderezó, un mechón demasiado largo le veló la mitad del rostro. A pesar de su deseo evidente de apartarlo, mantuvo las manos a los costados de su cuerpo y salió con paso firme.

—¿Es un hiperbóreo? —interrogó el oligarca.

—Se trata del hijo del antiguo Eparca —respondió Filón—. Un muchacho eficaz y diligente. He decidido adoptar la costumbre hiperbórea que consiste en tomar un discípulo. Les aconsejo que hagan lo mismo: la aristocracia local apreciará este esfuerzo de adaptación y, sobre todo, tendrá menos tentaciones de rebelarse si controlamos a su progenitura.

Los oligarcas intercambiaron algunos comentarios de aprobación. Uno preguntó a Alcandre si pensaba tomar un discípulo.

—Ya está previsto —se limitó a responder Alcandre pensando en Arka.

Filón se acercó al extraño artefacto y puso una mano sobre el alambique.

—Este es el aparato que normalmente está en prisión. Permite producir oricalco con la extracción de ánima. Estamos construyendo un modelo más potente gracias a las pepitas de azur vivo que recuperamos de nuestras amables soldadas. Con esta nueva máquina, seremos capaces de obtener el oricalco necesario para controlar esta ciudad, volver a tomar las riendas de Napoca y reprimir a las amazonas. En cuanto esté terminada, la haremos funcionar a pleno rendimiento.

—¿Con qué cobayas? —preguntó un oligarca.

—Primero con los magos —respondió Filón—. Vamos a pasarlos a todos por ella como mínimo una vez al día. Con el cansancio de la extracción, será mucho más fácil controlarlos. Pero eso no es todo. Como habrán oído recientemente, también utilizaremos voluntarios que contribuirán con su ánima a la restauración de la cúpula.

—Los efectos secundarios de la extracción de ánima pueden socavar su entusiasmo —objetó Alcandre—. La comida gratuita dejará de suponer una motivación suficiente al cabo de un tiempo.

Con un gesto de una lentitud estudiada, Filón dio una palmadita al cobre del alambique.

—Exacto —respondió—. Por eso les propongo que recurramos a una estratagema.

De una cajita que había encima de su escritorio sacó una bola de pasta negra del interior.

—Esto es goma de loto azul. Se trata de una poderosa droga que la mafia local produce a partir de una flor acuática. Corta el hambre y sume a los consumidores en un plácido duermevela. Muchos hiperbóreos se han aficionado a ella y harían cualquier cosa por conseguirla. Hace unos días aniquilamos al clan que conservaba las reservas más importantes. Gracias a estas reservas, será fácil conseguir que los mascadores de goma vuelvan asiduamente a traer ánima. Sin embargo, estos donantes no son numerosos —prosiguió—, y la mayoría no sobrevivirá a más de tres o cuatro extracciones por culpa de su lamentable estado físico. Tenemos que encontrar la manera de ampliar la población de adictos.

Se calló y dio unos pasos por la estancia con aire pensativo, la barbilla entre los dedos, como si invitara a su auditorio a reflexionar con él sobre el problema que acababa de plantear.

—Cuando los voluntarios empiecen a presentarse en los próximos días, propongo que les distribuyamos una pequeña dosis de goma de mascar. Esto tendrá el doble efecto de limitar el dolor ligado a la extracción y de crear un estadode dependencia. Si todo transcurre como está previsto, de aquí a un mes un cuarto de la población hiperbórea estará dispuesta a dar su ánima de forma regular.

Alcandre se apoyó contra una estatua de Mézence y observó a los oligarcas agolparse en torno a la goma de loto azul. Recordaba con repugnancia la adicción de Géorgon y la facilidad con que la había utilizado. El sometimiento de Hiperbórea se perfilaba ante él menos sanguinario pero igual de mortífero que el asedio de Napoca.

—¿El atractivo de la goma es realmente tan poderoso como dice? —quiso saber un oligarca.

—Les propongo que observemos su efecto en algunas cobayas —respondió Filón.

En el mismo instante resonaron unos golpes en la puerta del despacho.

—Aquí los tenemos, precisamente —anunció Filón—. ¡Entren!

La batiente se abrió, dejando pasar a un grupo de soldados temisciros que escoltaban a tres hombres esposados de rasgos brutales: los trillizos del clan del loto. Gotas de sudor perlaban sus cerosos rostros. Sus miradas erráticas pasaron sobre Alcandre sin reconocerlo, se ralentizaron sobre la máquina extractora y se detuvieron sobre la pasta negra que sostenía Filón.

—Pueden restregárnoslo en las narices todo lo que quieran, que no volveremos a pasar por la dichosa maquinita —gruñó Alci.

Pero sus ojos volvían una y otra vez sobre la pasta negra.

—Este producto es vuestro —respondió Filón haciendo rodar ostensiblemente la pasta entre sus dedos—. Goma de excelente calidad.

—¡Es verdad, esa goma es nuestra, tienen que devolvérnosla! —exclamó Axi.

—Con mucho gusto —dijo Filón—. Después de que hayáis pasado por la máquina.

—Primero, la goma. Después, veremos —gritó Ari.

Filón frunció una de sus pobladas cejas.

—El primero que pase por la máquina tendrá ración doble —dijo.

Un segundo después los trillizos se abalanzaron hacia la máquina en un concierto de berridos e insultos. Alci apartó de un empellón a sus hermanos y se puso el casco. Al instante, unos filamentos de luz corrieron por las tuberías hasta converger en el interior del alambique. Alcandre observó con fascinación el nimbo concentrarse en el vientre de metal y circular por el lingote de latón para terminar finalmente cortado por la plancha de azur vivo.

Se oyó un ruido sordo: Alci se había desplomado. El rojo de sus ojos vueltos contrastaba con la palidez cadavérica desu rostro. Un hilillo de sangre salía de su nariz, goteando en su boca abierta. Filón apartó el lingote de latón y lo blandió ante los oligarcas.

—Nuestra cobaya ha entregado su persona un poco en exceso, pero miren el resultado: oricalco. Como se ha anunciado, los primeros lingotes servirán para reparar la cúpula. La necesitamos para reactivar el cultivo de loto azul y renovar las reservas de goma. A continuación, nos dedicaremos a la producción de armas y armaduras.

Se volvió hacia los soldados, que habían sometido a los otros dos trillizos y miraban con aire circunspecto al tercer maleante inánime.

—Tirad a este por el parapeto. A los otros dos os los quedáis para probar la capacidad límite de extracciones de la nueva máquina. No son más que criminales, y saben demasiado.Hiperbórea nos lo agradecerá.

4

La habitación tapiada

ARKA

Al día siguiente de su llegada a la casa de Temis, Arka se despertó con el cotorreo de una pareja de cacatúas negras con la cola arcoíris sobre su cabeza. Como solía ocurrirle desde hacía años, había soñado con el bosque de las amazonas. Tendida en su hamaca con los ojos fijos en los pájaros que se entretenían descascarillando las bayas de los eucaliptos, tardó un buen rato en comprender que ya no dormía y que se hallaba en Arcadia. En derredor, las hojas se mecían en la brisa matinal. Un olor de musgo húmedo y de liquen le llenaba las fosas nasales. De vez en cuando, un relincho perforaba el bullicio de mil animales salvajes que se despertaban al mismo tiempo que el bosque. La frontera entre el sueño y la realidad nunca había sido tan delgada.

—¿Estás despierta? Ya era hora.

Temis acababa de asomar por la puerta de la terraza con un cuenco humeante en la mano. Arka se incorporó rápidamente, se sentó y se frotó los párpados, balanceando los pies en el vacío. Con los hombros encorvados, la vieja amazona dejó el recipiente encima de un leño.

—Se me ha roto la cuchara, comerás con la mano —dijo apretando los dientes antes de volver a la cabaña.

Arka comió sola, con los dedos sumergidos en las gachas con leche de yegua, el desayuno tradicional amazónico.Recordó que a Chirone le reprochaba comer siempre lo mismo. ¿Cómo había podido quejarse? Condimentada con los aromas de la nostalgia, la papilla grisácea se había convertido de pronto en el mejor manjar del mundo.

Arka saboreaba los últimos restos cuando Temis volvió a la terraza con un cubo maloliente colgado del brazo. La amazona dejó su cargamento delante de Arka y empuñó una escoba apoyada en la

pared de la cabaña.

—Cuando bajes, irás a vaciar mi bacinilla —dijo con una mueca mientras daba escobazos en la terraza—. Mi polea se ha oxidado y no puedo bajar la escalera sin ayudarme con los dos brazos.

Con la nariz arrugada, Arka miró a la amazona barrer con gestos vigorosos. En la lista de sus tutores ingratos, Temis se presentaba como una seria rival a Lastyanax. En ese momento, Arka añoró amargamente al mago. Se preguntó si Temis podría colmar un poco el vacío que su separación le había dejado, del mismo modo que Lastyanax había colmado en parte el vacío que la muerte de Chirone le había provocado.

—¿Por qué me convertí en la pupila de Chirone? —preguntó sin venir a cuento.

La amazona siguió barriendo con el mismo ritmo eficaz y preciso.

—Seguro que Chirone te lo contó —respondió.

—Solo me dijo que me había recogido cerca de las montañas del norte y que mi padre era un mago hiperbóreo…

—Pues ya sabes todo lo que tienes que saber —zanjó Temis lanzando una pila de hojas muertas por el borde de la terraza.

Luego siguió barriendo sin prestar atención al semblante frustrado de Arka. Esta se llevó el cuenco a la sala de estar murmurando entre dientes «vieja bruja». Nunca había entrado en la cabaña de Temis, así que miró el lugar con curiosidad. La luz matinal proyectaba rayos dorados sobre el piso oscuro y las gruesas ramas que atravesaban la estancia de un extremo al otro. Era simple y sobria, a imagen de su propietaria: una tina de agua en un rincón, algunos trozos de armas oxidadas en otro, jarrones de comida y ánforas selladas a la cera en hileras dispuestas en las paredes. Dos puertas se alzaban en los tabiques: la primera, ocultada por una tela, daba claramente al dormitorio de Temis. La otra estaba sellada con tablas desiguales.

Intrigada, Arka dejó el cuenco en una cesta llena de platos para lavar y se acercó con sigilo a la puerta tapiada. En vista del tamaño de la cabaña, era asombroso que Temis se permitiera sacrificar una habitación entera. Se puso de puntillas para mirar entre las tablas. Vio un pequeño cuarto en ruinas. El tiempo había perforado boquetes en el techo de paja, dejando hueco a la humedad y los pájaros. Montonesde excrementos emblanquecían algunos puntos del piso y algunos de los maderos se habían hundido en el vacío. Por lo demás, parecía que nadie había tocado el cuarto desde la partida de la persona que lo había ocupado. Una hamaca apolillada, cubierta de hojas muertas, colgaba en medio de la estancia. Una honda de cuero cuarteado y un arco corto destensado colgaban de una pared, junto a unas estanterías polvorientas cargadas de piedras de colores. Encima de un baúl para guardar ropa habían dejado un caballito de madera

tosca. Había otros figurines hechos de ramas y crines esparcidos por el piso, medio sepultados por las hojas podridas. Arka se preguntó por qué la cabaña de Temis albergaba lo que parecía un cuarto infantil. Nunca había oído que la amazona tuviera una hija.

Perpleja, apartó esta observación de su pensamiento y volvió a la parte de la cocina en la sala de estar. Unas moscas se escaparon de la cesta cuando la levantó para llevarla a la terraza. Fuera, Temis había dejado de barrer momentáneamente para empujar los leños, que se deslizaron por el piso con un rechinamiento desagradable. Es posible que la vieja amazona se hubiera dado cuenta de que su respuesta precedente había frustrado a Arka, porque dijo:

—Nunca he visto a tu padre, si eso es lo que quieres saber. Un día, Chirone volvió de cazar en las montañas con una cría chillona bajo el brazo. Eras tú. Se había alejado de la linde para perseguir a un élafo y se topó con un joven mago que llevaba un bebé. Le dijo que eras la hija de Mélanippè y le preguntó si podía ocuparse de ti. Tan pronto como Chironele dijo que sí y te cogió en brazos, el mago desapareció. Esoes lo que ella me contó, en todo caso.

En vez de saciar la sed de verdad de Arka, estas explicaciones le crearon nuevos interrogantes. ¿Quién era ese joven mago? El amo de los lémures, no, porque estaba claro que deseaba alejarla del bosque de las amazonas. El propio lémur tampoco, puesto que obedecía a su amo. Mientras intentaba comprender quién habría podido confiársela a Chirone siendo solo una recién nacida, Temis desplazó el último leño y enderezó la curvada espalda con un crujido de vértebras. Luego recuperó la escoba para limpiar la suciedad que se había acumulado en el lugar donde amontonaba los leños.

—No estabas gorda —continuó la amazona—. Como no había nadie para darte el pecho, las curanderas dijeron queno aguantarías mucho más. Pero Chirone no se dejó amilanar. Te alimentó con una mezcla que ella misma inventó: leche de yegua mezclada con gachas de avena y jugo de elafora. Lo masticaba todo antes de escupírtelo en la boca. Tanta entrega me daba miedo: en la época, Chirone no estaba completamente en sus cabales. Yo pensaba que la diñarías y que ella no se repondría jamás, pero sobreviviste y te estoy agradecida por eso, incluso si hubiera preferido que fueras una chiquilla menos odiosa. ¡No sabes lo quejica que podías llegar a ser de pequeña! Aunque, sinceramente, tampoco tuve que aguantarte mucho, porque en esa época no veía a Chirone tan a menudo.

Dejó de barrer un momento y se quedó con la mirada perdida en el vacío. Arka se preguntó si el cuartito no tendría algo que ver con la depresión de Chirone y la ruptura con Temis. Le habría gustado ahondar en esta intuición, pero sospechaba que no tendría muchas más ocasiones de preguntar por sus orígenes.

—¿Y mi madre? —insistió.

Temis suspiró.

Nadie ha comprendido nunca lo que le sucedió a Mélanippè. Cuatro días después de que Chirone te acogiera, unas campesinas ilotas vinieron a informarnos de que habían encontrado su cadáver en una casucha de una aldea abandonada, donde tu madre habitaba aparentemente desde hacía tiempo. Murió en el parto. Toda esa historia fue una gran sorpresa para nosotras. No habíamos vuelto a oír hablar de Mélanippè desde su partida en misión a Napoca, y estábamos casi seguras de que había muerto allí. Por eso, cuando nos enteramos de que no solo había vuelto a Arcadia, sino que además había dado a luz a una niña…

Arka asintió con la cabeza: todo eso ya lo sabía. Mélanippè se fue de Napoca al descubrir que el padre de su futura hija era un títere sin alma, un lémur, el aparecido de un príncipe hiperbóreo. Sin duda, la vergüenza le impidió volver al bosque, pero Arka no lo sabía a ciencia cierta.

La vieja amazona pasó la escoba por última vez, la sacudió en el suelo varias veces para soltar las hojas muertas que se habían quedado atrapadas en la paja y luego fue a apoyarla en la pared de la cabaña.

—¿Quién me dio mi nombre de pila? —preguntó Arka de pronto.

Temis se frotó la oreja mutilada.

—Tu padre. Es una de las pocas cosas que le dijo a Chirone antes de confiarte a ella: «Se llama Arka». Te dio el nombre del país. Arka de Arcadia. No puede decirse que le sobrara inspiración al hombre. Bueno, y mi bacinilla, ¿cuándo vas a ir a vaciármela?

Lastyanax

En la cámara acorazada de la biblioteca, Lastyanax aguardaba mirando el brasero instalado en el centro de la sala. Pirra había dibujado un sello de inspiración en la copa de metal para evacuar el humo. Los dedos de Lastyanax jugaban distraídamente con el trocito de papel que Arka le había dejado antes de marcharse, enrollado en el anillo de Mézence. Llevaba más de un cuarto de hora escuchando las diatribas de Pirra contra su hermana.

—¡Es ella la que quería acompañarnos! ¡Y ni siquiera viene a la cita! No podemos contar con ella en serio.

—De todos modos, te viene bien. No tenías ganas de ocuparte de ella —comentó Lastyanax con diplomacia.

Bajó los ojos sobre el trozo de papel y no pudo evitar leer otra vez la notita llena de faltas de ortografía:

El hamo de los lemures se a escapado con Sileno y sigo teniendo la maldizion. Buelbo con las amazona para pararla (la maldizion). Es peligroso para uste, no me siga. Le dejo el aniyo para protejerle del lemure lemurre. Gracias de nuebo por todo lo que a echo por mi. Le hechare de menos.

—Sí, pero no es una razón —repuso Pirra con mala baba—. ¿Qué hacemos? ¿Perdemos el tiempo esperándola o seguimos?

Miró a Lastyanax, pero este no apartaba los ojos del trozo de papel. Revivía la dicha intensa que había experimentado durante su primera lectura, antes de que le invadieran la ira y lafrustración. Desvió la mirada hacia el brasero que calentabala estancia. Alargó los brazos hacia las llamas, con el papelen la punta de los dedos.

—Bueno, ya está bien de esperarla. ¿Vienes?

Lastyanax parpadeó y miró a Pirra, que parecía enojadacon él.

—Sí —dijo levantándose bruscamente—. Vamos.

Se puso las pieles y la siguió fuera de la cámara acorazada. Sus dedos trituraban el papel reseco por las llamas en su bolsillo. Subieron a un levitador, que los dejó en la entrada de la biblioteca. Lastyanax se bajó la capucha para taparse los ojos, se subió el cuello hasta la nariz y salió del edificio acompañado de Pirra. El clima polar de Hiperbórea tenía esta ventaja al menos: podía pasearse por las calles con el rostro oculto sin llamar la atención. Sin embargo, cuando se cruzaban con patrullas temisciras no podía evitar el nerviosismo.

Los soldados-pajareros habían invadido el séptimo nivel y requisado las villas más hermosas, y mostraban gran empeño en saquearlas de arriba abajo. Mientras recorrían los canales helados, Pirra y Lastyanax pasaron por delante de varios grupos que se afanaban en vaciar las ánforas de hipocrás sacadas de las bodegas hiperbóreas. Cuando llegaron delante de la morada de la familia de Pirra, oyeron ruidos de cristales rotos. Unos temisciros habían sacado un gran instrumento compuesto de múltiples flautas de cristal. Se divertían rompiendo los tubos traslúcidos lanzando dardos de sus brazaletes. Pirra redujo la velocidad y observó que hacían añicos el órgano hidráulico que había tocado toda su infancia. No articuló palabra. A Lastyanax se le oprimió el corazón.

—¡Oye, guapa! ¡Ven a calentarte con nosotros! —exclamó un teniente-pajarero con la cara colorada del frío y el hipocrás—. Ya verás, tenemos mucho más que ofrecerte que tu hiperbóreo ese.

Pirra miró a Lastyanax con una expresión que decía «no vale la pena» y se alejó sin responder. Él se rezagó un instante, dividido entre la ira y la conciencia de que responder a sus provocaciones no era lo más sabio. Al final la siguió, sin poder sacudirse la sensación de que su sensatez tenía algo de cobardía.

Bajaron las escaleras de hielo de los peajes y media hora más tarde llegaron a las inmediaciones de la Extractora. Los plebeyos se

apelotonaban delante de la gran puerta de la prisión para recoger las hogazas de pan que los soldados-pajareros distribuían en la entrada del edificio. Lastyanax y Pirra se miraron asintiendo con la cabeza y se encaminaron hacia el puesto de sopa popular instalado a una decena de pasos de allí. El apetecible aroma del pan caliente flotó hasta sus fosas nasales mientras hacían cola.

Habían transcurrido meses desde que Sileno anunciara la puesta en marcha del programa de extracciones. El dispositivo que los temisciros habían establecido para convencer a los hiperbóreos de que cedieran parte de su ánima era de una eficacia temible. Gracias al puesto de sopa estratégicamente situado al lado de la prisión, los necesitados se congregaban alrededor del edificio. El aroma del pan caliente los convocaba acto seguido a incorporarse a la fila de donantes de ánima que se extendía delante del edificio. Solo quedaba colocarles una bola de goma en la mano a la salida de la extracción, con la excusa de revitalizarlos, y con eso estaba todo hecho: los voluntarios se enganchaban a la donación de ánima. Se acercaban a la prisión para la sopa, entraban por el pan y volvían por la goma. Era difícil escapar a este implacable encadenamiento de tentaciones.

—Si la extracción continúa a este ritmo, toda la ciudad terminará adicta a la goma —comentó sombríamente Lastyanax—. Los temisciros no tendrán la menor dificultad para conservar el control de Hiperbórea.

—Pero todo se arreglará en cuanto hayamos saboteado la máquina —respondió Pirra con firmeza—. Sin las pepitas de azur vivo, se acabó la Extractora; sin la Extractora, se acabó el oricalco; y, sin oricalco, se acabó el control.

A Lastyanax no le convencía su razonamiento, pero se cuidó mucho de decírselo. Su participación en el nuevo plan de Pirra le permitía reparar honorablemente su partida de Hiperbórea. Y, además, no se le ocurría nada mejor para ayudar a Pétrocle.

El puesto de sopa le brindaba una excusa fácil para observar el dispositivo de seguridad instalado en el primer nivel de la Extractora. Lastyanax tendió su escudilla a la vivandera para recibir el cucharón de potaje. La sopa era tan clara que podía ver el fondo de la marmita. Una vez lleno el recipiente, fue donde Pirra, que, ya servida, lo esperaba junto al muro de una torre. Bebieron sus respectivos potajes, las escudillas caladas entre las manoplas, los ojos fijos en la puerta mecánica de la prisión.

Desde que los temisciros se habían lanzado a la producción industrial de oricalco, la puerta estaba permanentemente abierta de par en par. La cárcel del primer nivel se había convertido en una unidad independiente, dedicada a la extracción. Por el lado izquierdo de la puerta entraban los voluntarios; por el lado derecho volvían a

salir quienes recibían el apodo de «animiados». No era difícil reconocerlos en la calle: todos tenían el mismo aspecto ojeroso, la misma tez arcillosa, los mismos dientes amarillos de la goma. Los más adictos, ya insensibles al frío y al hambre, se olvidaban de comer y de abrigarse. La única sensación que les quedaba era la carencia. Los veías volver a la prisión, a veces varias veces al día, para recibir su dosis de goma. Terminaban por dormirse en la calle, con una sonrisa indolente en los labios. A la mañana siguiente los encontraban congelados, pero aún sonrientes. La necrópolis rendía a toda máquina.

Lastyanax y Pirra apuraron sus escudillas tomando buena nota mental del número de soldados que escoltaba la entrada y la hora del relevo.

—Hay muchos más guardias en el primer nivel que en las plantas superiores —comentó Pirra.

—Pero les toca vigilar a mucha más gente —constató Lastyanax.

Al contrario que el resto de los edificios de la ciudad, la prisión solo se conectaba con las torres vecinas por alguna que otra pasarela estrechamente custodiada. Solo las puertas del primer nivel eran accesibles al ciudadano de a pie. Se detuvieron cuando un heraldo pasó por delante de ellos gritando a pleno pulmón:

—¡Una ración a cambio de una extracción! ¡Venid a laprisión!

Los temisciros habían contratado a una decena que recorría la ciudad sin respiro. El heraldo se alejó repitiendo su mensaje.

—Podríamos entrar por las ventanas —dijo Pirra.

—Son de adamante y están fuera de nuestro alcance —objetó Lastyanax.

Con una mueca pensativa, Pirra rompió una estalactita que colgaba de una cornisa y la fundió en su escudilla.

—Existe un medio de alcanzarlas —dijo, mientras un torbellino de agua limpiaba el utensilio.

—¿Levitando? —preguntó un dubitativo Lastyanax—. Si tuviéramos las alas de Ctesibio, podríamos volar hasta una ventana, pero…

—En la cámara acorazada de la biblioteca hay una copia del inventario de la Torre de los Inventos —explicó Pirra—. La he estudiado muy de cerca. Guarda algunos inventos que podrían resultarnos útiles. Guantes de escalada, en concreto.

—¿Me estás diciendo que también vamos a tener que asaltar la Torre de los Inventos?

—Visto lo visto —respondió Pirra.

Lastyanax levantó los ojos hacia la Extractora. Por un efecto óptico, tenía la desagradable sensación de que se aprestaba a caerle encima. Con sus ángulos cortantes y la piedra desnuda, la prisión era de una austeridad aplastante.

—Imaginemos que conseguimos recuperar esos guantes de escalada sin que nos pillen, que llegamos a las ventanas y que logramos vencer el adamante —resumió—. ¿Por qué íbamos a pasar por los niveles superiores? La máquina está en el primer nivel.

—Si salta una alarma, todas las puertas mecamánticas se cerrarán. Uno de nosotros tiene que abrir una vía de salida segura —respondió Pirra—. Si es posible, liberando a Pétrocle de paso…

Lastyanax levantó la cabeza y la miró a los ojos, que chispeaban de audacia. El corazón le latió con más fuerza. Luchó un instante consigo mismo y logró convencerse de que su pulso reaccionaba a la esperanza de liberar a Pétrocle.

—¿Sabes detrás de qué ventana se encuentra? —preguntó sin atreverse a creérselo mucho.

—Cuarto nivel, tercera planta, muro norte, décima ventana desde la izquierda —dijo Pirra de un tirón.

Y, como la miraba estupefacto, añadió burlonamente:

—¿No irás a pensar que me he pasado un mes mirando las musarañas mientras esperaba tu regreso?

Lastyanax la escuchó después de explicarle el medio de comunicación con Pétrocle que había inventado. La idea de poder pedirle directamente noticias suyas lo volvió loco de alegría, pero le molestó que no le hubieran puesto antes al corriente. Después de meses de obligada ociosidad, Pirra se deleitaba claramente dirigiendo las operaciones. Estaba detallando todas las informaciones que había recabado sobre la organización de la prisión gracias a Pétrocle, cuando se calló, la cara lívida.

—Pero ¿qué hace aquí esta idiota? —exclamó con la mirada vuelta hacia las puertas de la prisión.

Lastyanax siguió su mirada y detectó una silueta conocida entre la multitud que salía del edificio. Vestida con costosas pieles argentadas, los cabellos castaños esmeradamente trenzados, Aspasia desentonaba en medio de los animiados. Con la tez pálida y semblante etéreo, era evidente que acababa de pasar por la máquina extractora. Lastyanax no tuvo tiempode compartir sus impresiones con Pirra: esta última corrió con paso veloz hacia su hermana, que desaparecía detrás de una torre. Lastyanax tuvo que correr prácticamente para no perderla de vista. Pirra se abrió camino a través de la multitud y alcanzó a Aspasia al final de la calle. Sin avisar, cogió a su hermana por la trenza y la arrastró detrás de un puesto desierto.

—¡Aaaaaay! Pero ¿qué haces? ¿Estás mal de la cabeza?—chilló Aspasia con la cabeza ladeada.

Ahora no parecía tan etérea. El rubor le subió a las mejillas mientras intentaba zafarse de la garra de su hermana mayor arañándole las manos con las uñas. Pirra tiró de la trenza con más

fuerza para obligarla a guardar las zarpas. Se enzarzaron en una riña salpicada de exclamaciones agudas y golpes bajos. Lastyanax se quedó al margen, preguntándose si debía intervenir. Aunque Aspasia y Pirra combatían con un estilo menos destructor que Arka, aun así, parecían capaces de infligirse daños considerables. Tras una madura reflexión, Lastyanax decidió que era más prudente no entrometerse en la pelea y ver cómo se sacudían mutuamente. Dos tortas, tres mordeduras y un rodillazo a traición más tarde, las hermanas se separaron. Lastyanax no logró determinar quién había vencido; en cualquier caso, ambas ofrecían un aspecto sangriento y desgreñado.

—¿Qué hacías en ese lugar maldito? —ladró Pirra.

—¿No está lo bastante claro o necesitas anteojos? —repuso Aspasia en el mismo tono—. He ido a que me sacaran un poco de ánima.

—¿Por qué?

—¡Porque llevamos un mes perdiendo el tiempo con esos planos polvorientos sin entender cómo funciona la Extractora! Me he dicho que era mejor entrar directamente.

Esta iniciativa sorprendió a Lastyanax. Nunca habría pensado que Aspasia tendría las suficientes agallas para aventurarse dentro de la Extractora.

—Pero ¿cómo se te ocurre hacer algo así sin consultármelo antes? —preguntó Pirra con voz ahogada.

—No te he dicho nada porque sospechaba que no estarías de acuerdo —dijo Aspasia frunciendo el ceño—. Contigo siempre pasa igual: las ideas brillantes solo pueden venir de la señorita Pirra, siempre hay que contar con la aprobación de la señorita Pirra para hacer lo que sea, nadie es tan útil como la señorita Pirra.

Recogió del suelo su gorro de piel, le sacudió el polvo y volvió a encasquetárselo con un gesto digno.

—En el futuro solo tendrás que prestarme un poco más de atención y confiarme misiones más interesantes que la de pedirle ropa a mi sastre, eso es todo.

Como Pirra se había quedado momentáneamente muda ante su respuesta, añadió en un tono más sereno:

—Aquello estaba abarrotado de gente, había vagabundos del primer nivel, críos piojosos… Buf, un asco. Por fortuna, justo antes de la extracción me han dado goma de loto. Una delicia. Nada que ver con la goma cortada que consumen en las fiestas del séptimo nivel. Cuando he salido, me sentía muy relajada y ligera… Eso antes de que una arpía rabiosa me atacara, claro —añadió fulminando a su hermana con la mirada.

—¡Eres una inconsciente! —exclamó Pirra, furibunda—. Dan goma pura para crear adicción entre la gente y obligarla a volver…

—Lo que te pasa es que estás celosa porque la idea no se te ha

ocurrido a ti, hermanita —replicó Aspasia en un tono de suficiencia—. Es más, te vas a poner más celosa todavía cuando sepas que he visto a Rhodope.

Al oír este nombre, a Lastyanax le rechinaron los oídos.

—¿En la celda? —preguntó Pirra, perpleja.

Aspasia no pudo aguantarse la risa.

—No, no irás a pensar que se quedó encerrado ahí dentro. Él es más listo que eso. Los temisciros lo sacaron enseguida. Rhodope es ahora el encargado de supervisar la extracción de ánima. Si queréis saber lo que pienso, creo que ascenderá muy rápido. De hecho, le he dicho que habías cometido un error deshaciéndote de él para ayudar a Lasty en sus pesquisas.

Lastyanax volvió la cabeza hacia Pirra con tanta brusquedad que le crujieron las cervicales. Pirra nunca le había dicho cómo ni cuándo se había terminado su relación con Rhodope, y él no se había permitido soñar con que su ruptura tuviera nada que ver con él. La joven maga parecía ruborizada y pálida al mismo tiempo y esquivaba a conciencia su mirada.

—Total —prosiguió Aspasia, indiferente al terremoto que acababa de provocar—, que he hecho una visita por la zona de la cárcel donde hacen las extracciones. Ahora puedo deciros con precisión dónde se encuentra la máquina y quién la custodia. A ver, decidme, ¿quién ha sido de más utilidad para el plan en el día de hoy?

Pirra y Aspasia se tiraron de los pelos durante todo el trayecto de regreso a la biblioteca. Mientras ascendían los niveles, Lastyanax las escuchaba distraídamente pasar revista de casi todas las crispaciones acumuladas desde que tenían edad de quitarse los juguetes. La posibilidad de que Pirra hubiese roto con Rhodope por su culpa entretenía deliciosamente su pensamiento. Las dos hermanas daban cuenta del día en que Pirra había echado a perder el undécimo cumpleaños de Aspasia cuando anunció a su familia que pensaba participar en la Asignación cuando alcanzaron el séptimo nivel. Sumido en su ensueño, Lastyanax tardó un poco en percatarse de que habían dejado de reñir. Se volvió hacia ellas. Las dos hermanas se habían parado delante del parapeto del acueducto sobre el que circulaban y miraban a lo lejos.

—Pero ¿qué está pasando? —preguntó Pirra.

A unos cincuenta pasos de ellos, una procesión de mujeres procedentes de la aristocracia hiperbórea avanzaba sobre el canal que conectaba la Extractora con el séptimo nivel. Algunas desfilaban con sus hijos y sus criados. Cerca de la puerta cerrada, los soldados-pajareros las observaban con preocupación. Cuando las mujeres

estuvieron solo a un tiro de piedra de los centinelas, un oficial dio un paso al frente apuntándoles con la lanza.

—Está prohibido el acceso a la prisión —dijo con voz amenazante.

—Venimos a exigir la liberación de nuestros esposos, nuestros hijos, nuestros padres y hermanos —replicó una aristócrata de mediana edad que dirigía la marcha.

Lastyanax reconoció a la hermana de Zénodote, el Sumo Bibliotecario. Su hijo, Stérix, un discípulo del primer año que a menudo había visto en compañía de Arka, estaba a su lado y parecía nervioso.

—Obedecemos órdenes —espetó el temisciro—. Nadie entra ni sale de la prisión. Marchaos inmediatamente o nos veremos obligados a intervenir.

Los soldados-pajareros se habían cuadrado a ambos lados de su oficial y formaban un frente disuasorio.

—¿Por qué tienen a los magos encerrados? —preguntó su interlocutora sin arredrarse.

El soldado pareció comprender que sus órdenes no bastarían para devolver a las hiperbóreas a sus casas.

—Hemos preferido guardar en la prisión a cierto número de magos por razones de seguridad —respondió impostando la voz—. Las amazonas les han comido la cabeza y debemos asegurarnos de que han recuperado el juicio antes de permitir que se reúnan con sus familias. Los tratamos muy bien, no tienen de qué preocuparse.

Parecía convencido de que su truco diplomático funcionaría. Para su desgracia, sus explicaciones no parecieron convencer lo más mínimo a las hiperbóreas.

—Todo eso ya lo hemos oído —intervino otra.

—¡Eso son cuentos! —añadió otra.

—¡Primero las amazonas y ahora vosotros! ¿Qué hemos ganado con vuestra llegada? ¿Podéis decírnoslo?

—Mi hijo es ingeniero de canales, ¡no pinta nada ahí dentro!

—¡Mi marido tiene setenta y dos años y problemas cardíacos!

—¡Ni siquiera sabemos si siguen con vida!

Toda la asamblea reunida prorrumpió en protestas. Los soldados-pajareros estaban desamparados: sus asaltantes no tenían armas, pero seguían avanzando hacia sus lanzas, cada vez con más vehemencia y determinación.

—Esto va a acabar mal —dijo Pirra, apoyada en el parapeto.

El canal se estrechaba como un cuello de botella en las cercanías de la puerta, obligando a las mujeres a apretujarse las unas contra las otras.

Con el puño en alto, empezaron a corear:

—¡LIBERAD A LOS MAGOS! ¡LIBERAD A LOS MAGOS!

—¡Marchaos inmediatamente! ¡No lo repetiré dos veces! —vociferó el soldado.

Había desistido de toda solución diplomática y empuñaba su lanza. Las primeras mujeres del cortejo se habían parado a un paso de la hoja y lo increpaban. Detrás, sus compañeras seguían caminando y gritando consignas. Una dio un traspié y empujó a la madre de Stérix por detrás. Lastyanax no acertó a discernir si esta última salió proyectada contra la lanza o si fue el soldado quien la embistió: en cualquier caso, la hiperbórea terminó empalada en la lanza. Un borboteo absurdo salió de su boca.

Stérix gritó y sujetó a su madre para que no cayera; las mujeres, horrorizadas y escandalizadas, se agruparon alrededor de su compañera e insultaron de lo lindo a los soldados, que no se atrevían a seguir empleando las armas y retrocedían hacia las puertas de la prisión. Lastyanax empezó a creer que el motín de las patricias funcionaría, que lograrían cruzar las puertas de la prisión y liberar a los magos.

En ese momento llegó un refuerzo de temisciros que no habían seguido los acontecimientos y las lanzadas llovieron a discreción. Se oyeron gritos y corrió la sangre. Lastyanax vio que empujaban al vacío a varias hiperbóreas. Las que todavía estaban en estado de caminar huyeron. Los soldados corrieron de inmediato en su persecución. Un oficial rezagado tronó:

—¿Qué estáis haciendo? ¡Dejadlas!

—Pero, mi oficial, ¡no pueden quedar testigos! —exclamó uno de los soldados.

—Es demasiado tarde —respondió su superior.

Mientras lo decía, señalaba a Lastyanax, Pirra y Aspasia, que contemplaban con horror la escena desde un canal paralelo.

—Tenemos que irnos —dijo enseguida Lastyanax volviéndose hacia Pirra.

Pirra murmuraba palabras inaudibles sin desviar los ojos del canal. Con el rostro perlado de lágrimas, Aspasia cerró los suyos. Las dos hermanas no se soltaban la mano. Al contrario que Lastyanax, se habían criado en el pequeño círculo privilegiado de la aristocracia hiperbórea. Conocían a muchas de las personas que acababan de perder la vida en el canal. En cuestión de minutos, el pequeño círculo había perdido numerosos privilegios. Lastyanax cogió a Pirra de la mano y se llevó a las dos hermanas lejos de la matanza.

Alcandre

Alcandre cerró la puerta tras él. Los edecanes habían instalado a su

padre en una de las estancias más pequeñas de la villa, más fácil de calentar que las grandes. Un vaho opaco recubría los nuevos cristales trapezoidales de las ventanas. Nadie debía de haber aireado la estancia en todo el día: un hedor a excrementos, que ni los costosos aceites perfumados llegaban a camuflar, recargaba la atmósfera.

Licurgo estaba sentado en una amplia butaca de madera. Los edecanes lo habían arrebujado con varias capas de pieles. Tenía los ojos cerrados y roncaba apaciblemente. Sobre un velador a su lado había tarros de ungüentos y un cuenco lleno de bolitas de mazapán. Alcandre tomó asiento en una silla instalada cerca de la butaca. Miró a su padre dormir. Tenía las cejas ligeramente arqueadas, la boca medio abierta. A pesar de las canas y las arrugas, a Alcandre le pareció más joven que nunca. Alargó la mano y la posó sobre la de su padre, huesuda y húmeda. Licurgo enderezó la cabeza, abrió los ojos desubicados, mascó su dentadura, miró en derredor y pareció percatarse finalmente de la presencia de su hijo.

—Al… candre —articuló sonriendo, con el mismo aire alegre que tanto había perturbado a Alcandre cuando volvió a verlo en los montes Ripeos.

—Padre.

No supo qué más añadir. Un año antes, le habría informado de la situación de Hiperbórea o del avance de los trabajos sobre el oricalco. Ahora que toda capacidad de reflexión parecía haber abandonado a Licurgo, ¿qué quedaba de su vínculo? El padre seguía sonriendo, como si una especie de instinto de conservación le aconsejara no cambiar de semblante. Su mirada se desplazó de su hijo al cuenco con el mazapán. Alcandre sonrió a su vez y le dio unas palmaditas en la mano.

—¿Quieres? —le preguntó.

Cogió una bolita del recipiente y la deslizó en la boca de su padre, rechazando la repugnancia que este estado de dependencia le inspiraba. Licurgo mascó lentamente la golosina mientras parpadeaba. Alcandre engulló una bolita también.

Como no sabía qué hacer, empezó a contarle lo que le preocupaba. Habló de Hiperbórea, de la matanza del canal, de los niños con los dedos congelados que mendigaban en las calles, de los caparazones vacíos de las tortugas, de los soldados-pajareros que cada día provocaban un poco más la ira de los habitantes porque los trataban como a un pueblo conquistado. Le habló de Arka y de su viaje a Arcadia, de Pentesilea… También le habló de su primer encuentro con él, el día en que su madre lo había abandonado para salvarlo, contrariamente a la tradición que obligaba a las amazonas a matar a sus hijos varones, consciente de que ella misma no sobreviviría a esta traición. Licurgo parecía escucharlo; en cualquier caso, la voz de su

hijo parecía agradarle, porque no despegaba los ojos de él. De vez en cuando, Alcandre le daba una bolita de mazapán y él se comía otra.

El cuenco estaba casi vacío cuando llamaron a la puerta. Alcandre interrumpió su monólogo.

—¡Pase! —dijo.

Un niño entró en la habitación. Ocultaba el acné que le picaba la frente debajo de un mechón de pelo demasiado largo. Alcandre reconoció al joven Fretón, hijo del antiguo Eparca y discípulo de Filón. Su uniforme impecable contrastaba con sus ojos enrojecidos y sus uñas roídas hasta sangrar.

—Maestro, el general quiere hablarle.

Alcandre estaba esperando esta convocatoria. Besó la frente de su padre, que alzó hacia él una mirada angustiada, y salió de la estancia en compañía del discípulo, consciente de la soledad en que dejaba al anciano.

Veinte minutos más tarde llegó al despacho de Filón, en el Magisterium.

Sentado en su silla curul, el general miraba por la ventana con expresión circunspecta, las manos juntas bajo el mentón. En su mesa de despacho había una misiva desenrollada.Alcandre reconoció el sello impreso en el lacre partido: un lobo con pico de pájaro rocho. El emblema de Napoca desde que los temisciros habían tomado posesión de la ciudad.

—¿Hay novedades de Napoca? —preguntó mientras entraba en el despacho.

Filón levantó la cabeza y lo calibró un instante. Contrariamente a su costumbre, no le dirigió palabras calurosas ni le invitó a sentarse. Alcandre tuvo la repentina sensación de haber vuelto a los tiempos de su agogé cuando el maestro lo convocaba por su falta de disciplina. Vio que su interlocutor daba golpecitos secos en los reposabrazos con forma de cabezas de grifo de su asiento.

—Sí, hay novedades de Napoca —confirmó Filón—. Y no son muy buenas, es lo menos que puedo decir.

Se aclaró la garganta y cogió la carta de la mesa. Su vista parecía deteriorada, porque debía sostener la hoja con el brazo extendido y arquear exageradamente las cejas para poder leerla.

—El vaivoda me anuncia que las insurrecciones napocianas se han reanudado desde mi partida. No hay un solo día en que no se produzca un atentado. Prendieron fuego a uno de nuestros carteles en plena noche hace unos días. Setenta y dos soldados murieron en el incendio. Y, para colmo, la Barriada se sublevó de nuevo. Han levantado barricadas en todo el distrito.

Filón enrolló la misiva hasta reducir la circunferencia al tamaño de un cálamo, como si intentara hacerla desaparecer al mismo tiempo

que los problemas que mencionaba.

—En otros términos, la situación se está volviendo insostenible en Napoca —resumió, su voz grave y vibrante de rabia contenida—. ¡Y pensar que yo creía que las revueltas se acabarían después de la muerte de la chica, hace casi un año!

Alcandre se cuidó mucho de informarle de que la chica en cuestión seguía viva y que había desempeñado un papel central en su plan. Filón nunca había mostrado mucho interés en su estrategia: lo único que sabía era que las falsas amazonas habían retenido como rehenes a los magos. Solo Licurgo conocía los pormenores de su plan. Desde su ataque, los recuerdos de este último parecían, no obstante, haberse mezclado en una masa informe, de la que resultaba difícil extraer cualquier elemento. Nadie sabía, pues, quién era verdaderamente Arka, qué poder poseía ni hasta qué punto el destino de Alcandre dependía del suyo… Ni siquiera la propia Arka.

—Los oligarcas me aconsejan que reenvíe la cohorte de soldados-pajareros a Napoca para restaurar el orden —continuó Filón—. Pero no puedo arriesgarme a reducir nuestra presencia militar en Hiperbórea. Todavía no. No hasta que reparen la cúpula y nuestro poder se estabilice. En este asunto, caminamos pisando huevos.

Se levantó bruscamente y se paseó arriba y abajo detrás del escritorio. Sin despegar los ojos del suelo, continuó, marcando cada una de sus frases con grandes gestos que traicionaban su cólera.

—Los gremios hiperbóreos temen que les impongamos impuestos para financiar el ejército. Los clanes ven con malos ojos la ley marcial. Los emigrantes napocianos nos detestan.

—Nada nuevo bajo el sol —constató Alcandre.

Filón ignoró su comentario.

—Toda la vieja aristocracia hiperbórea se ha puesto en nuestra contra y exige que liberemos a los magos. Aunque solo sean mujeres, sus quejas empiezan a atraer la simpatía de los plebeyos. Si los plebeyos empiezan a inquietarse por el destino de los magos mientras que nosotros intentamos precisamente liberarlos de su yugo…

—Lo ocurrido en la cárcel del séptimo nivel no ha mejorado nuestra imagen a ojos de la población local, eso está claro —comentó Alcandre en un tono plano.

Filón dejó de pasearse arriba y abajo y lo miró con ojos glaciales.

—He pedido a los oligarcas que impongan sanciones ejemplares para que los hiperbóreos vean que no nos tomamos a la ligera el… desliz… que nuestros soldados han cometido —repuso—. Pero este lamentable episodio es un detalle en comparación con el rechazo real al que nos enfrentamos. Todas estas protestas están coordinadas y solo apuntan a una cosa: impedir mi control sobre Hiperbórea.

No había despegado los ojos del rostro de Alcandre, el cual se

sentó con deliberada lentitud en una de las butacas delante del escritorio.

—¿Puedes explicarme por qué milagro habría podido conspirar contra ti en Napoca y aquí en tan poco tiempo? —le preguntó sosegadamente—. No hace ni dos meses que he descubierto en qué estado está mi padre. No soy el traidor más probable en este despacho, y los oligarcas lo saben.

La tez de Filón viró al gris. Alcandre pensó que su padre nunca habría cometido el error de acusar en persona a un subordinado sospechoso de traición. Se habría deshecho de él discretamente, sin darle la oportunidad de defenderse o de contraatacar, sin hacer ruido.

—Gracias a tus… criados… puedes comunicarte sin problemas con Napoca —comentó el general, dejando bien claro el desprecio que sentía hacia las prácticas mágicas de su interlocutor.

—Mi lémur se encuentra en estos momentos en un tanque mancimniótico y no estará en estado de desmaterializarse hasta dentro de varios días —repuso Alcandre.

—¿Quién me asegura que no has creado otro?

Alcandre sonrió. Cogió un cálamo del escritorio y lo volteó entre sus dedos.

—Si creo otro, te prometo que serás el primero en saberlo —dijo —. Y la teletransportación de una ciudad a otra tiene sus límites. Cuanto mayor es la distancia, mayor es la dificultad para el amo de seguir lo que hace su lémur.

Sus reconfortantes palabras no parecieron convencer a Filón, pero vio que la duda aparecía en su mirada acusatoria.

—Sea como fuere, toda esta operación era demasiado prematura —sentenció el general en tono lapidario—. Se lo dije a tu padre antes de su ataque. Tendríamos que haber esperado cinco años, el tiempo de finalizar el agogé de los jóvenes napocianos e integrarlos en el cuerpo del ejército. Eso os habría permitido asediar Hiperbórea con la suficiente cantidad de tropas para controlarla. En lugar de eso, resulta que tengo que domeñar esta ciudad con un puñado de soldados-pajareros.

Su voz grave destilaba bilis. Se volvió hacia la ventana con las manos cruzadas en la espalda. En la ventana de adamante se había formado un halo de escarcha que enturbiaba el paisaje. Alcandre guardó silencio a pesar de la cólera que lo invadía. Filón no solo estaba arruinando el plan de conquista que llevaba quince años preparando con esmero, sino que, además, se eximía de toda culpa. Cuando el general retomó la palabra, todavía de espaldas a Alcandre, el timbre de su voz había bajado una octava:

—Esta ciudad no ha sido tomada en mil años. Concluir esta conquista transformará Temiscira en un imperio. Voy a tener que

utilizar las reservas de oricalco para demostrarles a los hiperbóreos quién gobierna actualmente.

Más que sorprenderle, esta conclusión decepcionó a Alcandre. Bajo sus aires diplomáticos, Filón carecía cruelmente de delicadeza. Durante unos instantes tuvo la tentación de irse de la ciudad. Dejar a Filón cavar su propia tumba en una guerra civil sin fin le habría desquitado agradablemente de la condescendencia que el oligarca siempre le había manifestado. Pero esto le habría obligado a romper su promesa de no dejar que la conquista de Hiperbórea terminara en un baño de sangre. Por lo demás, no tenía ganas de ver quince años de trabajo echados a perder por culpa de los desaguisados de un general de tres al cuarto. No iba a desaprovechar la ocasión de demostrar de una vez por todas que ningún estratega temisciro le llegaba a la suela de los zapatos cuando se trataba de jugar con la psicología de los pueblos.

—Hay otra solución —declaró.

Filón volvió lentamente el busto hacia él. Alcandre se levantó.

—Controlamos el ejército, la administración y los canales de comunicación de esta ciudad —enumeró mientras se paseaba por el despacho—. Es mucho y muy poco a la vez. Nos falta un elemento esencial para conquistar Hiperbórea pacíficamente.

—¿Cuál es?

Alcandre se detuvo frente a él esbozando una sonrisa irónica.

—La legitimidad —respondió—. Los temisciros no tienen ninguna legitimidad para gobernar la ciudad. Y, si te impones por la fuerza, cometerás el mismo error que mi padre en Napoca.

Filón lo miraba con unos ojos tan negros como las ojeras que le hundían las mejillas.

—Se supone que tu lémur debía asentar nuestra legitimidad —soltó en tono acusador—. Así es como me lo vendiste, en cualquier caso.

Alcandre sentía que el general habría podido condenarlo *ipso facto* si se hubiera mostrado más presto a asumir riesgos.

—Mi lémur es una marioneta, la sombra de un hombre que, cuando vivía, jamás ejerció la menor función política trascendente —repuso—. Incluso los hiperbóreos más idiotas terminarán por dudar de su legitimidad para gobernarlos. Después de lo ocurrido en el canal de la prisión, ningún temisciro ni nadie que muestre la mínima complicidad con Temiscira puede esperar la aceptación de los hiperbóreos. A no ser que…

—¿Que qué? —interrumpió Filón en tono cortante.

—A no ser que les demos la impresión de que lo han elegido ellos.

Filón frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

Alcandre se acercó al escritorio y desenrolló uno de los pergaminos del general. Se trataba de un mapa con forma de disco que englobaba las ciudades controladas por Temiscira y las provincias arcádicas. Su dedo se posó sobre una cadena de pequeñas arrugas picudas, dibujadas entre Napoca e Hiperbórea.

—En algunas tribus ripeas existe un modo de gobierno que siempre me ha maravillado —dijo—. En primavera, cada una de estas tribus procede a una votación y elige al jefe que las gobernará durante un año. Todos los individuos adultos tienen voz, poco importa su filiación, sexo, riqueza o edad.

Con las manos todavía cruzadas en la espalda, Filón entornó los ojos.

—Continúa —se limitó a responder.

—Podríamos organizar la elección de un nuevo Basileus. Los hiperbóreos tienen expectativas igualitarias que los magos nunca han sabido colmar —añadió Alcandre—. Si nos convertimos en la primera clase gobernante que les da la oportunidad de expresar su opinión por sufragio, mejoraremos considerablemente nuestra imagen. Si sales elegido, tendrás toda la legitimidad necesaria para devolver el orden a la ciudad.

Filón se rascó la barbilla durante un buen rato, con el ceño fruncido, como sopesando los pros y los contras de la propuesta. Finalmente volvió a sentarse.

—Todo eso suena muy bien, salvo un pequeño detalle: «Si sales elegido». ¿Cómo puedes garantizarme que será así?

—Utilizando a Sileno para promover tu candidatura.Enviando heraldos que alardeen de tus cualidades en cada nivel. Prometiendo pan y goma a todos los que vengan a votarte. Colgando tu retrato en cada pared de Hiperbórea si es preciso. Los magos están encerrados; ningún otro candidato hiperbóreo estará en condiciones de poner sobre la mesa los mismos medios que tú.

Filón tamborileó con la punta de los dedos en los reposabrazos mientras miraba el techo con aire pensativo.

—¿Y si los hiperbóreos votan a otro candidato después de todo? —preguntó.

Alcandre se encogió de hombros.

—Siempre podemos rellenar las urnas. ¿Quién ha dicho que estas elecciones no pueden trucarse?

5

La Napoca Chica

LASTYANAX

Los temisciros apenas necesitaron tres días para cortar de raíz los primeros frutos del levantamiento producido porla matanza del canal de la prisión. Los plebeyos detestaban a laaristocracia, pero la noticia de la carnicería perpetrada contra mujeres y niños desarmados había sido tan indignante que todo el mundo se había solidarizado con los magos y sus familias. O eras hiperbóreo o no lo eras.

Lastyanax esperaba que este drama al menos tuviera el efecto positivo de producir un ápice de resistencia entre sus conciudadanos. Por desgracia, los temisciros encontraron rápidamente la réplica política ideal para que olvidaran su indignación. Con la voz trémula, Sileno aseguró que los responsables de la carnicería serían ejecutados y anunció la celebración de nuevas elecciones.

—¿Elecciones a qué? —le preguntó Lastyanax a Pirra, que había asistido una vez más al discurso del lémur al pie de las murallas.

—A nuevo Basileus.

Se dejó caer en una butaca con un suspiro. Estaban en la cámara acorazada de la biblioteca. Aspasia había ido a encargar una capa de soldado-pajarero a un peletero del primer nivel y los había dejado solos. Lastyanax estaba ocupado terminando su plan de la Extractora, que había pulido gracias a la sesión de localización de esta última y a las informaciones que Pétrocle había recabado. Pirra y él casi habían terminado de preparar su operación de sabotaje en la prisión. Solo faltaba recuperar algunos objetos útiles en la Torre de los Inventos, perfeccionar el aspecto de su uniforme de teniente temisciro y dar con el modo de atravesar las ventanas de adamante sin ser vistos.

—¿Quién podrá presentarse de candidato a estas elecciones? —preguntó Lastyanax.

—«Cualquier persona capaz de aportar quince mil hipers a la organización del sufragio» —recitó Pirra.

—En otras palabras: muy pocas personas —tradujo Lastyanax.

—El general Filón se presenta, por supuesto —constatóPirra.

Lastyanax meneó la cabeza, pensativo. Desde su regreso deHiperbórea, los temisciros le parecían singularmente faltosde inteligencia política. Una actitud sorprendente cuando conocías el refinamiento del plan que el amo de los lémures había tramado para doblegar la ciudad. Era como si este último hubiera desaparecido del paisaje desde la llegada de los temisciros, hasta el extremo de que Lastyanax se había preguntado si Filón no habría mandado asesinarlo.

Recordó la advertencia de Sileno antes de lemurizarse: «Sospecho que Licurgo ha enviado a algunos de nuestros ministros un emisario que es como para echarse a temblar.Reconozco su influencia en las últimas decisiones del Consejo… Ten mucho cuidado, Lastyanax, estás en primera línea. Este emisario es un estratega político muy hábil y, a diferencia de ti, no le mueve la mejor de las intenciones». El amo de los lémures estaba de vuelta.

—Los temisciros quieren un plebiscito para afianzar la legitimidad de su jefe designado —dijo Lastyanax—. Es muy astuto por su parte. ¿Quién podrá votar al nuevo Basileus?

—Sileno solo ha precisado que había que ser ciudadano de Hiperbórea y mayor de edad. No entiendo cómo esperan que su candidato gane las elecciones —añadió—. Lo que sucedió en el canal de la prisión sigue fresco en la memoria…

—Tú y toda la aristocracia hiperbórea, no —respondió Lastyanax —, pero la plebe, sí. Los magos han obviado sus reivindicaciones con demasiada frecuencia como para dejar pasar la ocasión de expresarse, incluso si es para apoyar al candidato de los temisciros.

—No es por nada que fuiste ministro de Nivelación—constató Pirra.

En su voz, el comentario sonó a crítica.

—Yo conocía mejor la precariedad de los pequeños niveles que la casi totalidad del Magisterium —repuso Lastyanax, malhumorado—. ¿Te sientes preparada para usar otra vez todos los peajes? —preguntó sin rodeos.

—¿Adónde quieres ir?

—Quiero hacerle una visita a mi antiguo patrón —respondió Lastyanax.

—¿Palatès? —preguntó Pirra, perpleja.

—No, al cristalero que me enseñó a hablar napociano.Vamos a preguntarle cómo podemos atravesar los cristales de adamante.

Descendieron los peajes hasta la Napoca Chica. Lastyanax experimentaba sentimientos encontrados hacia este barrio del segundo nivel, conocido por cobijar a los refugiados del asedio de Napoca. Estos últimos habían traído consigo sus conocimientos de la fundición: el barrio se había transformado en un ensamblaje caótico de cristalerías y metalurgias, una especie de ciudad en la ciudad, animada por el ronquido de los hornos, el brillo rojizo del vidrio y de las aleaciones candentes y la lengua cantarina de sus habitantes.

Después de partir de la casa paterna, es en una de estas cristalerías de la Napoca Chica donde Lastyanax había encontrado refugio y trabajo. A los napocianos no se les habría pasado por la cabeza emplear a un *noscut* como él si no hubiera sido tan dotado para la magia. Lastyanax podía dominar la temperatura de un horno con tanta finura como un maestro artesano, y costaba diez veces menos. También realizaba todas las tareas ingratas que correspondían a los aprendices. El propietario de la cristalería, Comozoi, no tardó mucho en comprender que había tenido muy buen ojo al contratarlo.

Así es como Lastyanax pasó el año de su decimotercer cumpleaños, sin salir jamás del taller. Dormía debajo del banco de trabajo y ahorraba cada uno de los plectros de su pequeño peculio para pagarse el pasaje al séptimo nivel el día de la Asignación. Aprendió el napociano en dos meses. Los pocos ratos que tenía libres los dedicaba al estudio de la magia, gracias al puñado de manuales escritos en esta lengua en haber del maestro artesano. Mientras evocaba su vida de aprendiz de cristalero, Lastyanax empezó a comprender que su tendencia a dedicarse en cuerpo y alma al trabajo no era una cualidad tan grande como había creído: todo el mundo terminaba explotándolo, bien fuera por codicia como Comozoi, bien por pereza como Palatès.

La Napoca Chica conservaba el carácter caótico de sus recuerdos. La vitalidad del barrio parecía poco afectada por el Enfriamiento, como daban en llamarlo, puesto que la mayoría de sus habitantes habían conocido el frío en el exterior de la cúpula y sabían cómo adaptarse al clima. A medida que guiaba a Pirra por el corazón de un dédalo de canales y puentes, la mayoría sin permiso de construcción, Lastyanax se sintió relajado como no lo había estado desde el proceso de Arka. Aquí no corría el riesgo de que lo entregaran a la policía hiperbórea o al ejército temisciro. Los napocianos les tenían tirria a unos y a otros.

Pirra no parecía compartir su serenidad. Devolvía las mismas miradas desconfiadas que los napocianos le dirigían. Era raro ver a *noscuts* en el barrio: a pesar de las pieles que solían uniformizar las apariencias de todo el mundo, los localizabas a la legua. Los napocianos tampoco pasaban desapercibidos. Eran menudos, de tez cenicienta, cuerpo enjuto y facciones uniformes. Llevaban los brazos

adornados con brazaletes de oro o de cobre en cuyos extremos figuraba una cabeza de lobo enseñando las fauces. Los grabados de estas fieras, emblemas de su pueblo, decoraban cada batiente, cada bajorrelieve, cada obra de alfarería de la Napoca Chica.

—Esta gente no tiene la menor intención de integrarse—comentó Pirra mientras pasaban por delante de un grupo de adolescentes que se dedicaban a trocar objetos probablemente robados en las villas del séptimo nivel—. Nadie diría que estamos en Hiperbórea. Ni siquiera se esfuerzan por hablar nuestra lengua.

Lastyanax hubiera preferido que no hablase tan alto. Tenía la costumbre de oír comentarios del estilo sobre la Napoca Chica: era un lugar común en el séptimo nivel. Para los hiperbóreos, los habitantes del barrio eran una comunidad parásita que se aprovechaba de las prebendas de la ciudad al tiempo que obstaculizaba su buen funcionamiento. Pirra, que se había criado en una familia aristocrática añeja, no era la excepción a la regla.

—La mayoría de la gente de este barrio tuvo que abandonar su casa de la noche a la mañana para huir —respondió Lastyanax—. Los caravaneros ripeos los obligaron a pagar sumas descomunales para conducirlos a Hiperbórea. Una vez aquí, no les quedaba oro con que pagar la entrada a la ciudad. El Basileus les prohibió cruzar las puertas, y murieron de frío y hambre después de sufrir toda clase de padecimientos. No es extraño que los supervivientes hayan preferido permanecer juntos a mezclarse con nosotros; no los recibimos con los brazos abiertos —concluyó con un sobrio encogimiento de hombros.

Su demostración había dado en el clavo: Pirra parecía molesta por tener que concederle un punto. Como odiaba tanto como él perder un duelo verbal, repuso:

—No somos responsables de lo ocurrido en Napoca. No podemos acoger a cada necesitado que nos pide asilo. Hiperbórea no puede ampliarse más, las torres ya están sobrepobladas.

Lastyanax se contuvo de comentarle que una sesentena de habitantes de los niveles inferiores habría podido vivir tranquilamente en la villa de su familia: sabía que esa clase de argumentos desembocaría en una discusión estéril. Él mismo era el primero en apreciar lo cómoda que era la vida en el séptimo nivel. Prefirió buscar otro ángulo.

—Tenemos parte de responsabilidad en lo ocurrido en Napoca. El asedio duró tres meses, habríamos podido intervenir. Pero en esa época el Consejo decidió que era más conveniente dejar que las cosas siguieran su curso… El declive de una ciudad rival servía a nuestros intereses económicos.

—Fueron los napocianos los que cometieron el error de confiar ciegamente su defensa a unos mercenarios —repuso Pirra con viveza

—. No veo por qué habríamos arriesgado la vida de nuestros reclutas para resolver un problema que han creado ellos solitos. No movieron un dedo para enviar curanderos cuando la última epidemia de peste roja diezmó Hiperbórea hace sesenta años, ¿no? ¿Y quién se conchabó contra nosotros durante la guerra de las cuatro ciudades? ¿Puedes decírmelo?

Lastyanax se encogió de hombros.

—No hay sociedad libre de culpa —suspiró.

Por haberlo recorrido cien veces, sabía adónde conducía este debate: a ninguna parte. Los hiperbóreos siempre tenían algo que reprocharles a los napocianos, llevaran o no razón. Cuando una enfermedad se propagaba, decían que venía de la Napoca Chica. Los habitantes del primer nivel acusaban a los napocianos de ensuciarles el agua, los de los primeros niveles se quejaban del humo que despedían sus hornos. Los políticos echaban leña al fuego para desviar la atención de la plebe y que no repararan en sus propios vicios. Los napocianos eran unos chivos expiatorios muy cómodos: llegados en masa a la ciudad, poco integrados en el resto de la población, muy apegados a su cultura y reputados por su astucia, no tenían ningún apoyo en la ciudad. No obstante, eran los únicos aliados que Pirra y Lastyanax podían esperar en su lucha contra la toma de poder temiscira.

Ambos pasaron por debajo de una galería que imitaba la forma circular de la plataforma sobre la que había sido erigida. Un cierzo glacial soplaba a través de los arcos, acentuando la impresión de vacío que dejaban los puestos desprovistos de mercancías. Una vidriera obstruida por la nieve hacía las veces de techo. Copos dispersos resbalaban por los vidrios rotos. Cruzaron la galería en silencio, cada cual sumido en sus pensamientos. Algunos críos napocianos que fisgoneaban en los tenderetes en busca de objetos para su reventa se esfumaron cuando los oyeron acercarse. La galería desembocaba en un canal congelado, que tomaron para acceder a una torre rematada con chimeneas humeantes sobre la altura del segundo nivel.

—A veces me digo que nos haría falta alguna clase de alianza entre las ciudades —dijo Lastyanax.

—¿Un pacto de no agresión? —preguntó Pirra, escéptica.

—No, algo más avanzado. Un principio de solidaridad.

Pirra hizo una mueca burlona.

—Eso no ocurrirá jamás. Si logramos recuperar el control de nuestra ciudad y reconstruir la cúpula, ya será algo.

—Al contrario, es en los momentos de crisis cuando hay que repensar la política —masculló Lastyanax—. Ya hemos llegado —añadió deteniéndose frente a la torre.

Ante ellos, detrás de una entrada con forma de media luna, se

abría una vidriera de hermosas dimensiones. Un extenso horno circular con forma de cono ocupaba el centro del taller. Al fondo, en una fosa enorme dominada por pasarelas, Lastyanax percibió dos tanques de transmutación. Los aprendices cristaleros trajinaban por todas partes, abriendo las bocas del horno, echando leña, sacando crisoles llenos de vidrio fundido. A un lado, los artesanos extendían la pasta de vidrio incandescente con ayuda de tubos de soplar. Sus mejillas rojas e hinchadas del esfuerzo refulgían de sudor. Olas de calor se escapaban del taller e inundaban en el rostro de Lastyanax. Su espalda, por el contrario, seguía afrontando el frío del exterior. Entró en el taller. La cristalería se había ampliado mucho desde su partida, seis años antes. No reconoció a ninguno de los compañeros. Cuando estos empezaban a mirarle con cara de pocos amigos, una voz familiar lo interpeló en napociano:

—Mira, Lastyanax, mi *noscut* preferido. ¡Qué grata sorpresa!

En el fondo del taller, una enorme silueta rodeó unas tinas llenas de agua para acercarse al interesado. Comozoi era más alto que el napociano medio. Se ataba los aceitosos cabellos sobre la nuca para no quemárselos. A fuerza de trabajar el vidrio incandescente, sus manos parecían cocidas: un cuero rojo y espeso recubría sus dedos, que se asemejaban a pequeñas salchichas.

Cuando conversaba, a Comozoi le gustaba ponerse cerca de sus interlocutores. Era una costumbre lamentable, porque tenía mal aliento; sin embargo, ni sus clientes ni sus empleados se atrevían a señalárselo. El maestro cristalero se secó las manos en su mandril de cuero y cogió la de Lastyanax para estrechársela a la napociana. Se inclinó hacia él, soplándole en la cara una muestra fétida de intercambios gaseosos de su sistema digestivo.

—¿Echabas de menos la cristalería? ¿Vuelves para trabajar para mí?

Lastyanax logró soportar el ataque olfativo sin arrugar la nariz.

—Creo, desgraciadamente, que ya he cumplido mi etapa de aprendiz de cristalero.

—Ah, sí, es verdad, la toga, la villa, las responsabilidades políticas, ¡todas esas lindezas! —exclamó Comozoi dándole una palmada en la espalda que casi lo tira al suelo—. Te veo bien acompañado —prosiguió mientras le dedicaba una sonrisa elocuente a Pirra, que intentaba seguir la conversación—. ¿Es tu amada?

—No —respondió Lastyanax—. Sigamos hablando en hiperbóreo —añadió con voz firme.

—Claro, claro —respondió Comozoi con un marcado acento—. Encantado de conocerla, señorita…

—Pirra —respondió ella.

La sonrisa de Comozoi se amplió, desvelando un diente de oro y

otros tres con caries. Lastyanax se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Cómo te van las cosas?

—Muy bien y muy mal a la vez —respondió Comozoi—. Ahora que ya no hay cúpula, los hiperbóreos comprenden por fin el interés de tener ventanas. Las ventas de cristales nunca han sido tan buenas. Si lo sé, saboteo la cúpula antes…

—No eres tú quien la saboteó —objetó Lastyanax.

—Pero tampoco es que gane mucho. Desde que ha caído la cotización del hiper —continuó—, los proveedores me sangran. Y, sobre todo, esos malnacidos de temisciros me han pedido que produzca adamante sin contrapartida —se quejó señalando con un gesto elocuente las tinas de transmutación—. ¡Agacho el lomo a cambio de calderilla!

—Eso me recuerda a alguien —comentó Lastyanax en tono socarrón.

Se acercó a la pasarela que dominaba la fosa y escudriñó una de las enormes calderas donde se agitaba una sustancia incandescente. Un poco más allá sobre la pasarela, un obrero se acercó a lo alto de uno de los tanques empujando un carrito cargado con un bloque de oricalco. El artesano volcó el oricalco en la materia fundida: el metal se disolvió en pocos instantes.

—¿Cómo se produce el adamante? —preguntó Pirra.

—Es un proceso complicado —masculló Comozoi—. Hay que incorporar el oricalco macizo en la pasta de vidrio calentada a una temperatura muy alta y después traspasar la aleación a un tanque de enfriamiento para solidificarla al instante. Esto permite cuajar la aleación en un estado líquido, ¿entiende lo que quiero decir?

Pirra parecía dispuesta a formular otras preguntas técnicas, pero Lastyanax decidió reconducir la conversación.

—¿Cómo se explica que los temisciros confíen en vosotros para entregaros sus bloques de oricalco y fabricar el adamante? —preguntó.

—No tienen elección, somos los únicos en posesión del material y las competencias para producirlo —respondió Comozoi con un rictus amargo—. Pero no confían en nosotros, eso no.

Apenas había concluido su frase cuando oyeron el eco de unos pasos precipitados. Los críos que Pirra y Lastyanax habían visto unos minutos antes en la galería irrumpieron en el taller con la emoción de unos niños a quienes los adultos han confiado una misión importante.

—¡Unos temisciros vienen *pacá*! —exclamó uno en napociano.

Al instante, los artesanos dejaron en el aire lo que estaban haciendo y, nerviosos, buscaron a Comozoi con los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pirra a Lastyanax.

—Se acercan unos soldados-pajareros —tradujo.

—¡Qué plaga! —gruñó Comozoi—. Ya vienen a provocarnos otra vez. ¡No hagáis nada, es lo que están esperando!—gritó a los obreros —. El primero que responda, lo despido.

Se volvió hacia Lastyanax y Pirra y señaló un gran arcón de madera donde tenían almacenadas unas placas de cristal.

—Fingid que sois clientes que han venido a comprar cristales. Si descubren que tengo a magos en mi cristalería, ya puedo despedirme de mi negocio.

Pirra asintió con la cabeza y, cogiendo del codo a Lastyanax, se lo llevó hacia las existencias de vidrios. En ese mismo momento, cuatro temisciros vestidos con capas marrones entraron en la cristalería. Uno de ellos, un hombre musculoso con sotabarba y una placa de teniente en el pecho, exclamó mirando a su alrededor:

—Mucha suerte no tenéis que digamos, ¿eh, napocianos? Os creéis que podéis dejarnos tirados al marcharos de vuestra ciudad como ratas, pero volvemos a encontraros aquí, parasitando Hiperbórea.

Los compañeros, absortos en la faena, hacían de tripas corazón por no mirarlos. Algunos parecían enfurecidos; otroshabían empalidecido. Todos guardaron silencio. A escasos pasos de Lastyanax y Pirra, Comozoi comprobaba la temperatura del horno gracias a un termoscopio, sin quitarles el ojo a sus artesanos y a los soldados-pajareros.

—He venido a inspeccionar el avance de los trabajos—continuó el teniente temisciro mientras deambulaba entre los crisoles, las tinas, los tarros de tubos de soplar y los sacos de arena—. Les hemos prometido a los hiperbóreos que nos las arreglaríamos para reparar la cúpula, lo que quiere decir que tenéis mucho adamante que producir. Espero que estéis dedicados en cuerpo y alma. Pero, mira…

Se detuvo delante de una estantería donde habían colocado delicadas esferas luminosas.

—¿Qué tenemos aquí? Adamante no es, ¿eh? Pues entonces no hay necesidad de que sature el taller.

Empezó a tirar las esferas al suelo, una a una. En el taller, los artesanos se sobresaltaban cada vez que una bola se estrellaba contra el suelo. Gotas de sudor perlaban sus frentes.

—¿Qué? ¿Os molesta ver vuestro trabajo echado a perder? —inquirió el temisciro—. Pues a mí me complace. Sé que todo el oro que cae en vuestro bolsillo se destina directamente a financiar los atentados en Napoca. Tres de mis camaradas murieron en la emboscada del mercado hace cuatro meses. Tenían chiquillos que alimentar.

Barrió las esferas que quedaban intactas con un gesto violento.

—Que quede clarito: no me merecéis ningún respeto—proclamó enderezándose—. Vuestros camaradas en Napoca no me gustan un

pelo, pero los respeto. Ellos se quedaron en su ciudad. No huyeron con el rabo entre las piernas como vosotros.

Viendo que los artesanos seguían sin reaccionar, se acercó a un soplador de vidrio de rasgos angulosos y en la cuarentena y lo asió del cuello.

—Tú, sí, tú, ¿a quién dejaste atrás cuando viniste aquí? ¿Tu novia? ¿Tu madre?

El obrero no respondió, pero su tez había mutado del rojo al gris. En el extremo de su tubo de soplar, que había dejado de girar, la pasta de vidrio incandescente se deformaba.

—No te agobies, vamos, que no las hemos dejado solitas —se burló el teniente mientras lo apartaba.

Siguió paseándose por el taller. El ronquido del horno había entrado en sintonía con la tensión que vibraba en la sala. Lastyanax comprendió que no tardaría en pasar cerca de ellos. Pirra y él tenían que parecer hiperbóreos normales, fuera como fuera.

—Este cristal quedaría muy bien en nuestro dormitorio —dijo Lastyanax cogiendo una placa de cristal que le pareció especialmente bien hecha.

Enseguida supo que su intento había sido desafortunado: no solo Pirra parecía boquiabierta por su intervención, sino que además había llamado la atención del teniente. El temisciro se volvió hacia ellos. Pirra lo miró con el rabillo del ojo, rápidamente, y sin embargo fue demasiado lenta: una sonrisa concupiscente se dibujó en el rostro del soldado cuando sus miradas se cruzaron.

—Qué ojitos verdes tan bonitos.

Se acercó a ella. Sus tres subalternos se habían quedado rezagados y se intercambiaban sonrisas divertidas. Sabían lo que le pasaba por la cabeza; Lastyanax, por su parte, no podía por menos que temérselo, y este pensamiento lo enfureció.

—Yo te he visto antes —siguió el temisciro entornando los ojos—. En el séptimo nivel, cuando nos entreteníamos con el órgano hidráulico. Unos ojos así no se olvidan. ¿Qué hace una hiperbórea bonita como tú con estos perros sarnosos? ¿Mmm?

Se acercaron todos a Pirra. Las manazas del temisciro se apoyaron en el antebrazo de esta última. Lastyanax sintió que ella hacía un esfuerzo enorme por no utilizar sus poderes contra su agresor. Sabía lo que la retenía: no quería desatar un conflicto que centrase la atención en ellos, ahora que se preparaban para sabotear la Extractora. A Lastyanax el plan era lo que menos le importaba en estos momentos. Su mirada navegó entre el teniente, los tres temisciros y el resto del taller, en busca de una solución para sacar a Pirra de allí.

Una explosión atronadora resonó en ese instante.

—¿Qué está pasando? —gritó el teniente.

Soltó a Pirra, que dio un paso atrás con los puños cerrados y dirigió una mirada simultáneamente de alivio e inquisitiva a Lastyanax. Una humareda negra y espesa se escapaba de una de las puertas del horno. En cuestión de segundos, invadió el taller, velando la expresión de pánico de obreros y temisciros. Lastyanax oyó a Comozoi gritar por encima del caos reinante:

—¡Salid! ¡El horno se ha fundido, va a reventar de un momento a otro!

Lastyanax vio que el teniente se precipitaba fuera del taller con sus soldados. Los obreros fueron los siguientes. Pirra lo cogió de la mano y lo obligó a agacharse en el suelo junto a ella, bajo la humareda.

—¿Has sido tú? —le preguntó.

—Ha sido Comozoi, es más rápido —respondió Lastyanax—. Ven, hay otra salida por aquí.

La guio por las pasarelas, doblando el torso para no respirar las fumarolas que se escapaban del horno. Una puerta de madera se perfiló ante ellos. La abrió y condujo a Pirra por un largo pasillo que desembocaba en un pequeño almacén; bajaron por un tramo de escalones, cruzaron otra puerta y salieron al aire libre, sobre una pasarela de la primera planta, del otro lado de la torre.

No había nadie a la vista. Pirra recuperó el aliento apoyándose en el anuncio descascarillado del muro exterior. Lastyanax hizo lo mismo. Al cabo de unos segundos, se dieron cuenta de que seguían cogidos de la mano. Se soltaron enseguida.Pirra cerró los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Lastyanax.

—Podría estar mejor —respondió ella—. Espero no volver a toparme con ese cretino. Menos mal que lo hemos engañado —añadió abriendo los párpados.

Abrió la otra mano, la que Lastyanax no le había cogido. Tenía una placa de teniente-pajarero en la palma.

—Cuando Aspasia traiga la ropa confeccionada por su sastre, tendrás un uniforme completo para entrar en la prisión —dijo.

Un destello de malicia brilló en sus ojos. A Lastyanax le dio un vuelco el corazón. Al igual que sus manos unos instantes antes, parecía que sus miradas no lograban separarse. Transcurrieron un segundo, dos segundos, tres segundos. Lastyanax empezó a preguntarse si, por una vez, no debía dar rienda suelta a sus pensamientos. Mientras se armaba de valor para hablar, Pirra se aclaró la garganta.

—Tenemos que ayudar al cristalero a reparar el horno—dijo apartando los ojos—. Ha sido muy generoso por su parte estropearlo para distraerlos.

Lastyanax se sacudió mentalmente para recuperar la compostura y respondió:

—Comozoi nunca habría arriesgado su horno por nosotros. Hay una esfera de humo escondida en un ladrillo que Comozoi rompe en caso de visitas indeseables. Le he visto utilizar el truco cuando había inspección de impuestos. Ya verás como aparece dentro de unos instantes.

Como para confirmar lo dicho, oyeron unas pisadas acercarse a ellos. Un momento después, Comozoi asomó por la puerta, con la cara negra de hollín.

—¿Qué has venido a hacer, *noscut*, aparte de poner en peligro mi comercio? —preguntó nervioso.

Pirra respondió en lugar de Lastyanax:

—Necesitamos sus conocimientos sobre el adamante para conseguir aquí lo que siempre soñó con hacer en Napoca.

—¿Y es?

—Limpiar la ciudad de temisciros.

Una hora más tarde, habían evacuado todo el humo del taller, los soldados-pajareros se habían marchado y los artesanos habían vuelto a sus tareas. Invitaron a Pirra y a Lastyanax a beber un licor de histamidas en un rincón tranquilo de la cristalería. Comozoi les sirvió el brebaje verdoso y humeante en unos pocillos. Cuando era aprendiz, Lastyanax nunca había apreciado mucho esta bebida amarga, por eso le sorprendió descubrir que la degustaba con placer, como si el tiempo hubiera enseñado a su paladar a apreciarla. Comozoi sorbió el licor con grandes tragos ruidosos; Pirra lo miraba con un rictus asqueado y no tocó el brebaje.

—¡Aaaaaj! —exclamó el napociano depositando su pocillo vacío—. Bien, ¿qué queréis saber del adamante?

—¿Cómo se puede romper un vidrio de adamante? —preguntó Pirra.

—Con una torre en llamas —se mofó Comozoi.

Como ni Lastyanax ni Pirra le rieron el chascarrillo, añadió:

—El adamante es un material casi indestructible, no hay mucho que pueda debilitarlo. Excepto…

Se levantó y fue a un cuarto contiguo al taller, cuya puerta ocultaban unas cortinas. Pirra y Lastyanax se miraron intrigados. Unos instantes más tarde, Comozoi volvió con una ampolla de cristal llena de un líquido transparente de reflejos violáceos.

—Esto —dijo con énfasis.

Le dio la ampolla a Pirra.

—Está muy fría —constató ella llevándose el frasco a la altura de los ojos para observar la extraña sustancia que se agitaba dentro—. ¿Qué es?

—Una ampolla de aire líquido —explicó Comozoi mientras volvía a sentarse—. Por lo que sé, puede disolver el adamante calentado al rojo vivo. Pero solo tengo un frasco, así que prefiero conservarlo, lo siento —añadió tendiéndole la mano.

—¿Cómo se produce? —preguntó Pirra sin apartar los ojos de la ampolla ni entregársela—. No recuerdo haber visto esta sustancia en el inventario de la Torre de los Inventos…

—No todos los inventos son cosa de los magos, solo los más inútiles —se burló Comozoi—. Pero no sé cómo se fabrica el aire líquido —añadió recuperando el frasco con un gesto brusco—. Un alquimista me confió este frasco justo antes del saqueo de Napoca. Los temisciros incendiaron su taller y el secreto de la fabricación se perdió con él.

—En tu opinión, ¿qué crees que pasará con tu taller cuando hayas terminado de producir el adamante para la rehabilitación de la cúpula? —preguntó Lastyanax—. Tú mismo los has oído antes: los temisciros están convencidos de que tu oro financia los atentados…

—Soy demasiado tacaño como para hacer eso —repuso Comozoi con altanería.

—¡El día en que dejen de necesitar tus servicios, ya puedes despedirte de todo lo que has construido! —exclamó Lastyanax señalando el horno, los tanques y las decenas de obreros que trajinaban alrededor.

—No intentes tocarme la fibra sensible, *noscut*. La respuesta es no.

Lastyanax se sentía frustrado e intentaba buscar otros argumentos susceptibles de convencer al maestro cristalero cuando intervino Pirra:

—Estoy segura de que no ha sacado el frasco solo para restregárnoslo en la cara. ¿Cuánto quiere por él?

Una sonrisa divertida se dibujó en los labios de Comozoi.

—Tu novia es mejor negocianta que tú —dijo en napociano a Lastyanax.

—No es mi novia —replicó este—. ¿Cuánto quieres?

Comozoi los estudió un instante.

—Mil hipers —respondió.

—Son tuyos —dijo Lastyanax.

Pirra le susurró al oído enfurecida:

—Es mucho, ¡tendríamos que haber negociado!

—Demasiado tarde —respondió Comozoi enseñando su diente de oro—. Nunca se te dio bien calcular el valor de las cosas, *noscut*, incluido tu propio trabajo. El trato está cerrado —añadió en napociano—. Tendréis el frasco en cuanto me deis los hipers.

Se metió la ampolla en el bolsillo del mandril y dio una palmadita al cuero con aire satisfecho. Tan enojado con Comozoi como consigo mismo, Lastyanax hizo ademán de levantarse de la silla cuando el

maestro cristalero interrumpió su movimiento.

—Dime, *noscut*… Esta mañana he hablado sobre algo que podría interesarte con otros maestros artesanos. ¿Has oído hablar de esa historia de la elección de un nuevo Basileus?

—Sí —respondió Lastyanax, que se preguntaba adónde quería ir a parar el cristalero.

—Buscamos a un hiperbóreo que no sea un pelele de los temisciros —dijo—. Y que tenga el oro suficiente para presentarse a candidato.

Lastyanax se frotó la nuca, sorprendido por la sugerencia.

—Creía que no soportabas a los hiperbóreos —dijo al cabo de un rato.

—Prefiero que me dirija un hiperbóreo que conozco a que lo haga un general temisciro, créeme —respondió Comozoi mientras se hurgaba la grasienta oreja con el meñique. Pirra hizo una mueca de asco—. Y, además, tú al menos no eres un político corrupto, tú hiciste algunas cosas buenas cuando eras ministro de Nivelación. La gente de los niveles más bajos se acordará de eso. Di, *noscut,* ¿querrías presentarte a las elecciones?

Lastyanax negó con la cabeza.

—No podría ni aunque quisiera: fui condenado por la justicia.

—Eso ocurre hasta en las mejores familias —respondió Comozoi en un tono lacónico, expulsando de un capirotazo una bolita de cera extruida de su oreja—. Lástima. ¿Y tú? —añadió volviéndose hacia Pirra.

Esta última, ocupada en observar la operación de limpieza a la que se entregaba Comozoi, enarcó las cejas.

—¿Yo? —dijo sorprendida.

—¿Qué pasa? ¿A ti también te condenaron?

—No —respondió Pirra—. Pero soy una mujer.

—¿Y qué?

A Pirra se le iluminó el rostro.

—Tu antiguo patrón empieza a gustarme de veras —dijo volviéndose hacia Lastyanax. Con un suspiro, añadió—: La gente nunca votará a una mujer.

—¿Por qué no? Eres joven, tienes una buena educación, pareces más lista que mi antiguo aprendiz de cristalero que, por lo demás, solo es medio idiota —«Muy amable», murmuró Lastyanax—, y, encima, no eres desagradable a la vista.

—No veo en qué es pertinente ese último criterio —objetó Pirra en tono hiriente.

—Cree lo que te dice un feúcho: seas hombre o mujer, la belleza ayuda en la vida —repuso Comozoi—. Si no intentas ser Basileus ahora, ¿qué otra mujer podrá hacerlo?

Lastyanax vio que este último razonamiento había dado en el

clavo. Pirra frunció el ceño y se dejó caer en el respaldo de su asiento. Se sumió en sus pensamientos.

—Pensáoslo —dijo Comozoi—. Cuando mañana vengáis con el oro a buscar el frasco, lo hablamos.

Pirra guardó silencio mientras Lastyanax la guiaba fuera de la Napoca Chica. Su mutismo se prolongó cuando subían los peajes para entrar en la biblioteca. Lastyanax la dejó meditar, convencido de que llegaría a la misma conclusión que él: su candidatura a las elecciones a Basileus estaba destinada al fracaso. Por eso se sorprendió cuando Pirra, nada más llegar a la cámara acorazada, se abalanzó sobre el paquete de hojas que había junto a los planos de la Extractora y empezó a cubrirlo de notas. Lastyanax hizo como si se acercara a consultar los planos para leer por encima de su hombro: estaba elaborando una lista de ideas para un programa político. Tras dudarlo un buen rato, se sentó frente a ella y le soltó de un tirón:

—Creo que no deberías presentarte. Es peligroso y no tienes ninguna posibilidad de salir elegida.

Al ver la expresión de Pirra, comprendió que había formulado mal sus reservas: los ojos de Pirra lanzaban destellos.

—¿Qué? ¿Te piensas que nadie me votará? —le espetó—. ¿Que no sería una buena Basileus?

—¡No, pues claro que no! —exclamó Lastyanax—. Tengo el convencimiento de que estás más capacitada que la mayoría de los magos que el Magisterium ha producido las últimas cinco generaciones —añadió—. Es solo que… —continuó buscando con cuidado sus palabras—. Sabes tan bien como yo por qué los temisciros han propuesto las elecciones: quieren poner a Filón en el trono del Basileus sin que nadie rechiste. Nunca dejarán que gane otro candidato. Sería estúpido por nuestra parte esperar lo contrario.

Como ella no respondía, añadió a modo de conclusión:

—Temo por ti, eso es todo.

Sus reflexiones parecieron descorazonar a Pirra, que se puso a retorcer la esquina de la hoja sobre la que había escrito sus notas unos instantes antes. Lastyanax se reprochaba haber apagado su entusiasmo, máxime cuando había visto raramente a Pirra dedicarse a un proyecto con tanto fervor. Él sabía hasta qué punto ella había vivido mal los meses posteriores a su defensa, cuando todos sus camaradas ocupaban puestos interesantes en el Magisterium mientras que ella estaba condenada a la ociosidad.

—Tu Comozoi tiene razón —dijo por fin, con una arruga de determinación surcándole la frente—. Si no lo hago yo, no lo hará ninguna mujer. Y, además, te recuerdo que nos disponemos a entrar

por la fuerza en una prisión. Comparado con eso, mi candidatura a las elecciones del nuevo Basileus será un paseo. —Luego añadió con una sonrisa burlona—: Subestimas la tendencia de los hombres a subestimar a las mujeres, Last. Nunca me verán como una amenaza suficiente como para correr el riesgo político de eliminarme. Una candidata asesinada durante las elecciones daría muy mala impresión. No corro ningún peligro.

—A no ser que ganes —objetó Lastyanax.

El rostro de Pirra se iluminó con un destello de dureza mientras recuperaba su cálamo. Se inclinó de nuevo sobre su programa y declaró:

—En ese caso habrá merecido la pena.

Arka

Arka pasó básicamente los dos meses que sucedieron a su regreso efectuando las renovaciones que la cabaña necesitaba con urgencia. Sustituyó los travesaños carcomidos de la escalera, encaló las paredes, pulió y aceitó el piso, arrancó la hiedra cuyos zarcillos destrozaban la paja del tejado y reparó la polea oxidada. Nunca había sido muy mañosa para las tareas físicas, pero descubrió una pasión por este trabajo manual. El bricolaje le impedía pensar en Lastyanax, en Tapón, en Pentesilea, Stérix y Cacique, y todas las personas y los recuerdos que había dejado atrás. De la mañana a la noche, martilleaba, serraba, pintaba y atornillaba. Aparte de las cortas excursiones para vaciar la bacinilla de noche, subir agua e ir a recoger tablones a la carpintería del sector, Arka no se alejaba de la choza.Seguía teniendo la sensación de llevar la etiqueta de «Discípula hiperbórea» pegada en la frente, incluso si esta sensación se atenuaba día tras día.

En dos semanas reparó todo lo que era reparable en el árbol cabaña. Lo único que escapó a su frenesí de renovación fue el cuartito en ruinas. A pesar de sus ganas de hacerlo, Arka temía profanar esta pequeña estancia, a todas luces convertida en un santuario. En varias ocasiones le preguntó a Temis quiénla había utilizado, pero siempre se topaba con el mutismo de la amazona por toda respuesta.

En el transcurso de las noches y a medida que los mosquitos devoraban cada parcela de su piel en la hamaca, las ganas de reparar ese cuarto se transformaron en una obsesión. Tras largas vacilaciones, Arka terminó por ceder a la tentación. Un día en que la anciana guerrera se fue a desenterrar raíces de elaforas, Arka arrancó las tablas que tapiaban la puerta y se puso a despejar las hojas podridas. La habitación le recordaba a la suya destruida en el incendio. Aparte del

caballito de madera, encontró dibujos de animales grabados en las paredes, un collar de plumas de cacatúa parecido al que ella le había confeccionado un día a Chirone y hasta una vaina de tesoros como la que ella había tenido, llena de objetos menudos: una muda de serpiente-tigre, trozos de ámbar recogidos en el Termodonte y cuatro dientes de leche. Indicios todos de que una niña, probablemente también aprendiz, había vivido allí.

Entretenida en jugar con unas tabas desempolvadas de un viejo bote, no oyó a Temis volver al final de la tarde. La anciana amazona se la encontró sentada en el suelo mismo, en medio del cuarto patas arriba. Arka se sobresaltó y, al ver la cara de Temis, comprendió que había cometido un grave error. Las tabas cayeron rodando de su mano como una lluvia entre sus piernas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la amazona con voz ahogada.

—Creí que había que reparar toda la cabaña…

—¡Nunca te he dado permiso para fisgar aquí dentro!

La voz de Temis, que de normal era baja y áspera, había subido varios agudos. Sus fosas nasales palpitaban mientras miraba, lívida de ira, la habitación profanada.

—Yo te doy cobijo y tú… tú… ¡Sal de aquí! —ladró cogiendo a Arka del brazo para sacarla fuera.

—¿Quién vivía aquí? —preguntó ella poniéndose de pie, decidida a obtener una respuesta.

—¡Largo de aquí…! ¡Aire!

La amazona intentó echarla de nuevo de la habitación.Seguía siendo muy rápida. Arka la esquivó dando un salto hasta el rincón opuesto y recogió el caballo de madera.

—¿Quién es la aprendiz que vivía aquí?

Arka empuñó la estatuilla bajo las narices de Temis, que se disponía a arrinconarla.

—¿Tu hija?

La pregunta pareció desfogar la ira de la amazona. Sus hombros se arquearon. Sus ojos, que las cataratas habían vuelto lechosos, se detuvieron en la estatuilla. Dejó de prestar atención a Arka, que la observaba tensa como un arco.

—Fui yo quien le talló ese caballo —murmuró Temis—. Era su juguete preferido.

Con gesto lento, cogió la figura de las manos de Arka y frotó la superficie toscamente tallada con sus dedos callosos.

—No era mi hija, pero como si lo fuera.

—Entonces ¿de quién era hija? —preguntó Arka.

Con un gesto brusco, la amazona le devolvió el caballo de madera.

—Guarda esto y vamos a hablar a la terraza —dijo con su voz de nuevo rechinante—. Aquí hay demasiados recuerdos, la cabeza me da

vueltas.

Como era su costumbre, Temis se tomó su tiempo para narrar sus revelaciones. Le dio un saco de habas por desenvainar y ella se puso a mondar un manojo de raíces de elaforas. Prepararon la cena en silencio. A Arka le devoraba la curiosidad, pero sabía que Temis era muy capaz de callarse la historia del cuartito si cometía el error de presionarla otra vez. Cuando hubieron apurado los cuencos, Temis sacó su pipa. El humo espantó a los mosquitos que comenzaban a zumbar en la terraza. Finalmente, empezó su relato:

—Antes de que llegaras, Chirone tuvo un hijo.

Arka acusó el golpe. Jamás habría imaginado la posibilidad de que Chirone hubiera podido ser madre. La imagen de Chirone con un bebé de rasgos imprecisos en brazos sustituyó a la de la amazona solitaria que le venía a la mente cada vez que evocaba el recuerdo de su tutora. Unos extraños celos se apoderaron de ella. Chirone había tenido un hijo de su misma sangre, mientras que ella solo había sido su pupila.

—Un hijo —puntualizó Temis—. Cuando lo perdió, cayó en una depresión. Intenté animarla, pero se volvió muy duro vivir con ella. Terminamos por separarnos.

Dio unos golpecitos a su pipa contra la barandilla de la terraza para quitar el exceso de cenizas. Arka recordó la pregunta que Ponèria había formulado en su primera clase de mistografía: «¿Y con los chicos qué hacen?». Abrió la boca para interrogar a Temis, pero esta añadió:

—No me siento orgullosa de haber tirado la toalla. Chirone se quedó hundida en un pozo durante años. Nos acercamos cuando empezó a recuperarse, en la época en la que te acogió a ti. Pero habían sucedido demasiadas cosas. Preferimos no volver a juntarnos. Éramos amigas y nada más. A veces lamento no haber retomado mi vida a su lado. Quizá no hubiera perecido en el incendio si yo hubiera estado con ella.

Evocada con una voz monocorde, la muerte de su antigua compañera parecía un error evitable, un disgusto pasajero.Calló y volvió los ojos velados hacia las hojas que la luz mortecina hacía traslúcidas. Un ribete brillante se formó en el borde de sus pestañas cuando parpadeó.

—¿Qué ha sido del hijo de Chirone? —preguntó Arka.

Los ojos húmedos de Temis se demoraron sobre ella.

—¿Conoces el Barranco de las Aprendices Perdidas?

Arka asintió con reticencia. Presentía adónde desembocaría la conversación y no estaba segura de tener ganas de llegar al final.

—Es un barranco en algún lugar de la orilla norte —respondió—. Siempre me han dicho que no vaya porque hay espíritus malignos que

merodean por esos lares.

Una risita mordaz se escapó de la boca de Temis y terminó en una tos fuerte. Arka la observó mientras luchaba por despejarse los pulmones. La amazona terminó escupiendo en una hoja de eucalipto antes de declarar con una voz más ronca:

—Siempre cuentan la misma historia para evitar que las aprendices se den una vuelta por el barranco. Hasta que tienen edad de divertirse con los campesinos ilotas, se quedan preñadas, traen varones al mundo y se las llevan allí para deshacerse de ellos.

Arka abrió los ojos, enmudecida, mientras Temis añadía:

—Eso es lo que le pasó a la hermana de Chirone hace casi cuarenta años. No lo soportó y se tiró al barranco poco más tarde. Chirone estaba muy unida a su hermana: fue un trauma para ella. Cuando ella también se quedó embarazada después de salir con un mercenario temisciro, se juró a sí misma que no viviría el mismo martirio. Cuando dio a luz, se las arregló para que nadie supiera que el bebé era un varón. La conocí en esa época. Nos mudamos los tres aquí. Yo siempre tenía miedo de que una éfora descubriera el verdadero sexo de Candrie. Las comandantes habrían arrojado enseguida al crío al barranco y habrían decapitado a Chirone. Pero el subterfugio duró varios años. Hasta que un día terminó por saberse. Candrie acababa de cumplir siete años. Chirone tuvo que confiársela a su padre de la noche a la mañana para salvarle la vida. Jamás volvió a verla y nunca lo superó.

Temis inspiró una última bocanada con aire cansado y dejó la pipa en la barandilla.

—Candrie también era revoltosa. Habríais sido uña y carne.

Arka pensó en el hijo de Chirone, la pequeña silueta de rasgos borrosos. En alguna parte del mundo existía otra persona que había sido criada por su tutora. No le habría perturbado menos descubrir que tenía un hermano.

—Por eso la gente odia a las amazonas —farfulló.

—La gente siempre se permite juzgar las costumbres de los demás en lugar de mirarse primero en el espejo —gruñó Temis—. Mira las hiperbóreas o las napocianas, su vida no vale más que la capacidad de sus vientres de producir bebés. Las recluyen en casa para que críen a sus renacuajos. Quién es mejor, ¿eh?

Antes de que Arka pudiera responder, añadió:

—Cualquier mujer debería ser dueña de su entrepierna. Yo, por ejemplo, nunca he querido tener hijos. Y por culpa de eso las comandantas nunca me han mirado con buenos ojos. Querrían que todas sus guerreras hicieran pequeñas guerreras para no verse obligadas a reclutar campesinas ilotas. Y no importa mucho si la mitad de las veces se añade un cadáver al barranco.

Se levantó con un crujido de vértebras.

—Nunca es buena idea recluirse en los recuerdos. Me equivoqué dejando así la habitación de Candrie. Instálate aquí si te sirve. Y, además, así tu hamaca no estorbará en la terraza. Mañana reanudas las reparaciones.

Fretón

La noche descendía sobre la ciudad y hacía más traicioneras que durante el día las placas de escarcha sobre las veredas de los canales. En el cuarto nivel, los plebeyos volvían presurosos a casa del trabajo, si lo tenían, para resguardarse de los rigores del frío que se intensificaban en cuanto caía la noche. Fretón se desplazaba con cierto malestar por los estrechos acueductos del nivel: no serían los parapetos deteriorados, cuando no inexistentes, los que le impedirían caer por la pendiente si resbalaba. Desde que se aventuraba por las capas inferiores de la ciudad, su degradación no dejaba de sorprenderle. Antes del Enfriamiento, casi nunca se había arriesgado por debajo del sexto nivel. Por supuesto, muchas cosas habían cambiado desde entonces.

La muerte de su padre, el proceso, la toma de rehenes, la destrucción de la cúpula… En pocos días, había perdido todos sus puntos de referencia. Por esta razón, cuando el general Filón le propuso ser su discípulo después de haber liberado la ciudad del yugo de las amazonas, se apresuró a aceptar esta mano tendida. Ahora lo lamentaba.

Aunque no podía quejarse del trato que le dispensaba su mentor —le habían dado una habitación privada y un precioso uniforme caliente y con una buena hechura—, Fretón no era un ingenuo. Sabía que Filón lo utilizaba para engatusar a los hiperbóreos imitando sus costumbres. Y enseguida sospechó que la decisión de dejar a los magos encerrados en la Extractora solo servía para dar manga ancha a los temisciros para afianzar su influencia sobre la ciudad; sospecha que se convirtió en certeza con la masacre de las patricias hiperbóreas a manos de los temisciros en el canal de la Extractora.

Fretón conocía a algunas. Eran amigas de su madre, mujeres ociosas como ella, ocupadas en mantener la hermosaapariencia de sus villas y la buena reputación de sus familias, desprovistas de curiosidad por los asuntos del Magisterium, donde, de todas formas, no eran bien recibidas… Tras intentar en vano camuflar el incidente, los temisciros lo presentaron como un trágico error. Como Fretón se pasaba la vida en su compañía y no veía a nadie de su antigua vida, había terminado por suscribir esta visión de las cosas. Sin embargo, cuando el nombre

de Stérix vino a sumarse a la letanía de víctimas, Fretón sintió que su fibra moral, que de común se esforzaba por ignorar, lo reconcomía. Sin duda, había tachado al discípulo de la lista de sus amigos cuando este lo abandonó por Arka y Cacique, pero Stérix seguía siendo su camarada de clase, un chico procedente del mismo medio que él, demasiado joven como para terminar destripado a las puertas de una cárcel.

Desde la tragedia, Fretón no osaba levantar los ojos cuando cruzaba el séptimo nivel, por temor a las miradas cargadas de reproches de las patricias que seguían viviendo allí. Le aliviaba poder bajar a las capas inferiores de la ciudad para efectuar pequeñas pesquisas para Filón. Allá, al menos, tenía pocas probabilidades de cruzarse con personas conocidas.

Desde el anuncio de las elecciones, su mentor le había mandado varias veces recabar información sobre sus adversarios políticos y tomarle el pulso al electorado. Fretón tenía que reconocer que el general no escatimaba esfuerzos para salir elegido sin trampas. Desde el anuncio de su candidatura, los soldados-pajareros inundaban la ciudad de reclamos y octavillas que ponderaban sus méritos. Aprovechaban la menor ocasión para recordar que la reparación de la cúpula se concluiría en un tiempo récord gracias a él. Filón conseguía que lo invitaran a todas las reuniones de los gremios para convencer a los comerciantes de las ventajas de su gobierno. Había llegado incluso a distribuir en persona pan a sus futuros administrados.

Fretón constató así con cierta amargura que sus conciudadanos de los niveles inferiores olvidaban muy rápido el destino de los magos encarcelados y la matanza de las patricias. En cada uno de sus descensos a las entrañas de la ciudad, regresaba con una cosecha de buenas noticias para su amo. El general no dejaba de ganar popularidad. Los electores lo veían como una persona accesible, seria, verdaderamente preocupada por su bienestar. En comparación, los escasos hiperbóreos que habían podido desembolsar los mil hipers exigidos para presentar una candidatura no estaban a la altura. Aparte de Filón, solo se habían presentado tres hombres: un importante comerciante de aguamiel del sexto nivel, el jefe de un clan menor del primer nivel y el patrón del gremio de los peleteros, que había amasado una fortuna con el comercio de pieles gracias al Enfriamiento. Ninguno de ellos había hecho campaña fuera de sus niveles de origen, de manera que eran prácticamente desconocidos para la población. Por lo tanto, los votos en contra de Filón se dividirían entre los tres, lo que reducía a cero las posibilidades de elegir a un Basileus hiperbóreo. Los temisciros se frotaban las manos.

Desde hacía varios días, no obstante, unos misteriosos carteles habían aparecido pegados en las paredes de la ciudad, sugiriendo que

un quinto candidato se disponía a entrar en liza. Los reclamos rezaban por única mención:

HIPERBÓREA OS ESPERA

Debajo había una fecha y una dirección escritas en letra pequeña.

Corría el rumor de que esta nueva candidatura provenía de las filas napocianas. Nada más enterarse, Filón ordenó a sus tropas que arrancaran discretamente los carteles de noche y pidió a su discípulo que fuera a la cita indicada.

Fretón se dirigió, pues, al caravasar. Más recogido que las torres y rematado por una cúpula, el edificio que albergabalas caravanas ripeas estaba un poco alejado de la zona construida. Grandes canales aéreos lo conectaban con la red hidráulica de los cuatro primeros niveles. Escaleras de anchos peldaños, concebidas para el uso de los bueyes almizcleros, rodeaban la circunferencia. Permitían acceder a los arcos detrás de los cuales anidaban los comercios de los gremios, que negociaban las tarifas al por mayor. Las mercancías se almacenaban a continuación en el corazón del edificio, dividido en múltiples depósitos muy bien aislados del calor y de la luz, donde esperaban ser expedidas por tortugas a las manufacturas hiperbóreas. Al menos así había sido antes del Enfriamiento. Desde la destrucción de la cúpula, los depósitos se habían vaciado y las caravanas llegaban con cuentagotas a los comercios medio desiertos.

El misterioso candidato no había escogido el caravasar como lugar de reunión por casualidad: allí era fácil reunir a personas provenientes de los cuatro primeros niveles. No existía ninguna barrera física que impidiera la circulación vertical en el seno del edificio y los controles estrictos que el Magisterium imponía de ordinario a los canales de acceso se habían relajado considerablemente. Cuando Fretón llegó por el cuarto nivel, se encontró en medio de un nutrido flujo de curiosos que, como él, habían ido a descubrir al último aspirante a la sucesión del Basileus.

Un rosario de orbes luminiscentes flotaba a la altura del hombre sobre las escaleras exteriores del caravasar para guiar a los recién llegados hasta el lugar de la reunión. Fretón pasó con sus conciudadanos por debajo del arco oscuro de la gran tienda de orfebrería y llegó a un vasto almacén donde los raros sacos y cajas de mercancías aún almacenadas habían sido apartados contra las paredes. Bajo el alto techo abovedado, grandes esferas luminosas alumbraban una tribuna acondicionada en el centro de la sala. El lugar estaba de bote en bote. El público parecía salido mayoritariamente de los primeros niveles, con un amplio porcentaje de napocianos. Fretón imitó a algunos de sus congéneres y se subió a unas cajas de

mercancías para ver mejor el púlpito hacia el que convergían todas las miradas y donde se disponía a aparecer el quinto candidato.

Sin embargo, este último se hacía de rogar. Al cabo de media hora, seguía sin presentarse. Cuando empezaron a oírse unos gruñidos impacientes, las luces de la sala se apagaron de golpe, quedando solo una esfera luminosa proyectada en vertical sobre la tribuna, que parecía rodeada de una aureola particular. Unos susurros de emoción circularon en el auditorio. Fretón estaba impresionado por el aspecto técnico de la operación: los sellos que programaban con antelación las variaciones de la iluminación sobre unos globos eran complejos.

Una persona subió entonces los escalones. Cuando la vio avanzar hacia el borde de la tribuna, bajo la luz, Fretón sintió que se le desencajaba la mandíbula.

—Buenas noches —dijo Pirra, paseando sus verdes ojos sobre la muchedumbre que había venido a escucharla—. Gracias por ser tan numerosos.

Un murmullo de sorpresa recorrió la asamblea: nadie se esperaba descubrir a una mujer, y menos aún joven. Fretón era el más sorprendido de todos. No había visto a Pirra desde el funeral de su padre, el Eparca. Aunque conocía de sobra su audacia, jamás habría imaginado que se atrevería a presentarse a las elecciones del Basileus.

Habían vivido cinco años bajo el mismo techo, siendo ella discípula de su padre. Cuando llegó al día siguiente de su asignación al servicio de Mézence, la despreció de inmediato: con apenas ocho años, la veía como una mayor de carácter terco que lo privaba de la atención paterna ya de por sí escasa. Esta condescendencia se transformó poco a poco, a medida que Pirra llegaba a la adolescencia y salía vencedora, en un flechazo serio. Sin embargo, ella no parecía haber sentido por él nada más que la exasperación reservada a los hermanos pequeños. Por fortuna, Fretón siempre tuvo cuidado de no revelar sus sentimientos.

Era una constante en él: cuando sentía debilidad por alguien, era una cuestión de honor para él no dejar traslucir nada. Arka había pagado el precio de esta extraña filosofía, hasta el día en que, aturdido por el asesinato de un padre que nunca lo había tratado con cariño, Fretón decidió no seguir más su modelo. Luego supo que ella era la autora del crimen y este descubrimiento dio al traste con sus buenas resoluciones.

Cuando los murmullos se apagaron, Pirra tomó la palabra. Gracias a un amplificador mágico colgado al cuello de su abrigo de pieles, su voz inundó la sala.

—Sois muchos los que estáis tentados de votar al general Filón, y es comprensible: los temisciros expulsaron a las amazonas, nos dieron de comer cuando la hambruna nos amenazaba, ahora incluso se han

puesto a reparar nuestra cúpula. A pesar de todas estas buenas razones, habéis venido esta noche de todas formas. ¿Por qué? Porque hay algo de esa candidatura que os molesta. Puede que os parezca raro que vuestros antiguos dirigentes sigan encerrados todavía, un mes después de su supuesta liberación. Puede que veáis los estragos causados por la extracción de ánima y la distribución de goma. Puede que os preguntéis por qué unos soldados extranjeros se arrogan el derecho de controlar nuestros peajes, ocupar nuestros edificios y responder con un baño de sangre a las demandas de una asamblea de inofensivas esposas. Puede que, al fin y al cabo, tengáis miedo de que Hiperbórea termine por convertirse en un simple protectorado de Temiscira, explotada hasta la médula como Napoca. Yo sí. Me llamo Pirra, soy hiperbórea y me preocupa.

Fretón, que había mamado la política desde su más tierna infancia, admiró esta entrada en materia humilde, fáctica, eficaz. Contrastaba hábilmente con la escenificación trabajada del acontecimiento. A pesar de que la sala estaba sumida en la oscuridad, supo que cada uno de los espectadores estaba pendiente de los labios de Pirra. Ella continuó su discurso con una voz límpida:

—Estoy preocupada porque los temisciros controlan tan bien nuestras vidas que parecen convencidos de que también controlan nuestras opiniones. Si elegimos a uno de los suyos como jefe de la ciudad, les daremos la razón. Pero ¿qué alternativas tenemos? ¿No votar y dejar pasar esta oportunidad de elegir a nuestros gobernantes? ¿Elegir al azar entre tres candidatos cuyas ambiciones y motivaciones desconocemos? ¿Y todo eso para qué? ¿Para sentar otra vez en el trono del Basileus a un hombre solo, alejado de las realidades de los niveles inferiores, que no responderá ni ante la justicia ni ante sus súbditos?

Durante el discurso, las esferas luminosas volvieron a encenderse paulatinamente, iluminando al gentío, hasta entonces sumido en la oscuridad. Pirra ya no parecía la actriz solitaria de una escena alejada del pueblo, sino el punto central de un gran foro de debates.

—Durante muchos años, hemos tenido la suerte de que nos gobernara un soberano iluminado —continuó después de una pausa—. Probablemente, sus sucesores no gozarán ni de la misma clarividencia, ni de la misma longevidad. Ya ha llegado la hora de dotar a nuestra ciudad de salvaguardas políticas. Por esta razón he decidido proponeros otra vía. Una vía que trazará un futuro político inédito para nuestra ciudad. Mi vía, pero también la vuestra. Porque, si me hacéis el honor de elegirme en las urnas, mi primer acto será crear una gran asamblea, compuesta de representantes elegidos entre los ciudadanos y las ciudadanas de cada nivel y renovada cada cuatro años. Este Parlamento Internivel se encargará de enmendar y votar las

propuestas de un Consejo presidido por el Basileus. De esta forma, no podrá tomarse ninguna decisión si no proviene verdaderamente del pueblo.

Después de pronunciar esta frase final, se calló. Transcurrieron varios segundos hasta que un aluvión de preguntas brotó de la audiencia:

—¿Y cuántos representantes tendrá ese Parlamento?

—¿De qué nivel es usted?

—Si sale elegida, ¿se marcharán los temisciros?

—¿No es un poco demasiado joven?

—¿Desde cuándo puede ser Basileus una mujer?

Fretón escuchó a Pirra responder a los interrogantes de unos y otros, ora desarrollando un punto con pedagogía, ora retocando un ataque gracias a una salida lapidaria. Se sentía al mismo tiempo aterrado por lo que Pirra proponía —¿un Parlamento compuesto de plebeyos? ¿Qué mosca le había picado? Siempre había sido la primera en desdeñar los niveles inferiores— e inquieto ante la idea de reportar a su amo lo que estaba oyendo. A todas luces su programa popular la convertía en una rival peligrosa para Filón…

—¿Qué has venido a hacer aquí?

Fretón se sobresaltó. Un hombre joven y delgado de nariz aguileña acababa de levitar sobre las cajas, a su lado. Era Lastyanax, el mentor de Arka, antiguo ministro de Nivelación y condenado por ser cómplice del asesinato de su padre. Según los testigos, había logrado huir del estadio gracias al grifo que debía matarlo.

—¿Qué hace usted aquí? —replicó Fretón en un tono lleno de desdén, para indicarle a su interlocutor que no iba a dejarse impresionar—. La policía lo está buscando.

En ese momento lamentó no tener el sello de destrucción, tontamente olvidado en una barandilla la noche que había besado a Arka. Absortos en las respuestas de Pirra, la gente alrededor de ellos no prestaba ninguna atención a su conversación. Fretón no podía contar con su ayuda si Lastyanax decidía atacarle. Un rictus irónico se dibujó en el rostro de este último. Se sentó encima de una caja de mercancías, apoyó un codo sobre su rodilla y se frotó la nuca.

—La policía hiperbórea está demasiado ocupada en adaptarse a los soldados-pajareros como para perseguirme —respondió—. Ayudo a Pirra a conseguir que tu nuevo jefe no tome definitivamente el control de esta ciudad.

Fretón entendió en ese momento de dónde venía la idea del Parlamento Internivel. Solo un plebeyo advenedizo como Lastyanax podía meterle a Pirra semejante idea en la cabeza. Pero ¿por qué se aliaba ella con quien había ayudado a asesinar a su mentor? Durante su disciplinado, Mézence había tratado a Pirra con más consideración

que a su propio hijo. A ojos de Fretón, seguir frecuentando a Lastyanax era escupir sobre su memoria. Sabía que debía de haber intentado detener a este último, pero el mago vencido tenía seis años más que él y una reputación probablemente tan exagerada como disuasiva…

—Tiene que retirar su candidatura —decretó Fretón señalando con la barbilla la tribuna donde Pirra seguía respondiendo a las preguntas —. Esta idea populachera del Parlamento Internivel no va a gustar ni un pelo al general Filón.

—No lo hará —contestó Lastyanax—. Créeme, he intentado convencerla.

—¿Y por qué debería creerle? —repuso Fretón con saña—. Ayudó a la salvaje de su discípula a matar a mi padre.

—Arka no mató a tu padre —objetó Lastyanax.

—Entonces, si no fue ella, fue usted —escupió Fretón—. Usted lo odiaba.

Pronunció estas palabras con toda la amargura que lo asfixiaba desde la muerte de su padre. Lastyanax entornó los ojos. En el depósito, la conversación entre Pirra y su auditorio continuaba. Los ruidos de la multitud ahogaban su conversación.

—Mira a quién beneficia el crimen —repuso el mago—. Ni Arka ni yo hemos sacado nada de la muerte del Basileus y de los miembros del Consejo. Estos asesinatos solo han servido para poner de rodillas al Magisterium.

Sus palabras agravaron las dudas que torturaban a Fretón desde la matanza de la Extractora. Deseaba creer en la inocencia de Arka, pero si admitía la hipótesis, eso significaría que había testificado contra ella erróneamente y que servía a los asesinos de su padre; dos perspectivas demasiado desoladoras para su conciencia ya de por sí maltratada. Lastyanax sacudió la cabeza.

—Sospechaba que Filón enviaría informantes esta noche. Es una suerte que seas uno de ellos. Tienes que convencer a tu nuevo mentor de que Pirra no tiene ninguna posibilidad de ganar las elecciones y de que, si la elimina, perderá más de lo que ganará.

Fretón se manoseó nerviosamente los granos de acné y miró la sala de bote en bote, a la gente que se arremolinaba en torno a la tribuna, a Pirra que brillaba con todo su carisma.

—¿Seguro que no tiene ninguna posibilidad?

Lastyanax guardó silencio un instante.

—Espero que sí por Hiperbórea. Espero que no por ella.

Se levantó de la caja de mercancías. En medio del depósito, Pirra concluyó la reunión instando a cada uno de los espectadores a hablar de su candidatura al resto de Hiperbórea. Un optimismo contagioso electrizaba el auditorio. La joven maga bajó los peldaños de la tribuna

y fue hasta la salida a través de la multitud, intercambiando apretones de manos y palabras con la gente que se apiñaba a su alrededor. Fretón vio que Lastyanax se disponía a reunirse con ella. Una pregunta que se le había quedado atascada en el fondo de la garganta desde el principio de su conversación salió sin querer de sus labios.

—¿Sabe dónde está Arka?

Lastyanax se volvió y lo miró. Fretón notó que sus mejillas se encarnaban y se sintió horrorizado.

—A mí también me gustaría saber la respuesta a esa pregunta —respondió su interlocutor.

Luego desapareció entre la multitud, dejando a Fretón en un atolladero moral del que parecía lejos de salir.

Cuando llegó al Magisterium, todavía consternado por su encuentro con Lastyanax, Fretón fue directamente al antiguo despacho de su padre a buscar a su amo. El general estaba estudiando unos informes, instalado en su silla curul. Un hombre que Fretón conocía por el nombre de Alcandre se hallaba igualmente en la estancia, sentado en el alféizar de una de las ventanas trapezoidales. Sus manos iban y venían entre su boca y un cuenco de peladillas que tenía al lado. Fretón no sabía gran cosa de Alcandre, aparte de que ocupaba un estatus distinto en la jerarquía temiscira. No era ni oligarca ni oficial. El general parecía desconfiar de él, pero solicitaba su consejo sobre la gestión de las elecciones con cierta regularidad. Fretón sospechaba que su amo aguardaba el momento oportuno para deshacerse de él. Anunció su presencia ejecutando el saludo reglamentario.

—Descansa, discípulo —dijo el general levantando los ojos en su dirección—. Cuenta, ¿quién es el misterioso candidato?

Con la nuca rígida, Fretón le resumió los acontecimientos de la velada, ocultando su conversación con Lastyanax y minimizando el entusiasmo de la audiencia. No podía permitirse mentirle del todo: como le había hecho ver Lastyanax, seguramente no era el único informador presente en la sala. Esperaba que su amo no detectara su nerviosismo; al fin y al cabo, nunca estaba relajado en presencia de temisciros. Cuando hubo concluido su informe, el general tamborileó en los reposabrazos de su asiento con los dedos.

—Un Parlamento Internivel… Eso no me gusta, una propuesta así puede triunfar entre la plebe. Será mejor que mande a los soldados a encargarse de la tal Pirra.

Un sudor frío perló la espalda de Fretón. Sabía que su amo no tenía ningún escrúpulo a la hora de imponer una extracción definitiva de ánima a los individuos que se interponían en sus asuntos, como el Estratega, que había intentado torpemente un complot para ser oligarca. Puede que Pirra nunca le hubiera prestado atención, pero, a

pesar de todo, no quería verla pasar por la máquina de la prisión.

—A estas alturas sería mal visto que desapareciera un candidato, amo —se aventuró a decir—. Por el contrario, si recoge algunas voces más que sus otros tres adversarios, eso reforzará nuestra credibilidad si sale elegido.

—¿Y si gana?

El cerebro de Fretón funcionaba a toda velocidad.

—No ganará —afirmó con toda la fuerza de convicción de que era capaz—. Los hiperbóreos esperan una actitud modesta por parte de las mujeres, no les hará ninguna gracia que una de ellas se presente como candidata. Además, después de lo que las amazonas han hecho en esta ciudad, tendrán menos ganas de votarla si cabe.

—He abierto el voto a las mujeres, siguiendo ciertos consejos —observó Filón arqueando una ceja en dirección a Alcandre, que parecía seguir distraídamente la conversación—. Quizá tengan la tentación de apoyar a su prójima.

Alcandre hizo caso omiso de su tono acusador y engulló la última peladilla del cuenco.

—Soy del mismo parecer que tu discípulo —comentó levantándose con la boca llena—. Ahora que ha lanzado su campaña oficialmente, es demasiado tarde para deshacerse de ella sin poner en peligro tu reputación.

Se desentumeció los hombros con gesto perezoso mientras Fretón disimulaba un suspiro de alivio.

—Son los napocianos quienes la apoyan, ¿no? —continuó Alcandre —. Pues entonces juega con la xenofobia de los hiperbóreos. Preséntala como la candidata de los napocianos.Extiende el rumor de que quiere crear un Parlamento Internivel con el único objetivo de poner a los napocianos en el poder. Eso debería ser suficiente para disuadir a los electores de votarla.

Dicho esto, se despidió con un saludo perezoso y salió de la estancia sin mayores formalidades. Hundido en su silla curul, con las manos juntas debajo de su barbilla, el general lo vio desaparecer detrás de la puerta como quien acecha a una fiera peligrosa.

6

La venganza del buscador de azur

Arka

Desde que había regresado al bosque, Arka no había oído hablar de Hiperbórea. A medida que transcurrían los días, y en ausencia de cualquier elemento que le recordara su vida de discípula, tenía la sensación de perder conexión con la ciudad mágica, como si el tiempo que había pasado allí se deslizara poco a poco de la realidad al ensueño.

Así, cuando el anuncio de la toma de la ciudad llegó a Arcadia a través de los semáforos, Arka tuvo la impresión de descubrir, como el resto, acontecimientos que, sin embargo, ya había vivido. No le costó nada fingir sorpresa cuando la carpintera del sector le contó que un grupo de amazonas desconocidas había retenido como rehenes a los magos. Todos en el bosque se interrogaron sobre el origen de estas guerreras. Corrieron rumores de que su azur vivo procedía de las pepitas robadas por los temisciros durante el incendio. Arka habría deseado revelar todo lo que sabía sobre la toma de rehenes, pero en ese caso habría tenido que contar su experiencia de discípula hiperbórea y hablar de sus capacidades de teletransportación: dos buenas razones para terminar decapitada tras un paso expeditivo por la corte marcial. Se limitó a escuchar atentamente las novedades, que no tardaron en caer: las amazonas habían sido rechazadas por el ejército temisciro llegado en pájaros rochos. Los soldados de Licurgo controlaban la ciudad.

Aunque había temido este final, Arka no se sintió menos perturbada por ello. Se había convertido en espectadora de acontecimientos en los que, hasta entonces, había desempeñado un papel central. Lastyanax, por su parte, se había quedado atrás, en el centro de la acción, frente al amo de los lémures y los temisciros. Un

regusto desagradable de asignatura pendiente le resecaba la boca cada vez que pensaba en su mentor. La culpabilidad de haberlo abandonado en la tormenta hiperbórea ganaba terreno.

Sin embargo, otros engorros mucho más prácticos ocupaban su mente. La reparación de la cabaña tocaba a su fin, y la despensa de Temis se vaciaba a ojos vistas.

—No es posible tragar tanto y ser tan cotorra —refunfuñó la amazona un día que almorzaban juntas compartiendo una escudilla de gachas.

Arka se cuidó de comentarle que nunca lograba satisfacer realmente su apetito. Después de que Métanire, la cocinera de Lastyanax, la cebara durante meses con comilonas, era difícil volver a habituarse al régimen de habas y carne magra de las amazonas.

A Arka le parecía raro que Temis no le hubiera dado todavía una fecha de partida, ahora que su acuerdo —bricolaje a cambio de un plato caliente— tocaba a su fin. Sin duda, a la guerrera le daba miedo la perspectiva de encontrarse sola de nuevo: raras eran las amazonas que llegaban a viejas, y las que vivían hasta la jubilación no podían contar con que la comunidad se ocupara de ellas. Las percibían como bocas desdentadas e inútiles a las que alimentar.

Como soldado jubilada, Temis tenía derecho a un tercio de una ración de guerrera en ejercicio. Su tren de vida austero y su conocimiento de los recursos del bosque le habían permitido acumular una pequeña reserva de víveres con la que alimentar a las dos. Pero las provisiones se agotaban. Cuando hubo desempolvado el último juguete de Candrie y lo hubo colocado de nuevo en el último estante, Arka constató que ya no tenía excusa: debía encontrar en el seno de la comunidad un estatus que le garantizara una ración. Tenía que volver a ser aprendiza.

Desgraciadamente, incorporarse a una clase se le antojaba complicado. Por una cuestión de orgullo, Temis no se metía en los asuntos de los demás, pero las maestras se mostrarían más curiosas. Le preguntarían su procedencia, por qué llevaba dos años sin entrenarse, en qué había ocupado su tiempo desde el incendio. Incluso si pergeñaba una mentira sólida, Arka no estaba a salvo de traicionarse a sí misma. Bastaba con una palabra o un gesto sospechoso para que las maestras la entregaran a las éforas.

En los días que siguieron, fue en varias ocasiones al claro de ejercicio del sector para espiar los entrenamientos desde la sombra de un matorral. Esta observación no la animó a presentarse ante las maestras. No solo estas últimas no parecían de las que acogían con los brazos abiertos a una aprendiz salida de ninguna parte, sino que, además, sus alumnas encadenaban ejercicios cuya duración, dificultad e intensidad hacían que Arka casi lamentase sus tediosas sesiones de

redacción de informes en compañía de Lastyanax.

Para alcanzar su nivel, decidió entrenarse sola al final del día, en el claro vacío, con el material que dejaban allí y las viejas armas de Temis. Pero sus flechas no daban en el blanco, sus sablazos apenas lograban hender los maniquíes de madera y el peso del escudo redondo le producía calambres en el brazo. Tenía que rendirse a la evidencia: sin la magia que le daba fuerza y audacia, era una combatiente mediocre.Regresaba a la cabaña al atardecer, con la moral por los suelos, golpeando los helechos con el sable y con el gesto derrotista, y se pasaba la noche rumiando su jornada mientras oía los gritos de los ninox.

Una tarde que tomaba así el camino de vuelta, una amazona grandota y demacrada que estaba sentada en la terraza de una cabaña iluminada por un farolillo la interpeló desde lo alto de su árbol:

—¡Eh, aprendiza!

Arka levantó la cabeza y vio a su interlocutora agacharse para pasar por la abertura de acceso a la terraza. Era una amazona vieja, como Temis, pero su morada era mucho más espaciosa y estaba mejor equipada. Puentes formados por lianas le permitían incluso unir anexos en los árboles vecinos. Arka vio la negra sombra de la amazona bajando la escalera enrollada al eucalipto. Cuando la mujer llegó a la parte inferior del tronco y se acercó a Arka, esta comprendió el origen de este confort material, poco habitual en una guerrera jubilada. Prendida en el hombro de su túnica de buena factura, una fíbula con forma de miná brillaba en la noche. El ave parlante era el emblema de las éforas.

Un sudor frío empapó las axilas de Arka, mientras que una sonrisa estiraba el rostro huesudo de la amazona, sin extenderse hasta sus ojos.

—Ya hace varios días que te veo tomar este camino a estas horas… —empezó esta última con voz dulzona—. ¿Por qué te quedas tanto tiempo después de las otras en el claro de entrenamiento? ¿No estás cansada tras un día entero de ejercicio?

En el bosque de las amazonas enseñaban muy pronto a las niñas que había que temer a las éforas. Las madres amenazaban a sus chiquillas con denunciarlas a las éforas si alguna vez olvidaban engrasar los arreos o abrevar los caballos. Arka, por su parte, tenía razones de peso para temer a las inquisidoras del bosque.

—Sí, pero pronto me graduaré —respondió adoptando el aire más inocente de su inventario de expresiones.

—Pero eso está muy bien, eres ambiciosa, felicidades… Qué joya más bonita tienes —añadió cogiéndole de improviso la muñeca con una mano que semejaba una garra.

Con un gesto vivo, le levantó el brazo y examinó la pulsera de alas

entrecerrando los ojos y rozando el metal con la nariz. Los reflejos cobrizos proyectaron manchas anaranjadas sobre su rostro malencarado.

—Me lo dio mi madre —mintió Arka replegando el brazo—. Lo sacó de un temisciro.

Lamentó no haber dejado la pulsera en el árbol cabaña. Sin duda, había pasado desapercibida entre los magos hiperbóreos, pero no era una razón para pasearse con un objeto mágico por el bosque de las amazonas. Por fortuna, las guerreras no sabían nada de magia.

—Es una bonita joya —repitió la éfora—. ¿Es de oricalco?

Arka revisó por encima los conocimientos mágicos de las amazonas. Hizo lo posible por hacerse la tonta.

—¿De ori qué? —repitió—. ¿De oro? No me parece, creo que es de cobre.

Sin despojarse de su sonrisa de predadora, la éfora le preguntó:

—¿Quién es tu madre?

El interrogatorio estaba adoptando un giro muy feo. Arka no podía pretender ser la pupila de Temis como había hecho con las centinelas, porque la éfora era capaz de ir a interrogar a la vieja amazona. Porque, si había algo que Arka quería evitar a toda costa, era poner en peligro a Temis después de haber recibido su hospitalidad. Tenía que poner punto final a la conservación lo antes posible. Torció el rostro con una mueca dolida y respondió con un hilo de voz:

—Está muerta.

Luego fingió que el dolor la conmovía. La autocompasión nunca era bien vista en el bosque, pero era preferible parecer débil que sospechosa a ojos de las éforas. Como Arka no sabía llorar adrede, ocultó el rostro entre las manos y rompió en sollozos entrecortados.

—Es p-por ella que me entreno, quiero se-ser una gue-guerrera tan fuerte como lo fue ella —añadió amparándose en la penumbra para ocultar sus ojos secos a la mirada escrutadora de la éfora.

Para redondear la cosa, se sorbió ruidosamente los mocos y se sonó la nariz con el borde de la túnica. Afortunadamente, un catarro pasajero le había llenado las fosas nasales: el ruido de cañerías obstruidas fue muy convincente. Sin embargo, la inquisidora no parecía muy dispuesta a darle un respiro. Arka lamentó no poder utilizar la magia para librarse de ella.

De pronto, se oyó el golpeteo de un galope. Un instante después, un corcel amazónico pasó en tromba por su lado, las fosas nasales vibrantes de excitación. Patinó en el recodo del sendero y desapareció en la azulada oscuridad del sotobosque.

—¡Khatanka! —gritó la éfora corriendo tras él.

La yegua a la fuga emitió unos relinchos a los que respondieron todos los équidos de la vecindad. Atónita, Arka vio desaparecer a la

inquisidora detrás de los grupos de árboles.

—Qué suerte la mía —comentó en voz alta.

—¡Ya te digo! —exclamó una voz detrás de ella.

Arka se sobresaltó y se dio la vuelta. Temis salió de los arbustos, con el cabello lleno de hojas y con el gesto malhumorado. Dos liebres muertas colgaban de su cinturón.

—Estaba volviendo de la loma de las piedras después de haber ido a recoger las trampas, cuando he oído hablar a esa vieja arpía —refunfuñó—. Ya era una bruja cuando éramos aprendices, el tiempo no la ha cambiado, está visto.

—Eres tú quien ha abierto el corral de su yegua —comprendió Arka.

—Si no lo hubiera hecho, habrías terminado con la cabeza encima de un tronco —gruñó Temis—. Vamos, marchémonos de aquí.

Condujo a Arka hacia el sendero, en dirección opuesta a la de la éfora y la yegua. El bosque se había sumido en la oscuridad de la noche, pero conocían suficientemente bien el camino que las llevaba al árbol cabaña como para avanzar a ciegas. Arka oía el siseo de los helechos al pasar y el ruido ahogado que producían las dos liebres muertas zarandeándose sobre la pantorrilla de Temis.

—¿Cómo se te ocurre pasearte por ahí con el oricalco? —le preguntó esta última.

—¿Sabes lo que es? —se sorprendió Arka.

—Pues claro que sé lo que es —respondió furiosa la vieja amazona —. Lo que me fallan son los ojos, no la memoria. Nunca te habría dejado salir por ahí con la dichosa pulsera si hubiera visto que era de oricalco. ¡Estás loca! Si esa pajarraca vuelve a ponerle la mano encima, ya puedo despedirme de los pocos años que me quedan de vida.

Incómoda, Arka jugueteó un instante con su pulsera y luego se la quitó y se la guardó en el bolsillo. La forma familiar del eucalipto que cobijaba la cabaña de Temis apareció ante ella.

—¿Y por qué no tenemos derecho a tener oricalco aquí? —preguntó.

Arka adivinó en la oscuridad la expresión furibunda de Temis. Comprendió que su «aquí» implicaba la existencia de un «allí», donde llevar un objeto de oricalco no suponía ningún problema. Fiel a sí misma, la vieja amazona no le hizo preguntas y tampoco respondió a la suya. Cuando llegaron al pie del árbol cabaña, Temis seguía sin decir ni mu. Arka subió las escaleras detrás de ella mientras insistía:

—¿Por qué es un metal mágico?

Temis siguió ascendiendo los peldaños, sujetándose a la barandilla que Arka había fijado en el tronco para este fin.

—Tú, más que nadie, deberías saber los estragos que esa porquería

puede infligir al bosque —dijo por fin la amazona cuando iba por la mitad del tronco.

—¿El mago que incendió el bosque utilizó oricalco? —preguntó Arka.

—Pues claro —gruñó Temis—. Es la única forma de hacer magia en una zona azul. Tuvo que llevar un forro de oricalco macizo o algo así.

Llegaron a la altura del agujero de acceso a la cabaña. Unas luciérnagas alumbraban débilmente la terraza. Con movimientos torpes, Temis se alzó sobre la plataforma y reposó un instante sobre un leño, con la espalda doblada y sin aliento. Arka se coló a su vez por la apertura y se sentó con las piernas cruzadas en el mismo suelo. Observó a la amazona colgar las dos liebres en un gancho clavado en una rama.

—Si es así, ¿por qué los temisciros no equipan a todos sus soldados con oricalco macizo? —preguntó mientras Temis se acercaba para sentarse a su vez en el leño.

La vieja amazona alcanzó el estuche de tabaco de la repisa de la ventana.

—Los hiperbóreos son los que poseen el secreto de su fabricación —respondió apresando la pipa entre los dientes—. Y no están dispuestos a revelarlo. Eso les permite vender sus lingotes a cambio de una fortuna.

—Pero los temisciros acaban de hacerse con el control de Hiperbórea…

Temis frunció el ceño.

—Pues ya entiendes por qué las éforas están hasta la coronilla.

Se encendió la pipa frotando con un gesto seco el yesquero.

—Total, que no sé dónde has encontrado un trozo como ese, pero más te vale que desaparezca y rapidito. Destrúyelo o escóndelo, me da lo mismo, pero no quiero volver a ver esa pulsera.

Con la cabeza llena de reflexiones, Arka entró en la cabaña, cruzó la estancia principal sumida en la oscuridad y llegó a tientas a la habitación de Candrie, donde se había instalado. Se dejó caer en la hamaca y sacó la pulsera del bolsillo. Una iridiscencia difusa emanaba de la joya, como si el ánima que saturaba el metal reaccionara al contacto de sus dedos. Arka encerró de mala gana a su viejo compañero mecánico en la vaina de tesoros, con la pepita de azur vivo de Chirone y los pequeños objetos de Candrie.

Las palabras de Temis daban vueltas en bucle en su cabeza. Con el azur vivo que había robado el amo de los lémures y el acceso a las máquinas extractoras, los temisciros tenían todo lo necesario para centuplicar la producción de oricalco. Nadie se interponía en su camino, salvo Lastyanax. Arka no veía cómo su mentor podría

detenerlos él solo. Tendría que haber estado con él para ayudarlo, pero miles de leguas los separaban y ella ignoraba cómo teletransportarse de nuevo. En cuanto a regresar a Hiperbórea por medios normales, era inútil pensarlo: el trayecto le llevaría meses. En ese tiempo, Licurgo habría producido todo el oricalco necesario para doblegar a las amazonas…

En los días que siguieron, Arka intentó no pensar en Hiperbórea, pero el nombre de la ciudad se oía como un murmullo por el bosque entero. Por lo general, las amazonas temían enfrentarse a un ejército de soldados-pajareros a quienes el oricalco había vuelto invencibles. Estas inquietudes se confirmaron cuando la reina Antíope ordenó la fabricación masiva de ballestas: ¿para qué podían servir esas armas de asedio en Arcadia, si no era para atravesar el pecho de los rochos en pleno vuelo? Los sonoros crujidos de los eucaliptos abatidos empezaron a oírse en el bosque. Las carpinterías y las herrerías funcionaban a pleno rendimiento. Las mensajeras galopaban a rienda suelta por los senderos.

Para huir de esta atmósfera estresante, sortear a la éfora y llenar la alacena, Arka decidió ir a cazar en las zonas más recónditas del bosque. Aparte de algunas perdices en los montes Ripeos, apenas había cazado en los dos últimos años. A pesar de esta falta de práctica, seguía teniendo mano para la caza: los conejos se arrojaban a sus lazos, sus nasas estaban llenas de truchas y hasta una de sus flechas alcanzó un élafo. Completaba su botín escalando los eucaliptos para recoger champiñones lengua de buey que crecían allí. Durante este tiempo, Temis despellejaba los animales y trocaba sus pieles por harina y habas.

La amazona le confeccionó una honda y se dignó incluso a enseñarle cómo usarla, tratándola de torpe cada vez que la piedra caía de la badana. Arka no se ofendía: empezaba a acostumbrarse a los rudos modales de Temis. Esta última habría preferido tragarse su pipa antes que ofrecer una demostración de afecto. Pero a veces bajaba la guardia. Así es como, con motivo de una sesión de aprendizaje durante la cual Arka había sido comparada a un aepyornis ciego, la vieja amazona dijo de pronto:

—Candrie tenía cinco años cuando le regalé su primera honda.

Arka dejó caer blandamente la tira de cuero enrollada en su mano. Desde la primera vez que le habló de Candrie, Temis nunca había vuelto a pronunciar su nombre. Arka esperó que añadiera algo a propósito del hijo de Chirone, pero no dijo nada más.

Estaban en la orilla de un río alejado de su sector. Temis había señalado como blanco un tronco grueso a cincuenta pasos y había preparado un montoncito de guijarros ovalados para ejercitarse en el lanzamiento. Con cada una de sus demostraciones, la corteza recibía

un impacto. Arka aún no había conseguido tocar el tronco, hecho tanto más frustrante cuanto que Temis no veía gran cosa a causa de sus cataratas. En la otra orilla, una familia de macacos repantigados al sol comentaba sus intentos fallidos con grandes risas simiescas. Arka habría prescindido sin problema de semejante público.

—¿Qué ha sido de Candrie? —preguntó haciendo girar de nuevo la honda.

Como siempre, Temis se tomó su tiempo para responder. Observó que Arka fallaba otro lanzamiento, la dejó armar de nuevo la honda y finalmente murmuró:

—Ya te lo he dicho. Chirone se la dejó a su padre, un mercenario temisciro, que seguramente la crio en Temiscira. Sube el codo.

Arka obedeció e imprimió una última rotación antes de soltar una extremidad de la honda. La piedra salió volando y terminó en el agua, a dos pasos del tronco. En la orilla de enfrente, los macacos rodaron por tierra muertos de risa.

—Más seco, el movimiento de la muñeca —criticó Temis—. Con lanzamientos como ese, no matas un conejo ni de cerca.

Agobiada, Arka recogió otra piedra y la encajó en la badana de la honda. Fulminó con la mirada a los monos que seguían burlándose de ella, de pronto tentada de ejercitar su precisión sobre ellos.

—¿Y cómo se conocieron el padre de Candrie y Chirone? ¿En el campo de batalla?

Fiel a su costumbre, Temis no respondió. Ni siquiera parecía haberla oído. Arka empezó a sospechar que la amazona fingía senilidad cada vez que le hacían una pregunta incómoda. Firmemente decidida a obtener una respuesta, dejó la honda armada colgando junto a su muslo y esperó. Su contraataque silencioso funcionó: Temis resopló con fastidio.

—Se conocieron a dos leguas de aquí.

—¿En el bosque? —preguntó Arka, perpleja—. Pero los hombres no tienen permiso para entrar en el bosque.

—Era un prisionero de guerra.

—Creía que nunca hacíamos prisioneros de guerra.

—Nos quedamos con algunos.

—¿Para qué?

Temis permaneció un instante en silencio. Arka esperaba una respuesta vaga, por lo que se sorprendió cuando la amazona dijo:

—Voy a enseñártelo. Así habrás aprendido algo hoy, a falta de perfeccionarte con la honda.

Recogió sus cosas y se fue de la orilla sin decir nada más. Intrigada, Arka se internó en el bosque tras ella. Una hora más tarde llegaron a la periferia de una depresión que formaba un enorme agujero en el suelo silvestre. La bóveda de una cueva gigantesca se

había hundido miles de años atrás, dejando en el suelo un hueco circular de paredes abruptas. Unos salientes, de donde pendían estalactitas grisáceas, rodeaban las inmediaciones del agujero, imposibilitando su escalada. En medio de la sima habían crecido varios eucaliptos, cuyas ramas llegaban apenas a la altura de Arka y Temis.

Esta última se acercó al borde y señaló algo con la barbilla.

—Mira ahí.

Arka se le acercó y echó un vistazo abajo. En el fondo del agujero había media docena de hombres vestidos con andrajos y la piel renegrida como si los hubieran tiznado. Estaban sentados sobre unas rocas y parecían esperar. Esta presencia masculina en medio de los eucaliptos le parecía una perfecta incongruencia. Antes del incendio nunca había visto un hombre en el bosque.

—Estos son los jefes —explicó Temis—. Tienen el privilegio de salir al aire libre y sobre todo de controlar la distribución de alimentos que les llegan una vez por década. Los otros están en la mina.

—¿La mina?

Temis señaló una hendidura oscura al pie de la pared opuesta, medio disimulada por enormes rocas cubiertas de vegetación.

—La mina de azur vivo —explicó—. Explotada por las fundadoras desde su llegada a Arcadia. Una pepita contra la libertad: es el trato que hicimos con cada prisionero antes de enviarlos al agujero.

Añadió:

—Por supuesto, es un trato de pardillos. Cuando un recluso encuentra una pepita, lo sacamos, sí, pero lo decapitamos encuanto está fuera de la vista de los demás. Pongo la manoen el fuego a que todos los reclusos sospechan la suerte que les espera, pero aun así siguen buscando pepitas.

—¿Por qué?

—Porque, después de meses, de años pasados soportando la ley del más fuerte en el fondo de una mina, no puedes hacer otra cosa que aferrarte a la absurda esperanza de recuperar la libertad.

Una amarga ironía se leía en el rostro de Temis. Arka se sentía mal, como cuando descubrió los atropellos que los Temisciros cometían en Napoca. Entre eso y el destino de los varones recién nacidos, empezaba a dudar de la moralidad de su propio pueblo.

—La última pepita la extrajeron hace más de tres años y encima solo fue una chispa —continuó Temis—. Se agotó el filón. Intentamos hacer pozos en otros lugares, pero no dieron ningún fruto. Para colmo, por culpa del incendio, perdimos las pepitas gordas de los árboles repetidores. Los generales intentaron disimular esta pérdida, pero todas las amazonas saben ahora que no hay suficiente azur vivo para garantizar nuestra protección contra la magia. Y si los temisciros se

ponen a producir oricalco…

Se encogió de hombros con un aire a la vez fatalista y gruñón.

—Antíope puede producir todas las ballestas que quiera, pero eso no será suficiente para defendernos de los soldados-pajareros —concluyó.

Un movimiento atrajo la mirada de Arka en el acantilado de enfrente. Una amazona acababa de aparecer entre los eucaliptos, seguida de tres mulas atadas con cuerdas y cargadas hasta los topes. Se dirigió hacia un aparejo encaramado en el reborde, que Arka no había visto. La amazona empezó a descargar los gruesos sacos que portaban las bestias sobre la bandeja del artefacto.

—La proveedora —indicó Temis mientras reculaban a la sombra de los árboles para no ser vistas—. Una vez por década, les pregunta a los reclusos si han encontrado una pepita y les baja alimento para veinte hombres hasta su siguiente visita.

Como para confirmar su relato, oyeron gritar a la amazona «¿Una pepita?» a los pocos hombres que estaban abajo, en el fondo de la sima. El «no» que uno de ellos respondió rebotó en las paredes. La proveedora empujó entonces la bandeja del aparejo sobre el vacío y la hizo descender poco a poco accionando las sogas.

—¿Y qué pasó con el padre de Candrie? —preguntó Arka mientras observaban a los reclusos cargando los víveres sobre sus hombros para transportarlos a la mina.

—Es el único hombre que salió vivo de este infierno, hace treinta y seis años —dijo Temis—. Consiguió retener como rehén a la proveedora de entonces para huir.

—¿Chirone? —preguntó Arka.

La bandeja del aparejo, ahora vacía, subió hasta la amazona y sus mulas.

—Sí —respondió Temis—. Ella siempre dijo que se la había llevado a la fuerza, pero estoy casi segura de que fue ella quien lo liberó. Lo cierto es que se quedó embarazada de él y dio a luz a Candrie nueve meses después.

Cuanto más avanzaba la conversación, más perturbada se sentía Arka. Le costaba imaginar a Chirone, con su aliento de fumadora de pipa y sus juanetes en los pies, como una joven amazona embarcada en una apasionada fuga con un mercenario temisciro.

—¿Volvieron a verse? —preguntó.

—Solo cuando Chirone le confió a Candrie, unos ocho años más tarde.

—¿Cómo se las arregló para encontrarlo?

—No le fue muy difícil. Tuvo tiempo de darse a conocer.

Temis pronunció estas últimas palabras en un tono tan abrasivo que habría podido rayar el cristal con su voz. Escupió a un lado.

—Ese mercenario que pasó años enteros soportando un infierno en la mina antes de lograr escapar fue Licurgo. Y lleva treinta y seis años vengándose de ello.

Alcandre

La víspera de la votación, Alcandre decidió cumplir una tarea que llevaba varias décadas aplazando. Acudió al palacio del Basileus para hacerle compañía a su padre —cuyo estado seguía degradándose inexorablemente— y luego salió de allí y fue al Magisterium. Dos esbirros de Filón seguían sus desplazamientos; los despistó en el laberinto del edificio.

Aunque todavía solicitaba sus consejos, Filón no se fiaba de él. El general había sido la mano derecha de Licurgo el tiempo suficiente como para no temer la sed de gloria y reconocimiento que siempre terminaba atenazándoles. Alcandre sabía, no obstante, que no tenía nada que temer de Filón a corto plazo: el general retenía a Licurgo y a Barcida y estaba convencido de que estos dos medios de presión bastaban para controlarlo.

A ojos de Alcandre, había que ser un loco o un idiota para pensar que alguien podía dictarle su conducta sin que hubiera consecuencias. Lo único que le impedía vengarse del chantaje de Filón era su deseo de restablecer una paz civil duradera en Hiperbórea mediante unas elecciones. También encontraba cierto placer en el hecho de mover los hilos de la opinión pública en la sombra.

El arte de manipular las mentes era un talento que había heredado de su padre. Gracias a este don, Licurgo había pasado de simple mercenario a Polemarca de Temiscira.Había construido un mito alrededor de su evasión del bosque y había explotado la aversión tenaz que napocianos e hiperbóreos sentían por las amazonas —un pueblo de mujeres que trataban a los hombres como inferiores, una infamia— para acrecentar el poder de su ciudad.

El resentimiento de Alcandre hacia las guerreras era de carácter más personal: habían asesinado a su madre. Sentía un odio particular hacia la reina. Si Antíope no lo hubiera atormentado con la ayuda de Mélanippè, aquel día fatídico en que él se había tirado al río, quizá hubiera podido vivir unos años más con su madre. Quizá no hubiera conocido el sufrimiento de enterarse por Licurgo de que la habían decapitado sus compañeras. Alcandre se vengó de Mélanippè haciendo que se enamorara de su lémur. Y castigó a Antíope tomando como pupila a la princesa heredera. Sus dos antiguas camaradas le privaron de su madre; él les robó a sus hijas.

Sin embargo, ni Pentesilea ni Arka se hallaban bajo su control.

Mientras rodeaba el atrio del Magisterium, escrutó el cielo por instinto, en busca de las alas negras de su rocho. Pero tenía que rendirse a la evidencia: o Pentesilea había fracasado o lo había traicionado. Había transcurrido demasiado tiempo desde su partida como para conservar la esperanza de que volviera con Arka. Se tranquilizó pensando que esta última necesitaría meses para llegar al bosque de las amazonas. Hasta entonces, tendría tiempo de lanzarse en su busca personalmente. Era mejor quedarse en Hiperbórea unos días más hasta llevar las elecciones a buen término. Además, tenía que ocuparse de otra amenaza.

Tomó el canal que conducía a la prisión. Cerca de las puertas, unas manchas oscuras ensuciaban el parapeto. Alcandre enseñó su placa del cuerpo diplomático a los soldados-pajareros que lo miraron mientras se acercaba con desconfianza.

—Vengo a ver a la amazona superviviente —anunció.

Lo dejaron entrar sin decir palabra. Un soldado lo acompañó hasta una celda apartada de las cárceles colectivas donde estaban encerrados los magos. La puerta se abrió con un chirrido de goznes oxidados. Alcandre entró y esperó a que el guardia la cerrara a sus espaldas.

—Buenos días, Barcida —dijo.

Tumbada en la banqueta de madera, debajo de la aspillera, Barcida tenía los ojos cerrados. Alcandre no la había visto desde hacía dos décadas. Estaba más flaca. Su tez parda había virado al gris. Si no hubiera adelgazado tanto, si no hubiera estado tumbada de espaldas, quizá no habría percibido el relieve abombado de su vientre. Lejos de despertar en él instintos paternales, esta protuberancia le pareció una anomalía. Había visto a Barcida descuartizar a hombres con la alegría de un niño que le arranca las alas a una mosca. Ni siquiera las propias amazonas habían podido aceptar sus inclinaciones sádicas: diez años antes, las éforas habían descubierto que maltrataba al grupo de aprendices a su cargo. En consecuencia, la expulsaron del bosque. Era cruel, era implacable y, sin embargo, estaba embarazada.

Sin apartar la vista de Barcida, se apoyó en el muro. Se instaló un silencio solo interrumpido por los gemidos lejanos de los magos entre rejas. Una tristeza infinita se apoderó de Alcandre. En ciertos aspectos, Barcida era su alma gemela. Su vínculo se remontaba a las primeras horas de su vida de aprendices. Después de haberse separado de ella durante años, había experimentado una dicha inmensa cuando se reunieron en Temiscira, decidida ella a que sus antiguas camaradas pagaran el precio de su destierro. Prepararon juntos la conquista de Hiperbórea. Era ella quien le había indicado con precisión dónde se encontraban todos los árboles repetidores del bosque para que pudiera robar el azur vivo. También fue ella quien transformó a unas cuarenta

temisciras en amazonas dispuestas a invadir Hiperbórea. Inevitablemente, su amistad había evolucionado hacia una relación más carnal.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —terminó por farfullar, con los ojos aún cerrados—. Filón no me ha asesinado porque está convencido de que mantenerme con vida le procura un medio de presión sobre ti. Si supiera lo mucho que sueñas con deshacerte de nosotros dos…

Señaló su vientre con gesto fatalista.

—¿Por qué no le has hablado de mi maldición? —preguntó Alcandre—. Quizá te habría ayudado a huir.

Una risa brotó de su boca. Se cubrió el rostro con las manos para controlar los hipos que la sacudían.

—¡Aaaay! —suspiró—. Pero ¿dónde habría ido? Las amazonas me han desterrado, mis guerreras están muertas, mi amante quiere asesinarme…

Apartó las manos de su rostro. Levantó los párpados, volvió la cabeza a un lado y miró a Alcandre. Como todas las ilotas, tenía los ojos ligeramente rasgados, lo que le daba una dulzura singular. Ninguna ira los animaba; solo se leía resignación. Alcandre comprendió que no esperaba ninguna debilidad por su parte, porque ella no la habría tenido por él. Sin embargo, sintió la necesidad de justificarse.

—Tendría que haber prestado más atención. He cometido errores. No pensé que Filón cambiaría de plan —explicó—. El plan no preveía la muerte de tres guerreras.

—Hay muchas cosas que no estaban previstas en el plan —se burló Barcida—. ¿Qué posibilidades tenían mis hijas de salir vivas de la Extractora? ¿Qué posibilidades tenía yo de encontrarme en esta situación, con un hijo en el vientre cuya existencia nunca desearás?

Alcandre se limitó a mirarla con ojos glaciales. Con una sonrisa decepcionada, Barcida volvió a interesarse por el moho del techo.

—No son tus errores los que mataron a mis guerreras y están a punto de matarme a mí —añadió—. Es tu orgullo. De tanto entretenerte con tus lémures, has terminado creyendo que puedes controlarlo todo. Ahora, haz lo que has venido a hacer y olvídame después.

—No te olvidaré.

Esta frase se le escapó: la lamentó al instante. Barcida no era una ingenua, nunca lo había sido. De hecho, la amaba por eso.

—Si matas a nuestro hijo nonato, serás inmortal, Alcandre. Pues claro que terminarás olvidándome.

Se acercó a Barcida, se arrodilló delante de la banqueta y sacó de sus pieles un pequeño frasco lleno de un líquido transparente. Lo dejó sobre su vientre.

—Es un veneno —explicó—. Media dosis provocará un aborto natural. Una dosis entera te matará. Tú decides si quieres beberlo o no.

Como Barcida guardó silencio, añadió:

—Vendré a verte dentro de una década.

No precisó lo que haría si para entonces no se había bebido el frasco: ella lo sabía. Se levantó tras darle un beso en la mejilla. Salió de la cárcel con un regusto salado en la lengua.

Embron y Tétos

Como todos los hiperbóreos, Embron y Tétos pasaron largas horas hablando de la sucesión del Basileus. El soberano reinaba desde hacía tanto tiempo que se había convertido en un elemento insustituible del paisaje humano de la ciudad, como la cúpula del paisaje urbano. El asesinato de uno y la destrucción de la otra habían privado a Hiperbórea de su cabeza y de su techo. Así, el anuncio de la elección de un nuevo Basileus había insuflado una bocanada de aire fresco en la pesada atmósfera de la ciudad.

Según la opinión general, se trataba de una iniciativa muy buena, incluso si algunos hubieran preferido tener una selección de candidatos más amplia: aparte del general Filón, solo se presentaban dos comerciantes, un maleante y una joven aristócrata.

Embron y Tétos no sabían por qué, pero tenían la impresión de que el general era el más apto para el cargo de Basileus. Filón estaba viejo, pero no decrépito. Era firme, pero comprensivo. Sin duda, la matanza del canal de la prisión había mancillado un poco su imagen de salvador, pero nadie olvidaba los víveres que sus rochos habían soltado sobre la ciudad antes de vencer a las amazonas. Corría el rumor de que tenía orígenes hiperbóreos.

Tanto era así que todo el mundo coincidía en que era el mejor candidato y, en caso de que alguien lo hubiera dudado, hordas de heraldos se encargaban de proclamarlo en cada meandro del canal. Era difícil caminar más de un minuto sin leer en las paredes un eslogan partidario de Filón, del tipo: «Filón: la elección del pueblo» o «Levantemos Hiperbórea con Filón». Para vencer las últimas reticencias, los temisciros distribuían vasos de aguamiel a quienes daban el voto a su candidato.

El sufragio consistía en deslizar una ficha de color en una urna: roja para Filón, verde y naranja para los comerciantes, amarilla para el maleante y azul para la maga. Después estampaban un sello indeleble en el dorso de la mano para impedir que los listillos votaran varias veces.

El despacho al que acudieron Embron y Tétos andaba escaso de fichas verdes, naranja y azules, pero, de todos modos, los dos policías se habían decidido por las rojas. Aguardaron pacientemente en la fila mientras los electores que tenían delante deslizaban sus fichas en la urna.

—¿Qué votan los demás? —susurró Embron dándole un codazo a Tétos.

—Creo que rojo —respondió este último.

—Ah, ¿lo ves? Te lo dije. Hay que votar rojo —afirmó Embron, más tranquilo.

Después de una espera de un cuarto de hora, llegaron delante de la mesa electoral, custodiada por tres soldados-pajareros. Embron y Tétos cogieron cada cual una ficha roja de un gran jarrón y la deslizaron por la ranura de la urna.

—¡Ha votado! —exclamó uno de los temisciros—. ¡Esto es para vosotros, camaradas!

A continuación, vertió una generosa porción de aguamiel en las escudillas que Embron y Tétos se apresuraron a tenderle. Estos últimos devoraron la bebida con gozosos chasquidos de lengua y luego presentaron las manos para recibir el sello. El soldado les guiñó un ojo con complicidad, susurrándoles:

—No es necesario, camaradas… Así podréis venir a votar otra vez y se os distribuirá otro vasito…

Embron y Tétos se fueron muy contentos y volvieron poco tiempo después para depositar otra ficha roja y saciar su sed. Después de dos horas de idas y venidas, estaban como una cuba y más convencidos que nunca del interés del sufragio universal.

Llegaron tambaleándose una vez más, cogidos del brazo, hasta la mesa electoral. Delante de ellos, una pareja de ancianos napocianos esperaba su turno. Ambos tenían fichas azules entre los dedos apretados y no parecían compartir el estado de ebriedad de los dos policías. Cuando el anciano llegó a la mesa electoral, uno de los soldados-pajareros tapó la ranura de la urna con la mano.

—Vosotros, los napocianos, no pintáis nada aquí —dijo.

El anciano, con la ficha azul en la mano, se estremeció de indignación.

—Soy hiperbóreo desde hace quince años, tengo derecho al voto —dijo con marcado acento.

—Eres una sucia alimaña y sueñas si crees que vamos a dejar que un parásito de tu especie tenga la misma voz que un honrado ciudadano hiperbóreo.

Embron y Tétos sacudieron la cabeza con vehemencia mientras que el anciano blandía el puño cerrado sobre la ficha.

—¡Mis nietos han nacido aquí! —protestó con la voz enronquecida

por la cólera—. ¡Soy hiperbóreo y tengo derecho a votar! ¿Quiénes son ustedes para impedírmelo, eh? ¿Por qué son ustedes, los temisciros, quienes deciden quién tiene derecho al voto y quién no? ¿Creen que no nos damos cuenta de su juego? ¡Compran nuestros votos con alcohol y nuestras energías con la goma!

Embron y Tétos todavía no estaban tan cocidos como para no saber que había un fondo de verdad en lo que el napociano acababa de decir. A su alrededor, los transeúntes caminaban más despacio para escuchar sus protestas. Varios ceños se fruncieron y se elevaron murmullos. Los soldados-pajareros parecían estar menos a sus anchas, como si sus capas marrones y sus placas con forma de halcón se hubieran convertido en un elemento incongruente del decorado. Intercambiaron una mirada furtiva y luego se levantaron al unísono y rodearonla mesa.

—Vamos a recordarte quién eres —dijo uno de los soldados.

Sin avisar, golpeó la sien de su interlocutor con la hoja de la lanza. El anciano cayó al suelo profiriendo un gruñido. Detrás de él, su esposa emitió unos gritos aterradores. Como la mujer se interponía entre los temisciros y el marido, los soldados-pajareros la empujaron y empezaron a desvestir al napociano inconsciente. Le quitaron el abrigo de pieles, las manoplas, las botas y el pantalón de ante. Luego enseñaron las prendas al círculo de mirones que observaba la escena.

—¿Quién quiere las botas? Venga, señora, vista calentito a su chiquillo con este gorro. Señor, ¿unas manoplas? ¡Venga, cortesía de Napoca!

En unos instantes, el hombre se quedó en ropa interior sobre el suelo nevado. El frío enrojecía sus chupadas mejillas y sus delgadas piernas. La pérdida de la ropa parecía haberlo privado de una parte de su humanidad: se había vuelto miserable y ridículo. Dos soldados-pajareros lo levantaron por las axilas.

—Ahora vamos a devolverlo a su sitio: ¡fuera de la cúpula!

—¡NO! —gritó la vieja napociana.

Insensibles a sus amenazas y súplicas, los soldados-pajareros se llevaron a rastras al hombre, que iba cabeceando sobrela nieve. Cuando la anciana quiso retenerlo por los pies, la golpearon también. Cayó en la nieve y lloró mientras los soldados-pajareros se llevaban a su marido hacia el peaje más cercano.

—Y ustedes… los policías… —dijo sollozando.

A Embron y Tétos no les gustaban los napocianos, pero la escena que acababan de presenciar les había dejado una sensación desagradable, como si el aguamiel que habían tomado se hubiera avinagrado.

—Nosotros no hemos hecho nada —se justificó Embron.

La anciana no respondió y siguió llorando. Los dos policías

comprendieron en ese momento que no haber hecho nada quizá no era suficiente.

7

El Barranco de las Aprendices Perdidas

ARKA

Grandes sombras negras pasaban por debajo de los árboles. Las enormes flechas de las ballestas resbalaban sobre sus caparazones de oricalco. Bajo el dosel arbóreo cundía el pánico: las amazonas trepaban y descendían a toda velocidad de sus árboles cabaña, se vestían deprisa y corriendo con sus equipos guerreros, iban aquí a buscar un caballo, allá una orden de una superiora. Los pájaros se posaron sobre los eucaliptos y sus jinetes; protegidos por armaduras tornasoladas, empezaron a bajar de las ramas. Pronto, se expandieron por toda la ciudad, descascarando los árboles repetidores para recuperar las pepitas de azur vivo, degollando a las guerreras que trataban en vano de perforar las defensas mágicas de sus corazas. Se regocijaban de poder profanar finalmente este gineceo absurdo cuya entrada les había sido vedada hasta entonces a causa de su sexo, del mismo modo que las fundadoras habían disfrutado enfrentándose a los hombres de Estado hiperbóreos hacía más de siglo y medio. Uno de esos soldados se acercó a Arka con una sonrisa en los labios. Sus ojos azules contrastaban con su piel mate. Arka lo reconoció: era el amo de los lémures…

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

Unas voces acaloradas resonaron en la pesadilla de Arka. Se escapó lentamente de la ensoñación, incapaz de determinar si se trataba de un sueño premonitorio o de una extrapolaciónde su espíritu. Se despertó en su hamaca, los ojos enredados de sueño, tomando lentamente consciencia de que una escena anormal se producía en el árbol cabaña.

—Hazte a un lado o tu cabeza saldrá rodando también del tajo, Temis.

Arka reconoció la voz de la éfora del sector y luego la cortina de su habitación se levantó. Una amazona con el uniforme completo, sable en mano, asomó por el marco de la puerta. Completamente despierta, Arka bajó de la hamaca de un salto y retrocedió hacia la pared. La éfora entró a su vez en la estancia con su fíbula en forma de miná prendida de su túnica. Detrás de ella, con la cara roja y la cabeza despeinada, Temis intentaba imponerse:

—¡Tiene derecho a estar aquí, maldita sea, es una aprendiza!

—No es una aprendiza —cortó la éfora secamente—. Lo he comprobado con la maestra y esta mocosa nunca ha participado en los entrenamientos del sector. Y estoy segura de haberla visto con oricalco encima cuando me la crucé hace un tiempo…

Con una mirada mordaz, examinó con cuidado la minúscula habitación de Candrie, husmeando como si intentara olisquear la pista de la pulsera de alas. Arka, muda de estupor, miraba alternativamente a la guerrera del sable y a Temis. Esta última le hizo un gesto como diciendo: «Huye».

Mientras la amazona avanzaba hacia ella, Arka reventó de un puñetazo la tripa de cerdo que hacía las veces de cristal y saltó sobre la repisa de la ventana. Con un gruñido, se elevó hasta el tejado y salió al exterior arrastrándose boca abajo. Un sablazo perforó la paja justo delante de sus ojos asombrados. Se puso en pie de un salto, trepó a una de las ramas principales del árbol, saltó por encima de la barandilla de la terraza, atrapó la cuerda de crin de la vieja polea que había reparado y descendió en rápel, con los pies contra el tronco. Por encima de ella retumbaban las imprecaciones de la éfora y ruidos de botas cruzando la cabaña. Aterrizó en el suelo y barrió los alrededores con la mirada. Una yegua y un caballo castrado esperaban a sus propietarios al pie del árbol. Arka desató los caballos, saltó a lomos de la yegua y le dio un puntapié al caballo en la grupa para espantarlo. Retuvo su montura, que quería seguir a su congénere, y la lanzó al galope en dirección opuesta. Oyó a la éfora vociferar a sus espaldas:

—¡Khatanka!

La Khatanka en cuestión era una buena yegua, poderosa pero fácil de dirigir: toda una suerte para Arka. Orientó su montura por un sendero tortuoso, la cara hundida entre sus crines para esquivar las ramas bajas. Todo transcurría tan rápido que no tenía tiempo de reflexionar. No sabía adónde ir y empezaba a arrepentirse de su fuga. Lanzándose a toda velocidad por el sendero, la yegua recorrió una decena de acres a través de los eucaliptos. El camino se curvó para seguir por un ancho arroyo. Arka empezaba a pensar que había dejado atrás a su perseguidora cuando un chapoteo resonó detrás de ella. Con el estómago encogido, miró por encima de su hombro. Una jinete apareció río abajo. La amazona había logrado recuperar su caballo y

remontaba el curso del agua a galope tendido.

Arka golpeó los flancos de la yegua con los talones para que acelerara, pero su montura no tenía la celeridad de Tapón. El ruido del galope en el agua indicaba que la amazona estaba cerca. Echó otro vistazo atrás y vio que el corcel salía del agua para volver al sendero. Sin despegar los ojos de Arka, la guerrera se inclinó hacia delante y rajó el jarrete de su montura. La yegua relinchó de dolor y se desplomó. Arka salió proyectada hacia delante y rodó por el suelo.

Cuando su visión se reajustó, los cascos inquietos del caballo pataleaban ante ella. Arka alzó la vista hacia la amazona, que la dominaba desde lo alto de su montura. Con la punta del sable ensangrentado, la guerrera señaló la yegua que intentaba levantarse a pesar de su jarrete rebanado. Meneó la cabeza con desaprobación.

—Tu pequeño intento de fuga acaba de costarnos un buen caballo. Si intentas escapar de nuevo, no tendré ningún escrúpulo en hacértelo pagar.

Arka se pasó las dos horas siguientes caminando detrás de la montura de la amazona, preguntándose con angustia lo que le esperaba. Tenía las manos atadas con una cuerda prendida a la silla de montar. Las palabras con que la éfora había amenazado a Temis —«Hazte a un lado o tu cabeza saldrá rodando también del tajo»— la atormentaban. No pensarían decapitarla, ¿no? Sin la magia, se sentía tremendamente impotente. En ese momento habría dado cualquier cosa por estar de nuevo en Hiperbórea, con su mentor.

La amazona la conducía al sector del mando; eso, al menos, lo sabía. En esta zona particularmente húmeda, los árboles eran majestuosos, los caballos estaban bien alimentados, las cabañas eran espaciosas. Un ballet incesante de mensajeras surcaba el sector para servir de enlace entre los más altos niveles jerárquicos del ejército y el resto del bosque. Las pezuñas de sus monturas retumbaban sobre el adoquinado de las antiguas rutas, vestigios de una civilización desaparecida mucho antes de la llegada de las amazonas. Arka y su escolta remontaron una de estas vías y llegaron media hora más tarde al corazón del sector, donde las raíces de las higueras estranguladoras sepultaban las musgosas ruinas de palacios venidos abajo. Puentes de lianas conectaban los árboles entre sí, creando una red de cabañas en varios acres a la redonda. Con los ojos alzados hacia el ramaje, Arka no dejaba de tropezar con los adoquines del camino. Era como estar de vuelta en Hiperbórea, descubriendo las torres y los canales desde el primer nivel.

La amazona detuvo su caballo delante de un viejo arco de piedra que desaparecía bajo la vegetación. Una centinela hacía guardia

empuñando una lanza.

—¿Motivos?

—Declaraciones falsas y robo de caballo —respondió la amazona desde lo alto de su montura—. Una éfora vendrá a hacer un informe más detallado por la tarde, cuando haya encontrado una nueva montura —añadió dirigiendo una mirada acusadora a Arka.

—Te dejo que vayas a meterla en una jaula —respondió la centinela haciéndose a un lado—. Tienes mucho donde elegir, están todas libres. Decapitamos a una desertora ayer y enviamos a tres facinerosas a la frontera norte.

—Pero si yo… —empezó Arka.

—Te explicarás mañana por la tarde ante el Colegio de Éforas —cortó la amazona—. Son ellas quienes decidirán el futuro de tu cabeza. Ahora cállate.

Tiró con un golpe seco de la cuerda y Arka fue arrastrada hacia delante. Pasaron bajo el arco de piedra y llegaron a un espacio circular de tierra, bordeado de ruinas medio sepultadas por las higueras. Un eucalipto muy grande crecía en el centro. Jaulas de hierro colgaban de las ramas. A unos pasos del tronco había una vieja cepa cubierta de chorretones negruzcos; habían dejado un hacha encima. Arka tragó saliva.

La amazona se apeó del caballo y deshizo la cuerda enrollada alrededor del tronco que retenía la jaula más pequeña mediante un sistema de poleas. Hizo bajar la jaula reteniendo su peso, los músculos tensos del esfuerzo. Cuando el cajón tocó el suelo, lo abrió, desató las muñecas de Arka y la llevó hasta la puerta.

—¿Voy a pasar una noche y un día ahí dentro? —preguntó Arka.

La amazona la empujó hacia el interior por toda respuesta. Apenas había espacio para ponerse en cuclillas. Arka se sentó, con las rodillas bajo la barbilla, se rodeó las piernas con los brazos y vio a la amazona atar el cable que retenía su jaula a la silla de su caballo. La guerrera dio una orden al caballo, que se alejó del tronco tirando de la cuerda. Arka vio el suelo alejarse a través de los barrotes. La jaula rebasó las copas de las higueras vecinas y se inmovilizó entre las gruesas ramas maestras del enorme eucalipto. Un mar verde se extendía ante ella, contrastando con el cielo azul y las montañas ocre que descollaban en la linde sur del bosque.

Al pie del tronco, la amazona volvió a enrollar la cuerda y montó de nuevo en la silla. Arka vio desaparecer la forma larga de su caballo bajo las ramas de las higueras y luego se apoyó en los barrotes suspirando. Iba a pasar un día y una noche a cuarenta pies del suelo, sin agua ni alimentos, esperando el veredicto de un grupo de viejas arpías conocidas por tener la mano suelta con la decapitación. La situación no era halagüeña.

—Ya he sobrevivido a un proceso —murmuró para apaciguarse.

Pero en Hiperbórea tenía la maldición y a Lastyanax para protegerla. En Arcadia, su única aliada era una amazona jubilada a la que no le gustaba mezclarse en asuntos ajenos. Arka nunca había lamentado tanto no poder hacer magia; habría sido muy sencillo evadirse torciendo los barrotes y luego levitar hasta la rama que retenía su jaula… En cuanto a la teletransportación, mejor ni pensarlo: aunque hubiera sabido cómo desmaterializarse, no podía hacerlo en una zona azul, estaba claro.

Con la espalda curvada, intentó balancear la jaula hasta el tronco del eucalipto. Este ejercicio solo sirvió para marearla:el tronco era inalcanzable. Decepcionada, dejó los pies colgando en el vacío y apoyó la frente en los barrotes. Como escapar no era una opción, no le quedaba más remedio que convencer al Colegio de Éforas de su lealtad hacia su pueblo y explicar por qué llevaba dos años faltando a los entrenamientos.

Su cerebro no dejó de cavilar el resto del día para elaborar patrañas convincentes. El sol que moteaba la jaula a través de las ramas del eucalipto le secaba la garganta. Unas cacatúas y una familia de macacos se acercaron a inspeccionar su cárcel; ella los insultó y se fueron corriendo. Al atardecer, el cielo se cargó de espesas nubes con matices rosas y violetas. Empezó a caer una lluvia vigorosa y caliente de verano que se escurría por las hojas. Arka se caló hasta los huesos en poco tiempo. Se hizo la noche, trayendo consigo una brisa fría que le pegó la ropa mojada a la piel. Arka se acurrucó en un rincón de la jaula escuchando el tenue eco de los murciélagos que perforaban las nubes centelleantes formadas por las luciérnagas en el dosel arbóreo.

Exhausta por el cansancio y la sed, se puso a divagar. Pensó en el sueño que había tenido la noche anterior, en Lastyanax solo en Hiperbórea, en las falsas amazonas que habían invadido la Extractora, en las pepitas de azur vivo, en su pulsera de alas, en la maldición del espejo, en el amo de los lémures, en el poder de su padre… Terminó por sumirse en un sueño tembloroso y agitado cuando unos gritos de macacos atemorizados resonaron a su alrededor. Arka abrió los ojos, con la garganta ardiendo, el estómago vacío y la vejiga llena. El alba azulada despuntaba al este, por encima de las cimas oscuras. De repente notó que la jaula temblaba. Miró hacia el suelo, desorientada: una gran amazona estaba bajándola con ayuda de su caballo. Un farol de luciérnagas, colocado sobre el tajo, atenuaba la oscuridad matinal del sotobosque.

El pulso de Arka se aceleró. No había pensado que el Colegio de Éforas fuera a reunirse tan temprano para juzgarla; no estaba preparada para afrontarlo. Ordenó sus pensamientos, convocando las torpes justificaciones que se había pasado horas pergeñando. La

amazona que había venido a buscarla no era la misma de la víspera. Es más, su silueta le resultaba vagamente familiar. Cuando la jaula llegó a la altura de su rostro, Arka la reconoció: era la reina Antíope.

La miró estupefacta mientras la jaula se posaba sobre el suelo con un chirrido siniestro. Antes del incendio ya había visto a la soberana, cuando esta se acercaba a ver los entrenamientos de su hija Pentesilea. La reina acarició el lomo de su caballo y luego se acercó a ella con el farol de luciérnagas en la mano. La bioluminiscencia de los insectos alumbraba las hebras blancas precoces que se mezclaban sobre sus sienes con los negros cabellos de su trenza. Cicatrices de guerrera experimentada surcaban sus brazos ceñidos de gruesos brazaletes. El cinturón real engastado de piedras preciosas y una pepita de azur vivo grande como un huevo de oca ceñía su cintura. La mirada de Arka se demoró sobre él: de repente le encontró cierto parecido con el del Basileus.

—Temis ha venido a pedirme tu indulto esta noche —empezó Antíope—. Por lo general nunca intervengo en el trabajo de las éforas, pero ha sido una sorpresa enterarme de tu regreso, Arka, hija de Mélanippè.

Mil preguntas se agolparon en la cabeza de Arka.

—¿Conoció a mi madre? —fue todo lo que se le ocurrió decir, la voz ronca después de una noche de sed.

—Era una amiga —respondió la reina—. Íbamos a la misma clase de aprendices, como mi hija y tú.

Observó con atención a Arka a través de los barrotes de la jaula, que seguía cerrada.

—La última vez que oí hablar de ti, estabas en Napoca con Pentesilea.

Arka comprendió en ese momento por qué a la reina de las amazonas le importaba su destino: por la princesa. Antíope sabía que unos soldados-pajareros habían secuestrado a su hija y a ella después del incendio, que escaparon juntas de Temiscira y que hallaron refugio en Napoca: Pentesilea le había contado todo esto en una misiva cifrada suplicándole que las hiciera volver a Arcadia. La respuesta de la reina, recibida meses después, fue lapidaria: «Quédate donde estás, no lograrás atravesar la provincia de Temiscira sin ayuda y no puedo poner en riesgo la vida de mis guerreras por ti». Ahora que había descubierto la vuelta de Arka, Antíope debía de preguntarse qué había sido de su hija. La reina pareció leerle el pensamiento.

—¿Cómo es posible que hayas vuelto sin Pentesilea?

Atrapada bajo el fuego de su mirada, Arka comprendió que debía demostrar gran cautela, lo que no era su mejor cualidad. No podía contar su vida en Hiperbórea, ni decirle a la reina que quizá habían lemurizado a su hija. Si quería tener la oportunidad de quedarse en el

bosque, tenía que convencerla de que no había recurrido a la magia, ni de cerca ni de lejos, durante sus dos años de destierro.

—Nos separaron durante las revueltas de Napoca, hace un año —empezó—. Yo… intenté encontrarla, pero no lo logré. No sé qué ha sido de ella. La ciudad se estaba volviendo demasiado peligrosa como para quedarme allí sola. Por eso decidí tentar mi suerte y volver aquí atravesando la provincia de Temiscira.

Antíope la calibró durante un buen rato con una expresión impenetrable. Arka había esperado más emociones por su parte: a fin de cuentas, probablemente ella era la primera persona que le hablaba de Pentesilea desde hacía lustros.

—Los temisciros no tienen la costumbre de ver a chicas de tu edad viajando solas —dijo finalmente la reina—. ¿Cómo has conseguido pasar desapercibida?

Su falta de curiosidad por el destino de su hija perturbó a Arka.

—Dormía fuera y robaba comida de las granjas —respondió con un vago encogimiento de hombros—. No ha sido coser y cantar, en varias ocasiones los temisciros estuvieron a punto de pillarme.

—¿Por qué no avisaste a nadie de tu vuelta?

—Tenía miedo de que sospecharan que era una traidora o una espía y me decapitaran —añadió señalando el tajo con elocuencia.

La reina siguió observándola en silencio, hasta el punto de que Arka terminó preguntándose si no se había pasado de impertinente.

—Entonces no has visto a mi hija desde que te marchaste de Napoca —resumió finalmente la reina.

«Que nadie vuelva a decirme que miento mal», se congratuló Arka en su fuero interno. Había engañado a la reina de las amazonas.

—¿Tiene noticias de Pentesilea? —preguntó con candidez, haciendo de tripas corazón por no pensar en la guerrera enmascarada que la había agredido en los montes Ripeos.

Antíope suspiró y dejó el farol en el suelo. Ahora que la aurora teñía de colores cálidos la cima de los árboles, las luciérnagas se apagaban. Como Arka esperaba una respuesta negativa, se asombró cuando la reina dijo:

—Está al servicio del temisciro que quemó el bosque. Yo separé al pirómano de su madre cuando era niño y, para vengarse, él me separó de Pentesilea y la convirtió en su pupila. Ese desgraciado ha transformado a mi propia hija en mi enemiga.

A Arka empezó a devorarla la curiosidad. Habría querido saber cómo sabía Antíope que su hija servía al amo de los lémures, de qué se conocían la reina de las amazonas y este último y por qué la había separado de su madre. Pero no tuvo tiempo de hacerle estas preguntas.

—Basta de cháchara —dijo Antíope en tono cortante—. Ha llegado

el momento de decidir tu destino.

A Arka se le heló la sangre de las venas. La reina se acercó a la jaula y se acuclilló para ponerse a su altura.

—El juicio que el Colegio de Éforas emitirá esta noche tiene pocas posibilidades de ser favorable. En honor a la amistad que me unía a tu madre, quisiera poder salvarte. Pero por más reina que sea, tengo que acatar la decisión de las éforas…

La mirada de Arka se desvió hacia el tajo. No iban a cortarle el cuello, ¿no? Esta absurda eventualidad adoptó de pronto una horrible consistencia. Volvió a pensar en el guarda decapitado cuya cabeza había visto rodar en las gradas durante el ataque de las falsas amazonas en Hiperbórea. La incredulidad en sus ojos, que todavía se movían en sus órbitas…

—… una vez que la decisión esté tomada —completó Antíope—. En consecuencia, voy a infligirte un castigo que te permitirá evitar su sentencia.

Arka se sintió confundida.

—Te destierro, Arka. Vete del bosque antes del mediodía y no vuelvas nunca más.

Tras pronunciar estas palabras, la reina abrió la puerta de la jaula. Arka se quedó atónita en el fondo de esta. Desterrada. ¿Cómo podía ser desterrada? Acababa de volver a su casa. La palabra le parecía desprovista de sentido. Como la reina parecía impacientarse, salió de su cárcel con movimientos rígidos, los músculos agarrotados después de haber pasado la noche en la misma postura, sentada a cuarenta pasos del suelo. La sentencia daba vueltas en su cabeza. La habían desterrado del bosque. ¿Qué sería de ella? Desterrada, desterrada, desterrada. La voz lejana de la reina le llegó en medio de estos ecos:

—No sirve de nada lamentar tu suerte. De aquí a pocas décadas, los rochos sobrevolarán el bosque y entonces serás afortunada por no haber permanecido entre nosotras.

Incapaz de asimilar el alcance de su castigo, Arka balbuceó:

—¿Hay algo que pueda hacer para ser repatriada?

—No hay nada que puedas hacer —zanjó Antíope.

Volvió junto a su caballo y se subió a su lomo con un movimiento ligero. En ese momento, Arka cayó en la cuenta de que la reina se disponía a partir y que jamás tendría la oportunidad de defender su causa. Una descarga de estrés la sacó de su aturdimiento. Después de Napoca e Hiperbórea, ahora era el bosque el que la rechazaba. No podía perder un nuevo hogar. Tenía que negociar, tenía que convencer a la reina de que la dejase volver un día. Sus ojos captaron el brillo de la pepita azul en el cinturón de Antíope.

—¿Y si consiguiera traeros el azur vivo? ¿El que nos robaron los temisciros? ¿Podría ser repatriada?

Desde lo alto de su montura, la reina la examinó sin decir nada.

—Eso salvaría a las amazonas, ¿no? —insistió Arka.

—Si milagrosamente nos trajeras el azur vivo, ninguna éfora se opondría a mi decisión de indultarte —respondió Antíope—. Pero no lo conseguirás. No vas a cometer la estupidez de poner en riesgo tu vida, que acabo de salvar. —Asió las riendas del caballo, que piafaba impaciente—. A veces el mundo se desliza por una pendiente demasiado rígida para ser enderezada —meditó—. Hay que saber reconocer esos momentos y salvar lo que todavía puede enderezarse. Sálvate, Arka, hija de Mélanippè, y no vuelvas nunca más.

Dicho esto, partió al galope, dejando a Arka sola con su sentencia.

Pitón

El ruido ahogado de un ungulado avanzando en la nieve resonó en el valle glacial. Un caballo apareció en la ladera. Su blanco pelaje se fundía con el paisaje. El casco metálico de su jinete, en contraste, lucía bajo el sol. Enroscada en la superficie lisa del lago, Pitón observó a la cuadrilla que bajaba hacia ella.

El caballo fue el primero en verla. Se detuvo en seco, los negros ojos atónitos, las hirsutas orejas vueltas hacia el reptil. La jinete, a su vez, divisó el amontonamiento de hielo con una forma inhabitual en medio del lago congelado.

—Voy a dejarte una opción —anunció Pitón—. La opción de tu futuro.

El caballo resopló, pero el jinete permaneció inmóvil. Solo se movía el blanco de sus ojos, visible en las ranuras oculares. La serpiente desplegó en ondas su largo cuerpo, avanzando hacia el glaciar, el corazón de los montes Ripeos.

—Si das media vuelta, vivirás en libertad, sin amo y sin remordimientos, en otro país. No volverás a ver a ninguna de las personas que has conocido.

Se deslizó por el lago y se desplazó río abajo, pasando a corta distancia de la jinete y su caballo.

—Si continúas hacia Hiperbórea, el amo de los lémures vivirá. Arka y tú permaneceréis para siempre bajo su yugo.

Volvió al centro del lago y se enroscó lentamente otra vez, anillo por anillo.

—Si esperas aquí, el amo de los lémures morirá, encontrarás a Arka y volveréis juntos al bosque de las amazonas.

Su lengua asomó entre sus colmillos nacarados.

—Entonces, ¿qué eliges?

Cuando la reina se hubo marchado, Arka se alejó del eucalipto con las jaulas sin que la centinela que la custodiaba la importunara. Sació su sed en un abrevadero y salió del sector del mando mirando por encima del hombro, convencida de que las éforas irían tras ella y la volverían a encerrar en una jaula. Sin embargo, nadie la detuvo y pudo llegar al sector de Temis sin estorbos. Mientras caminaba, las mil y una razones por las que amaba el bosque se le presentaban sin cesar. El aleteo delas aves, el susurro de los eucaliptos, el martilleo de las pezuñas, el gorgoteo de los ríos, el chirrido de los árboles cabañas, todos estos ruidos componían una sinfonía singular que resonaba en su interior. Y, sin embargo, la habían desterrado.

Cuando llegó al árbol cabaña de Temis, Arka se quedó un momento al pie del tronco, preguntándose si de verdad pondría en práctica el esbozo de plan que tenía en la mente. Le habría gustado pensarlo con más tranquilidad, pero Antíope le había dado hasta el mediodía para salir del bosque.

—¡Arka!

Arka levantó la cabeza y vio a Temis apoyada en la barandilla, mirándola con aire de incredulidad.

—Voy —respondió ella.

Se apresuró a subir los travesaños e ir a la terraza, junto a la amazona. Temis la cogió por los hombros y la abrazó torpemente. Este gesto sorprendente resquebrajó el dique tras el que Arka contenía su desasosiego desde que la reina anunciara su sentencia. Para su gran vergüenza, notó que le asomaban lágrimas a los ojos. A pesar de todas las desilusiones que había sufrido desde su regreso, las amazonas seguían siendo su pueblo, para lo bueno y para lo malo.

—Antíope me ha desterrado —dijo sorbiéndose los mocos y separándose de Temis—. Dice que es o eso o que las éforas me decapiten. Tengo que salir del bosque antes del mediodía.

Temis no era de las que se dejaban llevar por las emociones, pero Arka adivinó que su anuncio le produjo cierta conmoción.

—La única forma que tengo de ser repatriada es recuperar el azur vivo de los temisciros —continuó enjugándose los ojos—. Y eso es lo que voy a hacer. Voy a ir a Hiperbórea a buscar el azur vivo.

Al ver la expresión de Temis, Arka comprendió que no la creía capaz de llevar a cabo semejante empresa. La amazona parecía luchar entre su tentación de disuadirla y su aversión hacia todo tipo de injerencias en la vida de los demás.

—¿Sabes al menos situar Hiperbórea en el mapa? —le preguntó finalmente.

Arka encontró el comentario muy propio de Lastyanax.

—Sé cómo arreglármelas para llegar —esquivó, ofendida.

La noche de meditación a cuarenta pies del suelo le había dado ideas.

—¿Y qué piensas hacer para recuperar el azur vivo?

Arka no había pulido demasiado esta parte de su plan. Contaba con Lastyanax para que la ayudara una vez que hubiera vuelto a Hiperbórea.

—Voy a dar con el temisciro que nos robó las pepitas y le obligaré a que nos las devuelva —dijo resueltamente—. Pero para lograrlo necesitaré algo de aquí…

Sin darle tiempo a Temis a objetar nada, se coló en la habitación de Candrie. Se acercaba el mediodía, no podía permitirse perder más tiempo. Subió a su hamaca y levantó el brazo hacia el techo del cuartito. Sus dedos tantearon los listones encima de su cabeza y encontraron la vaina de tesoros. La abrió y sacó la pulsera de alas.

—Esa vieja arpía no te apresó por nada, ¿eh? Tu oricalco no sale de la nada. Has hecho magia desde el incendio.

Arka se volvió. En el marco de la puerta, Temis observaba la pulsera de alas con sus ojos negros. Una vez más, Arka había vuelto a mentirle la víspera. Pero la amazona había corrido el riesgo de ir a ver a la reina Antíope en persona para intentar salvarla de las éforas. Y la había estrechado entre sus brazos.

—Sí —confesó Arka bajando de un salto de la hamaca.

El miedo y el odio de la magia estaban tan arraigados en la cultura arcádica que ni siquiera una amazona con los pies en la tierra como Temis podía contener un sobresalto de repugnancia ante semejante revelación. Su reacción hirió a Arka. En el umbral de la puerta, la guerrera la examinó con redoblada atención.

—Los niños del bosque que dejamos salir de la zona azul desarrollan casi siempre poderes mágicos poderosos —dijo—. Una consecuencia de la inhibición, parece ser.

—Eso es lo que ha pasado conmigo —convino Arka con gesto sombrío mientras jugueteaba con la pulsera.

Sus poderes se habían desatado por primera vez durante el incendio. El amo de los lémures acababa de matar a Chirone después de haber neutralizado el azur vivo que contenía su árbol cabaña, disipando así la zona azul del sector. Arka había entablado un combate desesperado contra el pirómano y le había provocado una herida en el pecho tan profunda que huyó con la certeza de que no sobreviviría, pero se equivocó. Este fue su primer acto mágico. Cuando las llamas se hubieron extinguido, no se atrevió a hablar con nadie de este combate para no revelar sus poderes a las amazonas. Por eso ellas desconocían su papel en el fin del incendio.

—Esta es la razón por la que es preferible deshacerse de los niños

varones en vez de dejarlos fuera de la zona azul —masculló Temis—. Sobre todo a los descendientes de las fundadoras. No hay peor enemigo para las amazonas que un hijo del bosque desbordante de poderes, abandonado por su madre y destinado a matarla a causa de la maldición.

Mientras pronunciaba estas frases, la miró con intensidad, como si quisiera hacerle entender algo. Un pensamiento se agitó en la cabeza de Arka. Sus ojos barrieron la habitación de Candrie, llena de objetos con los que el hijo de Chirone había jugado hasta los siete años. Pensó en la propia Chirone, en su rostro arrugado, en sus ojos azules.

—Chirone era una descendiente de las fundadoras —comprendió.

La mirada de Arka cayó sobre la pepita de azur vivo de su tutora, depositada en la vaina de tesoros abierta en sus manos.

—Ya no se encontraba en la zona azul cuando le llegó la muerte —murmuró.

Su respiración se aceleró. La verdad danzaba ante sus narices desde el principio y, sin embargo, no la había visto. El rostro del amo de los lémures, que había vuelto a ver en su pesadilla la víspera, se dibujó con nitidez en su mente. Tez morena, cabellos castaños… Ojos azules. Los ojos de Chirone. A su tutora la había asesinado su propio hijo. El amo de los lémures era Candrie.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

La ira se apoderó de Arka. No sabía exactamente por qué estaba resentida con Temis; sin duda, porque era la única persona a la que podía reprocharle su ignorancia. Chirone nunca le había hablado de Candrie, el propio amo de los lémures había tenido mucho cuidado de no hablarle de sus orígenes arcádicos, y Temis había dejado pasar múltiples ocasiones de revelarle el secreto.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? —preguntó Arka enfurecida.

—Porque soy vieja, he perdido mucha vista y necesito que vuelvas para ayudarme a vivir mis últimos días —repuso Temis—. Pero no podrás volver si no consigues recuperar el azur vivo, y no conseguirás recuperarlo sin conocer los poderes de quien lo ha robado.

Esta réplica hizo que Arka cerrara el pico. La amazona entró en la habitación, cogió la honda que colgaba de un clavo, recuperó la vaina de tesoros que Arka había dejado caer al suelo y sacó la pepita de azur vivo de Chirone. Le dio el arma y el fragmento a Arka diciéndole:

—Mientras el oricalco siga protegiéndolo y no tenga hijos, será inmortal. A no ser que reciba una pepita de azur vivo en pleno pecho.

Los ojos de Arka se desviaron de la honda a Temis.

—¿Quieres que mate a Candrie?

—Candrie murió el mismo día en que su padre vino a buscarla —repuso Temis sombríamente—. La convirtió en el instrumento de su venganza contra las amazonas. Incluso si consiguieras traernos el azur

vivo, seguiríamos siendo vulnerables frente al mago en el que se ha convertido. Quiero que te armes para detenerlo antes de que nos aniquile a todas.

Arka barrió con la mirada la minúscula habitación que había acondicionado con tanto esmero. A fuerza de vivir con las viejas pertenencias de Candrie, tenía la impresión de que empezaba a conocerla, como a una amiga. La imagen que se había hecho de la niña pequeña chocaba con la del amo de los lémures. El hombre que había asesinado a su tutora, lemurizado a su padre y torturado a Lastyanax. Frunció el ceño. Se ató la honda a la cintura y se guardó la pepita de azur vivo en el bolsillo.

—Dime cómo se llega al Barranco de las Aprendices Perdidas.

El sol había llegado a su cénit cuando Arka alcanzó el río. No podía pasar otra vez por el vado: Antíope no le había procurado un salvoconducto y las centinelas no permitirían que una aprendiz saliera del bosque. Pero sus conversaciones con Temis le habían dado una idea de cómo cruzar el Termodonte. Fue río abajo y anduvo media hora más hasta encontrar un tramo de ribera alejado de las vías de circulación.

Recogió juncos y trenzó un collar basto mientras el río se agitaba delante de ella. Cuando hubo terminado, sacó la pulsera del bolsillo y apretó el sello. Un frufrú familiar acompañó el despliegue de las alas. Temis estaba en lo cierto: al oricalco macizo no le afectaba la zona azul. Arka atrapó una pluma y tiró con todas sus fuerzas para desprenderla del resto del armazón. El filo de la pluma le dejó un corte en la mano.

Sacó de su bolsillo la pepita de Chirone y la envolvió en la estrecha hoja metálica hasta obtener una bolita anaranjada. A continuación, puso el fragmento de azur vivo neutralizado en el collar trenzado y se lo colgó al cuello. Con las alas de oricalco en los hombros, avanzó hacia una roca que sobresalía del agua y levantó el vuelo.

El viaje, si bien corto, fue laborioso, como si su ánima hubiera perdido potencia. Arka supuso que este hecho debía de guardar alguna relación con la zona azul. Después de haber llegado a la orilla norte, replegó las alas y se dirigió al vado. Sus pieles la aguardaban en el arbusto, a resguardo de las miradas de las centinelas. Estaban llenas de hojas muertas y una familia de cochinillas las había elegido como morada. Recogió la ropa y se puso en marcha.

Temis le había explicado cómo llegar al Barranco de las Aprendices Perdidas, pero el incendio del bosque había borrado todos los puntos de referencia que antaño le servían para orientarse. Por fortuna, el afluente del Termodonte seguía discurriendo entre los

troncos calcinados. Arka orilló las grandes plantas conocidas como cola de caballo que crecían en la orilla y se dirigió río arriba. Cuando el pequeño valle se estrechó, trepó a una de las laderas y siguió su camino recorriéndolo desde lo alto.

Mientras caminaba, no podía dejar de pensar en el amo de los lémures. Vio claro como el agua el verdadero motivo por el que la había retenido en Hiperbórea: era la portadora de la maldición del espejo, el vector que posibilitaba que el castigo impuesto por el Basileus a las fundadoras perdurase. Cuando estaba en una zona azul, la maldición quedaba en suspenso y, por lo tanto, se volvía mortal.

Si quería devolver el azur vivo a las amazonas, no tenía más remedio que regresar a Hiperbórea. Se le pasó por la cabeza la idea de marcharse a vivir a algún lugar recluido hasta el fin de sus días, con la pepita de Chirone para protegerla de la maldición. Pero ya había huido lo suficiente y, además, si su plan funcionaba, volvería a ver a Lastyanax…

Detrás de ella, el paisaje se abría a medida que ganaba altura. La desaparición de los árboles le permitía ver extraordinariamente lejos. Cerca de la antigua linde del bosque, las ilotas habían empezado el desbroce para eliminar los tocones quemados y extender sus campos sobre la tierra enriquecida por las cenizas del incendio.

Finalmente, Arka desembocó en un promontorio formado por una gran piedra plana. Un túmulo ennegrecido por el humo confirmó su intuición de que había llegado a su destino. Se acercó al borde y miró abajo. Para su gran alivio, solo vio el agua del río que saltaba entre las rocas. El barranco, ahora fuera de la zona azul, no había sido utilizado desde el incendio del bosque: los carroñeros y las crecidas del río debían de haberse llevado las osamentas.

Arka se puso su pantalón de ante y su abrigo de pieles, que había llevado bajo el brazo durante toda la expedición. El sol arcádico la ahogaba bajo sus rayos implacables. Se acercó otra vez al acantilado, cogió una piedra del suelo y la hizo levitar sobre el barranco hasta que su ánima perdió el control y la piedra se precipitó enseguida hacia el torrente. Al cabo de unos segundos, un chapoteo llegó a oídos de Arka. Calculó que el barranco tendría una cuarentena de metros de altura: una caída mortal con toda seguridad.

En su jaula había tenido tiempo de reflexionar sobre las circunstancias en las que había transcurrido su teletransportación de los montes Ripeos a Arcadia. Justo antes de que la avalancha la arrollara, había pensado en Chirone, y el poder del lémur la había llevado junto a su tumba. Todo parecía indicar que el poder solo se activaba cuando estaba en peligro de muerte inminente… Como si, como último recurso, la maldición decidiese darle esta capacidad para poder sobrevivir.

Era una suposición, claro. Para comprobar su hipótesis, solo tenía que pensar en Lastyanax y saltar al vacío.

Con los pies en el borde del barranco, cerró los ojos e intentó imaginar a su mentor. Recordó su forma de frotarse la rota nariz cuando reflexionaba, su obsesión por los informes tochos y soporíferos, sus ojos con dos tonos marrones, el placer sádico que le producía tachar sus exámenes… y la vez que entró en la arena de la Torre de la Justicia para enfrentarse a la muerte con ella.

—Nunca he deseado tanto volver a verte, maestro —murmuró.

Y se tiró al vacío.

Lastyanax

Sentado en una de las butacas de la cámara acorazada de la biblioteca central, Lastyanax miraba a Pirra, que hacía bolitas con sus carteles y las lanzaba con gesto hastiado al brasero mágico. Las hojas arrugadas se consumían sin producir humo.

—Estas elecciones estaban trucadas —la hacía razonar—. Lo sabes tanto como yo: los soldados-pajareros han disuadido sistemáticamente a la gente de votar a otro candidato que no fuera Filón. Ya es inaudito que tantos te hayan votado a ti.

—Sé que soy una idiota —dijo ella—, pero esperaba sacar mejor resultado, la verdad.

Los últimos días fueron intensos. Los temisciros hicieron todo lo posible por desacreditar a Pirra, presentándola como una heredera depravada, manipulada por los napocianos y necesitada de atención. Aspasia se declaró incluso celosa de la nueva reputación temperamental de su hermana. Con ayuda de los habitantes de la Napoca Chica, intentaron contrarrestar la campaña de denigración, distribuyendo folletos y yendo de puerta en puerta, arriesgándose en varias ocasiones a enfrentamientos con los soldados-pajareros. No obstante, estos esfuerzos fueron insuficientes: acababan de anunciar el resultado del sufragio. Pirra había obtenido apenas una quinta parte de las voces, muy por delante de los comerciantes y el maleante, pero muy por detrás de Filón, que sería coronado Basileus dos días más tarde.

Aunque nunca lo habría reconocido en voz alta, Lastyanax recibió este resultado con alivio. No veía por qué milagro los temisciros se habrían resignado a tener a una Pirra como Basileus.

—Lo peor de esta historia es que me he olvidado de Pétrocle —se lamentó ella—. No hemos avanzado ni un ápice en su liberación.

Se mordió el puño y se balanceó delante y atrás, reconcomida por la culpa. Lastyanax se abstuvo de comentarle que él había padecido los mismos tormentos cuando salió en busca de Arka. Decidió que había llegado la hora de espabilarla.

—Tu plan de sabotaje todavía es viable —la sermoneó—. Pasado mañana, los temisciros se verán obligados a asignar una parte de sus efectivos al mantenimiento del orden durante la ceremonia de coronación del Basileus. Bajarán la guardia en prisión; será el momento idóneo para pasar a la acción.

Se inclinó hacia un lado de la butaca y levantó una bolsa con herramientas mecamánticas que había preparado en previsión de esta conversación. La llave inglesa era a Pirra lo que una tostada con paté a Pétrocle: un estimulante sin igual.

—El único fleco que nos queda es recuperar el material en la Torre de los Inventos e ir a buscar mi uniforme de soldado-pajarero —resumió—. Necesitaré tus talentos de mecamante para abrir las puertas.

A Pirra se le iluminó la cara.

—Tienes razón. Vamos a asaltar la Torre de las Invenciones.

Cogió su bolsa de herramientas mecamánticas y salió a toda pastilla de la cámara acorazada. Lastyanax le siguió los pasos preguntándose si sus ganas de sabotaje obedecían a un verdadero deseo de pasar a otra cosa o eran una simple huida hacia delante. En cualquier caso, más valía darse prisa en alcanzarla.

Veinte minutos más tarde llegaron ante la Torre de los Inventos. El edificio contrastaba con la arquitectura hiperbórea: un gran pilar decorado con altorrelieves constituía los primeros seis niveles, rematado en el séptimo por un enorme cuadrilátero desprovisto de ventanas. Desde hacía siglos, los magos almacenaban en este edificio los inventos de sus discípulos, así como cualquier hallazgo susceptible de aportar un avance tecnológico a la ciudad. Habitualmente, la torre estaba bien custodiada, pero los acontecimientos recientes parecían haber relegado su vigilancia a un segundo plano, lo que les venía muy bien a Pirra y a Lastyanax.

Avanzaron hacia el vestíbulo. La entrada del edificio daba a una imponente puerta mecamántica de oro, flanqueada por dos pilastras de granito. Sobre el suelo se extendía un mosaico que representaba una alegoría del espíritu ingenioso (un viejo mago manejando un compás). Lastyanax se apostó a la entrada para hacer guardia mientras Pirra sacaba las herramientas de su bolsa. Después de haber desmontado algunas piezas metálicas, pegó una trompetilla acústica de plata al mecanismo. Con los ojos entornados, manipuló los engranajes.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Lastyanax al cabo de un rato.

—Chist —murmuró Pirra—, estoy en la parte delicada. Tres muescas en la quinta rueda dentada, dos en la tercera… Lo tenemos.

Se enderezó y apoyó la palma de la mano en el gran sello que ocupaba el centro de la puerta. Se oyó un clic. Las ruedas giraron, los resortes se activaron, las virolas pivotaron y el batiente entero se replegó sobre sí mismo.

Lastyanax esperaba encontrar un inmenso almacén lleno de máquinas fabulosas. Para su decepción, solo había un pequeño cuarto cuadrado, completamente vacío. El suelo ajedrezado reflejaba la luz de una esfera que flotaba sobre las bóvedas del techo. Cada muro tenía empotrada una puerta mecamántica, semejante en todo a la que Pirra acababa de reconfigurar.

—Mmm —murmuró la joven maga frunciendo el ceño.

—Entremos —dijo Lastyanax haciendo ademán de avanzar.

—Un instante —intervino Pirra.

Se volvió y extendió el brazo hacia el mosaico del vestíbulo. Las teselas que formaban la cabeza del viejo mago se despegaron y giraron antes de reorganizarse en el suelo. La alegoría del espíritu ingenioso se parecía ahora como dos gotas de agua a un joven mago de ojos verdes.

—Así está mucho mejor —dijo Pirra entrando en la sala.

Lastyanax sonrió y la siguió. La puerta se cerró tras ellos, dejándolos solos con la esfera luminosa. Lastyanax se alegró de no ser claustrofóbico. Giró sobre sí mismo: los cuatro muros eran idénticos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Pirra—. Tampoco me voy a poner a reconfigurar todas las puertas, digo yo. Tardaré una eternidad…

Apenas había terminado la frase cuando la puerta mecamántica situada a su izquierda se replegó. Se sobresaltaron. Un instante después, un hombre pálido, de rostro alargado y espalda encorvada, apareció en la abertura. Llevaba varias capas de ropa y al verlos se mostró tan sorprendido como ellos. Su apariencia le resultó vagamente familiar a Lastyanax.

—¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí? —preguntó el hombre.

—Somos magos —respondió enseguida Pirra—. Los únicos a los que no encerraron en la Extractora. ¿Quién es usted?

Su respuesta pareció desestabilizar al recién llegado. Paseó los ojos entre sus dos interlocutores y se humedeció los labios.

—Soy el guardián de la Torre de los Inventos. Pero no me han respondido. ¿Qué hacen aquí?

Lastyanax y Pirra intercambiaron una mirada. ¿Hasta qué punto podían confiar en él? Lastyanax activó discretamente el sello de destrucción en su dedo. Pirra le indicó su consentimiento con un parpadeo.

—Hemos venido a buscar cierto número de objetos en el marco de

una misión del Magisterium —respondió Pirra enseñando su anillo sigilar.

Lastyanax sacó un rollo de pergamino del bolsillo y lo desenrolló con un golpe seco.

—¿Podría ayudarnos a buscarlos en la torre? —preguntó.

El guardián cogió el documento con reticencia, como si fuera a quemarse, y se puso a leer la lista de objetos:

—Guantes y rodilleras de escalada, de acuerdo. Cartucho cegador, sí, sé dónde está. Grafomancio, ah, sí, muy buen invento. Horologium, siempre útil. Atrapa-ánimas, esto es reciente, me parece…

Alzó los ojos hacia Pirra y Lastyanax, con el pergamino aún en la mano.

—He de confesar que la idea de ayudarles no me entusiasma… ¿Los temisciros están al corriente de esta… misión?

—Los temisciros no son quiénes para decidir qué objetos salen de la Torre de los Inventos —repuso Pirra—. Eso es cosa de los magos. ¿Va a ayudarnos o no?

Lastyanax temió por un momento que su tono tajante se volviera en su contra. Pero el guardián se guardó el pergamino en la manga.

—Muy bien. Vengan conmigo. Los conduciré hasta los objetos.

Giró sobre sus talones y apoyó la palma de la mano sobre la puerta por la que había aparecido. El mecanismo se replegó, desvelando una sala idéntica, con la excepción de que en el centro del suelo ajedrezado se amontonaban distintos objetos. Algunos parecían elementos de la vida cotidiana: zapatos, libros, cestas, cubiertos. Otros, rematados por tubos, válvulas o cilindros, no se parecían a nada conocido. Pirra pareció magnetizada por los inventos con las mecánicas más complejas, pero Lastyanax la retuvo por la manga.

—Solo estamos de paso —dijo señalando con la cabeza a su guía, que ya había apoyado la mano en la puerta del muro opuesto.

Entraron en otra sala. El guardián hundió la mano en una pila de inventos y sacó una especie de casquillo metálico que tenía un sello grabado.

—Cartucho cegador —anunció tendiéndoles el objeto.

—Tengo la impresión de que no usamos ni una décima parte de los inventos aquí almacenados —constató Lastyanax mientras seguía al guardián al interior de otra sala.

—La mayoría contienen oricalco y su reproducción es muy cara —explicó su interlocutor—. Y el Magisterium, por conservadurismo, ha decidido vender pocas patentes. Esta torre es una tumba de ideas humanas —se lamentó.

Lastyanax no había esperado tanto lirismo por parte de un simple guardián, pero, al fin y al cabo, él mismo venía del primer nivel. Siguieron su camino y cruzaron multitud de salas atiborradas de

objetos diversos. Pirra parecía luchar contra unas ganas locas de desmontar todos los inventos. El guardián rebuscó los guantes y las rodilleras de escalada —que permitían trepar sin esfuerzo cualquier superficie—, el horologium —un pequeño aparato mecánico que daba la hora con tanta precisión como una clepsidra— y el atrapa-ánimas de Pirra, cuyo segundo prototipo había desaparecido tras el desmoronamiento de la torre. Lastyanax metió cada uno de los objetos en una bolsa en bandolera que había previsto a tal efecto.

—Y el grafomancio —anunció por último su guía mientras les tendía dos largos cilindros de oricalco con teclas de marfil con letras pintadas.

Pirra cogió uno con avidez y se puso a desplazar las teclas para formar una frase. De inmediato, la misma combinación de letras apareció en el otro cilindro en poder de Lastyanax.

—¿Por dónde salimos ahora? —preguntó este último mientras se guardaba el aparato en el bolsillo.

A fuerza de recorrer salas idénticas, había perdido todos sus puntos de referencia.

—Por aquí —respondió el guardián.

Activó otra puerta y, con una seña, los invitó a entrar en la sala adjunta, que contenía una decena de autómatas inmóviles en extrañas posturas. Pirra, todavía absorta por el grafomancio, entró en la sala. Lastyanax se rezagó, súbitamente inquieto. Desde que habían llegado a la torre, era la primera vez que el guía se apartaba para dejarles paso.

Se oyó un clic. Lastyanax se volvió.

El guardián se había arremangado, desvelando el brazalete que ceñía su antebrazo derecho. El arma apuntaba a Lastyanax, a quien se le heló la sangre en las venas. Pirra levantó finalmente los ojos del grafomancio y palideció.

—No tendríamos que haber confiado en usted —dijo fulminándolo con la mirada.

—No es el guardián de la Torre de las Invenciones, es su administrador —comprendió Lastyanax—. La justicia lo condenó a cadena perpetua hará cerca de un año por haber vendido proyectos de inventos a Temiscira.

La última vez que Lastyanax había oído hablar del mago fue cuando visitó la Extractora para aprender más sobre el azur vivo. Tras su paso en prisión, el administrador había perdido mucho peso. Sin la toga, Lastyanax no lo había reconocido.

—Me liberaron cuando las amazonas sacaron a todos los detenidos para meter a los magos en su lugar. Una agradable inversión de roles —comentó el administrador—. Le aconsejo que se una rápidamente a su camarada, jovencito —añadió señalando a Pirra—. Los autómatas

de Géorgon no son conocidos precisamente por su paciencia.

En ese mismo instante, una serie de chirridos resonó en la sala donde se hallaba Pirra. Unas luces se encendieron en los ojos redondos de los autómatas. Los androides se enderezaron, desentumeciendo sus articulaciones metálicas. Sus cabezas y sus bustos, con forma de pirámides invertidas, pivotaron hacia Pirra. Sobrecogida, la joven maga apretó el grafomancio en su puño y retrocedió a un rincón de la sala. La mirada de Lastyanax se desplazó entre Pirra, los autómatas, la puerta, el administrador y el brazalete. Un dardo salió del arma, pasó rozando su oreja y se clavó en la jamba de la puerta.

—La próxima vez no apuntaré a un lado —advirtió el mago, con el brazo aún tendido.

Lastyanax cruzó la puerta y se encontró al lado de Pirra, frente a los autómatas que movían la cabeza como sacudiéndose el sueño de encima.

—¿Por qué? —preguntó con voz ronca mientras el batiente mecánico volvía a desplegarse entre él y el administrador.

—Me figuro que están preparando un golpe contra nuestros amigos temisciros y no tengo el menor interés en verlos marcharse —respondió el mago—. Por una parte, se han congraciado conmigo desde que les di los planos de este invento, hace un año —dijo dando una palmadita al brazalete con el que seguía amenazando a Lastyanax —. Por otra, un regreso a la normalidad me obligaría a volver a mi celda. No, gracias.

La puerta terminó de cerrarse, dejando a Lastyanax y a Pirra solos frente a los androides. Los brazos de los autómatas se estiraban hasta adoptar la forma de una guadaña. Avanzaron, vacilantes sobre sus piernas articuladas, con las cuchillas fuera.

—¿Y si rompemos la esfera luminosa? —susurró precipitadamente Pirra—. No podrán vernos…

—No serviría de nada. Imagino que nos localizan gracias a nuestra ánima. Hay que salir de aquí, y rápido.

—No puedo reconfigurar una nueva puerta en unos segundos —repuso Pirra.

—Pues entonces no la reconfiguramos —respondió Lastyanax levantando el sello de destrucción.

Aplicó el anillo sigilar sobre la puerta situada a la derecha. Se produjo una explosión y el mecanismo se hundió en una lluvia de piezas metálicas rotas.

—Has pasado demasiado tiempo con tu discípula —gritó Pirra mientras se precipitaban por la brecha abierta.

Fueron a parar a otra sala. Detrás de ellos, los autómatas se lanzaron en su persecución, pisando los escombros y segando el aire con los brazos. Lastyanax derribó otra puerta, y luego otra, y otra más.

Los autómatas los seguían de sala en sala, aplastando los inventos con sus pies metálicos.

—¡No aguantaré mucho más! —dijo Pirra jadeando.

—Tenemos que encontrar la salida de esta ratonera —dijo Lastyanax mientras destruía el enésimo mecanismo de apertura.

Constató con inquietud que las brechas que abría eran cada vez más estrechas. Sin aliento, cruzó la sala siguiente y golpeó la puerta opuesta. Las piezas metálicas se hundieron revelando un muro de ladrillo. Arrastrada por su impulso, Pirra chocó contra la espalda de Lastyanax.

—Hemos llegado al muro —anunció él torpemente.

—¡Qué sentido de la observación! —se mofó ella, jadeando—. ¡Tenemos que ir por ahí! —exclamó señalando la puerta intacta a su derecha. Si seguimos el muro, volveremos a la entrada.

Lastyanax se enjugó el sudor que le caía por la frente y miró el sello de destrucción. Sospechó que la reserva de ánima del anillo estaba casi agotada.

—¡¿A qué esperas?! —exclamó Pirra volviéndose hacia él.

Con un movimiento de la mano, hizo que los inventos se apelotonaran contra la brecha por donde los autómatas se disponían a entrar en masa. Los androides chocaron contra la barrera improvisada y se empezaron a pulverizar los objetos. Lastyanax se quitó la bolsa en bandolera y hundió la mano dentro. Sacó el equipo de escalada.

—Ponte esto —dijo, endosándole los guantes y las rodilleras—. Trepa al tejado de la torre, los autómatas no podrán seguirte.

Le pasó la bandolera por los hombros y luego aplicó el sello de destrucción sobre el muro. Algunos ladrillos se hundieron, abriendo la sala al exterior. Lastyanax aplicó por segunda vez el sello de destrucción para agrandar la brecha. Se hallaban sobre el vacío, muy por encima de los canales inferiores más próximos. Un frío hiriente les golpeó en la cara.

—¡Ni lo sueñes! No pienso dejarte aquí —decretó Pirra.

Sus rizos morenos revoloteaban en el viento, ocultando a ratos sus ojos.

—Es más peligroso trepar ahí arriba —mintió Lastyanax—. Lo haría yo si no tuviera vértigo.

—Te he dicho que dejes de hacerte el héroe, pareces idiota.

—¡Pues seré un idiota, muy bien! —se enervó Lastyanax—. Tengo el sello de destrucción para defenderme y, con un poco de suerte, los autómatas caerán al vacío cuando quieran seguirte. ¡Trepa!

Nunca le había hablado con tanta seguridad. Para su gran alivio, su tono imperioso pareció convencer a Pirra, que se enfundó los guantes y se ajustó las rodilleras.

—Más te vale salir entero de esta torre —le advirtió ella.

Después se volvió y acercó un brazo tembloroso a la pared exterior dándole la espalda al vacío. Lastyanax temió por un instante que no se atreviera a ir más lejos, pero sacó una pierna al vacío y plantó la rodilla contra los ladrillos. Unos segundos más tarde, desapareció detrás del muro.

Un ruido estrepitoso retumbó detrás de él. Se volvió: los autómatas habían logrado derribar la barrera de objetos. Algunos inventos rodaron hasta él por el suelo ajedrezado. Lastyanax recogió una lanza telescópica, el único objeto cuyo funcionamiento conocía. Desplegó el arma y la agitó hacia delante, consciente de que sus gesticulaciones no impresionarían a los androides. Como para confirmar sus temores, los autómatas avanzaron hacia él azotando el aire con sus afilados brazos. Una cuchilla segó el arma de Lastyanax, dejándole un muñón de lanza entre las manos. Se lo tiró a un androide a la cabeza y rebotó con un «¡dong!» decepcionante. Los inventos que lanzó contra los otros autómatas produjeron el mismo efecto: seguro que Géorgon los había provisto de sellos de protección.

Lastyanax se quitó el anillo de Mézence y lo estampó contra un autómata que se disponía a cortarlo en dos. Se oyó una explosión: el androide se desintegró en mil pedazos y el anillo quedó reducido a polvo. Propulsado hacia atrás por la onda del impacto, Lastyanax sintió que su talón se movía en el vacío. Encogió el pecho para evitar otro golpe y comprendió horrorizado que el peso de su cuerpo lo arrastraba al precipicio. Batió los brazos para intentar frenar el principio inexorable de su caída. Un instante después, cayó.

Un grito se escapó de su boca mientras veía alejarse rápidamente su punto de partida.

Algunos autómatas cayeron al vacío tras él. Sobre el tejado de la Torre de los Inventos, el rostro de Pirra, deformado por el horror, empequeñecía a toda velocidad.

De pronto, sus vértebras entrechocaron. Lastyanax se preguntó si se había despeñado contra el suelo antes de comprender que su cuerpo había vuelto a la posición vertical y parecía que le habían salido alas a ambos lados del pecho. Unos brazos le ceñían la cintura. Al girar la cabeza, vio una cara maravillosamente familiar sobre su hombro.

—Creo que me ha echado de menos, ¿eh, maestro?

8

Despedidas y reencuentros

Arka

*H*abía transcurrido menos de una hora desde que Arka había recobrado el conocimiento en el tejado de la Torre de los Inventos. Clavada al suelo por la migraña, el mareo y el vértigo, pasó un buen rato interrogándose sobre el lugar de su reaparición; su mentor no se veía por ningún parte. Mientras orillaba el borde buscando el modo de bajar, el muro del edificio a sus pies explotó, mostrando a Pirra y a Lastyanax. Arka no tuvo tiempo de reflexionar sobre cuál era la relación entre los acontecimientos: su mentor había caído, empujado al vacío por autómatas, y se lanzó tras él sin pensarlo.

Ahora luchaba con toda su energía por no soltar a Lastyanax ni perder el control de las alas. Cada movimiento amenazaba con estamparla contra una torre. Entre sus brazos, notaba el corazón de Lastyanax latir tan rápido como el de un conejo enloquecido. Por fortuna, lograba permanecer inmóvil y silencioso para permitir que Arka se concentrase en el vuelo. Sin embargo, no pudo contener un grito de pánico cuando chocaron contra las estalactitas de un acueducto aéreo. Aturdida por el impacto, Arka puso rumbo a las murallas. Zigzaguearon entre torres y canales perdiendo altura a una velocidad vertiginosa.

La pradera congelada se abrió finalmente ante ellos. Arka soltó con urgencia a Lastyanax en un ventisquero que se había formado en el interior de la muralla, y terminó su vuelo rodando por la nieve, una centena de pasos más lejos. Replegó las alas y se volvió boca arriba, con los brazos en cruz. Se sentía vacía de energía. Por encima de ella, la cúpula resplandecía bajo el cielo azul. Placas de escarcha se extendían sobre el adamante. Hiperbórea, por fin.

Se frotó la frente con vigor para sacudirse la migraña. Una vez

más, deseó que su escaso dominio de las alas se debiera a un factor externo —el cansancio de la teletransportación, en este caso— y no a un debilitamiento de sus poderes. Más valía dejar esta cuestión para más tarde: tenía cosas más urgentes que hacer. Encontrar a su mentor, para empezar.

Se puso de pie con la sensación de haber envejecido cien años. A cada espiración le salía un vaho de la boca que enturbiaba la visión de la llanura helada y, a lo lejos, las torres. El viento parecía haber amainado desde su partida y la ciudad estaba repintada de blanco. El aire era seco y frío; el verdor, inexistente. Pájaros rochos sobrevolaban la cúpula, únicos elementos móviles en el decorado cristalizado de la ciudad. El contraste con la atmósfera caliente y exuberante del bosque se hacía más sobrecogedor.

—¿Por qué has vuelto?

Arka se volvió. De pie a una veintena de pasos de ella, Lastyanax la miraba con incredulidad. Su rostro estaba casi tan pálido como la nieve que llenaba su capucha. Tenía el pelo demasiado largo, la nariz roja y le temblaban las rodillas. No recordaba haberlo visto en un estado tan lamentable, aparte, quizá, de después de su vuelo con el grifo. Decididamente, las acrobacias aéreas no eran su fuerte.

—Yo… —empezó ella.

Hizo una pausa y buscó inspiración en la forma de sus botas para terminar la frase. Tenía ganas de hablarle de su estancia entre las amazonas, de su destierro y del azur vivo, pero una voz prudente le susurró que era mejor no delatar enseguida todas sus capacidades lemúridas. La confianza que Lastyanax depositaba en ella había sobrevivido a su identidad amazonia y a su condena por asesinato: sin duda, era mucho pedir que además aceptara esto, sin prepararle antes. Era mejor echar balones fuera.

—Me dije que usted no llegaría a sobrevivir sin mi ayuda —fanfarroneó—. Está claro que no me equivocaba. ¿Tiene por costumbre saltar del séptimo nivel, maestro?

Levantó la cabeza, segura de encontrar en los ojos de Lastyanax la molesta complicidad que se había acostumbrado a leer en ellos, pero la frialdad de su mirada la sorprendió. La observó fijamente un buen rato, con expresión circunspecta.

—Gracias por tu ayuda —se limitó a responder.

Se sentó en el suelo y se quitó una bota para retirar la nieve de dentro. Desconcertada, Arka atribuyó su reacción a la traumática acrobacia que acababa de padecer. Mientras sacudía su bota del revés para vaciarla, ella se le acercó con paso alegre.

—¿Qué ha pasado desde que me fui?

Lastyanax no respondió y siguió sacudiendo la bota. Su expresión se endureció más. Como ya no caía nieve de su interior, se la calzó

tirando del cuero.

—¿Qué vamos a hacer a continuación, maestro? ¿Buscar a Pirra?

El pie de Lastyanax tocó por fin el fondo de la bota. Se levantó con un movimiento brusco.

—¿Por qué no viniste a verme antes de marcharte de la ciudad?

—Yo…

—¿Eres consciente de que fui a buscarte a los montes Ripeos? —prosiguió Lastyanax—. ¿Que pasé un mes en esas dichosas montañas con un caravanero insoportable? Y todo para ver que vuelves a Hiperbórea como una rosa, más imprudente que nunca…

La ira crecía tanto en su voz que se interrumpió. Perpleja, Arka no respondió de inmediato. Empezaba a comprender que su reencuentro con Lastyanax no iba a ser tan simple como había creído. Le sorprendía enterarse de que había ido en su busca y descubría con más asombro si cabe que se lo reprochara. A fin de cuentas, ella le había dejado una nota de despedida.

—Nunca le pedí que viniera a buscarme —repuso ella—. Es más, incluso le pedí en mi carta que no lo hiciera.

—¿Te refieres a esta chapuza?

Con gesto furioso, Lastyanax se sacó un trozo de papel arrugado del bolsillo. Arka reconoció las pocas líneas que había garabateado deprisa y corriendo antes de salir huyendo de Hiperbórea. Se dio cuenta de que podría haberse esmerado un poco más en su mensaje de despedida. A pesar de todo, la reacción de Lastyanax empezaba a enervarla.

—Corrí muchos riesgos para hacerle llegar esta chapuza, como dice —repuso—. Y no es culpa mía si decidió hacer lo contrario de lo que escribí y seguirme…

—¡Soy tu mentor, no tengo por qué obedecerte!

—¡Ya no es mi mentor, usted mismo lo dijo!

Lastyanax hizo ademán de replicarle, pero cerró la boca. Frunció los labios mientras estrujaba la hoja con el puño.

—Muy bien, en ese caso…

Tiró el trozo de papel como si fuera un vulgar desecho, giró sobre sus talones y se puso a caminar en dirección a las torres. Estupefacta, Arka lo observó alejarse. No alcanzaba a creer que se fuera así sin más, sin hacerle más preguntas, sin intentar desmentir las patrañas que acababa de contarle, como siempre había hecho tan bien. La invadió la ira. Había arriesgado su vida por verlo y él la trataba como a una niña caprichosa.

De pronto despreció todo lo que había en Lastyanax, desde su orgullo henchido hasta su nariz rota. Le entraron unas ganas locas de proferir insultos y asestar puñetazos. Cogió un puñado de nieve y la lanzó con todas sus fuerzas contra la cabeza de Lastyanax. La bola se

desintegró sobre su nuca. Él vociferó y se dio la vuelta, el rostro blanco de rabia. Arka ya había amasado otro puñado de nieve, consciente de que con otro lanzamiento se arriesgaba a destruir definitivamente cualquier esperanza de reconciliarse con él.

—¡No sabe lo duro que ha sido para mí también! —exclamó, la voz enronquecida por la frustración.

—¡Pues ahora mismo me importa poco! —ladró Lastyanax.

Una ola de nieve se elevó a sus pies y se propagó hasta los de Arka. Ella nunca lo había visto tan irritado. Se miraron un rato con expresiones asesinas. Luego, Lastyanax pareció esforzarse por recuperar la compostura. Cuando retomó la palabra, fue con una voz tensa como un petate que amenazara con reventar.

—Pirra está atrapada en la Torre de los Inventos entre autómatas asesinos que quieren cortarla en lonchas y un mago vendido a los temisciros, así que tengo cosas mucho más importantes que hacer que ocuparme de los altibajos emocionales de una antigua discípula ingrata. Arreglaremos cuentas cuando se decida su destino. Entretanto, quédate aquí, vuelve a las montañas o sígueme… Haz lo que te plazca, me da igual, pero sobre todo cállate.

Tan pronto como terminó la frase, se alejó a paso ligero rumbo a las torres. Arka hervía de cólera; le hubiera gustado tomarle la palabra e irse. Lastyanax había desaparecido en la sombra de las torres cuando ella decidió finalmente darle alcance. Bajó presurosa por una calle del primer nivel enturbiada por el humo de los braseros. No lo vio por ninguna parte. Arka tuvo un instante de pánico y luego sus ojos captaron un destello anaranjado en el ángulo de la torre. Lastyanax se había sacado un extraño cilindro del bolsillo para escrutarlo, como si esperara un mensaje. Le dio alcance cuando se desviaba hacia el peaje más cercano. No pareció darse cuenta de su presencia.

—¿Qué es? —preguntó ella señalando el cilindro con un movimiento de la barbilla.

Lastyanax volvió brevemente la cabeza hacia ella y frunció el ceño, como si acabara de interrumpirlo en medio de una reflexión compleja. Arka no le quitaba los ojos de encima al cilindro. Él había escrito sobre las teclas de marfil del aparato: «VOY EN TU AYUDA».

—Un invento del mecamante que creó tus alas —respondió Lastyanax sin aflojar el paso—. Un grafomancio. Sirve para intercambiar mensajes. Todo lo que escribes se reproduce en el segundo ejemplar. Pirra tiene el receptor.

Luego se cerró de nuevo en su mutismo y apretó el paso. Arka tenía que ir casi al trote para seguirle. Cada fibra de su cuerpo gritaba de cansancio. Nunca pensó que un día experimentaría dificultades para seguir al indolente de su mentor. A su alrededor, el primer nivel parecía invadido por los mascadores de goma, cuyos rostros se habían

vuelto lunares a fuerza de no mostrar expresión alguna. En los canales congelados, el hielo había aprisionado los caparazones de las tortugas muertas y las barcas. Unas inscripciones pintadas en grandes letras sobre las paredes anunciaban la elección de un nuevo Basileus e incitaban a los electores a votar a un tal Filón. Arka se preguntaba quién sería cuando oyó un suspiro de alivio. Se volvió hacia Lastyanax, que sonreía, con la mirada clavada en el cilindro.

—¡Ha conseguido huir! —exclamó.

—¿Quién? —preguntó Arka—. ¿Pirra?

—No, la reina de las amazonas —ironizó Lastyanax—. Sí, evidentemente, Pirra. Hemos quedado en la biblioteca.

Aún sonriente, siguió tecleando en la máquina sin prestarle la menor atención. A Arka le pareció extremadamente maleducado. No obstante, como parecía de mejor humor que después de su brutal aterrizaje en los ventisqueros, decidió seguir preguntando.

—Bueno, entonces, ¿qué hacían en la Torre de los Inventos?

Totalmente absorto en su cilindro, Lastyanax no respondió.

—Espérame aquí, voy a aprovechar que estoy en el primer nivel para ir a buscar una cosa —dijo metiéndose el grafomancio en el bolsillo.

Se alejó sin más explicaciones por una bocacalle. Ofendida por quedarse plantada con tres palmos de narices, Arka se dejó caer sentada en el borde del canal, con la barbilla sobre sus puños. Se habría apostado un brazo a que Lastyanax la dejaba en ascuas para vengarse de su partida. Era mezquino.

Se subió el cuello hasta la nariz y miró a los transeúntes, preguntándose con inquietud si la policía hiperbórea seguiría buscándola por el asesinato del Basileus. Delante de ella, un chico sentado en el suelo asaba una rata sobre un trozo de caparazón. En la pared de atrás vio el enésimo anuncio que aconsejaba votar al general Filón.

—¿Cuándo son estas elecciones? —le preguntó al chico señalando la inscripción.

—¿De dónde sales, que no te has enterado? —le dijo el chico mientras seguía dándole vueltas al espetón donde había ensartado la rata—. Han dado hoy los resultados. El temisciro ese, Filón, las ha ganado. Pasado mañana lo coronan.

Como su rata había terminado de cocerse, apagó el fuego con un gesto y retiró el pincho. Con la cola del animal entre sus dedos enrojecidos, hizo brotar dos cuchillas transparentes del hielo del canal y las fijó debajo de sus zapatos remendados. Arka seguía sus gestos con interés. En Hiperbórea, al no haber recibido las enseñanzas del Magisterium, la mayoría delos habitantes poseían un conocimiento y un uso somerosde la magia, incluso saberes especializados que algunos

gremios transmitían a sus artesanos. Como había constatado meses antes, era muy difícil que un niño de los primeros niveles se convirtiera en discípulo. El chico de la rata era sin duda más talentoso que muchos de sus antiguos camaradas del Magisterium, pero no había nacido en el lugar adecuado. Arka lo vio ponerse de pie sobre las cuchillas de sus botas y patinar hasta el final de la calle mientras mordisqueaba la rata. Este nuevo modo de locomoción le pareció formidable.

Arka intentó modelar a su vez patines bajo sus botas. Por desgracia, el dominio del agua no había sido nunca su fuerte y el cansancio de la teletransportación parecía haber mermado sus poderes. Por más que se concentrara, el hielo no quería adoptar la forma que ella deseaba darle. La cuchilla le salía unas veces demasiado gruesa y otras demasiado fina.

—Me recuerda a la primera prueba de tu Asignación.

Arka levantó sus ojos y vio a Lastyanax con un paquete grande y flexible plegado bajo el brazo. Sin añadir una palabra más, dejó el paquete a su lado, se acuclilló a sus pies, levantó las botas una tras otra y forjó dos cuchillas de hielo perfectas que se pegaron a sus suelas. Luego hizo lo mismo con sus zapatos. Arka se incorporó sobre sus patines, con las piernas un poco temblorosas, y avanzó por el hielo batiendo los brazos para mantener el equilibrio. Después de unas cuantas idas y venidas torpes, le cogió el tranquillo.

—A mí me ha costado una década dominar así mis patines —comentó Lastyanax con amargura desde el borde del canal.

—Cada cual con sus habilidades, maestro —respondió Arka derrapando ante él—. ¿Necesita ayuda para levantarse?

—No me busques —gruñó Lastyanax poniéndose de pie a su vez—. Hale, venga, vamos a ver a Pirra a la biblioteca. Voy a explicarte qué ha pasado desde tu deserción.

—Confiese que al menos está contento de recuperar mi compañía —dijo Arka mientras se dirigían hacia el peaje del décimo nivel.

—Tu compañía me agobia.

—Entonces está contento de agobiarse con mi compañía.

—… Tal vez, sí.

Subieron los niveles por las escaleras de hielo que habían sustituido las cascadas. Arka se sintió extenuada al subir los peldaños, pero intentó que no se le notara. Los soldados-pajareros vigilaban los peajes y la policía hiperbórea hacía de comparsa al lado. Su presencia no parecía inquietar a Lastyanax: «Los únicos que podrían reconocernos son los magos, y los magos no han salido de la Extractora», explicó. Le contó todo lo que había ocurrido durante su

ausencia: la llegada de los temisciros, la detención prolongada de los magos, la construcción de la nueva máquina extractora, la distribución de gomas, el plan de sabotaje, las elecciones y finalmente las peripecias de la Torre de los Inventos. En cada escalera de peaje, se paraba para ayudarla a quitarse y ponerse los patines quejándose de su incompetencia. Cuando alcanzaron el séptimo nivel, Arka estaba más o menos al día de los acontecimientos. Lastyanax y Pirra habían ideado un plan para sabotear la máquina extractora: perfecto, llegaba en el momento propicio para ayudarles y recuperar las pepitas. El amo de los lémures había desaparecido momentáneamente de la circulación, aunque siempre parecía actuar en la sombra. Por último, para gran sorpresa de Arka, el burócrata de Lastyanax parecía haberse transformado en un intrépido forajido.

—¿Cómo que «nunca habría imaginado que podría vivir sin sus informes»? —repitió en tono ofuscado cuando ella le hizo partícipe de esta última reflexión.

Ya casi habían llegado a la biblioteca.

—El asalto y el sabotaje no es su estilo, maestro —respondió Arka —. ¿Al menos ha conseguido impresionar a Pirra?

Bajo la capucha que le velaba el rostro, los ojos de Lastyanax lanzaban rayos. No tuvo tiempo de replicarle: Pirra acababa de aparecer en ese mismo momento en la entrada de la biblioteca. La joven maga corrió hacia él y lo estrechó entre sus brazos con un gesto tan brusco que Lastyanax hizo una mueca de dolor. Por primera vez desde que viera a su mentor beber los vientos por Pirra, Arka pensó que podría tener alguna posibilidad después de todo. Ambos sonreían por encima de sus hombros, pero cuando se separaron recuperaron el semblante serio, hasta el extremo de que cada cual ignoraba la expresión embobada que había aparecido en el rostro del otro un instante antes. A Arka le pareció un panorama de lo más frustrante.

—He intentado bajar del tejado lo más rápido que he podido para bloquear la puerta de la entrada y arrinconar dentro al administrador, pero ya había huido —le dijo Pirra a Lastyanax—. Con un poco de suerte, creerá que los autómatas nos han ajustado las cuentas. Pero los temisciros terminarán por descubrir que no estamos muertos en la Torre de los Inventos. Tenemos que pasar a la acción pasado mañana, sea como sea.

—Ahora ya tenemos todo lo que necesitamos —respondió Lastyanax dando una palmadita al paquete que llevaba bajo el brazo —. Y hasta refuerzos —añadió señalando con la barbilla a su discípula.

Pirra miró a Arka con suspicacia y se abstuvo de hacer comentarios. No parecía agradarle su presencia. A Arka no le preocupó su frialdad: su mentor aceptaba su ayuda y eso era lo único

que importaba.

Fue con los dos magos a la biblioteca central. Aunque asociaba este lugar a largas y aburridas sesiones de estudio, el estado de las estanterías la entristeció. Descubrió la cámara acorazada donde su mentor y Pirra pergeñaban su plan de sabotaje desde su partida. No fue hasta que se hubo instalado cómodamente en una de las butacas de la sala, con el estómago lleno de galletas secas y por fin lista para descansar después de dos días de estrés ininterrumpido, que Lastyanax se volvió hacia ella.

—Ahora es tu turno. Explícame lo que has hecho de verdad desde que te marchaste.

—Bueno, ya se lo he dicho, me fui a las montañas y decidí vol…

—Tienes hojas de eucalipto en la capucha —la cortó Lastyanax—. Los eucaliptos no crecen en los montes Ripeos.

Arka sabía que la habían pillado, pero al mismo tiempo se sentía un poco orgullosa de su mentor. Lastyanax acababa de desmentir sus patrañas.

—¿Desde cuándo es experto en plantas?

—Desde que leí una enciclopedia botánica —atajó él. («Cómo no», murmuró Arka)—. No intentes cambiar de tema.

Arka frunció el ceño y miró con desconfianza a Pirra, que seguía la conversación con gran interés. La idea de hablarle de sus capacidades lemúridas no le hacía gracia, pero lo conocía bien para saber que se esforzaría por creerla. Con Pirra era otra historia. La maga no parecía albergar sentimientos muy amistosos hacia ella.

—Puedes confiar tanto en Pirra como en mí —dijo Lastyanax, tan perspicaz como siempre.

Arka no estaba convencida, pero no podía elegir a sus oyentes. Hizo acopio de la energía que le quedaba e inspiró profundamente.

—No he estado todo este tiempo en los montes Ripeos. Volví al bosque de las amazonas.

Arka vio que Lastyanax intentaba resolver el problema aritmético que suponía su ausencia de dos meses y los miles de leguas que separaban Hiperbórea de Arcadia.

—Teletransportándome —precisó Arka.

Lastyanax la miró con incredulidad.

—Le dije que mi padre era un lémur.

Los dos magos no apartaban los ojos de ella. Con la nariz inclinada sobre sus rodillas, les contó lo que le había pasado desde su separación, con motivo del combate contra el amo de los lémures. Les habló de Temis, de su dificultad por recuperar una vida normal, de su destierro y de su objetivo: volver con el azur vivo para limpiar su honra. No mencionó lo que había descubierto sobre el amo de los lémures y la misión de asesinato que Temis le había dado a entender

entre líneas: era un asunto personal y no tenía ganas de embarcar a Lastyanax enello. Al final de su relato, levantó los ojos. La duda se leíaen cada rasgo de Lastyanax; Pirra la observaba con una desconfianza extrema.

—Suponiendo que logremos sabotear la máquina extractora y que todo eso sea cierto… —empezó esta última.

—Todo es cierto —se defendió enseguida Arka.

—… no tenemos la intención de darle el azur vivo a nadie —continuó Pirra— y menos a las amazonas.

Imposible ser más categórica. Arka se volvió hacia su mentor en busca de apoyo, pero este no parecía más receptivo a la idea de confiarle las pepitas.

—Pero ¿qué piensan hacer con él? —preguntó Arka.

—Nada —respondió Lastyanax—. Hemos decidido guardarlo en un lugar donde nadie pueda recuperarlo. El azur vivo es un arma demasiado peligrosa como para dejarla en circulación.

—No es un arma —objetó Arka frunciendo el ceño—. Es una defensa contra la magia.

—No hay nada más natural que la magia —repuso Pirra.

—Eso lo dice porque es hiperbórea, pero no sabe lo que es enfrentarse a magos cuando no puedes utilizar la magia —gruñó Arka.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de las amazonas mutiladas por la guerra. Por más que hubiera hecho de la magia su aliada, entendía el miedo y el rechazo que esta facultad suscitaba en quienes no la dominaban.

—Efectivamente, somos hiperbóreos —repuso Pirra—. Y no tenemos el más mínimo interés en ayudar a las amazonas. Es un pueblo bárbaro.

—¡No somos bárbaros!

El grito se escapó casi contra la voluntad de Arka. No sabía a quién intentaba convencer, si a Pirra o a sí misma. Una vocecita desagradable le decía que, sin la intervención de Temis y luego de Antíope, no seguiría conservando la cabeza sobre sus hombros. Su agotamiento le arrebataba las réplicas que le habría gustado encontrar. Lastyanax levantó una mano diplomática para detener la escalada de tensión.

—Empieza a hacerse tarde y el día ha sido largo para todo el mundo. Volveremos a hablar de todo esto mañana, cuando hayamos descansado.

Pirra y Arka se desafiaron todavía un instante con la mirada.

—Tienes razón —dijo finalmente la maga levantándose—. Vuelvo a casa de mi tía abuela. Mi familia empezará a estar preocupada.

—Te acompaño, no sea que te topes con algún soldado-pajarero —dijo Lastyanax.

Se volvió hacia Arka y le indicó una banqueta cubierta con una manta de lana de buey almizclero.

—Duerme ahí. Es de una incomodidad espartana, pero no tengo nada mejor que proporcionarte.

Arka se abstuvo de comentar que llevaba varias décadas durmiendo en una hamaca: los hiperbóreos no sabían qué significaba la incomodidad. No conocían la tierra, la lluvia, los árboles, los animales salvajes, el ritmo de las estaciones y el silencio de la vida humana; ellos también eran bárbaros a su manera. De pronto, añoró el bosque más de lo que lo había añorado en dos años de destierro. Seguramente porque el olor de los eucaliptos que había respirado esa misma mañana seguía llenándole las fosas nasales. Se desplomó sobre la banqueta, demasiado reventada como para añadir ni una palabra, y se durmió como un tronco soñando con Arcadia.

Lastyanax

—No hacía falta que me acompañaras —dijo Pirra de forma categórica —. Puedo defenderme sola perfectamente si hace falta.

Patinaban hacia el peaje del sexto nivel. Seguía haciendo frío, pero el viento soplaba con mucha menos fuerza, señal de que la brecha de la cúpula estaba casi cerrada. La luz opalinade la luna llena brillaba sobre el hielo de los canales desiertos. El comentario irritó vagamente a Lastyanax.

—Lo sé —farfulló—. Era una excusa para hablar contigo, sin Arka delante. Quiero saber qué piensas de la situación.

—Pienso que tu discípula es una fuente inagotable de engorros — respondió Pirra.

Lastyanax abrió la boca para replicar, pero se dio cuenta de que no tenía mucho más que añadir. Su vida no había dejado de complicarse desde la aparición de Arka.

—Creo que haríamos bien en mantenerla al margen de nuestro plan hasta que nos hayamos deshecho del azur vivo—añadió Pirra—. Es capaz de robárnoslo y llevárselo a las amazonas.

A eso tampoco supo qué responder. Le habría gustado poder decir que Arka no haría nunca tal cosa, pero ya había tomado iniciativas más inesperadas.

—De todas formas, es mejor mantenerla al margen sin más —zanjó mientras se aproximaban al peaje—. Azur vivo aparte, es lo bastante temeraria como para ponernos en peligro y echar a perder el plan. Mañana por la mañana me iré antes del amanecer con todo el material y nos reuniremos en el cuarto nivel para cerciorarnos de que no nos sigue.

—Buena idea —aprobó Pirra.

Casi estaban en el peaje, donde media docena de soldados-pajareros festejaban la victoria electoral de Filón alrededor de un brasero. Los temisciros soltaron comentarios picantes cuando vieron acercarse a una joven. Por fortuna, estaban tan achispados que no suponían una amenaza.

—No me habría hecho gracia saberte aquí sola a estas horas de todos modos —le hizo notar Lastyanax cuando llegaron al pie de la cascada congelada.

—No soy yo la que debe adaptarse, son ellos los que tienen que cambiar —repuso Pirra mientras equipaba sus botas con cuchillas de hielo.

Lastyanax adivinó que su decepción por la derrota de las elecciones volvía a golpearla de lleno. En caso de victoria, Arka había previsto reformar un buen número de Basílicas —las leyes hiperbóreas — para nivelar las relaciones entre los hombres y las mujeres. De nuevo, reorientó la conversación hacia el plan de sabotaje para que no siguiera rumiando su derrota. Descendieron los dos peajes restantes y cruzaron el cuarto nivel mientras revisaban los detalles de la operación que tendría lugar dos días después. Pirra hizo el inventario de los objetos que iban a necesitar.

—Grafomancio, bombilla de aire líquido, sello de destrucción… —enumeró.

—Ya no tengo el anillo de Mézence —recordó de pronto Lastyanax —. Se me escurrió del dedo cuando quise destruir otra puerta —mintió —. Me vi atrapado entre los autómatas y el vacío… Me caí por culpa de eso.

Después de que su discípula lo salvara varias veces, empezaba a comprender por qué Pirra odiaba su tendencia a jugar a los héroes. Si se enteraba de que él sabía que las existencias de ánima del sello de destrucción estaban agotadas, se lo reprocharía. Lastyanax adoptó un aire arrepentido de circunstancia mientras Pirra lamentaba la pérdida del anillo.

—Bueno, da igual, nos las arreglaremos. De todos modos, solo era una precaución —dijo la maga—. Conozco suficientemente el mecanismo como para intentar producir otro ejemplar, pero necesitaré oricalco… Hablando de oricalco, ¿crees que podrías recuperar la pulsera de tu discípula?—añadió con indiferencia—. Si las cosas se ponen feas, podría servirnos.

Lastyanax sospechaba que a Pirra le fascinaba menos la utilidad de las alas que la perspectiva de poder desmenuzarlas para estudiarlas.

—Arka siempre la lleva en la muñeca, no podré quitársela sin despertarla —respondió negando con la cabeza—. Y no voy a robarle su pulsera además de abandonarla.

—Es verdad, quizá te reproche que la dejes plantada —apuntó Pirra.

—Estaremos en paz, entonces —masculló Lastyanax.

Habían llegado delante de la torre donde vivía la familia de Pirra. Detrás, la figura de la Extractora apareció en la oscuridad, cada una de sus troneras alumbradas por las grandes esferas luminosas del atrio que siempre se quedaban encendidas. En el pasillo que conducía al piso de la tía abuela, se dibujó una silueta acodada en la barandilla: envuelta en sus pieles, Aspasia esperaba el regreso de su hermana.

—Bien, voy a contarle nuestras peripecias de hoy —dijo Pirra—. ¿Nos vemos aquí mañana por la mañana? Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Lastyanax, decepcionado al ver que se iba tan deprisa.

Como siempre, le habría gustado dejar de hablar un poco del plan y confesarle sus sentimientos. Se consoló diciéndose que no era el momento oportuno: sin duda, la luna era magnífica y acababan de salvarse mutuamente la vida, pero Aspasia los miraba. En el camino de vuelta, siguió otra combinación de peajes para no llamar la atención de los soldados-pajareros que había visto a la ida. Llegó a la biblioteca y descendió a sus oscuras entrañas, guiado por la luz de la esfera que Pirra le había dejado cerca de la entrada al marcharse. Al llegar ante la cámara acorazada, apagó el globo y activó el sello de la puerta, que se replegó para dejarle pasar. En el interior, el brasero mágico, todavía incandescente, iluminaba a Arka, que roncaba debajo de una manta. Incluso dormida, parecía exhausta. La mejilla apoyada en la banqueta elevaba el pómulo plegándole el párpado. Lastyanax le vio un parecido con una extranjera del sur, a pesar de los rubios cabellos que había heredado de su padre hiperbóreo. Con un suspiro, se sentó en una butaca y se preguntó por qué extraño giro del destino se había vuelto responsable de una aprendiz de guerrera medio lémur. Pero ¿seguía siendo responsable de ella? ¿Lo había sido alguna vez? Había visto a Arka cambiada después de su paso por el bosque, como un animal domesticado que, relajado en la naturaleza, habría vuelto a su estado salvaje.

Se ató el horologium a la muñeca y lo programó para dormitar unas horas en la butaca.

Las vibraciones del invento lo sacaron del sueño poco antes del alba. Arka seguía profundamente dormida. Pirra llevaba razón, se resentiría con él al despertar, pero no tenía elección. Se levantó de la butaca y se puso a reunir el material y los planos de la Extractora sin hacer ruido. Cuando lo hubo metido todo en una bolsa grande, dejó algunas monedas —que provenían de los cofres de la familia de Pirra, pues habían bloqueado su cuenta en la Banca Internivel— al lado de su discípula. Las piezas tintinearon. Por un instante tuvo la impresión

de que Arka iba a despertarse, pero esta última se limitó a roncar en plena cara.

Cogió la bolsa grande y se detuvo en el umbral de la puerta mecamántica. Se le cruzó por la cabeza la idea de que quizá era la última vez que veía a su discípula. Si las cosas salían malen la Extractora…

—Cuídate, Arka —murmuró antes de salir para siempre de la biblioteca.

Esa misma tarde se sentó en un balcón del cuarto nivel, en casa de la tía abuela, enfrente de la Extractora. Pirra y él habían pasado el día cerrando los últimos flecos de su plan de sabotaje. Las fisuras del balcón cargado de nieve inquietaban a Lastyanax, lo mismo que el ejercicio de equilibrista al que seentregaba la joven maga. De pie en la amplia cornisa que recorría la torre, Pirra reorganizaba las letras mayúsculas de una antigua publicidad mural descascarillada que proclamaba los beneficios de la crema a base de raíz de nenúfar. Lastyanax miró el precipicio a sus pies y tragó saliva.

—¿Nunca has tenido vértigo? —preguntó.

—Te recuerdo que crecí en el séptimo nivel —respondió Pirra—. No hay nada como los primeros niveles para tener vértigo.

Colocó la mano sobre el sello que acababa de trazar debajo del anuncio y lo activó. Las letras publicitarias treparon por la pared y concluyeron su migración mostrando «ESTA NOCHE». Pirra volvió al balcón y se sentó al lado de Lastyanax con los pies en el vacío. Juntos, aguardaron mientras vigilaban la décima ventana por la derecha en la tercera planta de la cárcel del cuarto nivel. La ventana detrás de la cual se hallaba Pétrocle.

Un cuarto de hora más tarde, su amigo no había dado señales de vida. A Lastyanax le dolían los ojos de tanto mirar fijamente el cristal de adamante que se difuminaba paulatinamente en la sombra de la torre a medida que caía la tarde. Empezaba a inquietarse cuando una llama apareció de súbito en la esquina derecha de la ventana.

—Pétrocle —dijo Pirra.

—Estamos listos —dijo Lastyanax frotándose las manoplas para calentarse las manos ateridas de frío.

Hizo ademán de bajar del balcón, pero Pirra lo retuvo del brazo. Sorprendido, Lastyanax levantó los ojos hacia ella. No lo soltó. Comprendió entonces que ese momento de calma, en el balcón, era quizá el último que vivirían juntos. Al cabo de unas horas entrarían en la Extractora, cada cual por su lado. A pesar de los esfuerzos y los preparativos, quedaban demasiadas incertidumbres para poder partir del principio de que saldrían de esta con vida.

—Cuando te marchaste en busca de tu discípula, me dejaste el anillo de Mézence —empezó a decir Pirra lentamente—. Tuve la oportunidad de estudiarlo de cerca. Y esto es lo que descubrí: se adapta automáticamente al tamaño del dedo de la persona que lo lleva. Es un ajuste mecamántico muy sutil, tan sutil que ni siquiera tú mismo te has dado cuenta.

Levantó la cabeza y lo miró con los ojos cargados de reproche.

—El sello de destrucción nunca se te cayó del dedo —concluyó—. Me mentiste ayer. Sabías que el sello estaba casi descargado.

Molesto por su tono acusador, Lastyanax apartó el brazo y lo hundió entre sus muslos. Él, que había esperado tener finalmente la oportunidad de declararle su amor, se veía ahora teniendo que justificarse como un niño al que han pillado haciendo una trastada.

—Fue una buena decisión —repuso él—. No habrías aceptado dejarme solo y habríamos muerto los dos.

—¿Qué habría hecho yo sin ti de todos modos? —dijo ella.

—Estoy seguro de que habrías sacado el plan adelante—objetó Lastyanax, decidido a demostrar la racionalidadde su razonamiento—. Al fin y al cabo, ha sido idea tuya. Podrías haber encontrado a un discípulo de cuarto curso para sustituirme…

—Esto no tiene nada que ver con el plan, Last.

Su frase lo dejó sin aliento. Levantó la cabeza. Pirra miraba la ventana de Pétrocle. Lastyanax no despegaba los ojos de ella. Su corazón y su estómago se habían lanzado a una danza endiablada.

—¿Aspasia decía la verdad el otro día? —preguntó—.¿Dejaste a Rhodope por…?

—Dejé a Rhodope porque él no soportaba la idea de que yo fuera a ayudarte en tu investigación —le cortó Pirra—. Te tenía unos celos endemoniados y yo no soporto esa clase de comportamiento. Pero si deseas oírme decir que eres importante para mí, pues sí, eres importante para mí. Por eso te agradecería que no intentes sacrificarte cada vez que se te presenta la ocasión.

Un tiempo antes, Lastyanax habría dejado de lado sus comentarios infantiles para quedarse con un único dato: Pirra sentía afecto por él. Pero pasar un mes y medio en su compañía le había enseñado a prestar atención a sus defectos de carácter. Sabía lo que tenía ganas de decirle, pero como ella era Pirra y él no era más que Lastyanax, no se atrevía a expresar sus sentimientos si no era aderezándolos de críticas, como si rebajarla le permitiera conservar el dominio de una situación que ella no había anticipado.

Su charla concluyó entonces con una mezcla decepcionante de silencio frustrado y de resentimiento. Lastyanax salió de la terraza y se acostó en la estera que la tía abuela había tendido para él en la sala de estar. Transcurrió un rato largo: oyó que Pirra cruzaba la estancia y

aminoraba el paso al llegar a su altura. Sintió que su mirada le quemaba la espalda y deseó con toda su alma que se tumbara junto a él en el suelo. Pero se alejó y se fue a dormir con su hermana.

Arka

Unas horas antes

Cuando Arka despertó, con la sensación de haber dormido un lustro, se llevó una sorpresa al descubrir la cámara acorazada sin los planos, sin los inventos y sin Lastyanax. Este último le había dejado algo de oro y una nota con tres palabras ridículas a modo de justificación: «Por tu seguridad».

Lo primero que indignó a Arka fue su hipocresía. Sabía que la maldición la protegía: no era su seguridad lo que le preocupaba, sino las pepitas de azur vivo. Pirra debía de haberlo convencido para mantenerla al margen de su plan de sabotaje. Ante la idea de que hubieran tomado esta decisión a sus espaldas, mientras dormía, Arka se sintió traicionada, y también un poco idiota. Como de costumbre, no había sabido anticipar cabalmente los acontecimientos. Cuando se marchó del árbol cabaña de Temis, todo era sencillo en su cabeza: volvía a Hiperbórea, encontraba a Lastyanax, recuperaba el azur vivo y aniquilaba al amo de los lémures. De momento, su mentor la había dejado en la estacada, Pirra y él se disponían a hacer desaparecer el azur vivo en algún lugar que ella desconocía y al amo de los lémures no se lo veía por ninguna parte.

No era solo la falta de confianza de Lastyanax lo que le dolía, sino también la decisión de prescindir de su ayuda, cuando ella le salvaba el pellejo cada vez que se enfrentaba a situaciones peligrosas. «Cuando los trastos de Palatès lo sepultaron, ¿quién lo sacó de allí? Y cuando el grifo se lo llevó, ¿eh? ¿Quién estaba allí para recuperarlo? Y, el día anterior, ¿quién impidió que terminara aplastado en el primer nivel?», estalló Arka calzándose las botas con un gesto de rabia. Una vocecita en su cabeza le chivaba que ella solía ser la causa de estas situaciones peligrosas, pero hizo caso omiso. Rompió la nota de Lastyanax y echó los trocitos de papel al brasero mágico que él había reavivado para ella. Luego salió de la cámara acorazada con paso eléctrico, firmemente decidida a encontrar a su mentor para demostrarle que había sido un error apartarla de la misión.

Cuando llegó al exterior del edificio, el frío la golpeó. El aspecto desolado de los canales atenuó la energía que la animaba un instante antes. No tenía ni la más remota idea de dónde podía esconderse Lastyanax. ¿Se encontraba en el séptimo nivel al menos? Pasó por

delante del torreón sin atreverse a entrar —de todas formas, su mentor había abandonado el lugar después del proceso— y empezó a errar sin rumbo por los canales de la cima de la ciudad, la cabeza hundida en la capucha para ocultar su rostro a los raros transeúntes con los que se cruzaba. Echaba de menos el calor de Arcadia y el verdor del bosque. No quería pensar en lo que haría si Lastyanax se deshacía verdaderamente del azur vivo y la privaba de cualquier posibilidad de encontrar un lugar entre su gente.

Cuando se dirigía a la periferia de las torres, una patrulla de temisciros apareció en el extremo de un canal, su complexión reforzada por las plumas que hacían las veces de hombreras sobre sus capas. Arka estuvo a punto de dar media vuelta, pero esta actitud habría levantado sospechas. Cuando pasaba por su lado, tensa como un arco, un soldado le retiró bruscamente la capucha.

—Eeeh, no es muy frecuente ver a una chica caminando sola por aquí —dijo—. ¿Cómo te llamas? Seguro que debajo de las pieles eres muy mona.

Arka se quedó tan estupefacta ante el comentario que no supo cómo reaccionar. Si la hubiera insultado, le habría contestado con tres bofetadas, pero ¿en este caso? Se sintió sucia, como si el modo que los soldados tenían de mirarla afectara la visión que tenía de sí misma: un trozo de carne fresca inofensivo, a disposición de todos.

—¿Ahora te gustan las mocosas? —se rio uno de sus camaradas—. Venga, déjala en paz, es demasiado joven.

—Las viejas también me gustan, si no, pregúntaselo a tu madre —contestó el soldado apartándose de Arka.

Los temisciros se alejaron entre bromas. A Arka le costó un rato volver a usar las piernas, que parecían paralizadas momentáneamente. Mientras intentaba deshacerse de la sensación de impureza que el comentario del soldado le había dejado, avergonzada por no lograrlo del todo, vio algo que relegó este episodio a un segundo plano. Sus pasos la habían llevado delante del emplazamiento donde antaño se elevaba la torre de Sileno.

Los canales que conectaban el edificio al resto de la ciudad no eran más que muñones rematados con estalactitas. Más abajo, en el primer nivel, los restos de la torre derrumbada formaban un talud pedregoso que se detenía a los pies de la cúpula, donde los obreros habían despejado los escombros para subir andamios a lo largo de la brecha. Arka se sentó sobre un parapeto, atónita ante tamaño espectáculo. La víspera, su discusión con Lastyanax y el cansancio de la teletransportación habían impedido que le diera muchas vueltas al drama. Ahora el recuerdo de quienes habían intentado escapar de las llamas le volvía a la memoria. Si ella no hubiera estado ahí, la torre no se habría desplomado jamás, sus residentes no habrían muerto y la

cúpula no se habría resquebrajado.

—No es culpa mía —murmuró—. Yo nunca lo quise.

Pero la culpabilidad la atenazaba, no obstante; una culpabilidad tan absurda como la que sintió cuando el soldado-pajarero la había mirado con concupiscencia, como si ella fuera en parte responsable de ese drama y de esa mirada. Sin embargo, si se afanaba en buscar las raíces del mal, no las encontraba en sus decisiones, sino en las del amo de los lémures. Él era la causa de la muerte de Chirone, del incendio del bosque, del desplome de la torre sobre la cúpula y de que los temisciros se pasearan tan campantes por los canales de Hiperbórea.Que su madre lo hubiera abandonado y que lo hubiera criado un padre belicoso no cambiaba las cosas. Ya no era Candrie, era el amo de los lémures, y ella pondría término a sus atropellos definitivamente.

Se alejó del emplazamiento de la torre hundida, con la mente concentrada en esta resolución. De todas formas, como Lastyanax no le permitía llevarse las pepitas de azur vivo a Arcadia, esto era lo único que podía hacer para darle algo de sentido a su regreso a Hiperbórea.

Pero primero tenía que encontrar al amo de los lémures. Su mentor le había dicho que Sileno había aparecido durante los discursos pronunciados por los temisciros; probablemente, su amo los manipulaba de lejos, oculto entre la multitud, como un marionetista maquiavélico. Si acudía a la coronación de Filón al día siguiente y arremetía contra el lémur, era muy probable que su enemigo saliera de la sombra para defenderlo, como hizo cuando su criatura se vio a merced del atrapa-ánimas. Esta vez él no contaba con el factor sorpresa y ella tenía la pepita de azur vivo de Chirone para darle su merecido.

Dejó para más tarde las reflexiones sobre lo que haría después y se encaminó hasta el peaje más cercano para descender a los niveles inferiores.

El trayecto vertical fue largo. Gastó en los peajes todo el oro que Lastyanax le había dejado. Pensó por un momento en utilizar sus alas para ahorrar algunas monedas e ir más deprisa, pero la idea se le antojó aterradora, como si su cuerpo hubiera olvidado cómo volar. Por más que se concentrara, tampoco consiguió producir las cuchillas de hielo para equipar sus patines. Sus nulos conocimientos de modelado no explicaban este fracaso: sus poderes no terminaban de funcionar bien. No sabía si se trataba de una debilidad temporal o permanente; en los dos casos, significaba que no estaba en plena posesión de sus medios para enfrentarse al amo de los lémures.

Cuando llegaba al peaje del primer nivel, se quedó atascada detrás de un convoy de trineos cargados con enormes bloques de adamante.

Los obreros descargaban los bloques uno a uno empleando cabestrantes de tortugas. Abajo, sobre la superficie congelada del canal, aguardaban otros trineos tirados por bueyes almizclados.

—¿Arka?

Levantó la cabeza.

—¡Cacique!

Vestido con ropa de obrero y un plano enrollado bajo el brazo, Cacique la miraba incrédulo. El pasmo hacía desaparecer sus gruesas cejas detrás de sus negros cabellos. Arka saltó de la alegría, olvidando durante un instante sus proyectos de asesinato. Luego recordó en quién se había convertido a ojos de Cacique: una amazona criminal, en busca y captura por el asesinato del Basileus anterior. Conocía lo suficiente a su antiguo compañero de clase como para saber que era capaz de denunciarla. La prudencia habría querido que pusiera pies en polvorosa; pero ella estaba demasiado contenta de volver a ver un rostro familiar como para salir huyendo. Durante unos instantes, el discípulo la observó en silencio. Arka casi podía ver el sabio cálculo moral al que Cacique se entregaba: ¿debía denunciarla o no? Decidió interrumpir esta reflexión haciéndole una pregunta simple, como le gustaban a él.

—¿Qué haces? —dijo señalando con la cabeza a sus compañeros obreros, que seguían descargando los bloques de adamante.

—Participo en la reparación de la cúpula —respondió él—. Como todavía no han liberado al alto ingeniero de cúpula, necesitaban un experto en su arquitectura para trazar los planos de renovación del adamante. Aquí están —añadió enseñándole el rollo que llevaba debajo de la axila—. ¿Fuiste tú quien mató al Basileus? —preguntó sin rodeos.

La pregunta pilló desprevenida a Arka, que dudó antes de decir la verdad.

—Sí, pero no lo hice adrede.

Su respuesta no pareció simplificar la ecuación ética que preocupaba a Cacique. Sus cejas formaban una onda constante en su frente.

—¿Ayudaste a las amazonas a encarcelar a los magos?

—No —respondió Arka—, y no eran auténticas amazonas. Las contrataron para encerrar a los magos y convencer a todo el mundo de que los temisciros venían a salvar Hiperbórea.

Una patrulla de soldados-pajareros pasaba por delante de ellos en ese momento y bajó la voz. El rostro de Cacique mostraba una expresión grave.

—En ese caso, es probable que Stérix tuviera razón —dijo él.

—¿A propósito de qué?

—Su padre no tendría que haberse quedado en la Extractora.

Tendrían que haberlo liberado.

—Sin duda —coincidió Arka mientras se preguntaba por qué Cacique ponía la cara larga.

Estaba tan acostumbrada a ver a los dos chicos juntos que se esperaba que apareciera Stérix de un momento a otro por la calle, su gorro eternamente encasquetado en la cabeza, dispuesto a contar con todo lujo de detalles la última idea original fruto de su fértil imaginación.

—Está en el Columbarium —respondió Cacique.

—¿Dónde? En el Colum…

Arka se calló. Fue como si el tiempo se suspendiera, el aire se enrareciera, el mundo entero se acallara. Acababa de recordar qué era un columbarium.

Era la necrópolis de Hiperbórea.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Cacique movió la pierna, miró en derredor y desenrolló el plano que llevaba bajo el brazo para enseñárselo.

—La reparación de la cúpula está casi terminada —dijo rápidamente—. Los obreros han rehecho el tramo de muralla destruida cuando la torre se desmoronó y los cristaleros napocianos han entregado diez mil bloques de adamante…

Continuó con sus explicaciones, con todo lujo de detalles. Arka lo miraba sin escucharlo, sabiendo que el cambio brusco de tema no era sino la manera que Cacique tenía de esquivar un problema difícil, convencido como estaba de que el plano de la cúpula la fascinaría y desviaría la conversación. Sin embargo, los pensamientos de Arka no se habían alejado ni de Stérix ni del Columbarium. Finalmente le quitó el plano a Cacique, lo enrolló y se lo devolvió.

—Cuéntame qué le ha pasado a Stérix —dijo.

A base de hacerle preguntas precisas, consiguió arrancarle toda la historia. Stérix había acompañado a su madre y a otras patricias a la entrada del séptimo nivel de la Extractora para pedir la liberación de los magos. Le contó cómo la situación había degenerado y conducido a la matanza de una parte de los aristócratas, entre ellos Stérix y su madre. Hablaba sin emoción aparente. Poco a poco, la verdad empezó a adquirir consistencia en la mente de Arka. El despreocupado, el entusiasta Stérix había sido asesinado por los temisciros cuando intentaba socorrer a su padre.

Los obreros terminaron de cargar los bloques de adamante en los trineos. Llamaron con un gesto a Cacique, que miró a Arka como si temiera que le reclamara más detalles sobre la muerte de su amigo común. Pero todas las preguntas del mundo no habrían colmado el vacío que Arka sentía.

—Ve —le dijo—. Ve a reparar la cúpula.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Cacique.

Incluso él había percibido la fría determinación que devastaba el timbre de su voz.

—Algo que no gustará a los temisciros —se limitó a responder ella —. ¿De verdad quieres saberlo?

Cacique se quedó pensativo un momento y luego declaró:

—No. Prefiero no saberlo.

Era su manera de decirle que la apoyaba. Como era su costumbre, no la incomodó con convenciones sociales y bajó la escalera de hielo para ir junto a los obreros. Arka los observó poner en marcha los trineos y desaparecer por las calles del primer nivel. Fue hasta un peaje, con el corazón deshecho en lágrimas y los ojos secos. Todo iba demasiado deprisa. Cacique la dejaba combatir el orden establecido; Stérix estaba muerto. Todo parecía desmoronarse a su alrededor.

Se pasó el resto del día buscando localizaciones en las inmediaciones de las murallas, desde la pista de carreras congelada. Oriflamas con los colores de Hiperbórea y Temiscira colindaban con las paredes. En el camino de ronda habían levantado un enorme dosel de seda bordado con dibujos geométricos dorados. Debajo había un trono de ébano recubierto con una piel de grifo albino. A ambos lados del dosel, las gradas aguardaban a los dignatarios, como el día del Premio del Basileus.

Cuando hubo determinado a qué distancia de las murallas debía apostarse para tener el mejor ángulo de mira, Arka se alejó en dirección a las caballerizas. Entró en uno de los edificios donde había conocido a Stérix y se detuvo delante de la caseta vacía de Tapón, preguntándose si lo habría perdido para siempre también a él.

—¡Zerá pozible!

Arka se sobresaltó y se volvió hacia la entrada de las caballerizas. Azno acababa de aparecer en la penumbra del pasillo. El gorro que llevaba en la cabeza ocultaba su calvicie, lo que acentuaba el parecido con su hijo. Estaba perplejo ante su presencia.

—¿Dónde te habíaz metido? ¡Lazti te buzca por todaz partez dezde hace décadaz! —exclamó—. ¿Dónde eztá tu rocín?

—He perdido a Tapón, no sé dónde está —respondió Arka—. ¿Sabe dónde está Lastyanax?

—Ni idea, no me dice dónde paza loz díaz —respondió Azno, que parecía decepcionado de no haber encontrado a Tapón—. En mi opinión, debe de eztar haciendo cozaz demaziado peligrozaz como para contárzelaz a zu padre. Cada vez que paza por caza, tengo miedo de no volver a verlo. Bueno, entoncez, ¿qué te ha pazado?

El comentario de Azno hizo que Arka tomara concienciade algo en lo que se había negado a pensar desde su decisión de matar al amo de los lémures: había alcanzado un punto de no retorno. Sus poderes

estaban demasiado debilitados y su proyecto era demasiado peligroso como para salir vivita y coleando de la empresa. La presencia de Azno era seguramente su última oportunidad de transmitirle un mensaje a Lastyanax. Se desató la pulsera de alas que, de todos modos, ya no le servía de nada y se la dio al entrenador diciendo:

—Dele esto a Lastyanax y dígale que siento mucho haberle dejado tirado como a un trapo viejo.

Luego salió presurosa de los establos para no tener que dar más explicaciones.

Fuera había anochecido. Su estómago se quejaba de hambre; aparte de unas galletas secas mordisqueadas a modo de desayuno, no había comido nada en todo el día. No le quedaba oro para volver al séptimo nivel. Tras dudarlo un poco, decidió pasar la noche en la caseta de Tapón. Se escondió y esperó a que Azno saliera de los establos —lo que no tardó en hacer mirando con perplejidad la pulsera que le había dejado— y volvió al edificio. Después de hacerse un colchoncillo con el heno enmohecido que encontró esparcido por el suelo en la caseta de Tapón, se hizo una bola con sus pieles pensando en Stérix, en Lastyanax y en lo que debía hacer al día siguiente.

Su situación presentaba al menos una ventaja: ya no tenía nada que perder.

9

El sabotaje

LASTYANAX

*D*espués de su conversación fallida con Pirra en el balcón, Lastyanax pasó la noche pensando en todas las cosas que podrían haberse dicho y en todos los momentos que podrían haber compartido si hubieran sido un poco menos orgullosos. Pirra se despertó poco antes del alba tocándole levemente el hombro. Lastyanax pestañeó, deslumbrado por la pequeña esfera luminosa que sujetaba en la mano.

—Es la hora —dijo dando un golpecito al horologium, que había recuperado.

Se prepararon en silencio. Pirra se equipó con el material de escalada mientras que Lastyanax se puso el uniforme de teniente-pajarero. Cuando se lo había probado la víspera, Aspasia no dejó de repetirle lo mucho que le favorecía. Pirra se había limitado a esbozar una sonrisita que decía mucho. Esa mañana, sin embargo, no sonrió. En varias ocasiones, Lastyanax tuvo la impresión de que quería decirle algo. Él mismo buscó el momento de ahuyentar el aire frío que soplaba entre ambos, pero los preparativos se encadenaron con suma rapidez. Solo la aparición de Aspasia, en el umbral de la habitación, calentó brevemente la atmósfera.

—Sed prudentes, los dos.

Estrechó a su hermana entre sus brazos y luego hizo lo mismo con Lastyanax, prolongando el abrazo mucho más allá de lo que él estimaba un tiempo reglamentario para una demostración de amistad. La actitud descarada de Aspasia pareció darle un pretexto a Pirra para no dirigirle la palabra a Lastyanax cuando salieron de la vivienda y fueron descendiendo los niveles de la ciudad sumida en la oscuridad.

Media hora más tarde llegaron a los pies de la Extractora. Incluso en plena noche los animiados más adictos seguían afluyendo. Sus

siluetas escuálidas trazaban rayas oscuras en el halo de luz que emitían las puertas abiertas de la cárcel. Bocanadas de vapor blanco se escapaban de la boca de algunos soldados-pajareros apostados en la entrada. El ritmo cardíaco de Lastyanax se aceleró. El uniforme que Aspasia había encargado para él era perfecto, con la placa prendida al cuello de la capa auténtica, pero su físico no tenía nada de teniente-pajarero. Pensó que estaba a tiempo de dar media vuelta, de marcharse de Hiperbórea, de llevarse a Pirra, a Arka y a sus padres a una ciudad extranjera liberada de la negra sombra de Temiscira. Pero los soldados-pajareros seguirían vampirizando su ciudad, Pétrocle permanecería encerrado en la cárcel y la sombra de Temiscira se propagaría cada vez más. No tenía verdaderas opciones.

Simplemente, le habría gustado tener tanto valor para hablar con Pirra como para entrar en la Extractora. Ella esperaba a su lado, contra una puerta hundida en la mugre del primer nivel. Sentía el calor en su hombro. Debajo de sus manoplas, sus dedos casi se tocaban. Habría podido quedarse años enteros en esta posición, pero Pirra consultó el horologium y susurró:

—El siguiente turno de guardia pasa dentro de veinte minutos por delante de la celda de Pétrocle. Hay que ir ahora.

Su voz estaba cargada de emoción.

—Hemos quedado con Pétrocle en el cuarto nivel —precisó ella cogiéndole de la mano con un gesto brusco.

—Sí —dijo Lastyanax.

—Si cuando llegues no estoy, adelántate tú —añadió Pirra—. El plan es más importante que yo.

Lastyanax negó despacio con la cabeza.

—¿Qué haría yo sin ti de todos modos?

Lo besó en la sien y se dirigió hacia las puertas de la prisión.

Pirra

Pirra vio a Lastyanax enseñar su placa y entrar en la Extractora. Se tocó la sien con el extremo de la manopla. Las últimas décadas habían transcurrido deprisa, tan deprisa que no se había dado cuenta de hasta qué punto había disfrutado de cada momento en su compañía, e incluso de sus disputas. La víspera, en el balcón, no logró superar su orgullo para decírselo. En estos momentos le hubiera gustado gritárselo, pero era demasiado tarde: Lastyanax había desaparecido en la prisión y ella tenía que entrar ahora por el cuarto nivel.

Rodeó la Extractora para acercarse a la pared frente a la entrada. Sus dedos jugaron rápidamente con las teclas del grafomancio: «Empieza la escalada». Lastyanax había escondido el otro ejemplar del

aparato entre sus ropas. Enganchó el suyo a su cinturón y se pasó la bandolera de la bolsa por encima del pecho. Luego resopló fuerte para darse valor y acometió el ascenso. Los guantes y las rodilleras se pegaban y se despegaban como ventosas en la piedra lisa de la torre. Pirra subía por el muro, extrañada de la facilidad con que progresaba. Se esforzó por no mirar el vacío a sus pies.

Una decena de minutos más tarde, llegó a una ventana del cuarto nivel. En la repisa había un trozo de toga púrpura. Detrás del cristal había una celda grande vacía, alumbrada a un lado por las esferas luminosas del atrio que proyectaban la sombra de los barrotes en el suelo. Se trataba de la celda donde Pétrocle llevaba encerrado cerca de dos meses con otros magos.

Como Pirra esperaba, se habían llevado a sus ocupantes a la cárcel del primer nivel para su extracción diaria de ánima. Asió el tejido de su guante de escalada con los dientes y tiró de él para quitárselo. Con el guante en la boca, cogió una punta de carbón de su bolsa, dibujó un sello de calor en la ventana y lo activó.

El sello aspiró una parte de su energía mientras un halo rojo se formaba en la ventana. Pirra sacó rápidamente de su bolsa el frasco por el que había pagado un dineral a Comozoi. Los reflejos violetas del aire líquido centelleaban como los de un champiñón fosforescente. Rompió la ampolla sobre la ventana incandescente.

Enseguida, el adamante calentado emitió un silbido tenue. Luego empezó a fundirse mezclándose con el aire líquido en un degradado de rojos y violetas que resplandeció en la noche. Pirra habría querido hacer una entrada más discreta. El adamante fundido abrió agujeros en la piedra chorreando a lo largo de la pared.

Cuando la reacción alquímica finalizó, toda una parte del cristal de adamante se había fundido, formando una capa transparente en la pared. Pirra esperó todavía un poco antes de tocar lo que quedaba del cristal: la superficie se había enfriado lo suficiente como para permitirle entrar. Consultó su horologium y esperó, el cuerpo aplastado contra la pared.

Como había previsto, un guardia pasó por delante de la celda de Pétrocle un minuto más tarde. Pirra oyó el frufrú de su capa. Con el corazón palpitante, aguzó el oído: el guardia aflojó la marcha delante de la celda y luego reanudó la patrulla sin reparar en el agujero del adamante. Pirra volvió a ponerse el guante, se reajustó la bandolera y, tras comprobar que no había nadie en el pasillo adyacente a la celda, se deslizó por la apertura. Después de aterrizar en el suelo de la cárcel, sacó el grafomancio para escribir: «ESTOY EN LA CELDA». Luego avanzó hacia la puerta, se aseguró de que ningún guardia podía verla desde el atrio y abrió el estuche lleno de herramientas mecamánticas.

Unos minutos después, la cerradura cedió con un clic satisfactorio.

Pirra guardó sus herramientas y escribió «PUERTA DESCERRAJADA» en el grafomancio. Lastyanax respondió: «COJO EL AZUR VIVO». Pirra asintió con la cabeza: de momento, su plan transcurría sin contratiempos. Volvió a meter la mano en la bolsa y sacó un orbe grande donde se arremolinaba una nube gris.

Utilizar una esfera de humo era una idea inspirada en Comozoi: una solución simple pero eficaz para permitir que Lastyanax cruzara la cárcel sin ser visto gracias al camuflaje que proporcionaba el humo. Pirra abrió la puerta de la celda y lanzó el globo en el atrio. De inmediato se levantó una enorme columna negra. En los pasillos, los soldados-pajareros señalaron con el dedo el penacho y se pusieron a correr en todas direcciones. Pirra retrocedió hacia el interior de la celda, con el corazón palpitante. Ahora solo le quedaba esperar que Lastyanax llegara hasta ella en un levitador acompañado de Pétrocle y del azur vivo. De repente, otro globo se rompió a sus pies desprendiendo esta vez un vapor violeta. Pirra dio un salto hacia atrás, pero ya era demasiado tarde: notó el olor dulzón del gas soporífero subirle hasta las fosas nasales. Con la mente nublada y las piernas algodonosas, se volvió hacia los barrotes de la celda. Había un hombre detrás de ella, medio oculto por la humareda que penetraba ya en las celdas.

—Buenos días, Pirra —dijo una voz reconocible—. Es un placer volver a verte.

Pirra tuvo tiempo de reconocer a su viejo amiguito antes de perder la conciencia.

LASTYANAX

Lastyanax avanzó hacia las puertas de la prisión, el estómago hecho un nudo y las manos húmedas. Cuando llegó delantede los guardias, temió que lo desenmascararan ahí mismo, pero los soldados-pajareros lo recompensaron con un saludo reglamentario al que respondió con un gesto de cabeza sobrio como había visto hacer a los tenientes-pajareros en la calle.

Entró en la prisión agradeciendo interiormente a Pirra la placa que portaba. Sus nuevos camaradas se preguntaban sin duda quién era, pero ninguno quiso arriesgarse a ganarse la enemistad de un superior.

En el largo pasillo, algunas esferas difundían una luz pálida sobre la larga cola de los animiados. Unos tras otros, los hiperbóreos más adictos a la goma esperaban su turno para pasar por la máquina extractora. Lastyanax vio desfilar a una procesión de figuras apáticas, diezmadas por la desnutrición, mientras se adentraba en el edificio. No era una marabunta, como durante el día, pero las salas de

extracciones no se vaciaban a pesar de la temprana hora. A intervalos regulares, los soldados se golpeaban el pecho cuando se cruzaban con él. Los oyó intercambiar pronósticos sobre los usuarios de la Extractora.

—A este ya lo hemos visto dos veces hoy, no le queda mucho. Te apuesto un encerado de botas a que dentro de tres días ya no lo vemos.

—Acepto. Aún le queda un poco de grasa. Yo apuesto a que por lo menos aguantará cuatro días más.

En el espesor de sus pieles, Lastyanax notó que las teclas del grafomancio se desplazaban. Apartó un faldón de su capa y consultó discretamente el instrumento: «EMPIEZA LA ESCALADA». Movió las teclas para borrar el mensaje. A partir de este momento, tenía quince minutos para llegar al azur vivo.

Al final del pasillo, dos soldados, equipados cada uno con un objeto largo parecido a una espátula de metal, pasaban sus extraños utensilios por el cuerpo de cada animiado, como intentando detectar algo. Lastyanax sintió que le invadía el pánico. Aspasia no había dicho nada de esta operación de seguridad. Aflojó el paso cuanto pudo sin parecer sospechoso mientras intentaba comprender para qué podían servir las espátulas. Tenían sellos grabados. Cuando solo estaba a unos pasos de los soldados, logró descifrarlos en parte: se trataba de sellos de atracción.

Al verlo llegar, los soldados se cuadraron y se golpearon el pecho. Los animiados que se disponían a escanear se lanzaron a sus pies con impaciencia: tenían prisa por pasar la cámara de seguridad para llegar a la sala de extracciones. Uno de los soldados avanzó hacia Lastyanax.

—Con el debido respeto, teniente, nuevas medidas de seguridad —indicó levantando la espátula.

Lastyanax adoptó una expresión marcial y se aclaró la garganta.

—¿Qué es, soldado? —preguntó adoptando una voz grave para parecer más viejo de lo que era.

—Un imán de oricalco. Lo utilizamos desde hace tres días. Órdenes de arriba —añadió el soldado, señalando con el dedo la cima de la torre.

Una descarga de estrés se apoderó de Lastyanax. El grafomancio, en el bolsillo de su capa, contenía oricalco. Cuando el soldado avanzó hacia él con la espátula, sacó espontáneamente el invento de la capa.

—Debo llevarle este aparato al administrador de la sala de extracciones. Es un nuevo instrumento de medida que permite determinar la cantidad exacta de ánima que contiene un ser humano. El mecanismo es de oricalco.

Los soldados eran suficientemente legos en materia de magia como para no poner en duda lo que acababa de afirmar; o, al menos, eso

esperaba él. Las miradas indecisas de los dos hombres gravitaron alrededor del cilindro. El temisciro que había interpelado a Lastyanax se rascó la cabeza con el mango de la espátula.

—Pero el administrador de la sala no ha llegado todavía, jefe, es muy temprano, aún no ha terminado nuestra guardia.

Lastyanax tenía esta información de antemano: en su visita a la Extractora, Aspasia se informó de los horarios de trabajo de Rhodope.

—No tardará en llegar —respondió, barriendo la objeción con un gesto de la mano. Bajó la voz y añadió en tono confidencial, como si desvelara información destinada a los más altos niveles jerárquicos—: Como vamos a proceder a pruebas que pueden resultar… intensas… para los voluntarios, el administrador ha elegido esta hora para evitar que haya demasiados testigos.

Los ojos de los soldados se desviaron hacia las pálidas siluetas de los animiados, que observaban la conversación muy cerca de ellos. Se apartaron para abrirle paso.

—Ah, de acuerdo, entendido, jefe. En ese caso, adelante, pase. Disculpe las molestias.

Lastyanax se guardó el grafomancio en el bolsillo y dijo:

—Han hecho bien en comprobarlo de todas formas, más vale pasarse de prudente que quedarse corto. Sigan haciendo tan bien su trabajo, soldados.

Con las mejillas rojas de orgullo, sus interlocutores sacaron pecho y se lo golpearon con la mano. Lastyanax cruzó la puerta. Lamentaba que Pirra no hubiera estado con él para admirar su jugada.

Como había explicado Aspasia, habían reorganizado la zona de la cárcel dedicada a las extracciones desde su última visita. En la época, el edificio solo tenía una máquina pequeña instalada en una pequeña habitación de paredes que amarilleaban. Lo habían repensado todo para permitir una doble extracción permanente: la de los voluntarios en la planta baja y la de los magos arriba, en el atrio. Lastyanax entró en la zona reservada a los voluntarios. Los animiados pasaban por un gran vestidor: colgaban sus cosas en percheros, guardaban sus viejas botas grasientas en casilleros y se cubrían la cabeza con cofias antes de dirigirse hacia otra puerta.

Lastyanax los siguió y entró en la sala de extracciones. Había una treintena de mesas de operaciones alineadas en la amplia estancia circular. Flotaba un olor desagradable, una mezcla de productos químicos y fluidos corporales. Tumbados en las mesas, los animiados mascaban goma. Su ánima transitaba por cascos rematados con tubos sobre sus cabezas. Los tubos serpenteaban por el suelo antes de conectarse a un grueso conducto que desaparecía en el techo de la sala. Parecían las raíces de un árbol monstruoso.

La cantidad de ánima que migraba de los voluntarios hacia el

conducto central era tanta que los tubos se agitaban con sobresaltos y las esferas luminosas parpadeaban a veces. Lastyanax sintió vibrar su propia ánima al ritmo del flujo de energía que circulaba en la habitación.

Como Pirra y él habían anticipado, los soldados estaban bajo mínimos. Era muy temprano, y una parte de las tropas había sido movilizada para vigilar la coronación del nuevo Basileus: solo tres temisciros gestionaban la operación.

El primero se encargaba de instalar a los voluntarios en las mesas libres. Distribuía un pedazo de goma de loto a cada recién llegado, les colocaba un casco en la cabeza y activaba un temporizador mágico para controlar la duración de las extracciones. En cuanto sonaba un timbre, el segundo operador les quitaba los cascos y los ayudaba a ponerse de pie para volver al vestidor. El tercero, armado con un sello de agua y un paño, limpiaba los vómitos y las manchas de sangre de los desgraciados cuyos cuerpos habían soportado mal la extracción.

Trabajaban deprisa, con un ojo puesto en la clepsidra, como obreros sometidos a una cadencia sostenida. En lugar de la capa reglamentaria, vestían batas blancas similares a las de los magos-curanderos. Lastyanax sospechaba que las cabezas pensantes temisciras querían tranquilizar a los voluntarios revistiendo de un carácter médico las extracciones.

Su llegada desencadenó un sobresalto nervioso en los tres operadores. Dejaron lo que estaban haciendo y se golpearon el pecho, mirando fijamente la clepsidra como si temieran que les reprocharan su lentitud.

—Vuelvan a sus tareas —dijo Lastyanax retomando su voz grave.

Los temisciros acataron sus órdenes. Mientras pasaba entre las mesas de operaciones, Lastyanax los vio intercambiar miradas interrogadoras. Con las manos cruzadas a la espalda, hizo como si inspeccionara el lugar, ora examinando los sellos de aspiración grabados en el interior de los cascos, ora el conjunto de tubos. Su destino era la puerta que se encontraba en el otro extremo de la sala.

—Last.

Se quedó petrificado al oír su nombre. Miró en derredor. A dos mesas de él, un animiado lo miraba fijamente con ojos vidriosos. El casco de aspiración le quedaba enorme sobre su cabeza. Lastyanax tardó varios segundos en comprender de quién se trataba: era Philippidès, un antiguo mozo de cuadra de su padre, uno de esos jóvenes desubicados del primer nivel que frecuentaban los establos con la esperanza de participar en las carreras y obtener un día gloria y fortuna.

Cuando era pequeño, Lastyanax tenía que limpiar con frecuencia las casetas con él. Habrían podido hacer migas, pero Philippidès le

tenía celos. Azno dedicaba gran parte de su tiempo a entrenar a su hijo para hacer de él un buen jinete. Sin embargo, Lastyanax se resistía a aprender el oficio que le imponían y que odiaba. Philippidès, por su parte, soñaba con montar a caballo y se dedicaba en cuerpo y alma a ello. La injusticia de esta situación los había llevado a detestarse mutuamente. Las carretillas de boñigas no les habían acercado.

Como Philippidès parecía a punto de llamarlo de nuevo, Lastyanax se le acercó deprisa para no llamar la atención de los operadores. Por suerte, estos últimos estaban ocupados con las náuseas de un voluntario.

Cuando Lastyanax vivía aún con sus padres, Philippidès tenía una cintura de avispa. Nunca saciaba el hambre y lo hacía adrede para ser más ligero en su silla de montar. Ahora solo era un saco de huesos con los ojos demasiado grandes. Con la boca pastosa por la goma, balbuceó:

—¿Qué haces aquí? ¿Y ese uniforme?

Lastyanax miró el casco. Pensó en lo que le esperaba a Philippidès y le dio un vahído.

—¿Por qué has venido aquí? —le dijo en voz baja—. Esto te matará.

Incapaz de soportar por más tiempo la escena, cogió el casco de Philippidès y se lo quitó de la cabeza. Los operadores lo vieron y lo miraron frunciendo el ceño.

—Sigan con la extracción —ordenó Lastyanax en un tono perentorio—, voy a interrogar a este voluntario.

Tras una breve vacilación, los tres temisciros reanudaron sus actividades. Entretanto, Philippidès pareció recuperar un semblante más consistente. Pestañeó y murmuró:

—Todo esto es culpa de tu viejo. Solo tenía que haberme dejado correr con Rescate en vez de cederle mi sitio a esa sucia mocosa. Yo habría ganado la copa.

Lastyanax no sabía qué decir. Una vez más, se veía enfrentado a la incongruencia de Arka.

—Pero es que tu viejo nunca creyó en mí —continuó Philippidès mascando la goma—. Un día me harté y me fui, pero no encontré trabajo. Y cuando la cúpula se rompió todo se complicó. Entonces me dije que, si venía a dar ánima, tendría algo que llevarme a la boca… Nunca debería haber tomado esta porquería de goma.

Seguía masticando la masa. Un hilo marrón le caía por la comisura de los labios.

—No sé qué haces aquí, pero vuelve a ponerme el casco—añadió —. Te dan otra ración de pan si aguantas toda la extracción. Ya no tengo hambre, pero se lo daré a mi hermana pequeña.

Lastyanax sabía que no podía interrumpir mucho más tiempo la operación sin acentuar las sospechas de los temisciros. Con todo el pesar de su alma, obedeció. En cuanto el casco recuperó su lugar sobre su cabeza, Philippidès volvió a sumirse en un letargo. Lastyanax retrocedió unos pasos, con el corazón en la boca.

Notó que las teclas del grafomancio se desplazaban en su bolsillo. Apartó un faldón de la capa: el aparato escondido indicaba «ESTOY EN LA CELDA». Pirra estaría desbloqueando la puerta. A Lastyanax le quedaban diez minutos para llegar al corazón de la máquina, en el atrio. El tintineo de los temporizadores mágicos exacerbó su nerviosismo. Si no se daba prisa, todo su plan de sabotaje se iría al garete.

Cruzó la sala apretando el paso hacia la puerta situada en el otro extremo. Estaba bloqueada por una cerradura con un mecanismo voluminoso. Cuando Aspasia visitó la prisión, Rhodope le enseñó cómo funcionaba esa clase de cerraduras. Pensando aún en la estupidez de su antiguo camarada, Lastyanax se quitó la placa y la insertó en la hendidura prevista a tal efecto, emitiendo un «clic». Puso la mano sobre el pomo de la puerta y empujó la hoja.

Un hueco de escalera frío y silencioso apareció ante él. Subió los peldaños y fue a dar con otra puerta cerrada. La abrió con su placa y desembocó por fin delante del corazón de la máquina.

El alambique, instalado en medio de una sala octogonal de paredes acristaladas, se dilataba zumbando como un enorme coleóptero. Estaba conectado al conducto de la sala de extracciones de los voluntarios y a otro conducto que atravesaba el techo. La pieza, situada en medio del atrio de la cárcel, estaba un poco elevada, como una torre de control. Lastyanax ya había tenido la ocasión de ver el atrio, pero sus dimensiones vertiginosas lo sobrecogieron de nuevo. Centenares de celdas se veían a lo largo de las paredes. En cada nivel, largos pasillos rodeaban el vacío. Pasarelas metálicas más estrechas permitían subir a las diferentes plantas. Los levitadores, accionados por los guardias temisciros, recorrían el atrio de arriba abajo. Esferas largas como tortugas flotaban en medio de este ballet aéreo, derramando sin descanso su luz cruda sobre los detenidos.

Una treintena de reclusos estaban esposados a mesas de extracciones. Un levitador vacío aguardaba para llevarlosde vuelta a sus celdas. Los tubos de los cascos colocados sobre sus cabezas convergían hacia la sala elevada donde se hallaba Lastyanax.

Reconoció a algunos magos entre las siluetas escuálidas a las que extraían ánima. Una de ellas, más larga que la media, atrajo enseguida su atención: acostado en una mesa demasiado corta para sus largas piernas, Pétrocle esperaba el final de su extracción. Estaba flaco, sucio, pálido, pero ahí estaba. A pesar del casco que le bombeaba el

ánima, miraba a su alrededor con inquietud, al acecho de Lastyanax. A este último le entraron ganas de precipitarse hacia el cristal para llamarlo.

En vez de eso, se acercó al alambique, cuyo vientre parecía latir bajo el efecto de la cantidad de ánima que transitaba en el interior. Bajo el serpentín con que terminaba el aparato, un gran cubo de latón esperaba absorber más energía. Los temisciros habían conseguido fundir las pepitas de azur vivo para forjar una cuchilla grande. La enorme hoja azul, conectada a una palanca, estaba recubierta de unas franjas finas de oricalco. Parecía dispuesta a cortar el cable de metal que conectaba el cubo al serpentín como un cordón umbilical.

—Saludos, teniente, mis excusas, no lo había visto.

Lastyanax se sobresaltó y levantó la cabeza. Un temisciro acababa de aparecer detrás del alambique. Llevaba una bata blanca como sus colegas de la sala de extracciones. Lastyanax volvió a meterse en su papel de supervisor de trabajos.

—Voy a inspeccionar la máquina, soldado —anunció.

—Entendido, teniente. Si le parece bien, voy a cambiar el cubo, este ya está cargado.

Pasando de las palabras a los hechos, el técnico accionó la hoja de azur vivo. Cuando la cuchilla cortó el cable, una vibración hizo temblar el alambique y envió una ola de sacudidas a los tubos distribuidos alrededor de la sala. En el atrio, los magos tendidos sobre las mesas hicieron una mueca de dolor.

—Listo. De aquí directamente al segundo nivel para fabricar adamante —dijo empujando el carro junto a la pared—. Llegamos justo a tiempo, no hay reservas —precisó con orgullo.

Mientras el operador ajustaba la conexión entre el nuevo cubo y el alambique, Lastyanax miró los medidores fijados a la carpa de la máquina. Las agujas oscilaban sobre las esferas. Mancímetros, comprendió Lastyanax. Los instrumentos servían para calibrar la cantidad de ánima contenida en el alambique. Entrecerró los ojos y forzó el mecanismo de los distintos aparatos para que las agujas giraran a la derecha, donde la esfera indicaba «PELIGRO».

—La máquina está sobrecalentada —anunció.

El operador volvió y Lastyanax lo vio palidecer cuando comprobó el medidor. A todas luces, el temisciro no estaba cualificado para solucionar problemas de esta índole. Para que su superior no pensara que era un inútil, el operador manoseó la esfera, pegó la oreja al alambique, apretó al azar un tornillo del serpentín y observó el medidor rascándose la barbilla, con aire de entregarse a intensas reflexiones. Finalmente, se dio por vencido.

—No lo entiendo, teniente, la aguja estaba a la izquierda al final de la última extracción, no entiendo por qué se ha movido…

—Me da igual dónde estaba antes la aguja, solo quiero que vuelva adonde se supone que tiene que estar —le cortó Lastyanax—. Vaya fuera a comprobar si hay algún problema con las mesas de extracciones.

Una vez más, constató con asombro que se armaba de seguridad más fácilmente cuando fingía ser otra persona. El operador se apresuró a salir de la sala por una puerta que llevaba al atrio. En ese instante, Lastyanax sintió que las teclas se movían por dentro de la capa. Consultó el grafomancio. «PUERTA DESBLOQUEADA», había escrito Pirra. Había llegado el momento de sabotear la máquina. «COJO EL AZUR VIVO», respondió.

Sin esperar más, extrajo una lámina de metal del bloque de oricalco que acababa de ser fabricado y moldeó una llave inglesa. Luego fue hasta la cuchilla de azur vivo y utilizó su herramienta para desmontar el mecanismo que lo mantenía en marcha. La operación era tanto más fastidiosa cuanto que temía en todo momento la llegada del operador. A pesar de que le temblaban las manos, los tornillos terminaron cediendo y la hoja cayó al suelo.

En el mismo instante, sonó una alarma. Lastyanax se enderezó con la hoja estriada de oricalco entre las manos. En el atrio, en medio de los magos encadenados a sus mesas, se levantó una enorme humareda. Como estaba previsto, Pirra había lanzado la esfera de humo.

Alertados, los soldados-pajareros empezaron a correr por los pasillos y las escaleras. En unos instantes, el atrio se ahogó en la humareda. Detrás de las ventanas de la sala, Lastyanax ya no veía a nadie, pero oía toser a los magos y las exclamaciones de los soldados-pajareros. Había llegado el momento de ir a buscar a Pétrocle y reunirse con Pirra en el cuarto nivel.

Con la hoja de azur vivo en la mano, fue hasta la puerta por la que había salido el operador y la abrió. Enseguida la humareda invadió la sala del alambique. La acritud de las emanaciones le provocó tos. Le picaron los ojos. Se subió el cuello del uniforme de pajarero hasta la boca para respirar mejor y se concentró. En cuestión de segundos, su cuerpo quedó englobado en una burbuja de aire. La humareda, repelida por su ánima, se puso a dar vueltas a su alrededor como una fiera presta a devorarlo.

Descendió el tramo de escalones que permitía acceder al atrio. La alarma seguía aullando. Todo se había vuelto negro a su alrededor. Por fortuna, había memorizado la configuración del lugar. Avanzó entre las filas de camillas contando los pasos, aún rodeado de su burbuja de aire, que desvelaba a su paso los rostros demacrados de los magos tumbados. Estos últimos no dejaban de toser. Lastyanax sabía que el humo no era peligroso, pero, aun así, se sintió mal por infligir un tormento adicional a sus colegas. Varios lo interpelaron,

estupefactos:

—¡Lastyanax! ¿Qué hace aquí?

—¿También usted ha jurado lealtad a los temisciros?

—Esta humareda… ¿Viene a liberarnos?

—¡Sáquenos de aquí!

Lastyanax intentó no mirarlos a los ojos y apretó el paso. Estaba asustado de ver hasta qué punto habían adelgazado. Sus togas parecían viejos harapos. No tenían nada que ver con los hombres que lo habían condenado a muerte dos meses antes.

—¡Lasty!

Esposado a una mesa de operaciones, Pétrocle acababa de aparecer en el campo visual de su burbuja. Lastyanax fue corriendo hasta él, de pronto invadido por la alegría de poder hablarle finalmente. Pero Pétrocle no parecía muy feliz de verlo.

—Last, Rhodope está al corriente de todo —dijo apresuradamente meneando la encasquetada cabeza—. Ha descubierto nuestra estratagema para comunicarnos. Hace más de una década que el muy bellaco responde en mi lugar a los mensajes de Pirra. Creo que piensa detenerla en el cuarto nivel. Tienes que largarte con el azur vivo, deprisa…

A Lastyanax se le heló la sangre de las venas. En ese mismo momento resonaron ecos de voces. Oyó un martilleo de tacones: una escuadra de soldados-pajareros bajaba por la escalera metálica para acceder al atrio.

—No puedo dejarte a…

—¡Vete con el azur vivo, si no todo esto no habrá servido de nada!

Lastyanax dejó a un lado el pánico que le invadía y procuró reflexionar. No podía subir al cuarto nivel con el levitador como había previsto. Tampoco podía salir por el primer nivel: como habían dado la alarma, la puerta mecamántica de la entrada se había cerrado automáticamente. En resumen, estaba atrapado en la prisión. El azur vivo, por su parte, podía viajar…

—Vamos a salir de aquí como sea, te lo prometo —le dijo a Pétrocle.

Luego dio media vuelta y, todavía protegido por su burbuja de aire, se alejó hacia el levitador. El artefacto se perfiló ante él. Subió a la plataforma y deslizó las palancas del panel de control hacia la muesca del séptimo nivel. Luego apretó el sello de arranque y el levitador despegó.

Era un viejo trasto que se desplazaba con lentitud. Vibraba tanto que Lastyanax sintió que sus muelas entrechocaban. Mientras se elevaba en la columna de humo, oyó que uno de los soldados-pajareros gritaba:

—¡Acaba de tomar el levitador!

Unos dardos lanzados a ojo por los temisciros pasaron silbando cerca de sus orejas y rebotaron contra el armazón metálico del aparato. Lastyanax esperó un segundo más antes de saltar de la plataforma, rezando por no recibir un tiro perdido.

A causa del humo, no calculó bien la distancia que lo separaba del suelo y su caída fue más larga de lo previsto. Amortizó el choque con una levitación y recuperó la hoja de azur vivo caída al suelo. A su alrededor, oía a los soldados-pajareros desplazarse a ciegas entre las mesas de operaciones mientras gritaban: «¡Se escapa con el levitador!». Su señuelo había funcionado. Fue corriendo a la sala del alambique, utilizando su mapa mental del lugar para ubicarse. El humo la había invadido. Lastyanax llegó hasta la puerta que permitía acceder a la sala de extracciones de los voluntarios. El bloque de oricalco, destinado al segundo nivel, enrojecía a un lado. Lastyanax se abalanzó sobre él con la hoja de azur vivo en la mano.

De pronto, una corriente de aire exterior aspiró el humo al exterior de la sala. Lastyanax se volvió. Tres soldados-pajareros asomaron por el marco de la puerta, apuntándole con los brazaletes. Un cuarto hombre vestido con el uniforme temisciro entró detrás de los soldados. El recién llegado sujetaba un globo de vidrio perforado, hacia el que los penachos de humo confluían en un torbellino. Sonreía de oreja a oreja.

—¡Laaaast! —exclamó Rhodope—. ¿Qué te cuentas, muchachote?

Arka

La mañana de la coronación, Arka se despertó en la caseta de Tapón después de una noche agitada. Miró por la ventanade los establos. El alba despuntaba a través de la cúpula. Algunos hiperbóreos madrugadores se dirigían hacia las murallas para garantizarse un buen sitio durante la ceremonia. Era la primera vez desde hacía casi doscientos años que la ciudad iba a conocer el advenimiento de un nuevo Basileus. Arka comprobó que el colgante improvisado con una hoja de oricalco seguía conteniendo la pepita de azur vivo y salió de la zona de los establos. Después de una noche de rugidos, finalmente su vientre había dejado de protestar: parecía haber aceptado el hecho de que no iba a recibir alimento.

Una multitud dispersa se había congregado ya al pie de la muralla cuando llegó. Muchos se habían llevado sillas, mantas y cantimploras autocalentables para asistir cómodamente al inicio de la ceremonia. Empezaba a amanecer: la luz rosa de la mañana bañaba únicamente las cimas de las torres. Unos oficiales del palacio real, vestidos con togas de gala y portando pesadas cofias que debían de ser muy

solemnes, pero que a Arka se le antojaban ridículas, iban apostándose en las murallas. A su alrededor, los mirones comentaban cada objeto, cada atuendo ceremonial. Los aficionados a la historia hacían comparaciones con las crónicas de la última coronación.

En la lejanía, los contornos de la torre hundida se perfilaban en la mañana brumosa. Cacique y sus compañeros habían hecho un buen trabajo: los bloques de adamante tapaban prácticamente la brecha entera. Arka constató que la temperatura aumentaba. Las gotas perlaban las estalactitas que colgaban de las murallas.

Transcurrió media hora durante la cual se entretuvo seleccionando entre la hierba, debajo de la nieve, tres piedrecitas con cantos afilados y forma ovalada. Un flujo cada vez más importante de espectadores se congregó cerca de las murallas. El sol alcanzó poco a poco los niveles inferiores, haciendo resplandecer las pinturas murales.

Transcurrió otra media hora. La asamblea era ya tan densa que Arka se preguntó si podría utilizar la honda, por ahora escondida entre sus pieles. Mientras buscaba una manera de apartar a su entorno inmediato, creció un clamor. Se pusode puntillas para ver mejor.

Observó el techo del palanquín real, adornado con grifos dorados y sostenido por ocho portadores, dirigirse hacia las murallas. El vehículo, cuyo ocupante quedaba oculto traslas cortinas de seda, subió por una pasarela formada por una fila doble de soldados-pajareros y policías hiperbóreos con uniformes rutilantes. Flautas y liras, acompañadas por los poderosos acordes de un órgano hidráulico, marcaban el ritmo de esta llegada triunfal.

Subieron el palanquín por los peldaños de la escalera que llevaba al camino de ronda. Una bandada de palomas levantó el vuelo cuando el vehículo se detuvo en lo alto de las murallas, sus oros inundados de luz —los temisciros habían tirado la casa por la ventana—. Arka escrutó las gradas: no veía a Sileno por ningún parte. Las cortinas del palanquín se descorrieron. El general Filón se apeó. Con paso altivo y expresión grave, subió los escasos peldaños del estrado. Habían cosidoa su capa real plumas de rocho de sedosos reflejos para recordar su origen extranjero.

En ese mismo momento, un hombre barrigudo cubierto con una magnífica toga de terciopelo púrpura bordeada de armiño apareció en lo alto de las murallas. A Arka se le aceleró el pulso. Observó a Sileno saludar con solemnidad a la multitud jubilosa y luego colocarse al lado del Basileus electo, en el estrado. Arka se hundió la mano en el cuello y sacó discretamente la honda, luego se quitó la manopla derecha y rebuscó en su bolsillo una de las tres piedras recogidas del suelo.

Un oficial le tendió un cofre de oro al lémur. Sileno abrió la tapa y sacó un pesado cinturón de oricalco y lapislázuli; era el cinturón que

el antiguo Basileus llevaba en las carreras.Doblando la rodilla, el lémur alzó por encima de su cabeza el cinturón real, con las palmas de las manos vueltas hacia el cielo. Arka se alejó un paso para tener un poco más de espacio para desplegar la honda. Filón separó los brazos frente a la multitud. Arka dibujó arabescos en el aire con la tira de cuero.

Cuando el lémur se disponía a pasarle el cinturón al temisciro alrededor de la cintura, una bola de nieve salió volando hacia el dosel. Se oyeron gritos en varios puntos entre la multitud:

—¡FUERA TEMISCIRA, NO LA QUEREMOS!

—¡LIBERAD A LOS MAGOS!

—¡FUERA FILÓN!

Arka reconoció acentos napocianos entre los abucheos, pero no solo de ellos: hiperbóreos de todas las procedencias rechazaban al nuevo Basileus. Volaron más bolas de nieve, que rebotaban alrededor de Filón o eran desviadas en pleno vuelo. Arka soltó un juramento; un campo protector rodeaba al Basileus electo. No había previsto esta posibilidad.

La situación empezó a degenerar. Un gran revuelo y nuevos gritos indicaron que habían estallado altercados entre los simpatizantes y los detractores de Filón. Arka pensó que si arremetía contra el lémur su maestro no sería capaz de identificarla en medio del caos generalizado. Era más conveniente buscar otro momento para llamar su atención. Aprovechó que los soldados-pajareros corrían hacia la multitud para detener a los alborotadores para esconder la honda, y se alejó abriéndose paso a empellones.

Sin embargo, aunque había crecido, seguía siendo más bajita que la mayoría de los adultos que la rodeaban. Los gritos se transformaron en alaridos, la multitud se transformó en oleaje y pronto Arka se vio zarandeada por el pánico colectivo. Con las costillas comprimidas por sus vecinos, dejó de tocar el suelo y le costaba respirar. La angustia le oprimió la garganta. No sabía cómo deshacerse de la masa de carne humana que parecía dispuesta a aplastarla.

De pronto, una mano se abatió sobre su brazo y la remolcó entre la muchedumbre. Arka tuvo la sensación de que un rodillo de pastelería la aplastaba. Cuando empezaba a preguntarse si volvería a respirar, la presión de los cuerpos se relajó. Aspiró grandes bocanadas de aire y miró en derredor. Había llegado a la periferia de las torres. En torno a ella, la gente huía de las violencias cuyo epicentro se situaba al pie de la muralla. Y delante de ella…

—Sileno te ha localizado entre la muchedumbre, pero no habría causado buena impresión que se desmaterializara en plena ceremonia para ir a buscarte.

Con la mano aún ciñéndole el brazo, el amo de los lémures le

sonreía.

10

Las caras bajo el hielo

PIRRA

—*P*irra… ¡Cielo santo, despierta! Pirra…

Pirra notó que le tocaban el hombro. Parpadeó. La celda en la que Rhodope la había dormido se dibujó a su alrededor. Una silueta desgarbada la dominaba. Le costó varios segundos entender a quién pertenecía la silueta y la manaza que la sacudía.

—¡Qué alegría volver a verte! —exclamó Pétrocle abrazándola tan fuerte que casi la asfixia.

Pirra nunca habría imaginado que el abrazo de un chico que apestaba tanto pudiera hacerla tan feliz. Y devastarla a partes iguales. Porque, si Pétrocle estaba aquí, eso quería decir que Lastyanax no había conseguido liberarlo de la sala de extracciones. Pero ¿dónde estaba Lastyanax? No veía a nadie más en la celda.

—Suéltame, que no puedo respirar —articuló, con la boca hundida en la toga púrpura de Pétrocle, cuyo olor, decididamente, no acariciaba sus fosas nasales.

Mientras la soltaba, Pirra reunió sus pensamientos y preguntó:

—Lastyanax. ¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

—No sé cómo narices lo ha hecho, pero ese sucio vendido de Rhodope descubrió nuestro método de comunicación y se enteró de nuestro plan. Hace unos días nos trasladó de celda. Sin duda, su idea era responderte haciéndose pasar por mí… En resumen, los temisciros estaban al corriente de todo. Nos pararon en el primer nivel. Me han encerrado aquí y no sé dónde se han llevado a Last.

Pirra se levantó a duras penas. Mientras estaba inconsciente, Pétrocle la había tumbado en una banqueta para que tuviera menos frío. Había salido el sol y una claridad vacilante se colaba por la aspillera.

—¿Qué piensa hacer Rhodope con él?

—Obligarle a confesar dónde tiene escondido el azur vivo —respondió Pétrocle.

Perpleja, Pirra le preguntó:

—¿Ya no lo tienen?

—No. Lasty encontró un escondrijo para el azur vivo antes de que los temisciros nos atraparan. Y ahora nuestro antiguo compañero de clase quiere arrancarle dónde lo tiene escondido. ¡El muy bribón! Tendría que haberle hundido la pérfida cabeza en el cubo del pis cuando tuve la oportunidad.

—¿El cubo del pis?

—La pieza clave de mi nueva profesión —respondió Pétrocle—. Las amazonas me nombraron encargado de la recuperación de los derrames urinarios y, como mostré buena disposición para el puesto, los temisciros me emplazaron a seguir haciéndolo cuando tomaron la dirección de las operaciones. Una reconversión lograda.

Pirra no entendía nada de esas historias, pero la verborrea era buena señal viniendo de Pétrocle. Además, si Rhodope intentaba averiguar dónde estaba el azur vivo, eso significaba que Lastyanax había conseguido esconderlo. Se preguntó cómo habría disimulado varias libras de azur vivo en una prisión repleta de temisciros y, sobre todo, hasta dónde era capaz de llegar Rhodope para conseguir esta información. Pirra sabía de sobra el odio larvado que existía entre sus dos antiguos compañeros de clase. Su rivalidad se remontaba a las pruebas de la Asignación, cuando Rhodope le partió la nariz a Lastyanax. Ahora que cada cual había escogido bando, temía hasta dónde podría llevarlos esta rivalidad.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que Rhodope se ha llevado a Lastyanax?

—Diría que casi dos horas.

Pirra se levantó y se acercó a la aspillera del muro. Un aire gélido entraba por el agujero fundido en el adamante. Rhodope no se había tomado la molestia de sellar esta salida. Simplemente, le había confiscado a Pirra su material de escalada, el horologium, el grafomancio y la bolsa que portaba en bandolera. El pánico se apoderó de ella. Ya no tenía ningún medio de evadirse, ni de defenderse, ni de ayudar a Lastyanax. Su plan se había ido al garete y se hallaban a merced de los temisciros. Volvió a la banqueta, al lado de Pétrocle, hundió la cara entre las manos y murmuró:

—Pero ¿cómo ha sabido que íbamos a venir?

—Gracias a tu hermana.

Pirra levantó bruscamente la cabeza. Rhodope acababa de aparecer detrás de los barrotes de la celda, acompañado de dos soldados-pajareros. Una mezcla de ira y miedo invadió a Pirra. No creía que

Rhodope fuera capaz de hacerle daño, pero, al mismo tiempo, no estaba segura de que este Rhodope, que había pasado tres décadas sometido al yugo de las amazonas y que ahora vestía el uniforme temisciro, siguiera siendo la misma persona.

—No pensé que Aspasia fuera sobornable hasta el punto de vender a su propia hermanita al enemigo —dijo Pétrocle.

—No, no me ha vendido —respondió Pirra, a quien, no obstante, se le había pasado la idea por la cabeza.

—Tu hermana es una cursilona sin dos dedos de frente—dijo Rhodope.

Pirra siempre había sido la primera en defender este análisis ante su familia y sus amigos, pero no soportaba oírlo de su boca.

—Aspasia es mucho más espabilada de lo que te imaginas —repuso ella.

Al otro lado de los barrotes, Rhodope movió el torso hacia atrás y se echó a reír.

—Entonces alguien tendrá que explicarme cómo pudo pensar un solo segundo que me tragaba su numerito. «Oh, Rhodope, ¿podrías autorizarme una visita por la prisión?» —añadió con una voz de falsete que imitaba los melindres de Aspasia—. Coqueteó más conmigo que cuando tú y yo nos veíamos en casa de tus padres.

No despegaba los ojos de Pirra y parecía deleitarse con su repugnancia. Pirra se avergonzó de haberse sentido atraída por la seguridad excesiva de Rhodope en el pasado.

—En fin, enseguida me di cuenta de que venía a pescar información, y sospeché que tú estabas detrás de todo eso —prosiguió Rhodope—. Por precaución, vine a ver a tu gran amigo Pétrocle. Eso es lo que me hizo descubrir vuestra estratagema —dijo señalando el trozo de toga púrpura que seguía atado al alféizar de la aspillera.

—¿Qué has hecho con Lastyanax? —preguntó Pirra.

—Os llevaré con él —respondió Rhodope, que pareció decepcionado por la voz rota de Pirra a causa de la ira y la inquietud.

Hizo una seña a los dos soldados-pajareros. El primero levantó su brazalete y apuntó a Pétrocle mientras el segundo abría el cerrojo para entrar en la celda con dos pares de guanteletes en la mano. Se acercó a Pirra y le asió las muñecas para enfundarle los guanteletes, que impedían dibujar sellos. Ella lo dejó hacer sin oponer resistencia, consciente de que la apuntaban con los dardos. Tenía ganas de ver a Lastyanax y, al mismo tiempo, sabía que Rhodope quería utilizarlos como medio de presión. Al menos eso significaba que Lastyanax no les había revelado el escondrijo del azur vivo.

El temisciro agarró a Pirra y a Pétrocle de los codos y los sacó de la celda. En la plataforma, el otro soldado-pajarero seguía apuntándoles. Pétrocle le dijo a Rhodope:

—Te lo advierto, como le hayas tocado un solo pelo a Lasty, te…

—No me sueltes amenazas que no serás capaz de cumplir —cortó Rhodope—. Andando.

Con una mano apoyada en la espalda de Pirra, la condujo hacia una escalera metálica que daba acceso al pasillo del cuarto nivel, en la planta superior. Pirra siempre había detestado su manía de querer empujarla así por dondequiera que fueran, como si creyera que, para cruzar una puerta o subir a una tortuga, ella necesitaba su iniciativa.

Sus pasos resonaron en la plataforma de metal. Los dos soldados-pajareros los flanqueaban, armados y vigilantes. Los magos los miraban pasar pegados a los barrotes de sus celdas. Pirra habría querido pensar en una forma de escapar, pero no lograba concentrarse.

Llegaron al punto de atraque de un levitador lo bastante grande como para transportar a media docena de personas.Pirra se pegó a la barandilla, empujada por Rhodope.

—¿Por qué has cambiado de bando? —le preguntó mientras el resto del equipo subía al levitador.

—No he cambiado de bando, sigo al servicio de Hiperbórea —respondió Rhodope accionando las palancas del panel de control del artefacto—. Los temisciros nos liberaron. Sin ellos, seguiría muerto de hambre en esta prisión, soportando la presencia de tu gran amigo —añadió señalando a Pétrocle.

Parecía que los desafiaba a contradecirlo.

—Menuda liberación —ironizó Pétrocle con un movimiento de hombros, las manos atrapadas en los guanteletes—. Les has hecho la pelota desde que llegaron y, sin embargo, parece que ni siquiera te han autorizado a salir de prisión.

—Puedo salir de prisión cuando me plazca —repuso Rhodope—. Simplemente, tengo responsabilidades aquí.

Al decir esto, miró instintivamente de reojo a los temisciros que los acompañaban y seguían callados.

—¿Y tus secuaces están aquí para ayudarte a traicionarnos mejor o para asegurarse de que acatas como es debido las órdenes de la oligarquía? —preguntó Pétrocle.

—No acato las órdenes de la oligarquía, obedezco a nuestro nuevo Basileus —contestó Rhodope—. Siento decepcionaros, pero los habitantes de esta ciudad han elegido a su soberano, y es el general Filón. ¿Cuándo vais a reconocer que los traidores sois vosotros? —añadió triunfalmente—. Vuestro Lastyanax, que tanto admiráis, ayudó a una amazona a encarcelar al Magisterium y a destruir la cúpula. Y ahora os ha embarcado en esta operación de sabotaje de la máquina para impedir que la reparemos.

—Lastyanax nunca ha traicionado a Hiperbórea. El juicio de su

discípula y la llegada de las amazonas fue un montaje de los temisciros para aplastar al Magisterium —protestó Pirra—. Estas elecciones han sido una gran estafa: han hecho de todo para que los temisciros solo pudieran votar a Filón. Y sabes perfectamente que los temisciros no van a limitarse a reconstruir la cúpula con todo este oricalco —añadió—. En cuanto hayan terminado de repararla, levantarán un ejército de reclutas hiperbóreos para ir a la conquista de otras ciudades. ¿Quieres guerra? La tendrás.

Rhodope accionó el sello del levitador sin mediar palabra, como si no hubiera oído nada. El artefacto despegó rumbo a la cárcel del séptimo nivel.

—Pirra, sé que es duro, pero vas a tener que reconocer que has perdido. Cuando me enteré de tu candidatura a las elecciones del nuevo Basileus, sentí pena por ti. Sabía que te llevarías una buena decepción. ¿Te hiciste con cuánto, un cuarto de los votos? Géorgon tenía razón, nunca deberían haberte autorizado a ser discípula. Se te ha subido a la cabeza. Vas a tener que aprender dónde está tu sitio: en un hogar, con un esposo e hijos, como las otras patricias. Créeme, te sentirás mejor.

—Pirra merece mil veces más que tú o que yo un lugar en el Magisterium —se sublevó Pétrocle—. Ella…

—Déjalo, Pétrocle —intervino Pirra en voz baja.

No podía evitar sentirse herida. No era solo el contenido de las frases de Rhodope lo que la ofendía, sino también su tono: como si, después de ponerla por las nubes, decidiera por despecho considerarla un ser inferior. Se sentía idiota por haberle cogido cariño. Se tragó la bilis que le subía a la garganta. Las plantas de la cárcel desfilaron alrededor de ellos en una maraña de pasillos y barrotes. Finalmente, el levitador disminuyó la velocidad y se detuvo en un punto de acoplamiento. Salieron del artefacto, recorrieron un pasillo y llegaron delante de una puerta blindada. A través de la batiente, Pirra oyó un chirrido seguido de un estertor de dolor. Nunca había oído a Lastyanax emitir un sonido tan animal y, sin embargo, enseguida supo que venía de él. Una voz ronca se elevó:

—¿Dónde está el azur vivo?

El silencio que siguió a esta pregunta fue incluso más terrible de oír que los gemidos. Un choque ahogado retumbó.Detrás de la puerta, Lastyanax gruñó. Pirra avanzó hacia Rhodope, con las manos todavía en los guanteletes. La ira que la dominaba era tan virulenta que sus cabellos se erizaron sobre su cabeza bajo el efecto del crujido de su ánima. Los soldados-pajareros la retuvieron por los brazos.

—¿Cómo te atreves a hacer algo así? —ladró Pirra—.¡Estudiasteis juntos cinco años!

—Nada le obliga a sufrir —repuso Rhodope a la defensiva—. Solo

tiene que confesar.

—¿Nos has traído aquí por eso? —preguntó Pirra—. ¿Vas a torturarnos también?

—Os he escuchado antes, sé que no sabéis dónde está el azur vivo —respondió Rhodope.

Abrió la puerta, que giró sobre sus goznes con un chirrido inquietante. En el interior de la celda, Lastyanax estaba agazapado en posición fetal en el suelo, de espaldas. Había otros dos soldados-pajareros de pie junto a él, armados con lanzas-relámpago. Se apartaron para dejar paso a Rhodope. Este se acercó a Lastyanax y lo empujó con el pie para que se volviera. Pirra pudo verle la cara. Sus párpados estaban tan hinchados por los golpes que parecía incapaz de abrir los ojos. Tenía sangre en la nariz y el labio partido revelaba un diente roto.

—¿Cómo vas, Last? —preguntó Rhodope.

Tumbado bocarriba, Lastyanax articuló con voz gangosa:

—Como alguien a quien acaban de romperle la nariz por segunda vez.

—¿Dónde has escondido el azur vivo?

—En un lugar donde no podrás encontrarlo. En alguna parte entre tu integridad moral y tus talentos de mago.

Rhodope se echó a reír y se puso en cuclillas a su lado.

—Mira quién ha venido.

Con los pulgares, obligó a su antiguo compañero de clase a levantar los párpados contusionados y le giró la cabeza a un lado. Las pupilas de Lastyanax se dilataron cuando reconoció a Pétrocle y a Pirra. Esta intentó en vano ocultar el dolor de verlo así. Era ella quien lo había arrastrado a este plan de sabotaje de la Extractora. Si no había funcionado, era culpa suya. No había previsto todas las posibilidades; tendría que haberse preparado mejor.

—Parece que Rhodope se ha entusiasmado demasiado, Lasty —probó Pétrocle con una voz mucho más aguda de lo normal—. Debe de tener muchas ganas de que sus superiores no piensen que es un inútil.

Rhodope se levantó y se frotó las manos para quitarse la mugre que cubría el suelo.

—Ahora que el trío se ha reunido por fin, podemos pasar a las cosas serias, Lasty. Voy a pedirles a mis amigos temisciros que se encarguen de tus dos acólitos para ver si te animas a decirnos dónde está el azur vivo.

Un sudor frío recorrió la espalda de Pirra. Rhodope hizo señas a uno de los soldados, que se les acercó con su lanza-relámpago. Pirra intentó contener la ola de terror que la atravesó al ver las crepitaciones azuladas del arma.

—De acuerdo, para.

Todas las cabezas se volvieron hacia Lastyanax, que rodó a un costado y se incorporó con el rostro retorcido de dolor.

—Voy a deciros dónde está el azur vivo —añadió sujetándose las costillas con un brazo.

—¡No! ¡No se lo digas! —gritó Pirra.

—No sirve de nada seguir haciéndonos los héroes, hemos hecho cuanto hemos podido —añadió Lastyanax con la voz alterada por la nariz rota.

La nueva protesta que Pirra se disponía a lanzar se apagó en su garganta. Una frase así no le pegaba a Lastyanax. Con una sonrisa victoriosa, Rhodope ordenó al soldado-pajarero que recogiera la lanza-relámpago. Los arcos eléctricos se alejaron y Pirra hizo de tripas corazón por no mostrar su gran alivio. Como todo el mundo, estaba pendiente de los labios hinchados de Lastyanax.

—¿Y bien? —preguntó Rhodope.

—Lo dejé en un levitador que envié al séptimo nivel—explicó Lastyanax con aire abatido y mirando el suelo—. Mi discípula fue a recuperarlo allí arriba.

Era la primera vez que Pirra veía a Lastyanax faltar a la verdad. Era una persona tan íntegra que hasta entonces lo había creído incapaz de mentir. Incluso durante el juicio de su discípula, no se había atrevido a apartarse de los hechos para defenderla. Ahora hablaba sin un pestañeo, sin una vacilación, aparte de la que fingía para convencer a Rhodope de sus reticencias a la hora de revelarle el escondite del azur vivo.

—¿Cómo se las ha arreglado tu discípula para entrar y salir sin que nadie la vea? —preguntó este frunciendo el ceño.

—Llegó al séptimo nivel con las alas de Ctesibio y se fue de la misma manera.

—En ese caso, ¿por qué te esperaba Pirra en el cuarto nivel?

—Habíamos previsto dos puntos de salida del azur vivo en caso de que las cosas se torcieran.

Pirra intentó permanecer impasible a pesar de la sangre que le golpeaba las sienes. Rhodope no parecía del todo convencido por las explicaciones de Lastyanax, porque él tampoco lo creía capaz de mentir.

—¿Dónde ha puesto el azur vivo tu discípula?

—Huyó por la brecha de la cúpula para esconderlo en el glaciar, cerca del camino de los caravaneros.

—¿En qué sitio del glaciar?

—El glaciar es enorme —respondió Lastyanax—. No puedo explicártelo aquí, tenemos que ir al sitio en concreto.

Pirra sabía de dónde había sacado Lastyanax la idea del glaciar:

era allí donde habían planeado deshacerse del azur vivo, tirándolo al lago helado. Rhodope empezó a caminar arriba y abajo.

—Se ha puesto nervioso —le susurró Pétrocle a Pirra—. A la dirección no va a hacerle ninguna gracia saber que el azur vivo se ha ido de paseo a los montes Ripeos.

Pétrocle pronunció esta frase lo bastante fuerte como para que Rhodope la oyera. Este último se paró y señaló con el dedo a tres de los cuatro soldados que vigilaban la escena.

—Vosotros tres, cogéis dos rochos y os lleváis a este —señaló a Lastyanax, que seguía en el suelo— al glaciar para que os enseñe dónde está el azur vivo.

Luego se volvió hacia el último temisciro.

—Tú te quedas delante de la celda y vigilas que estos dos no se escapen —ordenó—. Si el azur vivo no está de vuelta dentro de tres horas, ordenas su ejecución.

Un pesado silencio cayó sobre la celda. El propio Pétrocle se había quedado corto de comentarios. Rhodope obligó a Lastyanax a levantarse. Le pasaba una cabeza y estaba en plena forma. En comparación, Lastyanax apenas era capaz de sostenerse sobre sus piernas. Rhodope le despeinó los cabellos con un gesto que una persona menos al tanto de su relación habría podido calificar de fraternal. Lastyanax ladeó la cabeza, como si no tuviera suficiente energía para sostener su cavidad craneal. Dirigió a Pirra una mirada incisiva que ella fue la única en percibir, miró fijamente el techo y levantó discretamente siete dedos.

—Venga, andando —dijo Rhodope sujetándolo por la nuca—. Cero bromas, Lasty.

Pirra asintió imperceptiblemente con la cabeza. Lastyanax se dejó arrastrar hasta el pasillo. Los soldados salieron de allí, dejando a Pétrocle y a Pirra en la celda con las manos aún presas en los guanteletes. La puerta se cerró con un golpe que parecía una sentencia.

—Bien —dijo Pirra—, tenemos tres horas para encontrar la forma de llegar al séptimo nivel, al tejado de la prisión.

Lastyanax

Lastyanax corría un riesgo enorme por Pétrocle y Pirra. Era demasiado tarde para revocar su decisión: tenía que seguir el plan que había esbozado en su cabeza. A corto plazo, significaba aparentar el estado más débil e inofensivo posible.

No era difícil. El dolor que le producía la nariz rota se irradiaba hacia la frente y la mandíbula. Le costaba respirar a causa de las

patadas que había recibido en las costillas. El impacto de las lanzas le había dejado la piel de las palmas de las manos en carne viva, por donde los relámpagos habían vuelto a salir. Ayudándose de la lengua, Lastyanax exploró con precaución el agujero que su diente partido había dejado. No necesitaba verse la cara en un espejo para saber que no era agradable a la vista. El frívolo temor de repeler a Pirra se le pasó por la cabeza. «Ya nos preocuparemos de la estética más tarde», pensó.

Durante todo el camino hasta la cárcel del séptimo nivel, Rhodope lo condujo sujetándolo por la nuca como a un vulgar muñeco de trapo. Parecía decidido a recuperar el azur vivo lo antes posible. Sin duda, esperaba encontrar el metal antes de que los oligarcas volvieran de la coronación de Filón. Estas prisas eran el mejor aliado de Lastyanax: Rhodope ya había cometido varios errores al llevar a Pirra y a Pétrocle junto a él, al dejarlos juntos, al reconocer delante de ellos el tiempo del que disponían… y al no tomar la precaución de reforzar su escolta. A pesar de todo, tres soldados-pajareros más Rhodope sumaban demasiadas personas armadas que neutralizar. Mientras cruzaban el área de la dirección para acceder al tejado de la cárcel, Lastyanax decidió acentuar la presión.

—Pétrocle tiene razón. Tu jerarquía sigue sin estar al corriente de lo sucedido en la sala de extracciones, ¿verdad? Cuando se enteren no les va a hacer ninguna gracia.

—De aquí a entonces, habrás traído el azur vivo —repuso Rhodope con una confianza forzada—. Te conozco, no pondrás en peligro la vida de los otros dos.

Subieron por una escalera, cruzaron el áreas de la dirección y llegaron a la azotea de la prisión. El sol resplandeciente cegó a Lastyanax, que giró sobre sí mismo y observó el paisaje de torres nevadas. Una infinidad de gotitas reflejaban lágrimas de luz. Un vaho se estaba formando en el interior de la cúpula, cuya reparación casi había concluido: solo un triángulo, minúsculo visto desde abajo, dejaba entrar todavía el aire frío.

En el tejado, entre los bancos y las fuentes heladas, media docena de rochos se alisaban las plumas de espaldas a los cálidos rayos del sol y atados con cuerdas de las patas a las almenas de la Extractora. Carcasas de animales medio devorados cubrían el enlosado lleno de hielo. Lastyanax miró las aves gigantes. Cada vez lamentaba más la inspiración que le había empujado a hablar del glaciar y del vuelo fuera de la cúpula. Él no había nacido en el séptimo nivel y sus recientes acrobacias aéreas no habían mejorado su vértigo. Rhodope se volvió hacia uno de los tres soldados-pajareros de la escolta, un hombre de duras facciones que llevaba la placa de teniente.

—Tú vas delante con Last —ordenó Rhodope—. Él te indicará el

rumbo, ¿eh, Last? Vosotros dos los seguís, por si acaso.

Luego añadió dirigiéndose a Lastyanax:

—No lo olvides: si dentro de tres horas no habéis vuelto, ejecutaré a los otros.

Le dio una palmadita en la nuca con gesto familiar y se apartó. Lastyanax creyó que iría con ellos, pero Pétrocle parecía llevar razón, después de todo: Rhodope no tenía autorización para salir de prisión, cosa que le venía muy bien.

El teniente lo cogió del hombro y lo empujó hacia el pájaro más cercano, una rapaz de plumaje dorado y pico amarillo. El ave ya estaba ensillada. Se acuclilló en el suelo cuando su amo le dio la orden. Lastyanax montó en su lomo con ayuda del temisciro. Las piernas le temblaban tanto que los estribos resbalaron cuando deslizó los pies dentro. Esta posición hacía que le dolieran más las costillas. Con gestos bruscos, el temisciro ciñó las gruesas cinchas alrededor de sus piernas. Las correas de cuero se hundieron en los muslos de Lastyanax, pero acogió este dolor con alivio: al menos, no correría el riesgo de salirse de los estribos durante el vuelo. El teniente-pajarero subió a su vez a lomos de la rapaz, justo delante de Lastyanax. Se ajustó sus propias correas, cogió las riendas remachadas en el pico del animal y levantó un pulgar para indicar que estaban preparados para despegar. Sobre el ave vecina, dos soldados-pajareros le respondieron de la misma manera.

El teniente-pajarero moduló un silbido que Lastyanax escuchó con atención. De inmediato, el rocho se levantó, haciendo que los jinetes se tambalearan sobre su lomo. La rapaz fue dando saltitos hasta la altura del vacío. A cada brinco del ave, Lastyanax notaba su estómago levantarse y sus costillas repercutir contra sus pulmones. Estaba calculando la distancia que lo separaba del suelo cuando el pájaro alzó el vuelo.

Sin el trauma de sus acrobacias pasadas, la experiencia quizá le hubiera parecido emocionante. La ciudad había ganado una dimensión distinta. Las torres y los canales perdieron su relieve mientras el cielo bajo la cúpula, hasta ahora sobre un único plano, empezó a desplegarse.

Por desgracia, exaltación no era exactamente lo que sentía Lastyanax. A pesar de las cinchas y los estribos que sujetaban sus piernas a los sedosos flancos del rocho, era más que consciente del vacío bajo sus pies. Si miraba hacia abajo, tenía la sensación de ser aspirado. Habría querido sujetarse a algo, pero su único punto de agarre era el temisciro situado delante de él, y no tenía ningunas ganas de tocarlo. Se levantó el cuello del uniforme de teniente-pajarero para protegerse del viento. Se encorvó detrás del temisciro, pero el frío que entraba con fuerza por sus conductos auditivos

empezó a producirle una fuerte migraña.

La rapaz atravesó la apertura de la cúpula, seguida de cerca por el segundo pájaro. La llanura helada se abrió ante Lastyanax tan vasta, lóbrega y nevada como cuando la había cruzado a pie. Comprendió que se había equivocado al quejarse del frío en el interior de la cúpula: ahora la mordedura del viento era tal que tenía la impresión de que le quemaban las mejillas con una plancha. Empezaron a llorarle los ojos mientras una escarcha comenzó a formarse en torno a sus pestañas. Le dolían los dientes, las orejas, las costillas, la nariz, todo. Cerró los ojos y se inclinó lo más cerca que pudo del teniente-pajarero sin tocarlo, rogando porque el suplicio se acabara cuanto antes.

El vuelo duró una media hora, que le pareció interminable. Cuando por fin la rapaz descendió planeando sobre el glaciar, Lastyanax tenía los ojos tan cubiertos de lágrimas y escarcha que no veía más que una masa blancuzca atrapada entre dos montañas. Apenas a una decena de pasos del hielo, el rocho cambió a vuelo cernido, imitado por la segunda ave. Delante de Lastyanax, el teniente-pajarero se volvió y dijo:

—¿Y bien? ¿Dónde está el azur vivo?

Lastyanax pestañeó y escrutó los alrededores.

—Allí —gritó—, hay que ir al otro lado del glaciar, ríoabajo.

El teniente puso rumbo al extremo del glaciar. Al cabe de pocos segundos, los rochos llegaron a destino. Los acantilados blancos del gran circo dominaban un lago helado de aguas negras. Lastyanax había pasado la segunda noche de su periplo en la orilla, esperando salir de su insomnio contemplado las estrellas.

—¿El azur vivo está en el lago? —gritó el teniente-pajarero para cubrir las borrascas levantadas por las alas de su montura.

—No —replicó Lastyanax con el mismo tono—. Está escondido en una grieta. Voy a enseñaros dónde es; tenemos que pisar tierra.

El temisciro hizo señas a los otros dos para que aterrizaran sobre el lago. Tras un descenso en picado que hizo sentir a Lastyanax que el estómago se le salía por la boca, las rapaces se posaron en un torbellino de plumas a unas decenas de pasos del precipicio. El teniente-pajarero se apeó de la silla y desató las cinchas de Lastyanax. Este último se deslizó sobre las alas lisas del rocho y se desplomó sobre la superficie helada. El hombre lo cogió del codo y lo obligó a levantarse. Lastyanax se alegró al sentir la tierra firme bajo sus pies. Los otros dos temisciros se acercaron a ellos.

—¿Y bien? ¿El azur vivo? —repitió el teniente en tono impaciente.

Lastyanax se armó de valor. Su escolta estaba a su lado, vigilante, pero no hasta el extremo de apuntarle con el arma. Había conseguido engañarlos a base de mostrarse débil.

No tendría otro momento para actuar.

Detrás de él, el hielo empezó a fundirse bajo las garras de los rochos. Estos dieron saltitos apartando las alas, molestos por el agua que les mojaba las patas. Un instante después, dos tentáculos de agua brotaron de la superficie y se enrollaron a sus garras. Las rapaces empezaron a batir las alas y a dar gritos, intentando zafarse.

La agitación de las aves había desviado la atención de los soldados. Cuando comprendieron que se trataba de una distracción, era demasiado tarde: al volverse hacia Lastyanax, con los brazaletes en alto, este ya había formado un muro de hielo a su alrededor. Los dardos se clavaron en el hielo dibujando grietas estrelladas. Con un gesto, Lastyanax empujó el muro contra los soldados. El muro resbaló por la superficie y cayó encima de los tres temisciros, que terminaron aplastados bajo la masa. Lastyanax golpeó el hielo con el pie. Bajo los soldados-pajareros, la superficie del lago, que tenía pocos centímetros de espesor, se resquebrajó. Lastyanax dio otro golpe. Los bloques de hielo se desprendieron y se sumergieron bajo el peso de los soldados, que cayeron al agua gritando.

Lastyanax caminó hacia la zona de hielo que acababa de partirse. Los temisciros quisieron salir del agua. Los bloquesde hielo a los que intentaron aferrarse resbalaban bajo sus brazos y chocaban contra ellos. Sus brazaletes, sus botas, sus capas los arrastraban hacia el fondo.

Lastyanax sabía lo que le quedaba por hacer. Todo en él se resistía a ello. Si llevaba a cabo su idea, la culpa le perseguiría el resto de sus días. Si la abandonaba, perdería a Pirra y a Pétrocle.

Tendió las manos hacia delante. Uno a uno, los bloques de hielo empezaron a unirse de nuevo. Los soldados-pajareros, que luchaban por mantener la cabeza fuera del agua, le lanzaron injurias. Aceleró la operación. El hielo se cerró sobre sí mismo. Lastyanax pudo ver los rostros aterrorizados de los temisciros. Gruesas burbujas de aire escapaban de sus bocas y se pegaban a la superficie. Golpearon el hielo y lanzaron dardos para intentar agujerearlo. Lastyanax no conseguía apartar la mirada del dantesco espectáculo. Nuevas burbujas aparecieron en las bocas abiertas de los temisciros, como si gritaran silenciosamente bajo el agua. Hiparon. Unos segundos más tarde dejaron de moverse. Sus caras permanecieron pegadas al hielo un instante, luego sus cuerpos se sumergieron en las negras aguas.

Lastyanax se tambaleó hacia atrás con el rostro bañado en sudor. Tuvo ganas de vomitar, de borrar lo que acababa de ver, de olvidar lo que acababa de hacer. Se derrumbó sobre sus talones y cerró los ojos, atormentado por las imágenes de su crimen.

Hasta entonces siempre había estado convencido de actuar por el bien común, pero esta convicción flaqueaba ahora.¿Estaba realmente

en el lado bueno de la historia? ¿Había obrado bien impidiendo que los temisciros recuperaran el azur vivo cuando siempre lo habían empleado para reparar la cúpula? ¿El orden que Temiscira proponía era malo hasta el punto de autorizarle a matar a tres personas a sangre fría?

Habría querido encontrar una respuesta clara a estas preguntas, pero no la había. La ecuación moral era demasiado compleja como para poder resolverse con un sí o un no. En este instante, solo debía pensar en Pétrocle y Pirra. Rhodope le había dado tres horas para volver con el azur vivo. La primera hora tocaba a su fin.

Se levantó con gestos torpes. Se volvió hacia los dos rochos. Las rapaces estiraban el cuello y miraban el hielo como extrañadas de no ver reaparecer a sus jinetes.

Lastyanax se acercó al pájaro más próximo. El lomo de la rapaz era demasiado alto como para poder alcanzarlo. Intentó reproducir la orden de agacharse, pero siempre había sido un silbador pésimo. El rocho se alisó las plumas con el pico como si no lo hubiera oído.

Lastyanax lo intentó con la otra rapaz sin obtener mejores resultados. En su desesperación, intentó levitar hasta la silla, pero esta acrobacia asustó al pájaro, que salió volando y se posó a unas decenas de pasos más lejos. El pánico se apoderó de Lastyanax. Suponiendo que lograra subirse a una de las rapaces, no tenía la menor idea de cómo hacerla despegar.

Había urdido su plan partiendo del principio de que podría utilizar un rocho para volver a Hiperbórea. Ahora se daba cuenta de que había sobrestimado sus habilidades. El medio de transporte estaba ahí, sí, pero no sabía cómo usarlo, y el tiempo corría. Se puso a caminar arriba y abajo, presa de una angustia abominable. No era posible… Tenía que haber una solución… No podía haber matado a tres personas en balde… Peor aún, todo ello para condenar a muerte a Pirra y a Pétrocle… Bastaba con… con…

Lastyanax dejó escapar un grito de desesperación que asustó a los dos pájaros y retumbó en la montaña. El eco que la pared le devolvió se parecía extrañamente a un relincho. Se enderezó, atónito, y se volvió hacia la orilla.

En el borde del lago, un animal desgreñado lo observaba con las orejas en punta. Lastyanax no había olvidado ni mucho menos la montura que le había valido el Premio del Basileus a su padre. No sabía cómo había llegado hasta ahí el caballo de Arka, pero su presencia era providencial.

En su relación con su discípula había una constante: ella nunca dejaba de sorprenderlo.

Lastyanax corrió hacia la orilla. No sabía montar los rochos, pero los caballos sí. Su infancia transcurrida soportando la pasión ecuestre

de su padre por fin tenía un sentido. Cuando estuvo a una decena de pasos de Tapón, caminó más despacio e intentó engatusarlo:

—Quédate ahí, asíií, buen chico.

Tapón dejó que se acercara a él mirándolo fijamente con sus ojos negros. A Lastyanax nunca le habían parecido muy inteligentes los caballos, pero este sabía mucho más que él sobre numerosos temas, tanto que se sentía un poco idiota usando la voz aduladora que su padre empleaba cuando quería tranquilizar a los animales más ariscos.

—Eso es, grandullón, no te muevas, eeeso.

Se subió a una gran roca que había junto al caballo y lo miró con cautela. Tapón no tenía ni silla ni brida: Lastyanax no imaginaba cómo iba a guiarlo. Para colmo, más de una vez había oído a Arka vanagloriarse de su relación especial con el caballo y sabía que el animal no aceptaba otro jinete que no fuera ella. De hecho, Tapón no se mostraba en la mejor de las disposiciones para acoger a Lastyanax en su lomo: había pegado las orejas al cráneo y fustigaba el aire con la cola. Su actitud decía a gritos que si Lastyanax cometía la imprudencia de subir encima de él le esperaba una caída en vuelo libre.

Este último respiró hondo. Llegado a tal extremo, no perdía nada por intentar lo que fuera, incluso razonar con un caballo.

—Volvemos a Hiperbórea para salvar a Pirra y a Pétrocle —explicó.

Con las orejas todavía pegadas hacia atrás, Tapón sacudió la cabeza resoplando, como si el plan no lo satisficiera.

—¿Y después vamos a buscar a Arka? —probó Lastyanax.

Las orejas de Tapón apuntaron al instante hacia la cúpula. Sin más vacilaciones, Lastyanax subió a su lomo. Apenas se había enderezado cuando Tapón partió a galope tendido en dirección a Hiperbórea.

11

El regreso de Tapón

Pirra

Pirra y Pétrocle estaban a solas en una celda por lo general reservada a los detenidos demasiado peligrosos o privilegiados como para compartir celdas colectivas. Era una ventaja, puesto que la puerta blindada los aislaba del pasillo. Podían hablar sin que el soldado-pajarero apostado fuera pudiera verlos ni oírlos.

Pirra recorría arriba y abajo el estrecho cuarto intentando construir un plan de huida. Primero, era preciso que lograran deshacerse de los guanteletes. Se llevó las manos delante de los ojos y estudió atentamente el sello grabado sobre las manoplas concebidas por los magos. Un sello de protección de doble cerco: como era evidente, no podía ni rayarlo ni grabar otro sello al lado, habría sido demasiado simple. En cambio, podía probar a reconfigurarlo… Pero para eso necesitaba un objeto puntiagudo. Mientras ella reflexionaba, Pétrocle se quejaba.

—¿Cómo quiere Lasty que nos escapemos de esta maldita celda? Tenemos las manos atadas, una puerta blindada que abrir, un carcelero que nos vigila en el pasillo como a la leche en la lumbre, y eso sin contar a todos los que se encuentran entre nosotros y el tejado, y ni siquiera sabemos cómo podemos acceder a ese tejado…

—Yo sé cómo —replicó Pirra parándose—. Me aprendí de memoria el plano de la Extractora. En cuanto a las manos…

Se calló y cogió con la boca un grueso mechón de pelo rizado que le colgaba del moño. Pétrocle la observó con incredulidad.

—Pirra, soy el primero que sufre por tener el estómago vacío, pero si te pones a comerte el pelo, voy a empezar a inquietarme.

Pirra no le respondió y siguió tirando de los mechones con la boca para deshacerse el moño. Al cabo de unos instantes, dos pequeños

objetos cayeron al suelo: un alfiler y una punta de carbón.

—Es de locos la cantidad de cosas que puedes esconder en una melena rizada —dijo escupiendo para quitarse los mechones de la boca que se le habían quedado pegados—. Hice bien en dejar de alisármelos.

Se agachó y recogió el alfiler con los labios, procurando no pensar en todos los miasmas repugnantes que había en el suelo. Pétrocle observaba su operación con aire dubitativo.

—Me alegra ver que por fin te has reconciliado con tu cabellera de poni, pero no veo en qué nos puede ayudar eso…

—Mmm —cortó Pirra, con la boca ocupada por el alfiler.

Había conseguido separarlo para extraer una punta. Se acercó a la banqueta de la celda, puso los guanteletes encima y acercó la cara al sello. El ejercicio de grabado dio comienzo. Con ayuda del alfiler, transformó el glifo del escudo en un glifo de la vela, símbolo de la autodestrucción. Era un trabajo fastidioso, de una minuciosidad extrema. El menor trazo erróneo podía modificar el significado del sello con efecto inmediato, puesto que este último ya estaba activado. Pétrocle había comprendido lo que quería hacer y la observaba sin decir palabra.

Al cabo de veinte minutos, Pirra tenía calambres en las mejillas de tanto sostener el alfiler entre los dientes. Solo le quedaba pintar una raya para terminar el símbolo de la vela.

—¿Estás segura de que no vas a autodestruirte los dedos al mismo tiempo? —preguntó Pétrocle.

Se intercambiaron una mirada. Pálida, Pirra se inclinó y dio el último retoque a su grabado.

Los guanteletes enseguida se desintegraron en una arena metálica que se escurrió entre sus dedos. Pirra suspiró del alivio y movió las manos para desentumecerlas. Luego se volvió hacia Pétrocle blandiendo el alfiler entre el pulgar y el índice.

—Ahora tú —dijo.

Esta vez el trabajo de grabado fue mucho más rápido. Cinco minutos más tarde, Pétrocle se había deshecho de sus guanteletes. Se frotó las muñecas.

—Bueno, ahora que hemos recuperado nuestras plenas funciones digitales, ¿qué hacemos?

—Veo dos soluciones —respondió Pirra—. Bien atraemos al carcelero al interior de la celda e intentamos neutralizarlo…

—Nunca he sido partidario de la confrontación directa.

—… o bien hacemos un agujero en este muro —dijo Pirra señalando la pared izquierda de la celda, que estaba encalada.

—Conozco a magos que han intentado cavar un agujero para escapar, pero es imposible, hay una capa de adamante en los muros —

objetó Pétrocle.

—Solamente en los muros exteriores y en las plataformas de separación de los niveles —corrigió Pirra—. Los otros muros solo son de piedra, el adamante es muy caro de producir. Si accedemos a la celda contigua, esperando que esté vacía, luego podremos cavar otro agujero en el techo para llegar al vestuario donde los guardias guardan los efectos personales de los detenidos cuando ingresan en prisión. Con un poco de suerte, encontraremos algún equipo para llegar al tejado de una sola pieza.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Me conozco de memoria el plano de la Extractora, ya te lo he dicho. Last también se lo aprendió, por eso sabe que tenemos una posibilidad de llegar al tejado.

—Tu plan comporta un factor «suerte» nada desdeñable —comentó Pétrocle rascándose el cuero cabelludo con gesto nervioso—. Yo no soy una persona con suerte, diría más bien que tengo tendencia a ser gafe. ¿Por qué no esperamos a Lasty aquí tranquilitos?

—Porque cuenta conmigo para que lleguemos al tejado y yo cuento con él para que nos reunamos allá arriba —respondió Pirra.

—¿Y si hay alguien en la celda de al lado?

—Esperemos que ese alguien sea cooperador.

Como parecía que a Pétrocle se le habían agotado las objeciones, Pirra recogió la punta de carbón que se le había caído del pelo y se volvió hacia el muro. Con gesto seguro, trazó un círculo grande perfectamente redondo y dibujó glifos en el interior.

—Precioso —apreció Pétrocle cuando el sello estuvo casi terminado—. No sería mala idea que incluyeras un círculo de ondas para añadir una orden de silencio, eso evitará que llamemos la atención de nuestro amigo en el pasillo…

—Cualquiera diría que no te pasaste las clases de mistografía durmiendo solamente —comentó Pirra mientras se ponía manos a la obra con una sonrisa.

—Mis tendencias narcolépticas no me impiden tener el oído atento de vez en cuando —repuso Pétrocle.

Pirra terminó el sello y se frotó las manos para limpiarse el carbón que le manchaba los dedos. Tras intercambiar una mirada con Pétrocle, apoyó la palma de la mano en el gran círculo repleto de glifos. El sello trasvasó su energía de inmediato. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse de pie. Una vibración tenue recorrió el muro. Unos instantes después, el trozo de pared dentro del círculo se desintegró en una nube de polvo. La nube se disipó, revelando un agujero circular y profundo de un paso. Al final del corto túnel, una mujer de una treintena de años con la piel mate y los cabellos negros los observaba, sus ojos rasgados abiertos como platos del estupor. La

tez de Pétrocle se volvió verdosa.

—¡Oh, no! —gimió.

—Pero miren a quién tenemos aquí, ¿no es el mismísimo Cubo de Pis? —dijo su vecina desde la otra celda.

Pétrocle se volvió hacia Pirra, que observaba la escena con perplejidad.

—Pirra, te presento a Barcida, la única superviviente de las secuestradoras de rehenes y la más bárbara.

—Me halagas —respondió la detenida con regocijo—. ¿Me equivoco o tenéis la intención de huir?

—Sí, pero no contigo —repuso Pétrocle—. Después de lo que me obligaste a hacer… Arrojar por el parapeto…

—Shhhhh, es un poco tarde para andarse con remilgos, ¿no crees, Cubo de Pis? —cortó la susodicha Barcida—. Si os negáis a colaborar, llamo al carcelero.

Sin darle tiempo a responder a Pétrocle, Pirra saltó al interior del conducto y avanzó en cuclillas hasta la celda vecina.

—De momento, se diría que los tres tenemos el mismo proyecto —dijo plantándose delante de Barcida—. Ninguno tiene interés en que fracase por estar perdiendo el tiempo en un conflicto estéril. Ya lo arreglaremos más tarde.

Barcida la observó calculadamente y luego se volvió hacia Pétrocle, que no parecía muy decidido a pasar al otro lado.

—Hale, ven, Cubo de Pis, te prometo que me portaré bien al menos hasta que hayamos salido.

La mirada de Pétrocle transitó entre Barcida y Pirra.Finalmente, dobló su enorme cuerpo y se arrastró por el pasaje refunfuñando:

—Si hubiera sabido que iba a escaparme con esta torturadora pirada…

Mientras él se enderezaba en la celda con expresión hosca, Pirra se subió a la banqueta pegada al muro y estiró los brazos hacia el techo para reproducir el sello. Barcida la observaba entornando sus ojos almendrados.

—¿Qué haces?

—Dibujo un sello para llegar al vestuario que está justo encima de tu celda —respondió Pirra mientras seguía dibujando glifos, con los hombros doloridos a causa de la postura incómoda.

—Creía que no existían las magas hiperbóreas.

—Soy una excepción.

Barcida y Pétrocle guardaron silencio mientras terminaba de reproducir el sello. Cuando hubo terminado, se frotó las manos y se volvió hacia los otros dos.

—Ahora solo nos queda esperar que el vestuario esté vacío.

—No quiero ser pesimista, pero de momento mi reputación de gafe

no ha fallado —comentó Pétrocle lanzando una mirada alusiva a Barcida.

Como esta se disponía a contestarle, Pirra puso la palma de la mano sobre el sello para interrumpir sus riñas. De nuevo, una vibración recorrió la pared. El techo del interior del círculo se desmoronó. Pétrocle, que estaba debajo del agujero, terminó cubierto de un polvo blancuzco. Mientras un ataque de tos agitaba su gran cuerpo delgado, Barcida se le acercó y le susurró al oído:

—A veces, Cubo de Pis, hay que saber no ponerse en el lugar equivocado en el momento equivocado. Eso no se llama ser gafe, se llama ser estúpido.

—A veces, Barcida, hay que saber cuándo demostrar sentido de la diplomacia —replicó Pétrocle de mal humor desempolvándose los cabellos emblanquecidos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pirra y yo podemos levitar. Tú, en cambio, nunca llegarás a la planta sin nuestra ayuda.

Barcida sonrió. A modo de respuesta, saltó sobre la banqueta, trepó sobre los hombros de Pétrocle, que chilló de la sorpresa, y se impulsó hacia el agujero del techo, con las piernas y los brazos apoyándose en las paredes. Un instante después, se había alzado sobre el suelo del vestuario.

—El vestuario está vacío —anunció con sorna—. De gafe nada, Cubo de Pis, solo estúpido.

—Parad, no ayudáis a nadie con vuestra rivalidad idiota —gruñó Pirra—. Podéis lincharos todo lo que queráis cuando hayamos salido de aquí, mientras tanto nos concentramos.

Pasando de las palabras a los hechos, se centró en su ánima y empezó a levitar. Después de haber activado los dos sellos, tuvo grandes dificultades para subir lo bastante alto y alcanzar el nivel superior. Al final, se agarró con los dedos al borde del agujero y se izó hasta el piso de arriba jadeando. El vestuario, iluminado por una aspillera, era una estancia grande guarnecida de estantes cargados de cajas con etiquetas. Como había anunciado Barcida, nadie lo ocupaba.

—Te toca, Pétrocle —le dijo a su camarada todavía en la celda.

Debilitado por las privaciones y las extracciones de ánima, Pétrocle no consiguió despegarse más de un paso del suelo. Barcida y Pirra tuvieron que meterse por el agujero hasta la cintura para cogerle de un brazo cada una y ayudarle a salir. Una vez en el vestuario, rodó de espaldas por el suelo y cerró los ojos, pálido y con un tembleque en las piernas. Tenía tan mala pinta que hasta Barcida se abstuvo de hacer comentario alguno.

—¿Estás bien? —preguntó Pirra.

—Estaré mejor cuando haya comido tres tostadas de paté y

dormido quince horas —dijo Pétrocle.

—Pronto —lo animó Pirra—. Tienes que aguantar un poco más.

Se levantó y se acercó a Barcida, que revolvía en las cajas. La amazona ya había sacado una colección impresionante de dagas de diversos tamaños, posesiones de los maleantes que ocupaban la prisión antes de la llegada de los magos. Pirra dio un salto de alegría cuando encontró su bolsa bandolera en una de las cajas. Sus herramientas mecamánticas, un cartucho cegador, el atrapa-ánimas, el horologium y la esfera de somnolencia seguían dentro. El equipo de escalada y el grafomancio habían desaparecido; probablemente Rhodope los habría confiscado.

Barcida y ella reunieron su botín al lado de Pétrocle, que se había enderezado para apoyarse en el soporte de una estantería, la tez aún pálida. Pirra cogió la punta de carbón y empezó a dibujar en el suelo la parte de la cárcel donde se encontraban.

—Estamos aquí, en la primera planta del séptimo nivel, y queremos ir aquí, a la cima de la torre —indicó señalando las partes correspondientes en su plano—. Todavía nos quedan por atravesar dos plantas y el tejado. En la siguiente planta están las zonas comunes de los carceleros; en concreto, la cocina de la cantina.

—Cocina —repitió Pétrocle con aire risueño.

—Y en la planta superior están los aposentos del alcaide. Podemos llegar al barrio de la dirección haciendo nuevos agujeros en los techos, pero después tendremos que volver a pasar por los pasillos para llegar a la escotilla de acceso al tejado.

—¿Por qué? —preguntó Barcida.

—Porque hay una capa de adamante en el tejado. No podemos hacer agujeros dentro —respondió Pirra.

—Quiero decir: ¿por qué tenemos que ir al tejado? ¿Por qué no salimos por el canal del séptimo nivel?

—Porque el canal está fuertemente custodiado y porque un amigo nos espera dentro de… dos horas, ahora mismo, en el tejado —respondió Pirra consultando su horologium. Él nos evacuará desde allí arriba. Es muy probable que cuando atravesemos el barrio de la dirección nos topemos con los temisciros —añadió.

—Yo me encargaré de los temisciros —dijo Barcida comprobando con el pulgar si una de las dagas estaba afilada—. Vosotros encargaos de llevarme al barrio de la dirección.

—Entonces tenemos que cruzar por la cocina.

—La pausa del almuerzo se termina —dijo Barcida mirando de reojo la aspillera, frente a la cual el sol del cénit extendía un corto charco de luz—. Es mejor que esperemos aquí media hora a que los cocineros terminen de ordenarlo todo y que la crucemos cuando se hayan ido. Los temisciros no tienen motivos para venir al vestuario, en

este momento no hay prisioneros que lleguen o se marchen.

Pirra asintió con la cabeza.

—Esperemos, pues.

Barcida se instaló en lo alto de un estante y se puso a observar a Pétrocle desde su trono mientras jugaba con las dagas. Pirra los vigilaba con el rabillo del ojo, desconfiada: percibía que el rencor del uno y la ferocidad de la otra no tardarían en expresarse. Llevaban esperando un cuarto de hora cuando Barcida levantó la barbilla hacia Pétrocle con desprecio.

—¿Qué te pasa, Cubo de Pis? Pareces preocupado.

—«Os harán creer que son vuestros salvadores, pero son ellos quienes lo han tramado todo desde el principio» —citó Pétrocle, que seguía sentado en el suelo—. Es lo que nos dijiste justo antes de que los soldados-pajareros te detuvieran. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Exactamente lo que quise decir —respondió Barcida con un suspiro de agobio—. Que los temisciros estaban detrás de la toma de rehenes. Trabajamos todos para ellos.

—Creía que las amazonas no servían a los temisciros —intervino Pirra.

—Me desterraron del bosque —respondió Barcida—. Soy la única verdadera amazona entre las guerreras que tomaron el anfiteatro por asalto. El resto eran niñas que yo había entrenado desde los cuatro años en Temiscira. En realidad, las amazonas no tienen nada que ver con esta operación. De hecho, los temisciros tienen la intención de invadir Arcadia en cuanto hayan producido suficiente oricalco.

Pirra frunció el ceño. Lastyanax había anticipado esta hipótesis varias veces, que a ella no le había convencido hasta entonces; en parte porque sabía que la teoría venía de Arka. Desconfiaba de la influencia que la discípula de Lastyanax ejercía sobre él. Era una de las razones por las cuales se había opuesto tan categóricamente a la idea de confiarle el azur vivo.

—¿Por qué ayudas a los temisciros a aniquilar a tu propio pueblo? —preguntó Pirra.

Barcida parecía haber perdido de golpe toda su seguridad sarcástica. Guardó un momento de silencio.

—Porque me han desterrado.

—Por fin una decisión sensata —murmuró Pétrocle.

Barcida no le hizo caso.

—Solo una persona que haya vivido en el bosque puede comprender el dolor que supone que te lo arrebaten —declaró con amargura—. Habría preferido que me ejecutaran. El destierro es peor que la muerte.

Pirra pensó en Arka y en la angustia que había leído en sus ojos cuando le habló de su destierro. No la había creído, sospechando que

era todo un teatro.

—¿Por qué los temisciros te han perdonado la vida? —preguntó Pétrocle.

—Porque valgo más viva que muerta —respondió Barcida.

Se señaló el vientre. Pirra constató que lo tenía ligeramente hinchado, mientras que, por lo demás, no parecía sobrarle ni un solo gramo de grasa.

—Espero un hijo de Alcandre, el hijo de Licurgo. Filón depende por completo de las facultades y la inteligencia de Alcandre, pero desconfía de él como de la peste. Filón cree que puede controlarlo si me conserva viva, como rehén. Menudo idiota.

—¿Estás embarazada? —preguntó Pétrocle, atónito.

—Sí. ¿Te sorprende, Cubo de Pis?

—No pensé que albergaras el amor suficiente para llevar un niño en tu vientre —repuso Pétrocle.

—El amor no es un ingrediente indispensable para tener hijos —replicó Barcida con un rictus carente de alegría.

Pirra echó un vistazo a su horologium y declaró:

—Ya ha transcurrido la media hora, tenemos que ir.

Trazó otro sello en el techo. Esta vez no tuvieron ninguna dificultad para llegar al piso superior porque se apoyaron en las estanterías. La suerte seguía sonriéndoles: la cocina estaba vacía. La sala, equipada con un vasto horno de piedra y grandes marmitas, estaba separada de la cantina por un mostrador. Pétrocle se abalanzó sobre una gruesa hogaza de pan olvidada en la encimera y engulló la mitad.

—¡Por el amor de un grifo, qué rica *echtá*! —exclamó con los ojos vueltos hacia el cielo en señal de éxtasis.

Tuvieron un momento de pánico cuando oyeron a un soldado entrar en la cantina. Se refugiaron detrás del mostrador y aguardaron con el corazón palpitante. Por fortuna, el temisciro solo había ido a buscar su placa olvidada. Cuando se hubo marchado, Pirra se levantó con un suspiro de alivio.

—Bueno, ahora el área de la dirección. Démonos prisa, los temisciros terminarán viendo uno de nuestros agujeros tarde o temprano.

Se subió al mostrador y dibujó otro sello en el techo.Entretanto, Barcida se acercó a los fogones, donde una sopa espesa cocía a fuego lento dentro de una marmita. Se sacó del cuello un frasco con un líquido transparente y vertió el contenido en el potaje.

—¿Qué haces? —preguntó Pétrocle.

—Devuelvo el amor que me han dado. Un regalito de despedida para mis antiguos compañeros de armas.

Después de pronunciar estas palabras enigmáticas, fue junto a

ellos, debajo del nuevo agujero que Pirra acababa de crear, y se alzó hasta el piso superior aupándose sobre la encimera ahora cubierta de polvo. La joven maga la imitó, seguida de Pétrocle, que traía un rodillo de pastelería a modo de porra. Los tres aparecieron en un despacho lleno de casilleros repletos de papeles, que parecía en desuso desde el inicio del Enfriamiento.

—Ahora es cuando las cosas se complican —susurró Pirra aludiendo al mapa mental que tenía en la cabeza—. Ahora saldremos a un pasillo. Tendremos que ir a la derecha, forzar una cerradura al final del pasillo y luego subir por una escalera a la izquierda, que nos permitirá acceder a la escotilla de salida. Si todo va bien, no nos toparemos con nadie y encontraremos a Lastyanax en el tejado.

—¿Y si todo no va bien? —quiso saber Pétrocle.

—Seamos optimistas —dijo Pirra eludiendo la pregunta—. Yo voy delante con el cartucho cegador, el atrapa-ánimas y mis herramientas mecamánticas para forzar las cerraduras. Barcida, tú ve detrás de mí con las dagas. Pétrocle, tú cierras la marcha con la esfera de somnolencia. En cuanto estemos enla escalera, la rompes detrás de nosotros para frenar a los temisciros que intentarán darnos caza.

—Romper la esfera, vale, entendido —respondió Pétrocle cerrando los ojos para concentrarse—. ¿Cuándo vamos?

—Ahora —respondió Pirra—. Ya casi han transcurrido las tres horas.

Apoyó una mano en el pomo de la puerta y consultó a Barcida con la mirada, porque, curiosamente, esta última aún no había reaccionado. La guerrera la observaba con una expresión enigmática.

—Tienes alma de amazona —dijo de repente.

Pirra frunció el ceño, incapaz de decidir si era un piropo que debía alegrarla, y abrió la puerta del despacho. Un pasillo largo y vacío apareció ante ellos. Avanzaron de puntillas hacia la derecha, con todos los sentidos alerta. Cuando llegaron al final del pasillo donde estaba la puerta cerrada con llave, Pirra sacó sus herramientas mecamánticas y forzó la cerradura. Había vencido prácticamente el mecanismo cuando un ruido de pasos resonó en el otro extremo del pasillo, que formaba un recodo. Oyeron una voz muy familiar con un deje nervioso que decía:

—¿Todavía no han vuelto? Es imposible, no se habría arriesgado…

Rhodope apareció entonces, seguido de un oficial temisciro. El mago se quedó petrificado al descubrir a Pétrocle armado de un rodillo, a Barcida con las dagas y a Pirra forzando la cerradura.

—¡Cerrad los ojos! —gritó esta última a sus acólitos.

Destapó su cartucho cegador y lo lanzó en dirección a Rhodope. Vio el relámpago de luz producido por la reacción alquímica a través de sus párpados cerrados. Cuando volvió a abrirlos, Rhodope y el

oficial se aplastaban las palmas de las manos contra los ojos gimiendo de dolor. Pirra no perdió un segundo: terminó de forzar la puerta y la abrió sin pensárselo dos veces.

Habían llegado a una vasta escalera que parecía seguir la curva de la torre. Cuatro soldados-pajareros armados la subían a marchas forzadas, alertados por los gritos.

—¡La esfera, Pétrocle!

El interesado lanzó el globo de vidrio en la escalera, a los pies de los soldados. Mientras un vapor violeta envolvía alos temisciros en un gas soporífero, los tres fugitivos subieron los peldaños de cuatro en cuatro. Una vez delante de la puerta de salida, Barcida se volvió, dagas en alto, mientras que Pirra afrontaba de nuevo la cerradura con sus herramientas mecamánticas. A su espalda, oyó a la amazona luchando contra un temisciro que había conseguido atravesar el vapor violeta sin respirarlo. Se concentró en la cerradura. Una serie de clics más tarde, la puerta metálica cedió. Vieron la cima de la torre ocupada por cuatro rochos y seis soldados, que se volvieron hacia ellos estupefactos. Pirra y Pétrocle tuvieron un instante de vacilación, pero Barcida los arrastró con ellos fuera. Sus dagas estaban empapadas de sangre.

—¡Detrás del banco, deprisa! —exclamó señalando un gran banco de madera a unos pasos de ellos.

Lo volcó de una patada mientras Pirra y Pétrocle se arrojaban detrás. Un instante después, unos «chong» hicieron vibrar las planchas: los soldados-pajareros les disparaban con sus brazaletes. Pirra sacó su atrapa-ánimas y lanzó el disco dorado por encima del banco. No volvió: uno de los temisciros cayó en la emboscada. Quedaban cinco, todos fuera del alcance de sus poderes. En su desesperación, deformó la cerradura de la puerta de acceso para impedir la llegada de los soldados.

—¿Y vuestro amigo? ¿Dónde está? —gritó Barcida por encima de los impactos de las flechas.

—Tendría que estar aquí —respondió Pirra sin lograr ocultar su desasosiego.

La amazona apretó los puños alrededor de las dagas ensangrentadas.

—Finalmente, Cubo de Pis, tenías razón: eres un gafe.

LASTYANAX

Dos horas antes

Lastyanax no entendía cómo había podido quejarse de los rochos.

Comparada con el vuelo, la cabalgada a matacaballo a través de la pradera nevada era una experiencia mucho más traumática. El caballo hendía la nieve a grandes zancadas caóticas, tropezando con montículos de nieve y resbalando sobre las placas de escarcha. Lastyanax luchaba cada segundo por no caerse; tenía las piernas tan contraídas que le quemaban los músculos. Sus costillas le hacían sufrir lo indecible. En otras circunstancias, se habría dado por vencido, pero salvar a Pirra y a Pétrocle dependía de la rapidez del poni y de su capacidad de no resbalar.

La cúpula se agrandaba ante él. Tapón resoplaba cada vez más fuerte. Sus pezuñas reñían una batalla sin piedad contra las irregularidades del terreno. Parecía tan decidido como Lastyanax a llegar a Hiperbórea lo más rápido posible. Pero cuando por fin se dibujaron las puertas de la ciudad, se impuso la evidencia: sus problemas solo acababan de empezar.

Las puertas estaban custodiadas por una decena de soldados-pajareros que los vieron llegar de lejos y formaron enseguida un arco defensivo, lanzas por delante. Lastyanax habría querido tirar de las riendas de Tapón para obligarlo a ir más despacio, pero no tenía riendas. En cualquier caso, dudabade su capacidad de imponerle su parecer sobre la ejecución de las operaciones: Tapón parecía decidido a tomar la ciudad por asalto. Lastyanax vio la línea de defensa acercarse a toda velocidad.

—¡No sé qué tienes pensado hacer, pero yo no soy una amazona! —exclamó.

Una parte de su cerebro se inquietaba por estar hablándole a un caballo. El resto estaba paralizado de miedo. Cuando Tapón no estuvo más que a tres zancadas de las armas, Lastyanax salió finalmente de su letargo e hizo un gesto: de inmediato la nieve se desplazó bajo los pies de los soldados-pajareros. Tres perdieron el equilibrio y cayeron. Tapón se abalanzó por esa apertura y cruzó a toda mecha las puertas de la ciudad.

—¡La próxima vez que te lances a una misión suicida, avisa! —exclamó Lastyanax mientras el caballo lo llevaba a todo correr hacia las torres.

Tapón se desvió en la llanura bordeando los edificios. Lastyanax entendió en ese momento adónde lo llevaba: a los establos. Unos instantes más tarde, el caballo irrumpió en el patio y frenó en seco delante de un montón de estiércol helado. Lastyanax resbaló y se estrelló contra el estiércol.

—¡Aaay! —gimió.

—¿Lazty?

Lastyanax rodó de espaldas y vio a su padre, que llegaba empujando una carretilla. Como era evidente, este último estaba en

los establos. Los ojos de Azno se llenaron de estrellas. Lastyanax pensó que su padre se alegraba de verlo cuando comprendió que había encontrado otra cosa más importante que su hijo: Tapón.

—¡Ha vuelto! —exclamó el entrenador.

Soltó la carretilla y fue corriendo hacia el poni, que ya estaba inspeccionando el patio en busca de avena o heno. Tapón anticipó el riesgo de una demostración de afecto y le enseñó la grupa, dispuesto a darle una coz. Azno se desvió prudentemente de su trayectoria inicial para volverse hacia su hijo.

—¿Qué hacez con ezte bendito rocín? ¿Y qué te ha pazado, hijo mío? —añadió al ver la nariz ensangrentada de Lastyanax—. ¿Te haz peleado?

—Es una historia muy larga y tengo muy poco tiempo—respondió Lastyanax poniéndose de pie, el cuerpo entero dolorido tras la cabalgada infernal.

Debía subir sin demora al séptimo nivel y encontrar la manera de llegar al tejado de la prisión sin que lo detuvieran…

—¿Ez Arka quien te ha dado a Tapón? —continuó Azno—. La vi ayer, no zé qué tenía la cría en la cabeza, pero parecía que no era algo bonito bonito.

Este comentario sacó a Lastyanax de sus reflexiones.

—¿Has visto a Arka? —repitió.

—Sí, y ademáz me dijo que te dijera que «zentía mucho haberte dejado tirado como a un perro en la carretera». Zi quierez zaber qué pienzo, la coza huele muy mal. Creo que nezezita ayuda, zerá mejor que la encuentrez. Me dio una pulzera también, zupueztamente porque querríaz tenerla.

—¿Te dio una pulsera? —repitió Lastyanax—. ¿Dónde está?

Sorprendido por la intensidad de su reacción, Azno revolvió en sus pieles mientras rezongaba:

—Pero ¿ze puede zaber dónde la he metido? No te emocionez, zeguramente ez una baratija, te darán una mizeria en el mercado. Ah, aquí eztá.

Sacó una gran joya naranja de su bolsillo. Lastyanax la cogió sin dar crédito a sus ojos. Arka acababa de salvarle el pellejo: ahora tenía un medio de llegar al tejado de la prisión. Pero ¿a qué había venido al primer nivel y por qué había abandonado sus alas? Miró la pulsera, preso de una avalancha de emociones contradictorias. Tenía que encontrar a Arka antes de darle tiempo a cometer una estupidez. Tampoco es que tuviera elección: se lo había prometido a su caballo. Pero antes, debía salvar a Pirra y a Pétrocle.

—Papá, necesito que hagas algo por mí —dijo poniéndose la pulsera en la muñeca—. Es muy importante. Tienes que ir a la Napoca Chica y buscar a un cristalero que se llama Comozoi. Dile que mire

dentro del último bloque de oricalco que le han enviado de la prisión esta mañana. Dile que cuento con él para que esconda lo que encuentre allí fuera del alcance de los temisciros.

Tras pronunciar estas palabras, salió corriendo. Un reloj de sol fijado a la pared de los establos le indicó que las tres horas casi habían transcurrido. Un poco más lejos en el patio, Tapón había encontrado una pila de heno helado y masticaba el forraje con aire satisfecho.

—¡Gracias! —le gritó Lastyanax.

Luego salió pitando hacia las torres jurándose a sí mismo que era la última vez que le hablaba a un caballo. Unos minutos más tarde, llegó a un peaje. Lastyanax no sabía si darle las gracias a la adrenalina o a los múltiples viajes a través de los montes Ripeos, pero nunca había corrido tan rápido en su vida. Por fortuna, Rhodope no había tenido la precaución de ordenar que se mudara de ropa. Enseñó su placa de teniente-pajarero al temisciro que custodiaba el peaje y subió los peldaños de cuatro en cuatro.

Cuando llegaba a lo alto de la escalera de hielo, le faltóel resuello y tuvo que pararse en cada peldaño. Su naturaleza de intelectual hogareño y el dolor en las costillas afloraron de nuevo. Lastyanax llegó a duras penas a un canal desierto situado cerca de la linde urbana y se subió al parapeto. Se miró los pies, que sobresalían sobre el vacío y se tambaleó hacia delante y hacia atrás, preso del vértigo. Con el corazón en la boca y las piernas temblorosas, apretó el sello de la pulsera de Arka.

De inmediato, el oricalco liso se desestructuró en una multitud de plumas cobrizas que reptaron sobre sus brazos y su pecho hasta formar unas inmensas alas iridiscentes en su espalda. Lastyanax observó maravillado este fenómeno mecamántico. Un instante antes no imaginaba cómo lograría lanzarse al vacío. Ahora, le parecía una evidencia, como si las alas poseyeran una propiedad mágica que confería a su usuario la confianza de un pájaro. Era el caso, sin duda, pensó Lastyanax. Ahora entendía mejor de dónde sacaba Arka sus extraordinarias agallas.

Sin dudarlo más, se lanzó hacia delante.

Los primeros segundos de vuelo fueron aterradores. Cayó en picado y, en un abrir y cerrar de ojos, perdió quince metros de altitud. El estómago se le subió a la boca. Lastyanax acababa de recuperar una posición horizontal cuando una torre corrió a su encuentro. Logró sortearla y desembocó en el espacio abierto que separaba los edificios de las murallas.

El suelo se acercaba peligrosamente. Espantó a una manada de bueyes almizclados al pasar a ras de ellos. Lastyanax observó a los animales galopando mientras seguía la curva de la cúpula, aterrorizado. Había perdido toda la seguridad que había sentido al

activar las alas. Ni siquiera sabía ya por qué volaba.

En ese instante, la visión de Pirra y Pétrocle encarcelados se le vino a la mente. La verdad es que no podía darse el lujo de tener miedo. Si su discípula era capaz de dominar sus alas, él también podía.

Reuniendo todos los recursos de su ánima, recuperó el control de cada pluma. En primer lugar, ¿qué hacían los pájaros para volar? Ah, sí, batían las alas. Lastyanax probó a hacerlo y logró retomar un poco de altura a costa de un grandísimo esfuerzo mágico. Sin aliento, planeó durante unos instantes para recuperar la energía. En su segundo intento, convocó la imagen de los pájaros rochos en su vuelo e intentó reproducir la fluidez de sus desplazamientos. Esta vez, ganó el equivalente a un nivel.

Repitió la operación en varias ocasiones. Cuando alcanzó la altura del séptimo nivel, casi había dado la vuelta completa a la ciudad.

Ganó un poco más de altura antes de desviarse hacia la Extractora, cuya forma siniestra descollaba sobre las torres. Un gran nerviosismo reinaba en el tejado. Lastyanax notó que se le aceleraba el corazón. Pirra, Pétrocle y una mujer vestida de rojo como una presa habían logrado llegar a la cima de la torre. Habían bloqueado la puerta de acceso deformando la batiente. Refugiados detrás de un banco volcado, se enfrentaban a seis soldados-pajareros. El atrapa-ánimas de Pirra tenía paralizado a uno; los otros regaban el banco de dardos. Cuatro rochos daban saltitos no lejos de allí, las patas atadas a las troneras del tejado.

Lastyanax se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué hacía Arka para aterrizar. Era tarde para aprender la teoría: pasaría directamente a la práctica. Su pecho rozó las troneras que orillaban el tejado; resbaló sobre las losas nevadas como una foca sobre un banco de hielo. El oricalco proyectó haces de destellos a su alrededor. Su carrera terminó contra el parapeto; estaba vivo, y sorprendido de seguir estándolo.

Su aparatosa llegada había desviado la atención de los temisciros. La desconocida de rojo aprovechó para abalanzarse contra ellos. Lastyanax comprendió entonces que se trataba de una de las amazonas. Le clavó una daga a un soldado, utilizó el brazo armado de este para abatir a los otros dos y se protegió con sus cuerpos para esquivar los dardos de los que quedaban. Entretanto, Pirra hizo levitar el banco hacia los temisciros que seguían en pie y derribó a dos. Lastyanax oyó el crujido de las articulaciones de sus piernas. Pétrocle apareció repentinamente con un rodillo en la mano. Golpeó con él la cabeza del último soldado, el que estaba paralizado por el atrapa-ánimas. El temisciro se desmoronó bizqueando y Pétrocle recuperó el disco dorado con aire triunfal.

—Es un placer volver a verte, Lasty —le dijo al interesado, que intentaba zafarse de sus alas—. Tu sentido de la pertinencia nunca ha sido tan apreciado.

—No hay tiempo que perder con los reencuentros, las puertas no aguantarán mucho —dijo la guerrera secamente.

Así era, golpes violentos retumbaban contra las batientes. Pétrocle se volvió hacia Lastyanax.

—Te presento a Barcida, una de mis antiguas torturadoras —explicó con laconismo—. Bueno, hemos conseguido llegar al tejado como querías, Lasty. ¿Cuál es el plan de huida ahora?

—Yo…

Lastyanax hizo una pausa. Había contado con su capacidad de pilotar un rocho para evacuar a Pétrocle y a Pirra. Por desgracia, se asemejaba a un pajarero pésimo. No podía responder «no tengo ni idea». La susodicha Barcida pareció percibir su desconcierto. Fue hasta el rocho más cercano, desató el lazo de su pata y sujetó las riendas.

—Puedo llevar a una persona más en mi silla —dijo.

Pasó revista a los tres hiperbóreos.

—Cubo de Pis, te vienes conmigo —decidió.

Pétrocle parecía sorprendido de que lo hubiera elegido a él. Se volvió hacia Lastyanax y Pirra. Esta última le tomó la delantera:

—Vete con Barcida. Last tiene las alas y yo tengo una oportunidad de engatusar a Rhodope. Ya has pasado suficiente tiempo aquí dentro.

—Pero…

Lastyanax asintió con la cabeza y empujó a Pétrocle hacia Barcida.

—Id al segundo nivel y buscad a Comozoi, mi antiguo patrón. Es él quien tiene el azur vivo. Cogedlo y lleváoslo tan lejos como podáis de Hiperbórea. Será más útil que quedarse aquí.

Barcida cogió a Pétrocle del hombro y lo arrastró hacia el pájaro. El mago, enmudecido, se dejó llevar. Pirra y Lastyanax lo miraron mientras se instalaba en la silla detrás de la guerrera. La puerta crujía y se combaba. Cuando el rocho se acercó al borde del tejado, Pétrocle gritó:

—Sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

Un instante después, el ave salió volando, dejando a Pirra y a Lastyanax solos en el tejado.

—No tengo ganas de intentar engatusar a Rhodope —dijo ella—. ¿Serías capaz de hacerme volar?

Apenas había terminado su frase cuando Lastyanax se subió a una de las troneras y le tendió la mano para izarla a su lado, entre sus alas. La estrechó contra él tan fuerte como pudo.

—No me sueltes —le susurró Pirra en el cuello.

—¿Ahora que por fin tengo una buena excusa para retenerte entre mis brazos? Cuenta conmigo.

En ese instante la puerta de acceso a la terraza explotó. Dos soldados-pajareros corrieron al tejado. En medio de los uniformes temisciros, Rhodope, pálido, vio a Pirra y a Lastyanax encima del parapeto.

—¡Derribadles!

Lastyanax saltó al vacío. Los dardos pasaron silbando por encima de su cabeza. Pirra soltó un grito de terror. Lastyanax intentó concentrarse en la trayectoria. Parecía que su caída era infinita. Por fortuna, había apuntado a un agujero de la estrecha malla que formaban los canales y las torres. Atravesaron tres niveles en cuestión de segundos antes de lograr reducir la velocidad del descenso. Cuando Lastyanax reunía energías para sortear su paso a través del bosque de torres, una flecha hendió el aire justo delante de sus ojos.

—¡Nos siguen con rochos! —exclamó Pirra.

Un instante después sonó un «¡tong!». De pronto, Lastyanax fue incapaz de mover el ala derecha: un dardo se había clavado en la articulación. Consiguió mantener la estabilidad por los pelos, pero en adelante se vio obligado a planear entre las torres, con los rochos pegados a sus talones.

Lastyanax atisbó un canal de la Napoca Chica, situado a una cincuentena de pasos por debajo de ellos, en el segundo nivel. Era excesivamente corto, excesivamente cercano, excesivamente peligroso, pero no tenía elección.

Justo antes del impacto, obligó a las alas a deformarse para crear un muro entre el hielo y ellos. El choque fue más terrible de lo que había previsto. Pirra pegó un grito. Las alas rechinaron sobre la superficie helada del canal. Cuando por fin se inmovilizaron, estaban deformadas por completo. Por fortuna, su protección mágica había amortiguado lo esencial del choque.

Lastyanax aflojó el agarre de sus brazos con cautela. Pirra apretaba los dientes y parecía luchar contra el dolor.

—Mi pierna… Me he roto algo —gimió.

En el mismo instante, una serie de impactos resonaron a unos pasos. Lastyanax volvió la cabeza y vio que tres rochos caían sobre ellos.

—Es Rhodope, tenemos que irnos —dijo en un tono apremiante.

—No puedo… —balbució Pirra—. Ve a ponerte a cubierto.

Lastyanax cerró las alas en torno a ellos. Oyó que la mecánica protestaba con un rechino cuando el oricalco se plegó para adoptar la forma de un capullo. Les llovieron dardos. Lastyanax no conocía la lluvia, pero pensó que una tormenta golpeando el tejado de una casa debía parecerse a esto. El rostro de Pirra, contraído por el sufrimiento, estaba muy cerca del suyo. Sintió que ella quería decirle algo.

—Te amo.

Lastyanax había soñado tanto con oírle pronunciar un día estas dos palabras que se extrañó de encontrarlas tan simples y evidentes. Porque era su última oportunidad de hacerlo, besó sus párpados mojados, sus mejillas, su boca. Ella lo besó también. Lastyanax tenía la impresión de transformar cada segundo en un instante de eternidad. El oricalco seguía deformándose bajo los impactos. Lastyanax notaba que los choques le martilleaban la espalda cada vez que una punta de flecha debilitaba un poco más el sello de protección de la pulsera de alas. El metal cedería de un momento a otro.

Mientras se preparaba para una nueva flecha, resonaron choques y gritos, entrecortados de furiosos ceceos. Sin atreverse a dar crédito a sus oídos, Lastyanax giró el cuello y, con un pulso mágico, entreabrió las abolladas alas. En el canal, una escuadra de napocianos se enfrentaba a tres rochos y sus jinetes. Luchaban con escudos y sables incandescentes que parecían en desuso desde el asedio de su ciudad. En medio estaban Comozoi y Azno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pirra.

—¡Es mi padre!

Lastyanax nunca habría pensado que imprimiría tanto orgullo a esta frase. Aprovechando que sus atacantes habían desviado la atención de los temisciros, se arrancó las alas del pecho, colocó una encima de Pirra y usó la otra como escudo para participar en la batalla. Extrajo una enorme ola del canal helado y rodeó de hielo a uno de los rochos que los sobrevolaba. Los otros dos se apartaron. Una sombra ocultó el cielo. Pensó que los temisciros habrían recibido refuerzos, pero no: Barcida y Pétrocle habían vuelto a bordo de su rapaz y atacaban al segundo pájaro. Lo embarcaron en un combate aéreo en medio de los canales. La tercera ave rapaz de los temisciros ganó altura. Rhodope estaba encima, sentado a horcajadas detrás del soldado-pajarero que guiaba su montura. Lastyanax oyó que este último le decía:

—Son muy numerosos. ¡Hay que ir en busca de refuerzos!

—¡No! —replicó Rhodope—. ¡Si dejamos que se escapen ahora, jamás encontraremos el azur vivo!

Divisó a Lastyanax en medio de los napocianos y lo señaló con el dedo.

—¡Atrápalo!

Estupefacto, Lastyanax vio las garras de la rapaz caer sobre él. Cuando el rocho se disponía a atraparlo, su padre lo embistió, empujándolo a un lado. En medio de la confusión, la rapaz cerró sus garras sobre Azno y alzó el vuelo.

—¡Papá! —gritó Lastyanax.

Desde lo alto del rocho, Rhodope comprendió que su pájaro había capturado a Azno, que estaba aterrorizado. Se echó a reír.

—¿Es tu viejo, Last? Entrégate o lo suelto al vacío.

Su declaración fue acogida con un silencio consternado. Barcida y Pétrocle, en lucha contra la segunda ave rapaz, desaparecieron detrás de las torres. Solo se oía el batir de alas del animal que montaba Rhodope. Lastyanax miró a su padre, cuya calva brillaba de sudor. Blandía su sable incandescente sin atreverse a usarlo contra el ave.

—¡No lo ezcuchez, Lazt! —gritó.

Lastyanax meneó la cabeza y tiró el pedazo de oricalco.

—De acuerdo —dijo—. Me rindo.

A pesar de los sobresaltos del vuelo cernido y del vacío a sus pies, Azno parecía muy tranquilo.

—Eztoy orgullozo de ti, hijo mío —dijo—. Dile a tu madre que la quiero.

Antes de que Lastyanax pudiera reaccionar, hundió el filo incandescente de su arma en el pecho del ave rapaz, que soltó un grito de agonía. Sus alas dejaron de batir. La gravedad se impuso sobre él. El ave arrastró en su caída a las tres personas que transportaba. Lastyanax corrió gritando hacia el parapeto. No podía admitir que su padre era quien empequeñecía con el rocho entre los canales y las torres, que era él quien se estampaba contra el suelo, en el primer nivel. No era posible. No era posible, simplemente. Un padre no podía morir tan fácilmente.

Arka

Dos horas antes

Arka miró al amo de los lémures.

Durante sus encuentros anteriores —en el bosque de las amazonas dos años antes y en la torre de Sileno hacía dos meses—, debido a las prisas, no había tenido tiempo de observarlo con atención. Era un hombre de una treintena de años, con el pelo corto, ligeramente barbudo, atlético. Las amazonas un poco mayores que Arka lo habrían encontrado atractivo sin duda. Multitud de pequeños detalles le parecieron familiares de pronto: la altura de la frente, la curva de la nariz, la forma dela mano que seguía sosteniendo su brazo… Y los iris de los ojos azul pálido, los mismos que los de Chirone. Indicios que le confirmaban una filiación que todavía le costaba aceptar. Tuvo la repentina impresión de que su tutora había vuelto de entre los muertos y la miraba. Sin embargo, la persona que tenía delante no era Chirone. Era Candrie, el asesino de Chirone, su hijo, el conquistador de Hiperbórea, el amo de los lémures.

Él pareció percibir su desconcierto, pero lo malinterpretó.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño.

Esta frase sacó a Arka de su nostalgia. Había saltado a un barranco para matarlo. Era él quien debía tener miedo, no ella. En un cuarto de segundo, su cerebro le propuso un encadenamiento de movimientos. Le torcería el pulgar al mismo tiempo que le propinaría una buena patada en sus partes y después sacaría la pepita de azur vivo y…

El amo de los lémures interrumpió su razonamiento haciendo un gesto que no había anticipado: la soltó.

—Ven conmigo, vamos a hablar a un sitio más tranquilo.

El advenimiento del nuevo Basileus se había reanudado. Las liras, las flautas y el órgano tocaban con redoblado vigor para tapar el ruido de las refriegas que aún agitaban a la multitud. Los soldados-pajareros arrastraron a los últimos contestatarios lejos de los espectadores. Una cacofonía de gritos, insultos y música rebotaba en sus oídos.

—No tengo ganas de hablar con usted —escupió Arka.

Era mentira, por supuesto. Le habría gustado preguntarle si recordaba a Chirone, qué había sido de ella después de marcharse del bosque…, si sabía que había matado a su madre. Pero estas preguntas eran peligrosas, puesto que podrían reforzar el tenue vínculo que aún existía en la mente de Arka entre el amo de los lémures y la pequeña Candrie del caballo de madera. Pero si había algo que Arka quería evitar a toda costa era tener que pensar en que estaba a punto de matar a la hija de Chirone.

Y, además, casi había conseguido manipularla: era importante no dejarse engatusar.

—Si te digo que tengo cautivo a tu mentor y que al más mínimo problema le volaré la cabeza, ¿eso te animará a darme conversación? —preguntó el amo de los lémures en tono bromista.

A Arka le pareció que le caía un bloque de plomo en el estómago. Su mirada se desvió hacia la Extractora: ¿había fracasado el plan de Lastyanax?

—¿Cómo sé que no está mintiendo?

El amo de los lémures esbozó una sonrisa burlona y se cubrió la cabeza con la capucha de su capa.

—No lo sabes, pero no te arriesgarás a comprobarlo, ¿verdad?

Le guiñó un ojo y empezó a caminar hacia las torres.

Indecisa, Arka se preguntó si le estaba dando la espalda a propósito. En su bolsillo, sus dedos jugaban con los tres guijarros afilados. De repente había perdido su determinación asesina. El amo de los lémures tenía razón, no iba a arriesgar la vida de Lastyanax, incluso si había sido lo bastante cobarde como para abandonarlo.

Dejó las piedras en su bolsillo. Como su adversario noparecía tener intención de ponerle trabas, era mejor seguirle. Esperaría el momento oportuno para matarlo.

Alargó el paso para darle alcance.

—Me alegro de que aceptes venir conmigo.

—Podría haberme dejado fuera de juego, era lo mismo—repuso ella, disgustada por el tono cálido que él había adoptado, como si le hubiera propuesto un paseíto—. Me veo obligada a seguirle, no tengo elección.

—Siempre tenemos elección. Tú, por ejemplo, no estabas obligada a volver a Hiperbórea.

—No tenía ganas de volver en el fondo —repuso Arka.

—En ese caso, ¿por qué has vuelto? —preguntó el amo de los lémures.

—Para matarle.

Arka respondió a bocajarro, sin importarle la reacción de su interlocutor, que se echó a reír.

—Jamás podrás matarme aquí.

Habían llegado a la sombra de las torres. Las calles estaban abarrotadas de personas de todas las edades que se habían alejado de las murallas. Comentaban la ceremonia, preguntándose si la situación se habría calmado lo suficiente como para volver. Arka siguió la estela del amo de los lémures, que se abría paso entre la multitud sin dificultad. La gente parecía rehuirlo, como si un instinto primario les dijera que era mejor alejarse de ese hombre. Arka tuvo la impresión de estar viendo a un puma caminar entre una manada de élafos. Tocó la cuerda de crin de su colgante para insuflarse ánimos.

—Eso ya lo veremos —murmuró—. ¿Adónde me lleva? ¿A la Extractora?

—No. Al séptimo nivel. Quiero presentarte a alguien—respondió el amo de los lémures.

La alegre sonrisa que iluminaba su rostro había desaparecido. Más curiosa de lo que le hubiera gustado reconocer, Arka lo siguió por una serie de calles a rebosar de gente. Llegaron a un peaje. El amo de los lémures mostró su placa a los soldados que custodiaban el pasaje. Los dejaron pasar, no sin lanzar miradas intrigadas a Arka. Esta última se preguntó qué cargo ocupaba el amo de los lémures en el ejército temisciro. Tenía derecho alsaludo de los soldados rasos, pero su uniforme no se parecíaal de los oficiales que ella había visto en la calle.

Pasaron por un segundo peaje y luego cruzaron un canal del tercer nivel, donde, por lo general, se extendía un floreciente mercado. Los coloridos toldos de los pequeños comercios se agitaban con el viento. Los ojos de Arka recorrieron los puestos donde la comida, sin embargo escasa, torturó su estómago vacío. Hizo un gran esfuerzo para mantener la concentración en el amo de los lémures. Sin embargo, este había seguido su mirada y se detuvo delante del puesto de un

panadero.

—¿Tienes hambre?

Sin esperar la respuesta, se inclinó sobre el puesto y seleccionó media docena de panecillos. Su uniforme y su placa de temisciro parecieron inquietar al panadero, que lo atendió con gestos reticentes. Arka adivinó que los soldados-pajareros ya lo habían desvalijado. Cuando el amo de los lémures sacó un puñado de monedas del bolsillo, el hombre se relajó. Este último ofreció cinco panecillos a Arka, que los aceptó haciendo de tripas corazón por no mostrar hasta qué punto se le hacía la boca agua. Él se quedó con el último y le dio un mordisco.

—No sé qué me gusta más de esta ciudad, si su arquitectura o su cocina —dijo con un suspiro de alivio.

Arka tenía la suficiente lucidez como para darse cuenta de que intentaba engatusarla con la comida, como habría hecho con un animal. Al mismo tiempo, tenía mucha hambre. «Será mejor recuperar fuerzas», se convenció mientras atacaba el primer pan con un mordisco voraz.

—Pues su arquitectura la ha arruinado a base de bien—dijo ella, con la boca llena.

—No fue a propósito —replicó él—. Eso nunca habría pasado si te hubieras quedado conmigo en lugar de intentar escapar. Y todo para volver aquí —subrayó.

El enorme bocado que Arka acababa de dar le supo amargo de pronto.

—Y el incendio del bosque, ¿no fue a propósito? —replicó ella—. Porque parece que se le da muy bien prender fuegos, aunque no tanto apagarlos.

Él giró sobre sus talones y se encaminó al peaje del cuarto nivel. Arka supo que había tocado una fibra sensible. Decidió explotar ese filón. Desde su encuentro en la torre de Sileno, el amo de los lémures solo quería domarla: pues bien, haría que se arrepintiera de sus intentos.

—Usted mató a mi tutora y destruyó mi árbol cabaña—añadió dando pequeños trotes para darle alcance, con las manos llenas de pan —. ¿Tiene idea de lo que es perder la casa y la familia el mismo día?

—Créeme, conozco muy bien ese dolor —respondió él.

Su tranquila confianza pareció desmoronarse ante las duras preguntas de Arka. Poco se imaginaba que ella sabía exactamente lo que él quería decir.

—Entonces, ¿por qué quemó el bosque?

—Quemé parte del bosque para recuperar las pepitas de azur vivo —respondió—. Por lo que sé, apenas hubo pérdidas, o ninguna, entre las amazonas. Si tu antigua tutora no hubiera cometido la estupidez de

encerrarse en su árbol cabaña, nunca la habrías perdido…

Al oír el tono descuidado con que dijo esto, Arka comprendió con estupor que no conocía la verdadera identidad de su víctima. ¿Cómo habría podido sospechar que había matado a su madre? ¿Cómo habría podido reconocerla? Según lo dicho por Temis, habían transcurrido más de veinticinco años entre el abandono de Candrie y el incendio…

—Intentaba proteger las pepitas de azur vivo que nos robasteis —dijo Arka.

El peaje del cuarto nivel apareció al final del canal, custodiado por otros temisciros.

—Robé las pepitas para salvar a Hiperbórea.

—Pues vaya si funcionó, la vida nunca ha sido tan agradable por estos lares —se burló ella, señalando con un gran gesto los aledaños congelados de la ciudad.

—Esto no es nada comparado con lo que habría ocurrido si Temiscira hubiera asediado Hiperbórea —respondió.

Candrie dijo la frase de forma automática, como si esta justificación se hubiera convertido en una especie de lema personal. Arka frunció el ceño y engulló el tercer panecillo.

—La última vech me dijo lach michmach patrañach —balbució ella, intentando que no se le saliera la comida de las hinchadas mejillas.

Como el amo de los lémures no parecía entenderla, tragó lo que tenía en la boca y continuó con la voz más clara:

—Sin su plan, Temiscira nunca habría logrado conquistar Hiperbórea.

El amo de los lémures permaneció en silencio durante unos instantes, el tiempo de adelantar a una patrulla de soldados-pajareros. Luego se detuvo y se encaró con ella.

—Tú has vivido en Napoca —dijo—. Has visto las cicatrices de la guerra. La ciudad perdió la mitad de sus habitantes, y a la otra mitad la saquearon, la violaron y la torturaron. Solo los niños menores de siete años se salvaron del saqueo. ¿Sabes por qué?

Arka recordaba muy bien este episodio de su estancia en Napoca. Se miró el puño, cerrado alrededor de uno de los panecillos.

—Para convertirlos en soldados —respondió ella bajando la mirada.

—Exacto. Soldados reclutados desde su más temprana edad, que ya casi han terminado su formación. Con los reclutas napocianos, Temiscira habría conseguido tomar Hiperbórea. Solo habría costado cien mil vidas más.

Reanudó la marcha. Arka se metió el cuarto panecillo en la boca con un mordisco furioso. En el peaje, los soldados de guardia les dejaron pasar. Arka subió las escaleras detrás del amo de los lémures,

tan concentrada en su conversación que estuvo a punto de resbalar varias veces en la cascada de hielo esculpido.

—¿Y eso qué puede importarle? —dijo ella, con la respiración entrecortada—. No siente respeto alguno por la vida de la gente.

—Desengáñate, siento un gran respeto por la vida de la gente. Esperó a que Arka le diera alcance.

—Simplemente conozco los puntos de inflexión de una sociedad y no tengo miedo de tomar decisiones que nadie más querría tomar para salvar al mayor número posible. Prefiero matar cien veces a un hombre que arriesgar la vida de cien personas perdonándole la vida.

Una risa feroz hizo temblar la garganta de Arka.

—Pero ¿se está escuchando? «No tengo miedo de tomar decisiones que nadie más querría tomar para salvar al mayor número posible». Seguro que todos los tiranos piensan como usted. Con principios así, cualquier cosa es justificable.

Arka creyó que se había marcado un tanto, porque el amo de los lémures no respondió inmediatamente. Se sentó en el borde del canal helado y con el hielo dio forma a una cuchilla bajo sus botas. Su rostro se había cerrado. De pie tras él, Arka le miró la nuca, preguntándose de nuevo si era el momento propicio para matarlo. Inclinado sobre sus botas, parecía vulnerable. A unos pasos, los soldados-pajareros del peaje se concentraban en una partida de dados. Sus dedos jugaron con el colgante. Lo único que tenía que hacer era desplegar la hoja de oricalco que neutralizaba la pepita de azur vivo. Después, solo tendría que agarrarle la cabeza y…

—Yo era un oficial muy joven en la época del asedio de Napoca —dijo de repente.

Había terminado de fijar las cuchillas de hielo. De espaldas, con los antebrazos apoyados en las rodillas, miraba las torres que se alzaban más allá del canal.

—Era mi primera misión y, como todos los novatos, estaba muy emocionado, ansioso… y también lleno de aprensión. Me asignaron al mando de una compañía de soldados experimentados. Tuve que dirigir a hombres que eran mayores que yo. Era una gran responsabilidad. Esperaba tener que probarme a mí mismo ante ellos cuanto antes, en la batalla.

Arka soltó su colgante. Le resultaba bastante difícil matar al amo de los lémures sin más; pero hacerlo a sangre fría, por la espalda, mientras le contaba sus recuerdos, le resultaba imposible. Su vulnerabilidad era su mejor escudo. Fue y se sentó frente a él en el borde del canal helado. El amo de los lémures levantó los ojos para mirarla, y su parecido con los de Chirone volvió a turbarla.

—Pero el asedio duró meses —continuó—. Tuve que gestionar la frustración de mis soldados ociosos y también la mía. Fue muy difícil.

Todo el mundo tenía un único anhelo: que se abrieran las puertas de Napoca y que finalmente hubiera un poco de acción. Entretanto, pasábamos el tiempo como podíamos. Provocábamos a los arqueros en las murallas, jugábamos a las cartas y bebíamos. El campamento militar se había transformado en una especie de ciudad fuera de la ciudad. Había muchos civiles venidos de los pueblos aledaños que entraban y salían. Los comerciantes venían a vender sus mercancías, las cantineras venían a vender sus encantos y los pequeños mensajeros prestaban sus servicios a cambio de una moneda o comida.

Arka se preguntaba adónde quería ir a parar el amo de los lémures, que la observaba con los ojos perdidos en el vacío mientras ella moldeaba las cuchillas de sus botas.

—Uno de esos chicos pasaba mucho tiempo en mi compañía —continuó—. Se llamaba Bikili, pero todos le llamaban Bik. Los soldados le cogieron cariño. Con frecuencia le pagaban para que les hiciera recados tontos. A ellos les hacía gracia, eso daba de comer al crío, mantenía a los soldados ocupados… En resumen, eran buenos momentos. Bik se convirtió en nuestra mascota. Nadie sabía de dónde venía y a nadie le importaba. Hasta el día en que las puertas de la ciudad cayeron finalmente.

Arka no conseguía transformar sus zapatos en patines. Con gesto distraído, el amo de los lémures produjo dos cuchillas de hielo que se ajustaron a sus botas. Ella lo miró. Presintió que el resto de la historia iba a ser difícil de escuchar.

—Cuando estás en el ejército, esperas ver actos horribles y participar en ellos —prosiguió—. Lo sucedido en Napoca superó cualquier cosa para la que estaba preparado. Los soldados llevaban meses aburridos y soñando con el momento de poder desahogarse por fin con los napocianos. Vi a camaradas oficiales lanzar a sus hombres a concursos de decapitación. Vi a soldados profanar cadáveres, quemar a gente viva. Era una carrera para ver quién podía masacrar a más napocianos de la forma más cruel. Había tanta sangre en las calles que parecía que llovía rojo sobre la ciudad.

Cerró los ojos, los rasgos crispados, como si las imágenes del saqueo se hubieran quedado grabadas en su retina. Arka frunció el ceño, incapaz de determinar si estaba fingiendo.Tenía la impresión de que era capaz de ser al mismo tiempo falso y sincero, empático e indiferente. Y añadió:

—Pero lo peor fue cuando los soldados de mi compañía se cruzaron con Bik en la ciudad. Nadie sabía que era napociano: estaba tan delgaducho que seguro que podía colarse a diario por los agujeros del portón que protegía el río. Esto enfureció a mis soldados. Se sintieron traicionados. Cuando los encontré, diez de ellos ya le habían pasado por encima, y la cosa seguía. Les ordené que pararan, pero era

demasiado tarde. Bik ya estaba muerto. Tenía ocho años.

Arka apretó las rodillas, los dientes, los puños. Algo en su interior le decía que era demasiado joven para enfrentarse a un recuerdo así.

El amo de los lémures se pasó una mano por los párpados y concluyó:

—Después del asedio, quise llevar a mis soldados ante el tribunal militar de Temiscira, pero mis superiores me dijeron que habían actuado en su derecho. Solo los niños napocianos menores de siete años estaban protegidos de la oligarquía por decreto. El resto de la población no era más que pasto de los lobos. Después del saqueo, me enviaron a Hiperbórea con la misión de tranquilizar al Magisterium y hacer que la responsabilidad del saqueo recayera en los propios napocianos. Fui convincente —precisó con una sonrisa amarga.

—¿Qué les dijo?

—Una parte de la verdad. Les dije que el vaivoda de entonces era responsable de la escalada de violencia. Que se le había pedido varias veces que entregara las armas y que, en cada ocasión, se había negado. Que había dejado morir de hambre a su pueblo para salvar el pellejo. Que era él quien había provocado la matanza.

Sonrió con cierta decepción al ver la expresión revuelta de Arka.

—¿Y los ministros fueron tan estúpidos como para creerle? Hay muchos inmigrantes napocianos que llegaron a la ciudad, el Consejo no pudo ignorar lo sucedido…

—Porque los ministros lo quisieron —respondió el amo de los lémures encogiéndose de hombros—. Siempre es más fácil creer a los verdugos que ayudar a las víctimas.

Se puso de pie sobre sus cuchillas de hielo. Cuanto más avanzaba la conversación, más desdén sentía Arka hacia el alma humana.

—Es usted horrible, como el Consejo, como los temisciros —dijo sacudiendo la cabeza—. Son todos horribles.

Su salida pareció divertir al amo de los lémures, lo que no era en absoluto la intención de Arka. Tuvo la impresión de que su conversación lo distraía, como si él fuera un mentor benévolo y ella una discípula cándida.

—Puede que yo sea horrible, pero eso es un calificativo un poco simplista para referirse a todos mis congéneres, ¿no te parece?

Se puso a patinar con movimientos largos y fluidos. Se habría dicho que había nacido con las cuchillas puestas. Molesta por su tono condescendiente, Arka lo siguió con un estilo mucho más caótico, un brazo siempre dispuesto a hacer grandes molinetes para recuperar el equilibrio, el otro ocupado con el panecillo que le quedaba por comer.

—La guerra justifica nuestro modo de vida, nuestro modo de vida se justifica con la guerra —continuó él con las manos en la espalda—. Sin enemigo no hay ejército, sin ejército no hay jerarquía, sin

jerarquía no hay Temiscira. No es tanto que los temisciros quieran la guerra, es que no pueden vivir sin ella.

Los canales desfilaban al ritmo de sus frases. Su voz había adquirido una cadencia particular, casi hipnótica. Arka recordó que, durante su combate en la villa de Sileno, le cautivaron sus palabras.

—Pero no te estoy diciendo nada nuevo, ¿verdad? —preguntó, volviéndose hacia ella—. Eres una aprendiz de amazona. A ti también te adoctrinaron a una edad temprana.

—¿Qué significa «adoctrinar»? —preguntó Arka con el ceño fruncido.

—Que te enseñaron a seguir a los líderes, a amar la guerra, a tener la sensación de que siempre estás en el lado bueno de la historia.

—A mí no me adoc… —empezó Arka.

Hizo una pausa. Las palabras parecían salir de su boca como el agua de un jarrón agrietado. Su infancia en el bosque adquiría un nuevo aspecto. Su primer recuerdo era del día en que empezó su entrenamiento. Sus juguetes, armas en miniatura. Los caballos, las fraguas, los claros donde practicaban los ejercicios… Todo en el bosque estaba al servicio de la guerra. Por mucho que luchara contra las ideas del amo de los lémures, estas empezaban a meterse en su cabeza.

—Las amazonas hacen la guerra, sí, pero no tienen otra opción —objetó, recomponiéndose—. De lo contrario, hace tiempo que habríamos desaparecido. Todo el mundo quiere aniquilarnos.

Su contraargumentación sonó falsa a sus propios oídos.Parecía directamente salida de la boca de su maestra, cuando aún era una aprendiz. El amo de los lémures descartó la idea con un capirotazo retórico.

—¿Cómo crees que las amazonas se instalaron en Arcadia hace un siglo? ¿Preguntando amablemente a los ilotas si podían usar su bosque? No, se impusieron en la región por la fuerza. Expulsaron a los ilotas de sus tierras, secuestraron a sus hijas y masacraron a los que protestaban. Y, desde entonces, siguen utilizando la oposición a la que se enfrentan como pretexto para justificar el uso de la fuerza militar.

—Pero… —empezó Arka.

—Si mañana terminara la guerra entre las amazonas y Temiscira, no podrían seguir presumiendo de que protegen a las aldeas ilotas —continuó el amo de los lémures sin darle tiempo a objetar nada—. Tendrían que deponer las armas, devolverles sus tierras y encontrar una nueva forma de vida. Pero ¿qué generala amazonia querría convertir a sus guerreras en agricultoras? ¿Qué oligarca temisciro querría convertir a sus soldados en mercaderes?

Arka no respondió y se encerró en su mutismo. Siguieron patinando a través de los niveles. El palacio del Basileus apareció

finalmente entre las torres, enorme. En las murallas, los grifos esculpidos arrojaban chorros de hielo a los anchos canales que rodeaban el edificio. En el patio, el nevado follaje de las palmeras y los helechos arbóreos descollaban sobre las azoteas.

—¿Por qué vamos allí? —preguntó Arka, deteniéndose.

Los recuerdos de sus últimos momentos en la casa real se agolparon en su cabeza. El Basileus bañado en sangre. Los herederos en sus sarcófagos. El lémur que le susurraba «Adiós, hija mía» antes de desaparecer… Si había un lugar en Hiperbórea que no quería volver a pisar, era este.

—Porque la persona que quiero que conozcas está allí—respondió el amo de los lémures.

Sin más explicaciones, se deslizó por el canal y entró en el puerto interior, seguido de Arka. El palacio real había perdido su esplendor. Como en todas partes, la helada había marchitado las plantas y despegado los mosaicos. Cuando llegó al pontón de acceso, el amo de los lémures fundió sus cuchillas y subió los peldaños que conducían al primer pabellón. Arka lo siguió, recordando cómo, unos meses antes, había estado aquí con Lastyanax. Atravesaron las preciosas puertas de madera que daban golpetazos sobre sus goznes. Las antecámaras desfilaban, tan ricamente decoradas como siempre, aunque el frío había descascarillado algunos murales y los saqueadores se habían llevado algunas obras de arte.

Al llegar a la galería jalonada de columnas que daba al patio, se cruzaron con un anciano encajado en una silla autoportante. Un edecán que parecía apenas salido de la adolescencia la empujaba. Al ver al amo de los lémures, los ojos del anciano se iluminaron.

—Alcandre —dijo con voz temblorosa.

«Alcandre, Candrie», pensó Arka de inmediato. Una prueba más de que el amo de los lémures era el hijo de Chirone. Habría preferido no saber su nombre. Asesinar a Alcandre era mucho más difícil que deshacerse del amo de los lémures.

—Esta es la persona que quería que conocieras —susurró este último.

Miró de reojo a Arka.

—Es mi padre, Licurgo.

Atónita, Arka lo siguió con la mirada mientras se acercaba a saludar al anciano. Licurgo. Este nombre hacía temblar las ciudades. Durante su estancia en Napoca, Arka siempre había visto al Polemarca como el enemigo definitivo que destruir, el responsable de todos sus males. A su regreso al bosque, había descubierto otra faceta del tirano: la del joven mercenario ambicioso que Chirone rescató de una mina arcádica. Y ahora lo tenía delante, encorvado y encanecido en su silla, con las manos temblorosas, las orejas y las fosas nasales peludas.

Mientras el edecán se golpeaba el pecho para saludar al amo de los lémures, este último besó a su padre en la frente.

—¿Cómo se encuentra, padre?

—Come bien y duerme bien —respondió el edecán en su lugar—. Esta mañana casi se atraganta con el mazapán, pero he conseguido que lo escupiera. No quisiera que se le fuera por el otro lado… Dígame, ¿se ha enterado de lo que pasó en la Extractora?

Formuló la pregunta de un tirón, como si hubiera cedido a un impulso apremiante de hablar. Arka supuso que el edecán debía de aburrirse como una ostra, a fuerza de pasar el día entero cuidando a un vejestorio senil.

—No —respondió Alcandre.

—Unos magos hiperbóreos consiguieron sabotear la sala de extracciones y largarse con el azur vivo. Los buscan por toda la ciudad.

A Arka le dio un vuelco el corazón. Lastyanax se había salido con la suya y el amo de los lémures había mentido: no tenía a su mentor.

—Se ha liado un zafarrancho de combate —añadió el edecán, que a todas luces necesitaba una buena cháchara—. Los generales están pidiendo cabezas. Menos mal que no me asignaron allí. Creo que…

—Gracias por las noticias, soldado —cortó Alcandre con frialdad.

La tensión subió un grado. Observó a Arka con el rabillo del ojo. Ella se dio cuenta de varias cosas. En primer lugar, el amo de los lémures había comprendido que su medio de presionarla se había esfumado. En segundo lugar, ella misma se había convertido en medio de presión sobre Lastyanax. El amo de los lémures podría retenerla para obligar a su mentor a entregarle las pepitas. En tercer lugar, no podía medirse con él: él tenía su lémur y sus poderes, y ella solo tenía una pepita de azur vivo y carecía del valor suficiente para atacarle a sangre fría. En resumen, estaba en apuros. Era mejor huir mientras tuviera la oportunidad e ir en auxilio de Lastyanax. Entre los dos, tenían más posibilidades de vencerlo.

—Puede llevar al Polemarca a sus aposentos —ordenó Alcandre al edecán.

Este último se golpeó el pecho y asió blandamente las asas de la silla autoportante con semblante decepcionado por tener que acortar la charla. Licurgo lanzó una mirada confusa a su hijo cuando el edecán se dio media vuelta. Arka eligió este momento para dar un salto hacia delante. Tiró al edecán con un barrido del pie, empuñó las asas de la silla autoportante, se aferró al respaldo y dio una patada a la pared que tenía detrás.

La silla levitó por la galería, llevándose a Arka y a Licurgo con ella. El anciano gimió de terror. Pasaron bajo la mirada del amo de los lémures, que hizo ademán de lanzar una explosión, pero se contuvo.

No quería poner en peligro a su padre. Arka contaba con eso para escapar.

Cuando la silla llegó al final de la galería, apoyó el pie en tierra un instante y tomó un nuevo impulso hacia la salida. La silla ascendió a toda velocidad por la hilera de antecámaras. Sujeta al respaldo, con la nariz sobre los cabellos grises de Licurgo, Arka se quedó mirando la entrada, rezando por llegar lo antes posible.

De repente, atravesaron un torbellino de partículas. Justo cuando la silla estaba a punto de cruzar las puertas, las batientes se cerraron de golpe con un rechino brusco. Arka clavó los talones en el suelo para evitar que el anciano se golpeara de lleno contra el panel de madera. Sin embargo, se desequilibró hacia delante y se desplomó en el suelo.

Arka se dio la vuelta con un rápido movimiento. Sileno acababa de aparecer en medio de la antesala. Su antiguo profesor sonreía con sorna. Detrás, Alcandre se acercó corriendo. El lémur levantó un dedo. Inmediatamente, el suelo se deslizó bajo los pies de Arka, que cayó al suelo junto a Licurgo, que llamaba a su hijo gimoteando.

Arka se metió la mano en el cuello y sacó el colgante. Cuando el lémur la embestía, desplegó la pluma de oricalco.

De inmediato, Sileno se desintegró en una nube de partículas que volaron por la sala. Aturdida, Arka observó caer el polvo. En un abrir y cerrar de ojos, la zona azul había aniquilado al lémur.

El amo de los lémures parecía aturdido por lo que acababa de ocurrirle a su siervo. Arka se dio cuenta de que no podía esperar un acercamiento pacífico. Él levantó una mano y una bola de fuego nació en su palma.

—Tengo azur vivo —gritó ella, mostrando la pepita.

El amo de los lémures suspendió el gesto.

—El azur vivo no me afecta —dijo.

—A usted no, pero a mí sí —respondió Arka—. Y no querrá que me pase nada estando en una zona azul, ¿verdad? Me necesita para mantener la maldición.

—Alcandre… Mal… Alcandre…

El amo de los lémures volvió la mirada hacia su padre. Licurgo, todavía postrado en el suelo, pedía auxilio a su hijo. Arka aprovechó este momento de desatención para ponerse en pie de un salto. Con la pepita de azur vivo apretada en el puño, salió corriendo. Aceleró, cruzó el arco que daba acceso al patio y salió al bosque en miniatura cristalizado por el frío.

Su mejor oportunidad para escapar del palacio era el gran árbol por el que había descendido desde el tejado la noche del asesinato del Basileus. Sin aminorar la marcha, cruzó las alamedas, derrapando sobre los resbaladizos adoquines, pasó a toda prisa por debajo del

edículo donde ella y Lastyanax habían esperado el discurso del Basileus y llegó cerca del árbol en cuestión. Estaba a punto de saltar para agarrarse a la rama más baja cuando sonó un chasquido. Petrificada, Arka vio que el tronco se partía. La rama se inclinó hacia un lado y empezó a caer cada vez más rápido.

Arka retrocedió apresuradamente y dio media vuelta. El amo de los lémures alargó la mano y terminó de romper el árbol como si fuera un vulgar palo. El alcance de sus poderes asombró a Arka. No conocía a nadie capaz de realizar un acto semejante a tanta distancia, ni siquiera Lastyanax. Él avanzó un paso, con los ojos fijos en ella.

Arka sacó la honda que llevaba escondida en el cuello, cogió una piedra de su bolsillo y la encajó en la tira de cuero. La primera piedra salió disparada y fue desviada justo antes de golpear el pecho de su adversario, que permaneció imperturbable. La segunda piedra terminó su trayectoria en las plantas nevadas. La tercera explotó en el aire.

Sin aliento, Arka abrió la mano izquierda. Lo único que le quedaba era la pepita de azur vivo, que brillaba en su palma como un fragmento de cielo arcádico. El amo de los lémures estaba a solo unos pasos de distancia. Encajó la pepita en la honda y dibujó arabescos con el arma. Con un rápido movimiento de muñeca, lanzó el proyectil.

El tiempo pareció fragmentarse. Arka vio la pepita fundirse en la cabeza de su adversario. Un tiro perfecto. El amo de los lémures esbozó un gesto para desviarlo, pero el proyectil siguió su camino, insensible a la magia. De repente, una forma metálica se interpuso entre el azur vivo y su objetivo. El fragmento rebotó y salió proyectado lejos de allí, sobre el tejado del palacio.

Pentesilea se reajustó el casco deformado por el impacto. Había salido de una alameda adyacente. Con una lanza-relámpago en la mano, parecía desafiar a Arka a intentar un nuevo ataque.

—Detenla —ordenó Alcandre.

Con un movimiento del pie, Arka recuperó una rama caída y paró la primera lanza de la princesa. Luego se encadenaron los ataques. El arma de Pentesilea giraba a tal velocidad que Arkano tuvo tiempo de utilizar la magia. Con cada ataque, la princesa la obligaba a dar un paso atrás. Arka tuvo que usar toda su energía y concentración para plantarle cara. Pentesilea siempre había sido la más hábil de las dos en el combate, y se había vuelto aún mejor desde la última vez que midieron lanzas.

Pentesilea le asestó una lanzada tan fuerte que el palo de Arka se hizo añicos. Se tiró hacia delante para esquivar un ataque circular, pivotó sobre su espalda para no quedar inmovilizada en el suelo, intentó sin éxito segar las piernas de la princesa, volvió a levantarse de un salto, ladeó apresuradamente el pecho ante una nueva estocada, chocó con su palo roto y cayó hacia atrás.

Al instante, Pentesilea le apuntó en la garganta con la lanza-relámpago. Sin aliento, Arka pestañeó ante los destellos azulados que crepitaban a un centímetro de su cuello. Decidió jugar su última carta.

—Su madre no estaría orgullosa de saber en qué se ha convertido Candrie —dijo levantando los ojos hacia el amo de los lémures.

Lo vio palidecer.

—¿Qué quieres decir con eso?

En ese mismo momento, sonó un «vruiisch» en el patio desierto.

Un escalofrío recorrió los tímpanos de Arka. El amo de los lémures se había enderezado para escuchar lo que sucedía a su alrededor. Se oyeron nuevos «vruiisch». A la derecha de Arka, unos matorrales se agitaron. Esta esperó ver aparecer de un momento a otro a la serpiente de hielo que la había traído a Hiperbórea. Pero la criatura que salió de los arbustos no tenía el tamaño de Pitón, sino que era una versión en miniatura de ella; una serpiente de hielo que, sin embargo, parecía lo suficientemente gruesa como para poder quebrantarle los huesos a Arka si se proponía envolverla con sus anillos. Sacó la negra lengua y siseó hacia Pentesilea, que la apuntaba con su arma. Al instante, la princesa soltó la lanza-relámpago, que cayó al suelo con un chisporroteo.

Arka no podía ver su expresión tras la máscara, pero adivinó que el reptil había hipnotizado a su adversaria. La serpiente se volvió hacia Alcandre y sacó la lengua bífida.

—Voy a enseñarte a qué se refiere, Candrie.

Sus ojos de iris rectilíneos se encontraron con los de Alcandre, cuyos rasgos se relajaron de inmediato. La serpiente miró entonces a Arka, que vio oscilar su gran cabeza triangular. El mundo empequeñeció de pronto alrededor de los ojos sin párpados del reptil.

—*Tú también vas a viajar al pasado.*

12

El recuerdo olvidado

ARKA

Arka tuvo la impresión de que se desintegraba, como durante sus dos teletransportaciones entre Hiperbórea y Arcadia, salvo que esta vez la desintegración no fue física, sino mental. Le pareció que todos los compartimentos de su mente, incluso los que no sabía que existían, se desplegaban uno a uno. El patio desapareció, sustituido por un largo túnel de luces y sombras. Arka volvió a materializarse en suelo firme, junto al amo de los lémures, que parecía tan perturbado por la experiencia como ella.

Estaban cerca de un pueblo montañoso, detrás de una casucha medio derruida. Un gran acantilado de arenisca dominaba los edificios enclavados en la roca. En derredor, el paisaje se recortaba en altas mesetas verdes cuyo color contrastaba con el ocre de las escarpaduras. Las laderas menos empinadas revelaban pastizales arrasados por los rebaños de cabras, antes de caer bruscamente en desfiladeros donde crecían macizos de eucaliptos.

Arka respiró el aire seco de la montaña. Sintió el viento enredarse en sus cabellos y las irregularidades del suelo pedregoso bajo sus botas. A pesar de estas sensaciones, tenía una impresión de desajuste consigo misma, como si se hubiera transformado en una sombra proyectada en una pared. Alcandre había cogido una brizna de hierba y la frotaba entre el pulgar y el índice, con aire pensativo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Arka.

—En algún lugar de las montañas de Arcadia, al sur de la selva de las amazonas —respondió.

Cada vez más turbada, Arka miró hacia las altas mesetas que bloqueaban el horizonte. Se dio cuenta de que ya había observado sus formas rectangulares desde el bosque. Alcandre tenía razón, estaban

en Arcadia. El amo de los lémures soltó la brizna de hierba, que se fue flotando con el viento, y chasqueó los dedos. No pasó nada. Arka adivinó que intentaba encender un fuego.

—¿Estamos en una zona azul?

—Me parece que no —respondió Alcandre—. Creo que estamos en un recuerdo.

Arka comprendió mejor la sensación de desajuste que tenía, como si su propio cuerpo fuera consciente de que no estaba en la época que correspondía. La serpiente de hielo los había llevado al pasado.

—¿El recuerdo de quién?

—Tuyo.

Perpleja, Arka hurgó en su memoria. No recordaba haber ido nunca a las montañas. Claro que ella y Chirone habían ido a veces a cazar cerca de la frontera sur, pero la vieja amazona nunca la dejaba cruzar la linde. Y, desde el incendio, Arka siempre había viajado cada vez más al norte.

—¿Seguro que no estamos en un recuerdo suyo? —preguntó frunciendo el ceño—. Yo nunca he estado aquí —dijo categóricamente.

—Al contrario —respondió Alcandre—. Llegaste al mundo aquí.

Fue hasta el murete que separaba el patio de la calle central de la aldea y lo saltó. Dividida entre el miedo y la curiosidad, Arka hizo lo mismo.

La aldea —un pueblucho con algunos cabrerizos— parecía llevar lustros abandonada. Los cardos crecían en la tina de piedra del manantial seco que ocupaba el centro. Las malas hierbas habían invadido los pequeños huertos de espalderas. Había excrementos de cabra por todas partes, como si el lugar se hubiera convertido en mera tierra de pasto para los rebaños.

Sin embargo, el pueblo no estaba completamente desierto. Un hombre aguardaba de pie en la puerta de la choza que mejor había resistido a la intemperie y el abandono. Arka sintió que se le erizaba el pelo de la cabeza: reconoció sus rubios cabellos, sus ojos grises y el sello tatuado en la sien.

Era el lémur. Su padre.

Arka permaneció quieta durante unos segundos, con los brazos colgando, mirando a la criatura. El rostro del lémur no presentaba aún la extraña degradación que había visto en el mausoleo real justo antes de suicidarse.

—Syrame…

Arka se volvió hacia Alcandre. Él también parecía preocupado por la presencia de su criatura. Miraba al lémur con una mezcla de arrepentimiento y… ¿culpabilidad? Arka no esperaba ver esta expresión en el rostro de su adversario.Alcandre se acercó a su

criatura y repitió su nombre. El lémur permaneció inmóvil, como si no lo hubiera oído. Alcandre pasó una mano por delante de los ojos de su sirviente, sin provocarle el más mínimo parpadeo. Con la mirada llena de tristeza, se enderezó y volvió la cabeza hacia Arka, que se había rezagado.

—Estamos en el pueblo de Arcadia donde tu madre vino a refugiarse tras descubrir que Syrame era un lémur —explicó.

Su voz resonó en la aldea desierta, pero solo Arka parecía oírla. El lémur seguía esperando, inmóvil e inexpresivo, delante de la puerta de la casucha.

—Se escondió aquí cuando estaba a punto de dar a luz con la esperanza de que yo no pudiera encontrarla —continuó Alcandre—. Ella sabía que yo intentaría recuperarte y quiso evitar que te pusiera las manos encima. Pero me enteré de dónde se escondía y envié a Syrame a buscarla. Cuando volvió, me dijo que había llegado demasiado tarde, que tu madre había muerto en el parto y que te habían llevado a la selva de las amazonas antes de que él llegara.

Luego añadió, como si hablara consigo mismo:

—Un lémur no debería poder mentir. Sin embargo, siempre sospeché que aquel día no me dijo la verdad.

Como si el eco de sus palabras hubiera resonado a través del tiempo, el lémur finalmente se movió y empujó la puerta para entrar en la sombra de la cabreriza. Alcandre lo siguió. Arka inspiró profundamente y fue tras él.

En la habitación reinaban la pestilencia y la oscuridad. La única fuente de luz provenía de un agujero que una tormenta había cavado en el techo de lajas. Todos los olores que un cuerpo humano es capaz de reproducir estaban reunidos en esta habitación: una mezcla de sudor, orina, excrementos…, sangre. Sin embargo, en la casucha no había casi nada: unos pocos muebles rudimentarios y, en una esquina, una pila de sábanas viejas y manchadas. Syrame permanecía inmóvil, como una marioneta que alguien habría dejado colgando del techo. Un poco más atrás, su amo esperaba el siguiente movimiento del lémur.

La criatura se acercó a la pila de sábanas, se agachó y levantó un trozo de tela.

A Arka le sobrevino una arcada.

Bajo las telas sucias, acababa de aparecer el cadáver de una mujer.

Sus grandes ojos marrones miraban fijamente el techo. Sus finas trenzas oscuras se extendían alrededor de su cabeza como los rayos de un sol negro. La sábana dejó al descubierto su torso, revestido con una tosca túnica de lona. Sus manos reposaban sobre su abdomen redondo, como si hubiera intentado contener el dolor que emanaba de él. Su bajo vientre desaparecía bajo la sábana manchada de sangre.

En cuclillas a su lado, la expresión del lémur no había cambiado. Sin embargo, una lágrima recorrió la mitad de su cara, iluminada por la luz que entraba a través del agujero del tejado. Apartó una mosca que se había posado en la mejilla aceitunada de la mujer inánime.

—Es mi madre —balbució Arka.

Estaba a dos pasos del cadáver, con los ojos fijos en el rostro de esta Mélanippè de la que tanto había oído hablar. Un vacío, antes inexistente, acababa de abrirse en su interior. De repente, lamentó la ausencia de esta madre que nunca había conocido.

—Murió por su culpa —añadió—. Usted la mató.

El amo de los lémures negó con la cabeza.

—No, fuiste tú quien la mató.

Al mismo tiempo, la parte de la sábana que cubría las piernas de Mélanippè se movió. Se escapó un débil gemido. Syrame levantó el resto de la tela. Entre los muslos ensangrentados de la mujer muerta, se agitaba una cosita rojiza y arrugada. Molesto por la luz, el bebé abrió una boca enorme y se puso a llorar.

Atónita, la Arka del presente vio cómo el lémur tomaba en sus brazos a la Arka del pasado. Parecía imposible que un ser vivo hubiera podido salir de un lugar tan sórdido. Sin embargo, este bebé chillón que, apenas nacido, se retorcía ya como un lobato muy despierto era ella. Las palabras de Alcandre no dejaban de yuxtaponerse a la escena que transcurría ante sus ojos: «Fuiste tú quien la mató».

Sin la más mínima vacilación, Syrame cortó el grueso tubo gris azulado que conectaba el vientre del bebé con el de su madre con un mordisco afilado y lo ató al abdomen del infante. Se levantó con la boca llena de sangre y arrancó jirones de tela con movimientos parcos y precisos. Con los retazos de tela, envolvió al bebé, que aún se retorcía en sus brazos. Cuando terminó su obra, la Arka del pasado había dejado de llorar. Sus ojos sin pestañas se entreabrieron y miraron a Syrame… o a las telarañas del techo, era difícil saberlo. El lémur no pareció inmutarse. Se levantó y fue hasta la puerta, pasando entre Alcandre y la Arka del presente sin reparar en su presencia.

Mientras que esta última esperaba verlo salir de la habitación, él se detuvo en el umbral y se volvió hacia el cuerpo sin vida de Mélanippè. Acunada en el pliegue de su codo, la Arka del pasado también miró a su madre, grabando en un pliegue de su memoria una imagen que permanecería ahí oculta prácticamente catorce años. Un escalofrío agitó los párpados del lémur. Luego cruzó la puerta y el recuerdo cambió.

Ahora estaban en la ladera de una montaña, en la linde de un pinar. El sol se ponía tras las crestas, salpicando de oro el pedregal y los aloes. Abajo, en las profundidades del valle, las agujas de los pinos cedían el paso a las claras ramas de los eucaliptos.

Syrame estaba sentado sobre una roca grande, a pocos pasos de Alcandre y de la Arka del presente. Seguía apretando a la Arka del pasado entre sus brazos y, de nuevo, parecía esperar algo. Aún desorientada por el cambio de escenario, la Arka del presente se sobresaltó cuando Alcandre dijo:

—Así que fue él quien te llevó al bosque de las amazonas. Yo le di mucha autonomía para esta misión. La distancia entre nosotros era demasiado grande como para poder controlarlo adecuadamente. Fue un error por mi parte.

Parecía que le costaba admitir la traición de su sirviente. Arka se sintió invadida por un calor inesperado. Aunque ninguna forma de afecto traslucía en los rasgos impasibles del lémur, no había abandonado a la Arka del pasado. Como hizo durante un breve momento en el mausoleo, ese día Syrame logró liberarse de la influencia implacable que su amo ejercía sobre él. Por mucho que Arka rebuscara, solo encontraba una explicación a esta actitud: había intentado salvarla.

—No fue un error por su parte —dijo—. Le desobedeció, eso es todo.

—Syrame sabía que acabarías desempeñando tu papel—replicó enseguida Alcandre—. La maldición siempre encuentra la forma de cumplirse cuando uno de los miembros del linaje está fuera de una zona azul. Solo quiso darte unos años de libertad antes de que fueras a matar al Basileus.

Arka se preguntó por qué intentaba restar importancia al acto de amor del lémur hacia su hija. Sentado frente a ellos, Syrame seguía inmóvil. Se limitaba a acunar a la Arka del pasado de vez en cuando si pataleaba.

—¿Por qué no va al bosque? —preguntó ella.

—Porque es un lémur —respondió Alcandre—. Entrar en una zona azul lo destruiría.

—¿Qué está esperando entonces?

Justo cuando terminaba la frase, una flecha pasó silbando cerca de sus orejas y se perdió en el pedregal. Dos segundos más tarde, un elefante salió del pinar y subió por la ladera a tal velocidad que parecía volar sobre las piedras. Arka oyó el eco de un gruñido en el bosque.

—¡Ah, el cerdo! Bueno, solo tengo que encontrar esaflecha.

A Arka se le paró el corazón. Habría reconocido esa voz entre mil. Una mujer apareció entre los ásperos troncos de los pinos, con un arco en la mano y un cinturón engastado de azur vivo en la cintura. Seguía teniendo el pelo negro. Ya tenía la cicatriz en la nariz. Sus ojos eran de un azul que se confundía con el cielo. A Arka se le nubló la vista. Nunca había pensado que volvería a ver a su tutora y, sin embargo,

ahí estaba, vivita y coleando en los meandros del pasado.

De pie, a la sombra del pinar, Chirone se detuvo. Acababa de ver a Syrame. Con un rápido movimiento, encajó otra flecha en la cuerda de su arco y apuntó al lémur.

—¿Quién es usted? —preguntó levantando la voz—. ¿Qué está haciendo aquí?

El lémur se levantó y dejó con cuidado a la Arka del pasado encima de la roca. Los ojos de Chirone se abrieron como platos cuando comprendió que el pequeño bulto envuelto era un niño. Syrame retrocedió una decena de pasos. Sin relajar la cuerda de su arco, la amazona subió la pendiente y se acercó a la Arka del pasado, pasando de las sombras a la luz.

—¡Mamá!

Arka se volvió hacia Alcandre. El amo de los lémures miraba a Chirone. Sus ojos azules, iguales a los de su madre, estaban muy abiertos. Parecía preso de la desesperación. Arka comprendió por qué: esta Chirone era mucho más joven que la Chirone del incendio. Estableció un puente en su memoria entre la joven que había conocido de niña y la guerrera retirada que había matado. Acababa de darse cuenta de que había matado a su madre.

Entretanto, el recuerdo seguía desarrollándose. La amazona tomó al recién nacido en sus brazos.

—¿Quién es este bebé? ¿Por qué lo deja aquí? —le preguntó a Syrame, que seguía de pie a una decena de pasos sobre ella, a cierta distancia del azur vivo.

—Es la hija de Mélanippè —respondió con la voz desnuda de emoción—. Es suya.

Los ojos de Chirone se movieron entre la cara de la recién nacida y la del lémur. Arka recordó lo que le había contado Temis: devastada por la pérdida de Candrie, Chirone había empezado a mejorar después de hacerse cargo de ella.

—¿Por qué la deja aquí? —repitió la amazona—. ¿Dónde está Mélanippè? ¿Quién es su padre?

Syrame no respondió inmediatamente.

—Su padre es un mago hiperbóreo —dijo finalmente.

—¿Cómo se llama?

Otra pausa.

—Se llama Arka.

Chirone inclinó la cabeza sobre la recién nacida, que había empezado a retorcerse de nuevo.

—Y usted, ¿quién es?

Una ráfaga de viento fue la respuesta. Arka volvió la cabeza hacia Syrame al mismo tiempo que Chirone: ya no había nadie.

Adiós, hija mía.
Me ha alegrado conocerte.

Alcandre

Alcandre tuvo la sensación de subir otra vez por el túnel, pero en sentido opuesto, como si su mente se replegara y su cuerpo se reintegrase. El patio volvió a aparecer ante sus ojos, que habían permanecido abiertos durante el trance. Las imágenes del recuerdo parecían gravitar, superpuestas, sobre él. El reptil había desaparecido, dejando apenas un rastro en el suelo nevado. Arka seguía postrada en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas. A su lado, Pentesilea había caído de rodillas. Su rostro metálico miraba fijamente el suelo.

A Alcandre le resultaba muy difícil no ceder a la tormenta que asaltaba su mente. Durante toda su vida había creído que a su madre la habían ejecutado las amazonas justo después de abandonarlo, como le había contado su padre. Era falso. Durante años había odiado a las guerreras por un asesinato que no habían cometido. Esto le había llevado a incendiar su bosque con vengativo regocijo, cobrándose solo una víctima, una vieja amazona que en aquel momento le pareció insignificante: su propia madre.

No podía razonar consigo mismo: la culpa lo consumía. Sin embargo, él no tenía la culpa de no haber reconocido a su madre. Llevaba veintiséis años sin verla. ¿Cómo habría podido establecer la conexión entre la joven guerrera de su infancia y la mujer arrugada que se había interpuesto entre él y el azur vivo? ¿Y por qué nunca había ido a verlo? Ella sabía que él vivía con su padre, podría haberlo encontrado. ¿Por qué nunca le había escrito siquiera?

Empezó a recorrer la alameda de un lado a otro tirándose del cuello. Sus propios sentimientos lo asfixiaban; un gruñido retumbaba en el fondo de su garganta. Por el rabillo del ojo vio que Arka empezaba a moverse. Lleno de rabia, hizo levitar hacia él la lanza-relámpago que Pentesilea había dejado caer y avanzó hacia la hija del lémur que lo había traicionado.

—Si vuelves a intentar escapar, te corto las piernas —gruñó, apuntando a su garganta con el arma.

Nunca le había hablado con tanta violencia.

—Amo, los generales lo convocan.

Alcandre volvió la cabeza. Un joven paje acababa de llegar al patio: era Fretón, el discípulo del general. Estaba de pie a unos pasos de él, muy tieso. Su mirada no dejaba de desviarse hacia Arka. Parecía sorprendido de verla allí.

—Diles que eso puede esperar —respondió Alcandre con voz

apagada.

—La oligarquía ha decidido reunirse a última hora de la tarde para hablar con usted, amo —insistió Fretón en un tono prudente—. En la Cámara de las Basílicas del palacio. Tiene que ver con lo ocurrido en la Extractora.

Por un momento, Alcandre pensó en aniquilarlo en el acto. Fretón pareció percibir su furia y dio un paso atrás. Alcandre se obligó a respirar. Tenía que recuperar como fuera el control de sus emociones y de la situación. A todas luces, Filón pensaba cargarle encima el sabotaje de la Extractora: habría sido de necios no aprovechar la oportunidad para deshacerse de él.

—Me reuniré con los oligarcas y el nuevo Basileus en la Cámara de las Basílicas, junto a mi padre —anunció—. Si van a acusarme, será mejor que lo hagan delante de su verdadero jefe —añadió.

Fretón abrió la boca, pero se contuvo juiciosamente de hacer objeciones. Se golpeó el pecho y dio media vuelta hacia el pabellón de la entrada. Alcandre esperó a que se alejara y se volvió hacia Arka, que observó al paje irse con los ojos muy abiertos. Sin previo aviso, la golpeó con la parte plana de la lanza. Un arco de electricidad se extendió alrededor de su cuerpo. Arka se convulsionó durante unos instantes. Cuando estuvo seguro de que la había dejado inconsciente, apartó el arma.

—Pentesilea —dijo.

La princesa parecía seguir petrificada por los recuerdos en los que la había sumido la serpiente. Alcandre debería haberlo discutido con ella, pero no tenía tiempo.

—¿Puedo contar contigo?

Su tono mordaz pareció sacar a Pentesilea de su letargo.

—Sí —dijo ella, enderezándose—. Siempre, amo.

—En ese caso, vigila a Arka y asegúrate de que no se despierte antes de mi regreso. Volveré a ocuparme de ella cuando haya solucionado el problema de la oligarquía.

Sin más explicaciones, se fue a través del zoológico repleto de árboles y animales congelados. Sus pasos lo llevaron cerca del edículo, a un espacio rodeado de helechos arbóreos cuyos tallos habían encrespado por el frío. En el centro, en el enlosado, se erguía una estatua de una niñita de triste mirada. La efigie representaba a uno de los trece hijos del Basileus asesinados por las amazonas. Su larga cabellera de piedra estaba cubierta de nieve. En un impulso, Alcandre se acercó al pedestal para frotar el musgo y la escarcha que se habían acumulado en el mármol. Apareció un nombre grabado.

Syrame había dado a su hija el nombre de su hermana fallecida hacía más de un siglo. Alcandre vio en ello una nueva traición. No solo su lémur había desarrollado vínculos afectivos sin que él lo supiera, sino que también había conservado un vínculo familiar de su vida pasada totalmente desconocida para su amo.

Alcandre continuó su camino por el bosque interior, pasó por debajo de las columnas que bordeaban el patio, subió una escalera y llegó a los aposentos del antiguo Basileus. El edecán, que bajaba con una bandeja a la cocina, le indicó que su padre estaba en su habitación.

—No se encuentra bien —añadió—. La caída de antes no le ha hecho bien. Creo que…

—Vete —le cortó Alcandre.

El edecán pareció entender que era mejor no demorarse. Se alejó con paso decidido. Alcandre cruzó la galería que conducía al dormitorio real, abrió la puerta y miró a su padre, tumbado en la cama con dosel. Licurgo parecía, en efecto, debilitado por las acrobacias a las que le había sometido Arka. Hundido en enormes almohadas, con la piel cerosa, parecía luchar con cada respiración para no perderse en un sueño definitivo. Alcandre se sentía dividido entre su deseo de proteger al anciano vulnerable y su resentimiento hacia un padre que le había hecho creer toda su vida que su madre estaba muerta.

Fue a sentarse en una butaca junto al viejo Polemarca dormido. La rabia que lo animaba dio paso a una fría resolución.

—Padre, he encontrado la manera de deshacerme de tu engorroso brazo derecho —anunció—. Pero voy a necesitar tu ayuda.

Fretón

La Cámara de las Basílicas llevaba decenios en desuso.Tapizada con un mosaico azul y pintada con arabescos de pan de oro, esta larga sala de audiencias contaba con un sofá real como único mueble. En los primeros años de su reinado, el antiguo Basileus escuchaba allí las quejas de sus súbditos, pero pronto abandonó esta costumbre, heredada de sus predecesores, y solo debatía con su Consejo. Cuando la Cámara aún estaba en uso, los dignatarios hiperbóreos que acudían a las audiencias se colocaban por orden de importancia alrededor del pedestal de mármol. Los magos de rango secundario se colocaban en la galería que dominaba la cámara, lo suficientemente cerca como para escuchar, pero demasiado lejos como para ser vistos.

Era detrás de la balaustrada de este largo balcón donde Fretón se escondía para observar la reunión de la oligarquía. La luz vespertina

atravesaba las altas ventanas de la Cámara. No tenían cristales, pero la temperatura había vuelto a ser clemente gracias a la reparación de la cúpula. Encorvado en el sillón real, el Polemarca Licurgo esperaba la llegada de Filón y los oligarcas. Su hijo Alcandre también esperaba, hundido en uno de los sillones que los edecanes habían acercado al pedestal. Se frotaba la corta barba y miraba la puerta de vez en cuando. A Fretón le pareció que estaba nervioso.

Él lo habría estado en su lugar: el nuevo Basileus había montado en cólera al enterarse de la desaparición del azur vivo el mismo día de su coronación.

—Ese traidor de Alcandre está detrás de todo esto, conspiraba contra mí desde el principio —exclamó cuando Fretón le dio la noticia en su despacho del Magisterium.

Filón ordenó a su discípulo que enviara una citación a todos los oligarcas, así como al propio Alcandre. Eligió la Cámara de las Basílicas como lugar de reunión para marcar con gran pompa que volvía a asumir el mando de Hiperbóreay Temiscira. La humildad que había mostrado la mañana de su coronación había desaparecido. Fretón veía en los ojosde su amo sueños de imperio y reinado eterno.

Unos meses antes, habría estado encantado de trabajar para un mentor tan ambicioso. Hoy habría dado cualquier cosa por tener una vida normal en una ciudad tranquila.Tenía la impresión de estar en el centro de una máquina infernal dispuesta a triturarlo.

Su consternación aumentó al descubrir a Arka en el patio, a merced de Alcandre. Su antigua compañera de clase había desaparecido de la circulación desde que la habían condenado por el asesinato de su padre: Fretón no entendía por qué la encontraba allí. Ella misma parecía sorprendida de verlo al servicio de los temisciros.

Justo después de entregar su citación, Fretón se escondió detrás de los árboles para ver lo que Alcandre hacía con Arka: el mago la dejó inconsciente y, luego, su extraño ayudante con el casco metálico arrastró a su camarada a una habitación contigua al patio. Fretón había debido de luchar consigo mismo para recordar que Arka era la asesina de su padre y que, en consecuencia, no merecía su ayuda. Dejó a su antigua colega a merced de la mujer del casco.

Los oligarcas entraron en la sala. Fretón permaneció inmóvil detrás de la balaustrada mientras se sentaban en las butacas dispuestas en círculo frente al sofá real. Nadie se fijó en él. Se le daba bastante bien esconderse.

Filón fue el último en entrar en la Cámara de las Basílicas. Había abandonado el traje ceremonial que vestía en la coronación, conservando únicamente el cinturón real de lapislázuli. Cruzó el círculo de asientos y fue a sentarse junto a Licurgo en el sofá, una forma de indicar que ya no aceptaría que lo tratasen como un simple

oligarca. El título de Basileus de Hiperbórea le otorgaba en adelante un rango equivalente al del Polemarca de Temiscira.

Desde lo alto del pedestal, la mirada del mentor de Fretón sobrevoló la pequeña asamblea. Sus ojos se detuvieron en Alcandre. Su manía de frotarse las manos se había intensificado. Se tocaba el cinturón cada dos por tres, como para asegurarse de que seguía allí. El atributo real proyectaba un escudo invisible a su alrededor; una propiedad que le había resultado útil durante la coronación, cuando los agitadores empezaron a lanzarle proyectiles. Ningún ataque lanzado a distancia podía alcanzarlo.

—Usted conoce la gravedad de la situación en la que nos encontramos —empezó.

Su voz resonó en la sala grande y fría. Cerca de la entrada, un escuadrón de soldados-pajareros se mantenía a la espera.

—Esta mañana, durante mi coronación, han robado el azur vivo de la sala de extracciones de la prisión —continuó Filón—. Los culpables, los dos únicos magos hiperbóreos que no habíamos conseguido encarcelar, lograron escapar. Nuestros soldados están buscándolos sin respiro, pero hasta ahora nadie los ha encontrado. Para empeorar las cosas, los otros magos se han enterado de la desaparición del azur vivo. Sin la extracción para calmarlos, se volverán rápidamente difíciles de controlar.

Dejó de frotarse las manos y las juntó delante.

—Es impensable que dos hiperbóreos hayan podido burlar por sí solos los dispositivos de seguridad de la Extractora —prosiguió—. Conocían la configuración de las salas, el horario de las torres de guardia. Deben de haber tenido un informante de alto rango. Alguien con interés en debilitar mi toma de posesión. Alguien que esperaba ser amo de Hiperbórea gracias a su siervo y convertirse rápidamente, por herencia, en el soberano de Temiscira.

Todas las miradas convergieron en Alcandre. Filón había dicho a su discípulo que el acusado se declararía inocente, pero este último permaneció impasible.

—No me subestimes —advirtió simplemente—. No puedes medirte conmigo, Filón.

—Por desgracia para ti, me he enterado de que hoy han destruido a tu siervo —respondió el nuevo Basileus con una sonrisa triunfal—. Y te recuerdo que tu padre se vería muy muy afectado por cualquier rebelión tuya.

Al decir esto, dio unas palmaditas afectuosas en los hombros de Licurgo, que estaba sentado a su lado. Fretón vio sonreír al anciano. No parecía entender lo que estaba pasando. Filón se volvió hacia el escuadrón de soldados-pajareros y señaló a Alcandre.

—Arrestadlo.

Inmediatamente, los temisciros entraron en la sala de audiencias empuñando brazaletes y lanzas. Alcandre no intentó defenderse. Lo agarraron por los brazos y lo inmovilizaron en el suelo.

—¡Liberad a mi hijo!

Fretón volvió la cabeza hacia el sofá real, boquiabierto. Licurgo se había levantado, el cuerpo vacilante y la voz trémula. Se sujetaba a Filón por la manga. En el público, los oligarcas arquearon las cejas. Nadie lo había visto ponerse de pie desde hacía varias décadas, y mucho menos pronunciar una frase entera. Filón parecía el más asombrado de todos. Se quedó más sorprendido si cabe cuando, con un rápido movimiento, Licurgo le arrebató la daga que llevaba en la cintura y se la clavó en el pecho.

Fretón contuvo un hipo de asombro. Los oligarcas se levantaron con exclamaciones horrorizadas. Un instante después, Licurgo desapareció en un remolino de polvo y reapareció detrás de ellos. Dos gargantas fueron cortadas, liberando cascadas de sangre por el suelo. Licurgo desapareció de nuevo, volvió a materializarse a pocos pasos y continuó con la matanza de la oligarquía temiscira. Alcandre aprovechó la confusión para liberarse de las garras de los soldados-pajareros. Le partió el cuello a uno, recuperó su lanza y electrocutó a otros tres. Fretón observaba la escena desde detrás de la barandilla, paralizado por el terror, rogando con todas sus fuerzas que ni el mago ni el monstruo miraran hacia arriba. Mientras Licurgo acababa con los últimos presentes en la Cámara de las Basílicas, Alcandre se acercó a Filón, que agonizaba en los escalones del pedestal, con el cuerpo agitado en espasmos.

—Has osado… transformar a tu propio padre en lémur —balbució el nuevo Basileus con los labios borboteando de sangre.

—Te dije que no me subestimaras.

Con un giro de muñeca, Alcandre le asestó el golpe de gracia.

Lastyanax

Las horas que siguieron a la caída de Azno fueron confusas. Lastyanax oyó que le susurraban frases de condolencia y que lo arrastraban a los meandros de la Napoca Chica. No entendía nada, no veía nada. Su ser rezumaba vacuidad. Cada segundo le reiteraba con insistencia que no volvería a hablar con su padre.

Empezó a recuperar la consciencia del mundo y de la gente que lo rodeaba cuando la noche caía sobre la ciudad. Estaba en la fábrica de vidrio de Comozoi, en una sala abarrotada de equipos viejos y polvorientos, sentado en un cubo volcado. Pétrocle estaba con él. Su amigo miró nervioso por la ventana obstruida de telarañas. La sombra

fugaz de los rochos que patrullaban la ciudad oscurecía el paisaje de vez en cuando.

—Saben que estamos en la Napoca Chica, no podemos quedarnos aquí mucho tiempo —murmuró.

—¿Dónde está Pirra? —preguntó Lastyanax.

Pétrocle se volvió hacia él y pareció contento de que al fin hiciese una pregunta.

—La esposa de Comozoi está curándole la pierna. No tardará en volver.

Como para confirmar sus palabras, la puerta del trastero se abrió, dejando ver a la joven maga, que cojeaba con una muleta, la pierna encajada en una férula. Tras ella iba un aprendiz de cristalero que parecía encantado de tener una paciente como Pirra a su cargo. El chico y Pétrocle se apresuraron a ayudarla a sentarse en la única silla del cuarto y a poner la pierna en horizontal sobre otro cubo. Mientras el aprendiz le pasaba a Pirra una taza humeante y le preguntaba si necesitaba algo más, Pétrocle lo cogió de los hombros y se lo llevó hacia la salida.

—Venga, gracias, aire —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

Un olor dulzón salía de la taza que Pirra tenía en la mano. Pétrocle arrugó la nariz.

—No me digas que estás bebiendo…

—Una infusión de jugo de loto azul, sí —respondió ella con un suspiro—. Para aliviar el dolor. Es eficaz. La mujer de Comozoi me ha asegurado que la dosis es demasiado baja para crear adicción.

—Espero que los magos curanderos piensen igual —comentó Pétrocle con un resoplido—. No conozco nada más peligroso que un autoproclamado curandero del segundo nivel.

—Mientras tanto, la curandera en cuestión me ha puesto la tibia en su sitio —comentó Pirra de mal humor—. ¿Dónde está Barcida?

—La última vez que hablé con ella, intentaba encajar a su rocho entre dos tanques de transmutación. Comozoi no está contento.

—Por qué será —dijo Pirra—. ¿Ahora te hablas con Barcida?

—Sin su ayuda, nunca habríamos salido todos vivos de allí —respondió Pétrocle encogiéndose de hombros.

—No todos —murmuró Lastyanax.

Pétrocle y Pirra se volvieron hacia él con cara de tristeza y consideración. Pirra le cogió la mano y hundió en él sus ojazos verdes. Él sabía que tendría que haberle preguntado cómo se sentía, si el dolor era soportable, cuánto tardaría en curarse la pierna… Pero no podía pensar en otra cosa que no fuera su padre.

—Todo es culpa mía. Nunca debí… Él…

Se quedó callado, incapaz de expresar su emoción.

—Fue su decisión —dijo Pirra—. Estaba contento de hacer eso por

ti.

Lastyanax negó con la cabeza. Acababa de darse cuenta de que tendría que decirle a su madre que Azno había muerto. ¿Y cómo iba a recuperar su cuerpo, ahora que todos los temisciros le pisaban los talones?

—Ni siquiera le dije que ya no estaba enfadado con él—añadió.

—Estoy segura de que lo sabía —respondió Pirra—. Créeme, tus sentimientos no son tan difíciles de descifrar, Last.

Él le sonrió a través de las lágrimas. Ella se inclinó hacia él y lo besó. A pesar de la insondable pena que habitaba en Lastyanax, este gesto le hizo profundamente feliz. Pétrocle se aclaró la garganta.

—Ey, que yo sigo aquí.

La puerta se abrió de nuevo, dejando pasar a Comozoi. Pirra y Lastyanax se separaron. El cristalero sostenía en sus manos una gran hoja azul salpicada de oricalco.

—Ah, parece que la cosa va un poco mejor, *noscut* —dijo, dirigiéndose a Lastyanax—. Justo antes de pedirnos que fuéramos a ayudarte, tu padre me dijo que buscara en el bloque de oricalco que la prisión entregó esta mañana. Esto es lo que he encontrado. No es el momento de preguntarte, pero… ¿qué hago con él?

Lastyanax miró el azur vivo. De repente se sintió incapaz de tomar una decisión. Tenía la impresión de ser una mecha de vela consumida.

—Vamos a pensarlo —respondió Pétrocle en su lugar, recuperando la hoja—. Danos un poco de tiempo.

Comozoi asintió, con cara de pocos amigos.

—Bueno, oye, *noscut*… Sé que no puedes estar bien con lo que le acaba de pasar a tu viejo y todo, pero vas a tener que decirnos cuál es el plan. Entiende que, ahora que os hemos ayudado, vamos a tener a todos los temisciros encima en menos tiempo del que tarda un caravanero en timarte. No les doy ni dos días para tenerlos aquí husmeando.

—Vamos a pensarlo —repitió Pétrocle—. De momento, ante todo tenemos que dormir. Yo tengo que dormir ante todo. ¿No tendréis alguna cama en medio de esta leonera?—añadió, observando el material roto por todas partes.

Comozoi encontró a regañadientes unas viejas esteras llenas de pulgas, que instalaron en el cuarto. Pétrocle y Lastyanax ayudaron a Pirra a tumbarse en una, y luego se acostaron a su vez. Agotado por su prolongado arresto, Pétrocle se puso a roncar, haciendo vibrar las paredes. Con la mente empañada por la infusión de loto azul, Pirra se sumió en el sueño rápidamente, cogida de la mano de Lastyanax. Él fueel único que permaneció despierto, dándole vueltas a todos los recuerdos que tenía de su padre. Habría querido estar con su madre. ¿Se preguntaría por qué su marido no volvía a casa? ¿Le habrían

llevado el cuerpo de Azno? Finalmente se quedó dormido, con la cara empapada, sin poder contener las lágrimas que seguían rodando por sus mejillas.

A la mañana siguiente, cuando los tres lograron despertarse a duras penas, extenuados en cuerpo y alma, un Comozoi con aire preocupado les hizo otra visita.

—Hay un *noscut* que quiere veros —dijo, abriendo la puerta.

—¿Y eso? —preguntó Pirra sentada en su silla con el ceño fruncido.

A modo de respuesta, Comozoi se hizo a un lado paradejar pasar a un muchacho vestido con un uniforme temisciro. Con un sobresalto, Lastyanax reconoció a Fretón, el hijo de su antiguo adversario político. Pirra intentó levantarse, pero su pierna agarrotada se lo impidió.

—¡Pedazo de escoria! —escupió Pirra.

Luego gimió de dolor y se llevó las manos a la rodilla. Sin dar tiempo de responder a Fretón, continuó:

—Mira que hacerte discípulo de Filón… Debería darte vergüenza estar del lado de los temisciros, ¡ellos son los responsables de la muerte de tu padre!

Aparecieron manchas rojas en las pálidas mejillas de Fretón. El discípulo tenía mal aspecto, como si hubiera pasado la noche en vela. Lastyanax recordó que él y Pirra habían vivido cinco años bajo el mismo techo, ella como discípula de Mézence, él como hijo del antiguo Eparca. Esta larga convivencia había hecho mella en ellos.

—No lo sabía, ¿vale? —respondió Fretón—. Pensé que lo había matado Arka, como creyó todo el mundo. Ahora empiezo a tener dudas.

Lastyanax se frotó los ojos enrojecidos y se incorporó. Gracias a Arka, él y Azno se habían acercado, y también gracias a ella había podido ir al séptimo nivel para salvar a Pétrocle y a Pirra. Su padre le había dicho que la encontrara. ¿Dónde estaba?

—¿Y a qué has venido si puede saberse? ¿Cómo sabías que estábamos aquí? —preguntó Pirra con agresividad.

—Fue Aspasia quien me dijo que tenía posibilidades de encontraros en la cristalería —respondió Fretón con impaciencia—. Mirad, no tengo mucho tiempo. El hijo de Licurgo… un tal Alcandre… acaba de masacrar a toda la oligarquía temiscira en la Cámara de las Basílicas del palacio. Incluso a Filón, mi maestro, el nuevo Basileus. Yo estaba en la sala y lo he visto todo.

Un silencio acogió sus palabras.

—¿A toda la oligarquía? —repitió Pirra.

—¿Incluso a Licurgo? —preguntó Comozoi, esperanzado.

—A él no —respondió Fretón—. Sé que esto parecerá una locura, pero… Licurgo se ha convertido en un monstruo. No sé cómo decirlo

de otra forma. Apenas una hora antes era un vejestorio que no podía moverse ni hablar, y entonces, de repente, empieza a desaparecer y reaparecer por toda la sala para matar a los oligarcas. Su hijo era quien le daba las órdenes. Os lo juro, lo he visto todo con mis propios ojos. Me quedé escondido en la sala hasta la madrugada porque no me atrevía a salir por miedo a que me vieran y me mataran también. Se llevaron los cuerpos, y entonces Licurgo convocó a los oficiales y acusó a los oligarcas y a Filón de un golpe de Estado. Ahora es él y nadie más quien está al mando de Hiperbórea.

Mientras hablaba, Fretón se toqueteaba los granos de acné. Sus pupilas se crisparon, como si los oligarcas masacrados estuvieran de nuevo ante sus ojos. Pirra, Lastyanax y Pétrocle intercambiaron una mirada. Lastyanax sabía que todos pensaban en lo mismo: «lémur». El hijo de Licurgo era el amo de los lémures.

—¿Por qué nos cuentas esto? —preguntó Comozoi, que seguía la conversación manteniéndose al margen.

Fretón lanzó una mirada nerviosa al cristalero.

—Estoy aquí precisamente por Arka —respondió volviéndose hacia Lastyanax—. El hijo de Licurgo, Alcandre, la tiene retenida en el palacio del Basileus. No sé qué pretende hacer, pero… ella necesita vuestra ayuda.

Tras sus palabras se hizo el silencio. Al cabo de unos instantes, Pirra comentó en tono mordaz:

—Por si no te has dado cuenta, tengo una pierna rota, Lastyanax acaba de perder a su padre y nos buscan por toda Hiperbórea. Tú tienes acceso al palacio del Basileus: ahora te toca tomar las riendas y hacer algo valiente por una vez en tu vida.

Fretón se rascó los granos con frenesí. Se volvió hacia Lastyanax, que había permanecido en silencio.

—Es su discípulo. Yo solo no puedo medirme con Alcandre. Acaba de matar a toda la oligarquía. Tiene que ayudarme.

—De acuerdo.

Era la primera palabra que Lastyanax pronunciaba desde el inicio de la conversación.

—Last, no puedes arriesgar tu vida por las buenas, y menos cuando tu padre acaba de sacrificarse por ti —protestó Pirra—. Es un suicidio.

Lastyanax había temido que Pirra adujera este argumento, pero, aun así, le resultaba difícil escucharlo. Buscó las palabras.

—Una de las últimas cosas que me dijo mi padre fue que parecía que Arka estaba tramando algo peligroso y que yo tenía que acudir en su ayuda —explicó—. Seguro que ha decidido enfrentarse al amo de los lémures. Tengo que encontrarla.

No se sentía capaz de nada, pero salvar a Arka, sí, podía intentarlo. Era la última voluntad de su padre. Aunque eso significara ir a uno de

los lugares mejor protegidos de Hiperbórea para enfrentarse a los más temibles de los temisciros.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Pirra sin quitarle los ojos de encima.

—Si los temisciros estuvieran al tanto de vuestra presencia aquí, no me necesitarían a mí para deteneros —intervino inmediatamente Fretón.

—¿Cómo conseguirás llegar al palacio, Last? —preguntó Pétrocle —. Te buscan en toda la ciudad.

Lastyanax se levantó y empezó a pasearse arriba y abajo por el cuarto, frotándose la nuca mientras reflexionaba. Los demás lo observaron sin decir nada. Se sintió agradecido por este silencio. Al cabo de un rato, se detuvo y preguntó a Comozoi:

—¿Podemos contar de nuevo con la Napoca Chica?

—De todos modos, después del jaleo de ayer, estamos metidos en vuestros líos hasta el cuello —refunfuñó el cristalero. Luego añadió con una sonrisa que dejaba entrever su diente de oro—: Y, además, llevamos quince años soñando con vengarnos de ellos, no vamos a dejar pasar esta oportunidad. ¿Qué tienes en la mente, *noscut*?

—Pétrocle tiene razón, no podré llegar a la prisión si toda la ciudad está buscándome —respondió Lastyanax—. Necesito una distracción. Una distracción eficaz. Una distracción que no sea solo una distracción.

—¿Es decir?

Lastyanax respiró hondo. Tenía que ser convincente.

—Esta vez sí que vamos a rescatar a los magos de la Extractora —dijo—. Es el momento ideal. Los temisciros acaban de cambiar de mando y están desorganizados. Desde ayer, no queda azur vivo en la Extractora, lo que significa que los magos no han pasado por la máquina el último día. Estarán en mejores condiciones de rebelarse. Y, lo más importante, si no contraatacamos ahora, nos aniquilarán.

—¿Cómo quieres hacerlo? —preguntó Pétrocle.

—Mi idea es sencilla —comenzó—. Primera fase: un destacamento de napocianos entra en la prisión por el segundo nivel.

—La entrada está protegida por una puerta mecamántica —objetó Pirra—. Para cuando lo hayamos logrado, los rochos habrán matado a todo el mundo.

—Por eso utilizaremos esferas de humo para evitar los ataques aéreos —respondió Lastyanax.

Miró a la maga.

—¿Crees que podrías fabricar algunos sellos de destrucción con el bloque de oricalco macizo que la prisión entregó ayer?

Ella respondió con reticencia:

—No serán tan poderosos como el de Mézence, pero sí, puedo

fabricarlos.

—Pues entonces el problema de la puerta está resuelto —dijo Lastyanax—. Segunda fase: una vez dentro del edificio, los napocianos se dividirán en pequeños grupos e irán corriendo a liberar a los magos volando por los aires los barrotes con ayuda de los sellos de destrucción.

Lastyanax se volvió hacia Pétrocle. Sus rasgos estaban tensos, pero parecía decidido.

—Siento preguntarte esto, pero…

—Pero me conozco la prisión de memoria y soy el más indicado para ayudar a los napocianos a orientarse en ese edificio infernal —completó la frase Pétrocle—. No tienes que pedirme nada, Lasty, yo también tengo una cuenta pendiente con esos cochinos temisciros. Iré con ellos.

Lastyanax asintió con la cabeza.

—Tercera fase: los napocianos y los magos, que entonces serán muy superiores en número, salen de prisión.

Se aclaró la garganta, consciente de que esta última parte no era tan convincente como el resto, y concluyó:

—Bueno, esa es la idea general.

—¿Cómo puedes estar seguro de que los temisciros no les impedirán salir? —preguntó Pirra.

—Porque yo me encargaré de su jerarquía —respondió Lastyanax —. Iré a matar al amo de los lémures. Licurgo desaparecerá con él.

—Yo voy contigo —dijo una voz.

Lastyanax se dio la vuelta. Barcida acababa de asomar por el vano de la puerta.

—Créeme, mago, vas a necesitar mi ayuda para vencer a Alcandre.

13

Azul escarlata

ARKA

Cuando Arka volvió en sí, estaba encadenada al suelo bajo el edículo que ocupaba el centro del patio. Desde una estalactita colgada del capitel palmiforme de una columna caían gotas que se estrellaban en su frente con pequeñas explosiones frías.

La luz se había desplazado: con un sobresalto, Arka comprendió que había transcurrido una noche desde que el amo de los lémures la había aturdido con la lanza-relámpago.Tenía contracturas por todo el cuerpo y una barra le presionaba la frente. Parpadeó e intentó levantarse, pero las cadenas que la mantenían cautiva estaban demasiado apretadas para permitirle el menor movimiento. Volvió la cabeza. Agachado en el suelo, Alcandre dibujaba un sello alrededor de su cuerpo con ayuda de una tiza. Con la lanza en la mano, Pentesilea vigilaba a Arka.

—Se ha despertado —dijo la princesa con su voz cavernosa.

El amo de los lémures levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Arka. Tenía la cara cubierta de motas de sangre y parecía haber pasado toda la noche en vela.

—Podemos empezar ahora —dijo.

Arka sintió que el pánico se apoderaba de ella.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

Alcandre terminó el último trazo del sello y se levantó. Se limpió las manos manchadas de pólvora y sacó un lingote de oricalco del bolsillo.

—Un tatuaje de oricalco macizo —respondió—. El azur vivo tampoco tendrá efecto en ti a partir de ahora.

Con los ojos abiertos de horror, Arka miró el lingote.

—¿Va a fundirme eso en la piel?

—No voy a decirte que es una experiencia agradable —respondió el amo de los lémures—, pero no te haré sufrir nada que yo no me haya infligido a mí mismo.

A modo de demostración, se remangó el uniforme temisciro. Su antebrazo estaba cubierto de extraños arabescos anaranjados que se mezclaban con glifos y cercos. Arka comprendió por fin por qué las zonas azules no le afectaban: había neutralizado su acción modificando su propio cuerpo.

—Había planeado hacerme esto desde el principio, ¿no es así? —le espetó con rabia—. Sus historias de que hablásemos y de enseñarme a su padre eran pamplinas. Lo que hacía era atraerme hasta aquí.

El amo de los lémures sacó de su bolsillo una extraña maquinita con una aguja larga.

—Cuanto más te resistas, más te dolerá —se limitó a responder—. Pentesilea, desvístela.

Arka vio que su antigua camarada caminaba hacia ella. Su pánico se transformó en angustia. Le aterrorizaba la idea de que le inyectaran oricalco bajo la piel. Echada en el suelo como estaba, tuvo la impresión de que ya no se pertenecía. Su ropa era su última defensa. Pentesilea se arrodilló junto a ella, con una daga en la mano, y comenzó a cortarle la capa.

—¿A quién ayuda haciendo esto? —le recriminó Arka a Alcandre —. ¿A quién servirá su inmortalidad? ¿A un gran número de personas o solo a sí mismo?

Como el amo de los lémures no le hacía caso, Arka cambió su estrategia de ataque.

—¿No tuvo suficiente con haber matado a su madre? ¿Ahora le apetece torturar también a su pupila?

Alcandre parecía haber superado el sentimiento de culpa asociado a su matricidio, o bien intentaba no prestarle oídos. No reaccionó. Arka buscaba desesperadamente otro argumento defensivo cuando se oyeron unos pasos.

—General Alcandre.

Sorprendida, Arka giró el cuello para ver. Un oficial temisciro llegaba bajo el edículo; por su aspecto, portaba malas noticias. Arka se preguntó por qué el amo de los lémures ostentaba ahora el título de «general». Entonces se fijó en las gotitas de sangre que salpicaban su cara. ¿Qué había hecho con los oligarcas?

Alcandre se enderezó y vio al temisciro acercarse.

—¿Qué sucede, soldado?

—General Alcandre, han vuelto a atacar la Extractora.

—¿Quién ha sido?

—Los napocianos, mi general. Llegaron desde la Napoca Chica y forzaron la puerta del segundo nivel. Se están haciendo con el control

de la prisión. Creemos que ya han liberado a cien magos.

—¿Cómo es que han entrado tan fácilmente?

—Una cuarta parte de nuestros efectivos estaban dispersos por la ciudad buscando el azur vivo, mi general. Muchos de los soldados asignados a la prisión han sufrido una indigestión, un problema de sopa en mal estado, mi general. Y toda la cadena de mando está desorganizada desde…, en fin, desde que el Polemarca Licurgo y usted asumieron la dirección de las tropas.

Alcandre inspiró hondo. Su mirada pasó de Arka a Pentesilea. Dejó el lingote y la pequeña máquina en la base de la columna palmiforme.

—Vigílala, ahora vuelvo.

Arka le vio alejarse. Se preguntó si Lastyanax estaba detrás de este nuevo giro. En cualquier caso, disponía de una prórroga para encontrar la forma de huir. Probó la resistencia de las cadenas, pero estaban sujetas al suelo demasiado sólidamente como para arrancarlas con magia. Dejó caer la cabeza hacia atrás y miró la gran estalactita que colgaba del techo, justo encima de ella.

—¿Cómo te las arreglaste para salir de la avalancha?

Apoyada en la columna, con la lanza en las manos enguantadas, Pentesilea la miraba. Al menos, eso suponía Arka, porque el casco ocultaba su cara y sus ojos desaparecían en las sombras de las ranuras oculares talladas en el rostro metálico.

—¿Cómo me las arreglé? —repitió Pentesilea—. Me pasé dos días buscándote en la nieve. Fue imposible encontrarte.

Arka entornó los ojos y volvió a fijar la mirada en la estalactita. Había aceptado el hecho de que la persona quela observaba era una extraña, al menos parcialmente. Quizá no fuera un lémur, pero ya no era exactamente la princesa. Los acontecimientos la habían cambiado, y no solo en el aspecto físico.

—Te contaré cómo salí de la avalancha si tú me dices cómo sobreviviste a Napoca y por qué le sirves ahora —increpó—. Él es quien quemó el bosque. Es el enemigo de las amazonas.

—El destino de las amazonas ha dejado de interesarme—respondió Pentesilea sin la menor emoción.

—¿Por qué? —preguntó Arka, enfadada e incrédula—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Y no puedes quitarte ese casco? Tengo la impresión de estar hablando con una armadura.

Había formulado esta pregunta descuidadamente, como si le hubiera preguntado a Stérix por qué llevaba siempre una gorra; una costumbre cuyo origen nunca sabría, ahora que estaba muerto. El largo silencio que siguió le hizo tomar consciencia de que el casco de Pentesilea no era solo un equipamiento militar. Era una pantalla.

—Lo que pasó fue que me dejaste en Napoca —respondió finalmente Pentesilea con voz inexpresiva—. En cuanto a mi casco…

¿De verdad quieres ver lo que me queda de cara?

Arka se vio huyendo mientras los lobos del vaivoda devoraban la cara de la princesa. Los colmillos transformando su nariz, su boca y sus mejillas en un amasijo de sangre… Nunca imaginó que su camarada se recuperaría de tales heridas, pero Pentesilea, o lo que quedaba de ella, había sobrevivido. Arka tragó saliva y asintió con la cabeza.

Adivinó que la princesa no esperaba un sí como respuesta.

—Tú lo has querido —dijo Pentesilea.

Colocó ambas manos a cada lado del casco y se lo quitó lentamente. Arka recordaba su rostro: ojos de avellana, una profusión de cabellos castaños ondulados, bonitas mejillas redondas que contrastaban con su carácter contundente.

El pelo, las mejillas y uno de los ojos habían desaparecido.

La parte inferior de su cara había sido sustituida por un molde de oricalco con un orificio en forma de media luna que hacía las veces de boca. La carne hinchada rodeaba esta prótesis. Dos agujeros sustituían la nariz. El pómulo izquierdo se había hundido, arrastrando en su caída el arco ciliar. Un párpado había sido retirado sobre la órbita vacía de su ojo izquierdo. Como para erradicar el último elemento que se había salvado de los estragos de los colmillos, se había afeitado el pelo, dejando al descubierto la extraña y frágil redondez de su cavidad craneal.

De Pentesilea no quedaba más que un ojo que miraba fijamente a Arka.

—Esto es lo que dejaste tras de ti —dijo la princesa.

El sonido de su voz salía por el agujero de la prótesis y sonaba como un soplido en un cuerno de buey almizclado. Un mecanismo interno le permitía articular sílabas modulando el aire que salía de sus pulmones. Arka permaneció en silencio durante un buen rato, incapaz de formular una frase.

—No pensé que sobrevivirías —murmuró finalmente.

—No tendría que haber sobrevivido, pero ya conoces la maldición —repuso Pentesilea.

Dejó el casco en la base de la columna.

—Después del ataque de los lobos, sufrí lo indecible—continuó—. No podía morir, no podía vivir, era un jirón de carne incapaz de pensar en nada más que en el dolor. Todavía estaría sufriendo si Alcandre no hubiera estado allí. Fue él quien me recogió, quien me cuidó durante meses en Temiscira; me permitió recuperar una apariencia de vida con esta prótesis.

Señaló el molde de oricalco.

—Sin él, no puedo ni hablar, ni comer, ni siquiera respirar bien. Dependo de él.

Arka inspiró profundamente.

—De acuerdo, entiendo por qué te sientes en deuda con él —dijo, procurando controlar la voz—, pero eso no explica por qué lo ayudas…

—No eres la única que me dejó en la estacada —respondió Pentesilea.

Su único ojo brillaba con una luz tan lúgubre que a Arka le vino el recuerdo inducido por la serpiente.

—Al principio no podía soportar la idea de deberle algo a un temisciro —continuó la princesa con esa voz mecánica que a Arka le daba la sensación de estar hablando con un lémur—. Pensé que me retenía en Temiscira contra mi voluntad. Y entonces, un día, me dijo que era libre de volver con las amazonas si lo deseaba.

—Te lo dijo para tenerte en un puño —dijo Arka—, es un manipula…

—Excepto que me dio todo lo que necesitaba para hacer el viaje —cortó Pentesilea—. Un caballo, víveres, salvoconductos, todo. Así que volví a Arcadia. En la carretera, me dejé el casco puesto para no asustar a nadie. Estaba ansiosa por volver al bosque. Pensé que allí me aceptarían fácilmente. Hay tantas amazonas desfiguradas por la guerra… Pensé que mi madre se alegraría de volver a verme con vida. Me equivoqué.

Pentesilea cerró el ojo, como si los recuerdos se le hicieran demasiado difíciles de evocar.

—En la linde del bosque, los centinelas me negaron el paso. No me reconocieron, claro. Ni siquiera acertaron a darme una edad. Al final conseguí convencerles de que fueran a buscar a mi madre.

Pentesilea cogió el casco. Lo volteó entre sus manos enguantadas. Se oyó un clic sordo. Arka se dio cuenta de que Pentesilea no había perdido la cara solamente, sino que también unas prótesis mecamánticas reemplazaban sus dedos.

—Habría preferido que mi madre no me reconociera—continuó la princesa—. Habría sido menos difícil soportar su rechazo. Pero cuando comprendió que mi prótesis era de oricalco y que dependía de su magia, ordenó a los centinelas que no me dejaran pasar. Ni siquiera intentó hablar conmigo. Era como si me hubiera enterrado en vida. Prefirió repudiarme antes que dejarme entrar en el bosque.

Arka recordó la conversación que había tenido con Antíope justo antes de su destierro. La reina le había dicho que el amo de los lémures le había robado a su hija; no había precisado que le había concedido una oportunidad de encontrarla… Una oportunidad, o una prueba, más bien. El amo de los lémures la había desafiado a renunciar a sus principios para recuperar a su hija. Antíope había preferido conservar sus principios. Arka habría querido decir algo,

pero no había nada que decir.

—Después de eso, pensé en suicidarme, pero no tenía forma de hacerlo —dijo Pentesilea—. No puedo huir de la maldición, mis prótesis de oricalco me lo impiden. Así que volví a Temiscira. Mi amo me estaba esperando. Me preguntó si quería ayudarle a conquistar Hiperbórea y Arcadia. Le dije que sí.

Pasó un dedo por las rendijas de los ojos de su casco.

—¿Sabes qué es lo más gracioso de esta historia? Que al principio intentó curarme porque creyó que yo era tú.

Después de estas palabras, se puso el casco y Arka supo que ya no se lo quitaría.

—Ahora contéstame: ¿cómo sobreviviste a la avalancha? —preguntó la princesa.

Arka volvió la cabeza y miró una vez más la estalactita que colgaba del techo del edículo, muy por encima de ella. Pentesilea no podía saberlo, pero desde el principio de su conversación su ánima estirada al máximo intentaba desprender el trozo de hielo. Antes de sus teletransportaciones, lo habría conseguido en una décima de segundo.

—Voy a enseñártelo —dijo Arka.

La estalactita se soltó del capitel y cayó directamente sobre ella. Arka observó la punta fundirse en su pecho, rezando para que los poderes del lémur se activaran. Cerró los ojos.

No ocurrió nada.

Perpleja, abrió un ojo.

El pico de hielo se había inmovilizado a un centímetro de su esternón.

Arka inclinó la cabeza hacia delante y vio con disgusto que el amo de los lémures había regresado. Con la mano extendida hacia delante, repelió la estalactita, que se estrelló a un lado. Parecía estupefacto por lo que Arka acababa de hacer.

—¿Estás dispuesta a llegar a tales extremos para debilitarme?

Su reacción, en cierto sentido, tranquilizó a Arka: no conocía su capacidad de teletransportarse. Por lo demás, no las tenía todas consigo. Había perdido su única opción de huir.

En ese momento, una ráfaga de viento arrancó la nieve de los árboles del patio. Un rocho acababa de aterrizar. Y encima del pájaro estaba…

Lastyanax. Su mentor estaba sentado a horcajadas detrás de una mujer vestida de rojo que le resultó vagamente familiar. Blandía una espada de oricalco.

—¡Liberad a mi discípula! —gritó saltando de la silla de montar.

Arka estaba tan sorprendida como consternada ante una llegada tan aparatosa. Ella no podría haber sido menos discreta ni queriendo.

Sobre el ave rapaz, la mujer de rojo amartilló el brazalete que llevaba y apuntó a Alcandre. Arka la reconoció en ese momento: era la jefa de las guerreras que habían retenido como rehenes a los magos. ¿Qué hacían juntos?

—Aléjate de la niña, Alcandre —dijo la mujer de rojo.

A Arka le hubiera gustado señalar que ya no era exactamente una niña, pero no era el momento oportuno. El amo de los lémures miró a su interlocutora como si soñara con arrancarle la espada y clavársela en el corazón.

—Habrías hecho mejor en salir de esta ciudad en lugar de volver para traicionarme, Barcida —gruñó.

—No inviertas los roles, eres tú quien me ha traicionado a mí asesinando a mis guerreras y dándome a beber el contenido de este frasco —repuso la susodicha Barcida con frialdad—. Aléjate de la chica, no volveré a repetirlo.

—O si no, ¿qué? —se divirtió Alcandre—. No puedes…

No tuvo tiempo de terminar la frase: Barcida le disparó.Inmediatamente, una voluta de polvo se condensó delante de él. Apareció Licurgo. El dardo se clavó en su pecho con un ruido débil. Atónita, Arka observó al Polemarca avanzar hacia Barcida mientras se sacaba el dardo del pecho como si estuviera extrayendo una astilla. Alcandre había creado otro lémur, y esta vez se trataba de su propio padre.

Barcida envió una salva de dardos que no frenaron a Licurgo. Él arrancó todas las flechas y armó su brazo para contraatacar con el puñado de picos sangrientos. Ella paró el golpe con su pulsera. Entretanto, Lastyanax arremetió contra Alcandre. El amo de los lémures se hizo a un lado para esquivarlo. Arrastrado por su impulso, Lastyanax se estampó contra un árbol. Parecía tener dificultades para sostener la espada. Arka lo observó con horror arremeter con otro ataque desordenado, que Alcandre esquivó con una sonrisita. A Arka le parecía estar viendo a un gato jugando con un ratón enfadado.

Un chisporroteo resonó a la derecha de Arka, que se giró y vio, atónita, a Pentesilea inmovilizada tras un velo de luz que descendía de un disco giratorio. El atrapa-ánimas. Al instante siguiente, Fretón apareció en su campo de visión. Los ojos de Arka lo miraron atónitos mientras él se llevaba un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio.

—Ni una palabra, número 43 —susurró.

Recogió la tiza tirada en el suelo y se agachó cerca de su mano derecha para dibujar un sello en la cadena. Con el corazón acelerado, Arka se volvió hacia Lastyanax. Su mentor parecía haber desestimado la idea de golpear al amo de los lémures con la espada y se había lanzado a un espectacular y ruidoso duelo mágico. La nieve se

transformó en hojas de hielo, los árboles en antorchas y los adoquines en proyectiles. El amo de los lémures repelió sin esfuerzo esta vorágine de ataques, sin comprender que solo pretendía distraerlo. A pocos pasos, Barcida había recuperado la espada de Lastyanax y luchaba contra el lémur, que no dejaba de teletransportarse alrededor de ella. Cada uno de sus golpes hendía el aire.

Sonó un «¡cling!». Arka volvió a mirar a Fretón: acababa de romper la cadena que retenía su brazo derecho. Su antiguo compañero partió la tiza en dos y le entregó la mitad antes de ocuparse de las cadenas que le inmovilizaban los pies. Con su mano libre, Arka dibujó un sello de destrucción en uno de los eslabones atados a su muñeca izquierda.

Unos segundos después, se puso en pie de un salto. En medio del patio, Barcida y Lastyanax luchaban cada uno por su lado; ella, con su espada; él, con su magia, contra Licurgo y Alcandre. El atrapa-ánimas giraba cada vez más despacio por encima de Pentesilea.

—¡Por aquí! —susurró Fretón con urgencia, señalando la vegetación helada que rodeaba el quiosco.

Arka corrió tras él a través de las plantas. Mientras desaparecían detrás de una pantalla de hojas nevadas, oyeron que el atrapa-ánimas caía al suelo. Pentesilea gritó:

—¡Se escapa!

Arka miró atrás. Entre las palmeras emblanquecidas por la escarcha, vio a Alcandre y a su lémur volver la cabeza en dirección a Pentesilea. Este momento de distracción les costó caro: Barcida se tiró a fondo y hundió su espada en el pecho de Licurgo. El lémur miró la hoja. Un hilo de polvo comenzó a correr por su pecho.

—¡No! —gritó Alcandre.

Un agujero apareció en el pecho de Licurgo, alrededor de la hoja. El agujero se ensanchó, royendo la carne de la criatura. Su torso se desmoronó, sus piernas cedieron, su cabeza cayó en la nieve, y pronto solo quedaron su frente y sus dos ojos, que miraban fijamente a Alcandre. También ellos se desintegraron, dejando un montoncito de polvo en el suelo.

El conquistador de Napoca había desaparecido.

Atónita, Arka se volvió hacia Fretón, que miraba el pequeño montículo polvoriento boquiabierto.

—La espada… Está hecha de azur vivo bajo el oricalco, ¿verdad?

En medio del patio, Alcandre parecía desesperado. Arka se preguntó si habría convertido a su padre en lémur para tenerlo cerca de él un poco más de tiempo.

Barcida aprovechó la situación para recoger la espada y embestir a Alcandre. Pentesilea apareció, paró el golpe con su lanza-relámpago y luego golpeó a su adversario con un movimiento circular.

Barcida se desplomó, el cuerpo surcado de espasmos y de arcos

eléctricos. Alcandre volvió a la realidad, hizo levitar el arma hacia sí y se volvió hacia Lastyanax. Su actitud había dejado de ser desenfadada. Arka comprendió que había terminado de jugar e iba a acabar con su mentor en el acto.

Lastyanax produjo una niebla a su alrededor y utilizó este camuflaje para batirse en retirada a una jaula vacía del zoológico. Pentesilea se acercó a los barrotes y, sin dudarlo, clavó la punta de su lanza en el metal. Unos arcos eléctricos recorrieron la reja. Lastyanax no podía salir.

Arka corrió hacia él, pero Fretón la retuvo por el brazo.

—¡No van detrás de él, les interesas tú! —le susurró—. Lastyanax solo intenta ganar tiempo, ¡tenemos que irnos!

—¡No! —respondió Arka—. Si no detenemos al amo de los lémures ahora, no podremos hacerlo jamás. Necesito azur vivo.

—No nos queda: todo el azur vivo de la Extractora se ha utilizado para forjar la espada —respondió Fretón, nervioso—. Te lo advierto, si no me sigues, me voy sin ti, ya he arriesgado bastante el pellejo por…

Arka no oyó el resto. Miró a su mentor encerrado en la jaula, a Barcida tendida en el suelo, al rocho que observabala batalla y el tejado del palacio. Cuando disparó con su honda lapepita de Chirone contra Alcandre, el fragmento había ido a parar al tejado.

—Todavía queda azur vivo, solo tengo que ir a buscarlo— murmuró.

Sin más explicaciones, se abrió paso entre la vegetación.

—¡Arka! —gritó bajito Fretón.

Ella hizo caso omiso y siguió adentrándose en el bosque helado, aprovechando su cobertura para acercarse al rocho. A través de las hojas, pudo ver a Alcandre seguir su progresión a ojo, espada en mano. Detrás de él, Pentesilea vigilaba a Lastyanax, que seguía encerrado.

—¡Sal de ahí, Arka, o ya puedes despedirte de tu mentor! —tronó el amo de los lémures.

Arka eligió ese instante para saltar de la vegetación nevada y correr hacia el rocho, que seguía parado en medio del patio. Sin aminorar la marcha, se agarró al estribo con una mano y lo utilizó como equilibrio para aterrizar en la silla de montar. A horcajadas sobre el ave rapaz, asió las riendas y silbó la orden de despegue que había escuchado numerosas veces en Temiscira. Con un crujido de alas, el ave rapaz se alejó de la gravedad.

Lastyanax

A través de los barrotes, donde crepitaban los relámpagos azulados,

Lastyanax vio a su discípula alejarse con el rocho. Le subió una bilis amarga a la garganta. A pesar de que había venido a rescatarla, ella lo defraudaba otra vez. Se marchaba sin intentar decirle siquiera una palabra de despedida. Lo había dejado tirado como a un zapato vie…

Lastyanax interrumpió sus silenciosos lamentos. Arka acababa de saltar del pájaro en pleno vuelo y aterrizó con una voltereta sobre el tejado. Su alegría al constatar que no lo abandonaba pronto dio paso a la desaprobación. Él había venido a salvarla y ella iba a mandarlo todo al garete. ¿Por qué no huía, la muy idiota?

Arka había desaparecido detrás de la cornisa del tejado. Unos instantes después, reapareció en lo alto de uno de los grifos de mármol que dominaban el muro exterior del palacio. En su mano, bien visible, sostenía una pepita azul. Lastyanax adivinó que estaba tramando algo que no iba a hacerle ninguna gracia.

—Hay siete niveles detrás de mí. Si no libera a Lastyanax, saltaré —amenazó al amo de los lémures con una voz atronadora.

Lastyanax sintió que se le petrificaban las entrañas. A su lado, el amo de los lémures también parecía tomarse en serio la amenaza. Dio unos pasos erráticos, miró a Lastyanax, luego a Arka, y finalmente respondió en el mismo tono:

—No te atreverás…

—Recuerde la estalactita —gritó Arka.

Encaramada en la cabeza de la estatua, Arka parecía un gorrión bravucón. Lastyanax comprendió que, en el mismo instante en que Alcandre lo dejase marchar, Arka acabaría con la maldición suicidándose en una zona azul.

—¡No lo hagas, Arka! —gritó.

Ella ni lo oyó, concentrada como estaba en el duelo de voluntades que la enfrentaba al amo de los lémures.

—Libéralo —dijo este a su compañera encasquetada.

Esta última apartó la lanza-relámpago de los barrotes y luego abrió la puerta.

—Sal —dijo.

Lastyanax obedeció. Al pasar junto al amo de los lémures, pensó por un instante en intentar desarmarlo para recuperar la espada. Como si le hubiera leído el pensamiento, su adversario ciñó el puño a la empuñadura.

—¡Bajen las armas y dejen que se marche! —gritó Arka.

Lastyanax sintió una presión en la espalda.

—Aléjate —le dijo Alcandre.

Lastyanax avanzó lo más lentamente posible hacia la salida del patio, pensando a toda velocidad en cómo salvar la situación. Vio a Barcida, todavía inconsciente. Sabía que Fretón estaba escondido en algún lugar entre la vegetación, pero no podía esperar mucha ayuda

por ese lado.

Sonó un ruido metálico. Lastyanax miró hacia atrás. Alcandre había bajado la espada y su compañera había replegado la lanza-relámpago.

—Hecho. Está libre y hemos depuesto las armas —le gritó a Arka —. Puede salir de palacio sin temor, a condición de que bajes y vengas aquí inmediatamente.

Arka pareció dudar. Se balanceó de un lado a otro, encaramada en la cabeza del grifo. Se habría dicho que estaba probando la resistencia de su cuerpo a la gravedad. Su mirada se detuvo en la de Lastyanax.

—Adiós, maestro —dijo con voz temblorosa.

Luego, como si saltara a un charco, se dejó absorber por el vacío.

—¡No!

El aullido había salido de la boca de Lastyanax y del amo de los lémures al unísono. Realizaron un movimiento, como en un intento de tenderle el brazo a Arka, pero ella se alejaba cada vez más rápido, atravesando los niveles hasta el impacto final…

Lastyanax se desplomó en el suelo, con las rodillas en la nieve. Había fracasado en todos los frentes: no había cumplido la última voluntad de su padre, Arka estaba muerta y el amo de los lémures seguía vivo.

Una ráfaga de viento le golpeó la cara.

Lastyanax levantó la cabeza.

Un remolino de polvo acababa de aparecer frente a Alcandre. Las partículas se aglomeraron y adoptaron la forma de una niña de trece años con el pelo revuelto. Antes de que Lastyanax pudiera entender lo que estaba sucediendo, Arka levantó la espada y la clavó con todo su peso en el vientre del amo de los lémures.

Arka

El tiempo parecía haberse detenido. Inclinado sobre la hoja, Alcandre miró a Arka con los ojos muy abiertos. Los ojos de Chirone. Arka le había hundido la espada hasta la empuñadura. Podía sentir el cuerpo de su adversario contra su mano y la sangre que ya empezaba a brotar de la herida. Sus propias fuerzas habían sido drenadas por la teletransportación. Tuvo que agarrarse a la empuñadura para no derrumbarse.

Un instante después salió proyectada a un lado. Con un grito de desesperación, Pentesilea acababa de aparecer entre Alcandre y ella. La sangre chorreaba ahora entre los dedos del amo de los lémures.

—Quítamela —articuló, lívido.

Pentesilea agarró la empuñadura y tiró del arma, que salió de color

escarlata. Alcandre se tambaleó, retorciéndose sobre su herida. Goterones de sangre se estrellaron en la nieve. Sin embargo, la retirada de la hoja no pareció acelerar la hemorragia.

Arka recordó las palabras de Pentesilea: «No podía morir, no podía vivir, era un jirón de carne incapaz de pensar en nada más que en el dolor». Ahora que el azur vivo había abandonado su cuerpo, Alcandre seguía protegido por la maldición. Nada podía matarlo. De hecho, ya había empezado a curarse. El olor a carne quemada flotaba en el aire. Alrededor de sus dedos, suropa manchada de sangre se consumía. Estaba cauterizandosu propia herida.

Arka sabía lo que tenía que hacer: suspender la maldición. Luchando contra los incontrolables temblores que la sacudían, cogió el colgante que Alcandre había cometido el error de dejarle al cuello y desplegó la hoja de oricalco. La pepita de azur vivo, que había encerrado en su interior durante la caída, apareció. Brillante y azul, como los ojos de la amazona que la había llevado durante años, como los de su hijo que no quería morir.

Alcandre se abalanzó para arrebatársela.

Tres dardos se hundieron en su pecho. Medio erguida, con el brazalete extendido hacia delante, Barcida había recuperado la conciencia. El amo de los lémures emitió un hipo y retrocedió un paso.

Su cuerpo empezó a ceder. Una baba rosa apareció en su boca. La sangre volvió a correr por su pecho. La nieve a su alrededor se volvió púrpura. Se derrumbó en el suelo, encogido como un animal agonizante.

Un sonido metálico e inhumano perforó el silencio del patio. Era el grito de Pentesilea. La princesa tiró su lanza lejos y cayó al suelo, con la cabeza encasquetada entre las manos, doblada, como su amo, de dolor.

Barcida se levantó. Las lágrimas rodaron por sus mejillas cuando se arrodilló junto a Alcandre. Los últimos restos de conciencia lo abandonaban. El blanco de sus ojos parecía haber invadido su rostro. La sangre hervía en sus labios. Arka le oyó decir en un suspiro:

—¿Por qué lloras si me matas?

—Porque aun así te quería.

El amo de los lémures cerró los ojos y Arka supo entonces que todo había terminado para siempre.

14

La entrega de la toga

LASTYANAX

A veces es sorprendente decir adiós, sin arrepentimiento ni tristeza, a un proyecto de vida largamente madurado. Ese día, mientras Lastyanax iba con Pirra al primer Consejo organizado desde el final del Enfriamiento, le divirtió ver la facilidad con que aceptaba una situación que le habría parecido frustrante tan solo unos meses antes. A su lado, Pirra revisaba, criticándolo, el paquete de notas que él le había preparado. Estaba sentada en una silla autoportante, con la pierna estirada.

—No has incluido el resumen sobre las opciones de financiación para la reparación del canal —refunfuñó—. ¡Ah, sí, está aquí! Menudo lío, este archivo…

Lastyanax sabía que su expediente estaba ordenado impecablemente y que la mala fe de Pirra tendía a empeorar con la ansiedad. Mientras caminaban por los pasillos del Magisterium, le tomó la mano.

—Todo saldrá bien —dijo.

—Eso es fácil de decir, como no tienes que dirigir tú el Consejo… —refunfuñó Pirra—. Yo nunca he asistido a una sesión.

Por encima de la toga, llevaba el cinturón de lapislázuli y electro del Basileus. A petición suya, se habían añadido astillas de jade. «Para marcar el cambio respecto del anterior Basileus», había justificado. Lastyanax sospechó que intentaba realzar sus ojos.

—Tus ministros tampoco —respondió él—. Y si no creyera que vas a ser brillante, no me habría molestado en preparar esas notas —añadió con una sonrisa—. Eres muy poco agradecida.

Habían llegado a la puerta mecamántica del Consejo. Pirra abrió la boca para replicarle, pero él la sorprendió inclinándose hacia ella para

besarla.

—Te advierto que esto no te funcionará siempre —refunfuñó ella para guardar las apariencias—. ¿Qué te pasa?

—Me duele la nariz —respondió Lastyanax con voz quejumbrosa y una mano sobre su puente nasal abollado—.Todavía no está arreglado, a veces me duele cuando nos besamos.

—Te está bien empleado.

Con estas compasivas palabras, Pirra se acercó a la puerta mecamántica y posó la palma de la mano en el sello de apertura. La sala del Consejo apareció, tan verde y frondosa como antes del Enfriamiento. La vidriera de adamante la había preservado de las inclemencias del clima. Por lo demás, nada era igual. Ninguno de los siete magos que esperaban a la nueva Basileus eran miembros del Consejo cuando Lastyanax era ministro de Nivelación. Todos sus antiguos colegas habían perdido la vida a manos del amo de los lémures o en la Extractora.

Aunque lamentaba las circunstancias que habían conducido a esta renovación, Lastyanax la encontraba saludable. Dejó que la puerta mecamántica se cerrara detrás de Pirra y dio media vuelta mientras reflexionaba sobre el nuevo orden político que gobernaba Hiperbórea desde hacía un tiempo. En los pasillos del Magisterium, los diputados del Parlamento Internivel caminaban tropezando con sus togas, seguidos con entusiasmo por sus asistentes. La mayoría habían sido elegidos en los niveles inferiores y, por lo tanto, no sabían nada de la vida en la cima de la ciudad. Sus asistentes tampoco. Abordaban el ejercicio del poder con cierto candor que traía nuevos vientos, aunque algo caóticos, a la política hiperbórea. Lastyanax no dudaba de que las derivas de este nuevo sistema acabarían recreando el elitismo del antiguo Magisterium. Entretanto, constataba con orgullo que el Parlamento Internivel cumplía sus promesas. Con veinte diputados elegidos por nivel, los plebeyos nunca habían estado tan bien representados.

Esta pequeña revolución había sido posible gracias a la incertidumbre que había seguido a la debacle de los temisciros. Como miembro de más alto rango del Magisterium aún vivo, Lastyanax celebró un consejo de transición mientras se organizaban las elecciones a nuevo Basileus; la idea había sido del amo de los lémures, sí, pero no por eso dejaba de ser buena. Pirra se presentó de nuevo y esta vez fue elegida por amplia mayoría. A ello había contribuido el apoyo incondicional de los habitantes de la Napoca Chica (y de buena parte del electorado femenino).

Los napocianos eran ahora considerados los héroes deHiperbórea. Tras la invasión de la Extractora y gracias a la ayuda de los magos liberados, consiguieron repeler a los soldados-pajareros. Los últimos

focos de resistencia temiscira, concentrados en el séptimo nivel, entregaron las armas finalmente cuando los soldados comprendieron que Licurgo y su hijo ya no estaban al mando de las tropas. Algunos oficiales fueron apresados; el resto del ejército huyó. En cuanto a Barcida y a Pentesilea, habían desaparecido justo después de la muerte del amo de los lémures. A pesar de la insistencia de los magos, Lastyanax no desplegó muchas tropas para encontrarlas.

En Napoca, la caída de la oligarquía temiscira permitió a los resistentes deponer al vaivoda. La vuelta a la libertad no fue un camino de rosas: Lastyanax oyó hablar de purgas. Esperaba que la ciudad fuera capaz de superar sus tensiones, pero después de quince años de represión, el camino hacia la paz civil era arduo.

Se dirigió a la rotonda del Magisterium. En su camino se cruzó con varios magos. Algunos lo saludaron con entusiasmo, conscientes del papel que había desempeñado en su liberación; otros no le dedicaron ni una mirada, pues, a sus ojos, era un traidor a su casta por apoyar la candidatura de una mujer al frente de la ciudad y de los plebeyos en la categoría de parlamentarios. Todavía circulaban dudas sobre su responsabilidad en la serie de acontecimientos que habían trastocado Hiperbórea. Esta era una de las razones por las que Lastyanax no había querido conservar su función de ministro. Otra era su certeza de que su relación con Pirra no resistiría las tensas relaciones que reinaban en el seno del Consejo.

Comozoi, que había conseguido que lo eligieran diputado del segundo nivel, le había dicho: «Sabia decisión».

Cuando Lastyanax llegó a la rotonda, se encontró con Zenódoto, el viejo bibliotecario. El estrés de su encarcelamiento en la Extractora lo había despojado de su hermosa cabellera blanca. Sin embargo, había vuelto a sus antiguas pasiones. Ahora, cada vez que veía a Lastyanax, intentaba convencerlo de la necesidad de llevar ante la justicia a todos los hiperbóreos que habían utilizado sus libros como combustible.

—Aaaah, Lastyanax, precisamente quería hablarte de…

—Lo siento de veras, Zenódoto, voy con prisa, tengo una reunión.

Lastyanax se alejó del mago, haciendo lo posible por ignorar su mirada furibunda. Sus pasos lo llevaron a la explanada del Magisterium. Una vez fuera, se detuvo un momento y disfrutó de la suave brisa. La iridiscencia del adamante hacía resplandecer la cúpula reparada. En los jardines colgantes, en las terrazas, la vegetación volvía a la vida. El Enfriamiento había dejado muchas cicatrices, pero la ciudad iba renaciendo poco a poco, a golpe de brotes y andamios. A Lastyanax le asombraba la resistencia de Hiperbórea y de sus habitantes.

Bajó los peldaños de la explanada y llamó a un barquero desde el borde del canal. El agua había recuperado su caudal en los canales,

pero ninguna tortuga había sobrevivido al frío.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó el barquero, acercando su barca a la orilla ayudándose de una pértiga.

—Al primer nivel del Columbarium —respondió Lastyanax, subiendo a la embarcación.

El barquero lo llevó de un peaje a otro. Había sido necesario adaptar los ascensores para acomodar las barcas. Como el paseo en barca era más lento que en tortuga, Lastyanax tuvo mucho tiempo para observar los barrios de la ciudad. En las zonas altas, las familias adineradas habían vuelto a ocupar sus pisos y villas, que habían quedado desiertos durante el Enfriamiento. Los comercios y las fábricas reanudaban sus actividades. Las columnas de humo volvían a obstruir los niveles inferiores y los canales servían, como antes, de cloacas para los residuos alquímicos de los talleres. Las caravanas regresaban a lo grande a las puertas de la ciudad, cargadas de alimentos, madera y minerales. En conjunto, todo volvía a la normalidad, ni mejor ni peor que antes. Lastyanax esperaba que los nuevos parlamentarios lograran la nivelación que tanto le había costado defender durante su corta experiencia como ministro.

Cuando el esquife se detuvo frente al Columbarium, la tarde tocaba a su fin. Lastyanax pagó al barquero y fue al edificio. La torre, de aspecto sobrio, estaba perforada a intervalos regulares por estrechas ventanas triangulares. Los bajorrelieves que representaban escenas de luto decoraban las paredes. En la entrada, Lastyanax le compró a un niño una esfera luminosa del tamaño de su puño.

Como en muchos edificios comunitarios hiperbóreos, un enorme atrio ocupaba el centro del Columbarium. En lo alto de la torre, un rosetón de vidrieras proyectaba una luz diáfana sobre las decenas de miles de nichos mortuorios incrustados en la piedra del edificio, detrás de las hileras de balaustradas. Unos globos flavos flotaban delante de las sepulturas. A medida que avanzaba el día, sus luces se imponían como un baile de luciérnagas en medio de una colmena de tristes celdillas.

Lastyanax subió la escalera que circundaba la girola del atrio y daba acceso a todas las balaustradas. El arquitecto que había concebido la necrópolis se había preocupado de poner a todos en pie de igualdad: los nichos mortuorios tenían el mismo tamaño en el primer y en el séptimo nivel. Sin embargo, la mayoría de los nichos del primer nivel presentaban un aspecto polvoriento y descuidado. Las escasas sepulturas abiertas pertenecían a maleantes. Por falta de medios, las familias del primer nivel no podían permitirse grandes parcelas, lo que implicaba una rotación muy rápida de los difuntos. Por el contrario, en el último nivel, donde reposaba Palatès, algunos nichos no habían cambiado de ocupante en siglos. Unas cortinas de

terciopelo con borlas enmarcaban las puertas, que portaban inscritas los nombres de los difuntos en letras doradas. Enormes esferas luminosas sopladas por los mejores maestros vidrieros de la ciudad flotaban delante de cada sepultura.

Mientras caminaba por una balaustrada del primer nivel, Lastyanax se preguntó por qué sus compatriotas se empeñaban en distinguirse, incluso en la muerte. Cuando llegó a su destino, no había hallado respuesta a su pregunta. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y, levantando las manos ahuecadas, dejó que su pequeña esfera de luz flotara delante de la tumba de su padre.

Anunciarle a su madre la muerte de Azno había sido lo más difícil que había tenido que hacer en su vida. Sumida en el dolor, Cariclo se halló completamente desamparada ante los mil y un problemas que planteaban la pérdida de su marido y las preocupaciones de la vida cotidiana. Entre dos reuniones del Consejo de Transición, Lastyanax se ocupó de ella. Paradójicamente, este sobreesfuerzo le había permitido afrontar mejor su propio duelo.

Levantó los ojos hacia los nichos del séptimo nivel. En algún lugar allí arriba estaba la sepultura de Rhodope. Aunque lo consideraba en gran medida responsable de la muerte de su padre, a Lastyanax le seguía costando aceptar que su antiguo compañero los hubiera dejado. Cinco años de enganchones y dos narices rotas habían dado cierto valor a su relación.

—Ah, usted también está aquí, maestro.

Lastyanax levantó la cabeza. Arka se había acercado a él con una estatuilla de madera en la mano. Ella también había ido a recogerse ante la sepultura de Azno.

—No pensé que me encontraría con nadie a estas horas—añadió ella, sentándose a su lado.

Lastyanax miró al rosetón del atrio y constató que, efectivamente, fuera era casi de noche. Sumido en sus pensamientos, no había percibido el paso del tiempo.

—¿Qué es eso? —preguntó al ver la estatuilla.

A todas luces, era una obra personal. Lastyanax supuso que el objeto representaba un animal, pero habría sido incapaz de precisar la especie.

—En Arcadia no tenemos esferas luminosas, así que dejamos pequeños objetos junto a las tumbas en recuerdo de los muertos —explicó ella, depositando su ofrenda delante de la sepultura con un gesto preñado de gravedad.

—¿Y qué representa?

—¿Está ciego o qué? ¡Un caballo!

—Ah, sí.

Abochornada, Arka farfulló algo mientras ajustaba la posición del

caballo. Una extraña felicidad embargó a Lastyanax. Tenía la impresión de haber vuelto a los mejores momentos de su vida como mentor.

—¿Por qué me dijiste adiós antes de saltar del tejado del palacio?

Arka se encogió de hombros.

—Está claro, ¿no? Para hacerlo más creíble.

—Nadie esperaba que te teletransportaras —señaló Lastyanax.

Aunque Arka le había explicado su teoría sobre su extraña facultad —heredada de su padre, desencadenada por la maldición—, él no terminaba de sentirse cómodo con este hecho. No podía evitar pensar que no era completamente humana. Arka, en cambio, no parecía tan perturbada como él. Solo le afectaban los efectos físicos que sus desmaterializaciones tenían sobre ella.

Desde su última teletransportación, no conseguía hacer magia. Cada vez que lo intentaba, le daban vahídos, como si su ánima hubiera sufrido demasiado como para someterse a la menor distorsión complementaria. Lastyanax se la encontró intentando hacer levitar objetos en el torreón, donde había vuelto a vivir tras la partida de los temisciros. O las baratijas de Palatès se quedaban en el suelo, o era Arka la que se caía. Se levantaba llorando, y vuelta a empezar. Esta visión había afligido profundamente a Lastyanax.

Con las piernas dobladas contra el pecho y la barbilla apoyada en las rodillas, Arka parecía tener las mismas imágenes en la mente. Masticó un mechón de pelo con melancolía.

—Maestro, he estado pensándolo mucho —dijo al cabo de un rato —. Como ya no puedo hacer magia, no creo que deba seguir siendo su discípula.

Inspiró hondo. Lastyanax sabía lo que venía a continuación, pero habría querido no tener que oírlo.

—Ya es hora de que regrese a Arcadia. Ayúdeme a convencer a Pirra de que me deje volver con el azur vivo.

Lastyanax se sintió como si hubiera recibido un golpe en el pecho. Una parte de él se convenció de que bastaba con presentarle buenas razones para hacerla cambiar de opinión.

—No necesitas hacer magia para seguir siendo mi discípula —dijo, poniendo toda su fuerza de convicción en su voz—. Ni siquiera tienes que seguir siendo mi discípula para quedarte. Tu casa está aquí, en Hiperbórea, en el torreón.

«Conmigo», le hubiera gustado añadir. Por un estúpido pudor, se contuvo. Arka negó con la cabeza.

—Yo ya no tengo sitio en la ciudad. Los magos nunca dejarán de acusarme de haber traído a las amazonas. Cada vez que me cruzo con uno, tengo la sensación de revivir el juicio. Y maté a un Basileus.

—Fue en legítima defensa —objetó Lastyanax.

—Pero eso no quita que nunca vuelvan a confiar en mí—replicó Arka categóricamente—. Incluso Fretón evita hablar conmigo, a pesar de que fue él quien vino a buscarle para que me ayudara.

Más allá de la conclusión de que su sitio no estaba en Hiperbórea, Lastyanax adivinó que la soledad le pesaba. Su amigo Stérix estaba muerto. Con la muerte de su mentor, Cacique había dejado el disciplinado para dedicarse por completo al mantenimiento de la cúpula. Los otros discípulos desconfiaban de ella. El séptimo nivel nunca había sido un entorno muy acogedor, pero había que reconocer que la vida de Arka se había vuelto particularmente difícil allí.

Lastyanax no podía evitarlo: para él, su decisión de marcharse de la ciudad se debía a su fracaso como mentor. No había conseguido reavivar sus ganas de quedarse. Al mismo tiempo, no entendía qué empujaba a Arka a volver con su pueblo.Según había reconocido ella misma, su corta estancia en Arcadia no había ido tan bien como le hubiera gustado.

—El bosque es mi casa —respondió simplemente Arka cuando le preguntó—. Como usted con Hiperbórea. No es peor ni mejor que aquí, pero allí es donde tengo plantadas mis raíces para poder crecer, ¿entiende?

Lastyanax no estaba seguro de entenderla.

—Además, es el único lugar donde puedo vivir a resguardo de la maldición —añadió.

La maldición. Como siempre, regresaba una y otra vez. Si algo entendía Lastyanax de su discípula era su apego a la libertad. Arka quería trazar un camino hacia su propio destino. A él, que había rechazado el porvenir que le imponía el primer nivel, le resultaba difícil luchar contra esta aspiración.

—La propia Pirra me dijo que estaba pensando en enviarel azur vivo a Arcadia a modo de regalo diplomático —anunció—. Para ello ha establecido correspondencia con la reina Antíope.

Arka lo miró con asombro. Se trataba del primer contacto pacífico con las amazonas desde que sus fundadoras se marcharon de Hiperbórea. Lastyanax no sabía qué explicaba este giro en Pirra, pero sospechaba que sus conversaciones con Barcida en la Extractora habían tenido algo que ver.

—Entonces no puedo impedir que te vayas —continuó tras una larga reflexión—, pero puedo retenerte un poco más —añadió sonriendo—. El Magisterium ha decidido conceder el título de mago a Pétrocle, excepcionalmente, por los servicios prestados a la ciudad, a pesar de que el muy holgazán nunca terminó su invento. La entrega de la toga tendrá lugar dentro de un mes. Métanire ha decretado que preparará un banquete para la ocasión y yo no tengo nada que objetar al respecto. ¿Vendrás?

Una sonrisa tan amplia como un platillo estiró la cara de Arka.
—Maestro, ya sabe que yo nunca le hago feos a un festín.

A Lastyanax le hubiera gustado que el tiempo transcurriera más despacio. Los días que faltaban para la partida de Arka desfilaron como agua entre sus dedos. Estaba demasiado ocupado con sus obligaciones para con su madre y su trabajo en el Magisterium junto a Pirra como para dedicar tiempo a disfrutar de sus últimas décadas con su discípula. Además, ella también parecía muy ocupada. Entraba y salía de Hiperbórea para reunir todo lo necesario para su periplo de vuelta a Arcadia. Sus cosas se amontonaban desordenadamente en el centro del atrio del torreón. Aunque Lastyanax sabía que la irritación que sentía no era del todo razonable, tenía la impresión de que el maremágnum de Palatès se abría paso de nuevo en su espacio vital.

No obstante, la mañana de la entrega de la toga, cuando vio las pertenencias de Arka empaquetadas cerca del vestíbulo, lamentó tanto desorden. Había quedado con su discípula a mediodía delante de la entrada, pero ella llegó con quince minutos de retraso, como él esperaba. Se había puesto el traje de discípula, una túnica blanca y un cinturón naranja. No había manchas en su ropa. Incluso sus cabellos, esmeradamente trenzados, parecían casi limpios. Se sintió tanto más conmovido cuanto que Arka no tenía la costumbre de prestar atención a esos detalles. Él mismo llevaba su toga púrpura, que solía descuidar en los últimos tiempos. Ahora que se había acostumbrado al frío, la pesadez de la tela lo sofocaba. Maestro y discípula salieron de la mazmorra y caminaron hacia el Magisterium, por última vez, juntos.

La ceremonia ya había empezado cuando llegaron al anfiteatro donde se celebraba. La familia de Pétrocle, la de Pirra, la madre de Lastyanax y todos los magos de su promoción se habían reunido en el pequeño hemiciclo. Lastyanax saludó con la cabeza a sus antiguos compañeros de clase mientras ocupaba su lugar en el extremo del banco libre que Cariclo les había reservado en primera fila. Cuando sus codos se apoyaron en el pupitre cubierto de grafitis, tuvo la sensación de haber retrocedido un año, cuando asistía a las últimas clases de mistografía y la idea de pasar su defensa le devoraba de impaciencia. Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

Como Pétrocle no tenía mentor desde el asesinato de su maestro Triérios, Pirra se había ofrecido a dirigir la ceremonia. Ella misma había decidido convertirse en mentora a su vez, eligiendo al joven Fretón como discípulo. Lastyanax no sabía qué motivaba más esta decisión, si el deseo de rendir homenaje a su maestro Mézence o las ganas de tiranizar a Fretón después de haber sufrido su arrogancia durante cinco años. Su nuevo discípulo la seguía a todas partes, con

los brazos llenos de expedientes y aire de estar desbordado. Se había colocado a un lado del estrado y miraba con nerviosismo la sala abarrotada. Lastyanax adivinó que algunos magos no le habían perdonado su breve lealtad a los temisciros. Quizá también fuera para protegerlo de las represalias contra el hecho de que Pirra hubiera insistido en convertirlo en su discípulo.

A Lastyanax le sorprendió la expresión atónita de Fretón al ver a Arka, irreconocible con su pelo bien peinado y su túnica limpia. Entonces se preguntó si el excepcional esfuerzo que su discípula había hecho al asearse había sido realmente para él. Se inclinó hacia ella y se deleitó tirándole de las trenzas.

—Pero bueeeenoooo, ¿qué le ha dado? —refunfuñó Arka volviéndose con vehemencia hacia él.

Con una sonrisa burlona, Lastyanax se centró en la ceremonia. Tras las habituales palabras sobre los deberes que imponía el título de mago, Pirra colocó en el dedo de Pétrocle el anillo sigilar grabado con un grifo, y luego le entregó una toga púrpura.

—Esperemos que esta te traiga más suerte que la de Triérios.

Pétrocle se puso la toga, luchando con sus grandes mangas. Cuando su desaliñada cabeza pasó por fin por el agujero correcto, la sala aplaudió. Pirra y él bajaron del estrado y fueron saludados por todas las personas que deseaban felicitarlo y, sobre todo, aprovecharon la oportunidad para hablar con la nueva Basileus.

—Dudo que la mitad de la audiencia hubiera venido si tú no hubieras estado —le dijo Pétrocle a Pirra acercándose a Lastyanax y a Arka.

Fiel a su estilo, había hablado en voz alta, sin importarle cómo se tomaría el comentario la gente que se agolpaba a su alrededor.

—Yo no recibí la misma consideración, eso seguro —dijo Lastyanax, recordando cómo le habían puesto a él el anillo sigilar: con prisas, justo después del asesinato de Palatès.

—Así que hice bien en no mortificarme con crear un invento. La procrastinación es una cualidad que se subestima con demasiada frecuencia —dijo Pétrocle con gravedad.

—No por ti, desde luego —respondió Pirra con una sonrisa.

Se calló y frunció el ceño, con la mirada puesta en las filas superiores del anfiteatro. Lastyanax siguió su mirada: sentada en un banco, con el pelo suelto y pestañeando, Aspasia estaba inmersa en una conversación con uno de sus antiguos camaradas. La oyó decir:

—… pocos saben que Pirra, Lastyanax y Pétrocle solo tuvieron un papel menor en la liberación de los magos. Yo arriesgué mi vida por ir a buscar informaciones cru-ciales…

—Os dejo —murmuró Pirra—, voy a buscar a mi hermana antes de que empiece a contar que le debemos a ella la invención de la rueda y

la sombra de ojos.

Cuando todos regresaron a la mazmorra, Métanire y Aous habían colocado una gran mesa en el atrio, bajo el óculo. Una hermosa luz se derramaba sobre el mantel cubierto de vituallas. La cocinera había hecho un esfuerzo especial para preparar los platos favoritos de Pétrocle y Arka.* Estos últimos miraron la mesa con ojos maravillados y se abalanzaron sobre la comida. Con más moderación, Pirra, Aspasia y Lastyanax se sentaron a su vez delante de los platos. Fretón usó como pretexto las pilas de expedientes que su mentor le endosaba para no asistir al banquete.

—Esto es lo que pasa cuando invitas a tu casa a los dos mayores tragones que ha conocido esta ciudad —murmuró Lastyanax mientras observaba cómo se atiborraban Pétrocle y su discípula.

—He chufrido chufichientech privachionech para toda la vida —se defendió el nuevo mago con la boca llena.

—¡Ech mi última comida hiperbórea! —abundó Arka.

Pirra apoyó la cabeza en la de Lastyanax y señaló con la barbilla a su discípula, que estaba llenando su plato por tercera vez.

—La echarás de menos, ¿eh?

Lastyanax asintió sin decir nada.

—Bueno, entonces, explícame cómo te las vas a arreglar para volver a tu tierra de bárbaros —le dijo Pétrocle a Arka, levantando un muslo de pollo.

—Me voy mañana siguiendo la ruta de las caravanas hasta Napoca —comenzó Arka—. Allí hay algunas personas que me gustaría volver a ver, ahora que los temisciros han dejado de controlar la ciudad. Luego caminaré hasta la desembocadura del Termodonte para remontar el río en barco hasta Arcadia.

—¿Y cuánto tiempo te llevará ese periplo?

—Meses —dijo Arka.

—¿No irías más rápida con tus alas?

—Sí, pero mi mentor las rompió —respondió Arka, echando una mirada acusadora a Lastyanax—. De todos modos, esta vez no me vuelvo sin Tapón ni en sueños.

—Hablando de tus alas, Arka…

Los ojos se volvieron hacia Pirra, que metió la mano en el bolsillo de su toga y sacó una pulsera con un brillo cobrizo que resplandecía a la luz.

—Como yo también fui responsable de su destrucción, decidí repararlas para distraerme un poco —dijo, entregándole la joya a Arka por encima de la mesa—. He hecho algunas mejoras —precisó con aire de superioridad.

Lastyanax pensó que no había terminado de enamorarse de Pirra. Solo ella era capaz de arreglar el invento mecamántico más sutil de

todos los tiempos para relajarse.

Arka cogió la pulsera con incredulidad. Su pulgar se acercó al sello grabado en el objeto para activarlo, dudó un momento y se apartó.

—Ya no puedo usarla y, además, allá donde voy, no me permiten llevarla conmigo —dijo—. El oricalco está prohibido en el bosque. Será mejor que se lo quede usted —concluyó, devolviendo la pulsera de alas a Pirra.

Pirra no era de las que se emocionaban, pero Lastyanax vio que el gesto de Arka la conmovía.

—De todos modos, es mejor no dárselas a Lasty, no creo que vaya a usarlas de nuevo —comentó Pétrocle en el otro extremo de la mesa.

—Puedes estar seguro —confirmó Lastyanax.

Tenía toda la intención de pasar el resto de su vida en relación directa con el suelo.

El día terminó demasiado rápido. Recogieron la mesa, guardaron las sillas y Arka se fue a dormir. A la mañana siguiente, al alba, Lastyanax la ayudó a llevar sus cosas a una barca que había encargado para ella. El barquero los condujo a través de la ciudad hasta el primer nivel. Arka no decía nada, pero Lastyanax veía que sus ojos devoraban las últimas imágenes de Hiperbórea para guardarlas como un tesoro en la memoria. En derredor, la ciudad se despertaba con la tranquilidad de una ciudad en paz.

Llegaron a los establos y cargaron el equipo de viaje en la silla de montar y en las alforjas de Tapón. Arka tuvo especial cuidado a la hora de colocar un paquete largo en el lomo del caballo. Era la espada de azur vivo forjada por Comozoi con la hoja que Lastyanax había robado en la Extractora. A Lastyanax no le agradaba la perspectiva de que viajara con el arma. Al menos mientras la película de oricalco recubriera el metal azul, Arka estaba a salvo… hasta su regreso al bosque de las amazonas.

Terminaron de enjaezar a Tapón. Arka tomó las riendas y lo guio fuera de los establos. Lastyanax caminaba a su lado, con el ceño fruncido.

—Todavía no entiendo por qué tu caballo me estaba esperando al pie del glaciar —murmuró—. Era como si supiera que iba a necesitarlo para volver a Hiperbórea cuanto antes.

—Es un medio unicornio, tiene poderes especiales —respondió Arka con seguridad.

—Entre eso y tu serpiente adivinadora…

—¡Arka!

Se volvieron hacia la entrada de los establos. Fretón acababa de llegar, sudando y jadeando, como si hubiera bajado siete niveles a la

carrera. Lastyanax observó al discípulo acercarse a Arka, con la cara rojo teja, mientras los ojos de Arka se abrían como platos.

—Lamento haber testificado contra ti en el juicio y haber tardado tanto en darme cuenta de que estaba equivocado —dijo Fretón de un tirón.

—… ¿Y haber intentado destruir mi pulsera, llamarme vagabunda desgreñada y acosar a Cacique durante meses?

Fretón se miró los pies. Lastyanax, que seguía con gran interés la conversación, contuvo una carcajada.

—Sí, eso también lo lamento.

El discípulo levantó la cabeza, con la cara un poco menos roja y un aire un poco más seguro.

—¿Cuándo podré ir a verte a Arcadia, número 43?

—Cuando haya conseguido convencer a las amazonas de que acepten la presencia de chicos en el bosque —respondió Arka con una sonrisa.

—Más te vale conseguirlo, entonces —respondió Fretón con seriedad.

Tras un momento de vacilación, le tendió la mano y se la estrechó a la manera hiperbórea.

—Nos vemos uno de estos días, número 43.

Tras estas palabras, se despidió con un gesto y dio media vuelta rumbo a la ciudad. Lastyanax se volvió hacia Arka, que observaba a su compañero desaparecer por la esquina de los establos.

—¿De verdad tienes la intención de cambiar a las amazonas en ese sentido?

—Hiperbórea ha conseguido elegir a una mujer Basileus, todo es posible —respondió alegremente.

Salieron de la zona del establo y fueron a la puerta oeste caminando sobre la hierba nueva del prado. Tapón se detenía a intervalos regulares para meter la nariz en los brotes jóvenes. Los bueyes almizcleros los vieron pasar mientras rumiaban plácidamente. A Lastyanax le entraron ganas de irse con su discípula y visitar todas las regiones que iba a recorrer. De repente se sintió pequeño por ser hiperbóreo.

—¿Y usted qué va a hacer ahora, maestro? —preguntó Arka, como si le hubiera leído el pensamiento—. Me refiero a ahora que ya no es ministro y demás…

—Creo que voy a meterme en diplomacia —respondió Lastyanax —. Necesitamos establecer una paz duradera entre Hiperbórea, Napoca, lo que queda de Temiscira y las amazonas.

—Buena suerte —ironizó Arka.

—No lo conseguiremos de la noche a la mañana —dijo Lastyanax —. Va a ser un camino muy arduo, como para ti.

Llegaron a la puerta oeste. Lastyanax mostró su anillo sigilar a los aduaneros que vigilaban las salidas y luego caminó con su discípula hasta la línea dorada que marcaba el límite de la ciudad. Ante ellos se abría la llanura helada, fría y desolada. Lastyanax respiró el viento que soplaba en su dirección. El exterior parecía extrañamente menos hostil que antes. Tal vez porque se había aventurado a salir.

No tenía preparado un discurso de despedida. Arka tampoco. Por eso se limitaron a mirarse durante unos instantes, al principio molestos por su propio silencio, luego contentos de no decir nada. Las palabras no habrían aportado nada a la emoción que sentían. Finalmente, Lastyanax abrazó a su discípula. La oyó resoplar. Se separaron. Arka le sonrió, con los ojos rojos y brillantes, y luego asió las riendas de Tapón. Sin más preámbulos, giró sobre sus talones y partió hacia las montañas.

Mientras regresaba a las torres, Lastyanax sintió que las lágrimas que había contenido le escocían en los ojos. Cuando llegó a las calles del primer nivel, gotas calientes rodaban por sus mejillas. Tenía la impresión de haber perforado un saco de tristeza insondable, donde se mezclaban la pena, el arrepentimiento, la soledad… Y, en algún lugar más profundo, la alegría de sentir todas estas emociones.

Sus lágrimas se secaron en el recodo del camino. Una escena delante de él atenuó su tristeza. Una vieja plebeya, con la espalda encorvada hacia el canal, lanzaba una flotilla de minúsculas tortugas al agua.

—¿De dónde salen? —preguntó él acercándose maravillado a la mujer.

—Guardé huevos de tortuga al calor de una incubadora mágica durante el Enfriamiento y los he hecho eclosionar—respondió—. Serán hermosas, ¿eh?

Epílogo

ARKA

Unos meses después

En el túmulo funerario de Chirone, unas finas hierbas se agitaban en el viento. La vegetación de finales de verano había recubierto los tablones esparcidos por el suelo. Un forastero nunca habría sospechado la presencia de un árbol cabaña incendiado al amparo de las plantas.

Arka se arrodilló y utilizó su espada como pala para desenterrar la tierra negra suelta junto a la sepultura. Con una piedra de lijar, eliminó la capa de oricalco que recubría el azur vivo. El azul del metal brillaba al sol. Arka se sintió feliz de estar de nuevo allí, con la espada. Había cumplido su contrato con Antíope. Podría retomar su vida de aprendiz, volver a entrenar, practicar las maniobras ecuestres con Tapón y, entre todas sus ocupaciones marciales, intentar convencer a las amazonas de que era posible vivir muy bien sin hacer la guerra. Y, además, al menos había una persona que esperaba su regreso al bosque. La certeza de ser esperada era el bien más preciado que Arka conocía. Después de todos estos meses de viaje, estaba ansiosa por reunirse con Temis.

El agujero era ahora bastante profundo. Arka se levantó, apoyándose en la empuñadura de la espada, y fue junto a Tapón, que pastaba a unos pasos de distancia. Sacó un paquete oblongo de sus alforjas, se arrodilló otra vez delante del agujero y desplegó la tela.

Apareció un cilindro de oricalco, recubierto de toques de marfil. Lastyanax debía de haberlo deslizado entre sus pertenencias cuando la esperaba para ir a la entrega de la toga de Pétrocle. Arka descubrió el objeto unos días después de su partida, mientras buscaba yesca en sus alforjas. También encontró una nota.

Arka:

Sé que no podrás introducir un objeto de oricalco en el bosque, así que entierra el grafomancio en algún lugar de la linde donde estés segura de poder recuperarlo. Yo guardaré siempre el otro cilindro cerca de mí. Si alguna vez necesitas ayuda, sabrás dónde pedirla.

Tu mentor, siempre tuyo,
LASTYANAX

Arka releyó el mensaje varias veces antes de decidirse a guardarlo de nuevo en la tela. La dobló sobre el grafomancio y enterró el fardo en la tierra oscura, con la sensación de que también enterraba todos sus recuerdos de Hiperbórea. Luego se levantó, se frotó las manos sucias, recuperó la espada y las riendas de Tapón y puso rumbo al vado.

Agradecimientos

Concluye un año de escritura. Ha sido un año difícil porque no ha resultado sencillo compaginar el trabajo y la vida personal con la escritura de *La hija del bosque*. Si he conseguido llevar a cabo esta empresa es gracias al apoyo, la comprensión y los ánimos de multitud de personas, entre ellas:

Victoire y mamá, mis lectoras y *coachs* motivacionales de toda la vida, que además hicieron las veces de agentes literarias improvisadas cuando salió el volumen 1, y papá y Hadrien, mis otros dos pilares familiares.

El equipo de Hachette Romans, que hizo un lanzamiento magnífico de *La ciudad sin viento* a pesar de las vilezas del covid-19, y en particular Isabel Vitorino, que supo motivarme con un tacto incomparable.

Mathilde, Charlotte y Charles de Lagausie, cuyas betalecturas, tan benévolas como minuciosas, me ayudaron a enderezar un primer borrador algo cojo.

Irène Chanrion, Stella, Louise Mas, Marie Bailly y todas las plumas que se ofrecieron a releer *La hija del bosque*.

Philippine Ravillion y Solène Bernard, que se prestaron al juego de la betalectura con mucho estilo.

Guillaume Morellec, que proporcionó dos magníficos escaparates a *La hija del bosque*.

Mis colegas Abrial y Gabriel, que sufrieron sin demasiados reparos mi bajada de productividad en las horas más sombrías de la redacción.

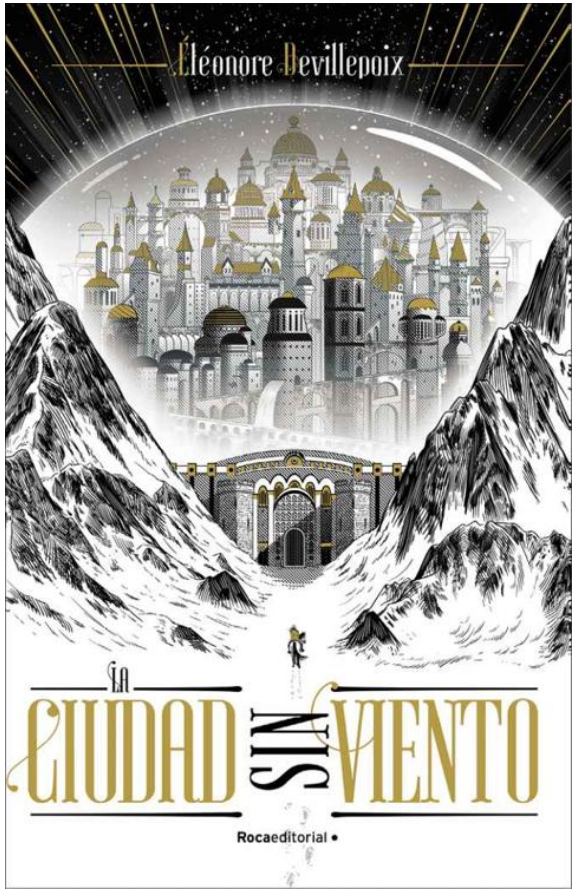
Todos los blogueros literarios, *bookstagramers*, *booktubers* y demás exploradores que compartieron su entusiasmo por el volumen 1 y cuyas crónicas me infundieron energía durante las correcciones.

Si la novela infantil y juvenil sigue resistiendo la crisis del mundo editorial es en gran parte gracias a vosotros.

Por último, vaya mi agradecimiento a mis personajes, Arka y Lasty, a los que dejo tras años de aventuras por los tortuosos caminos de mi imaginación. En una época en la que el mundo virtual es cada

vez más consistente, me gusta pensar que los seres de papel también pueden tener su propia existencia. ¡Que los vientos os sean propicios!

La ciudad sin viento
El primer libro de la serie


Éléonore Devillepoix
La
Ciudad
sin
Viento
Rocaeditorial

ENTRA EN EL UNIVERSO DE
LA CIUDAD SIN VIENTO

A los diecinueve años, Lastyanax completa su formación como mago y, creyendo tener que escalar socialmente, el misterioso asesinato de su mentor lo impulsa al más alto nivel de Hiperbórea. Su camino, sembrado de escollos políticos, se cruzará con el de Arka, una joven guerrera que acaba de llegar a la ciudad y que tiene cierto talento para salir airosa de situaciones peligrosas…, si bien a veces ella misma tiende a desencadenar dichas situaciones.

Lastyanax busca al asesino de su mentor, y Arka al padre que nunca conoció. Él tiene un futuro, ella un pasado. Y para combatir los complots que amenazan a la ciudad sin viento deberán ayudarse mutuamente.

Finalista del Prix littéraire de l'Imaginaire BooktubersApp 2021 y del Prix de Bouquineurs en Seine 2021.

* «¡Ya es hora de engordaros, mis queridos niños! ¡Mientras yo viva, ningún temisciro volverá a interponerse entre vosotros y un plato!».

Título original en francés: *La fille de la forêt*

© 2020, Hachette Livre

Primera edición en este formato: julio de 2023

© de esta traducción: 2023, María Enguix Tercero
© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-19743-34-3

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.